

Gabriela Montilla

NADA

¿Puede el deseo convertirse en amor?

Nova Casa Editorial

Yatnna Gabriela Montilla

Nada

NOVA CASA Editorial

Publicado por:
Novo Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2015, Yatnna Gabriela Montilla
© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé
Coordinación
Maite Molina
Portada
Vasco Lopes
Maquetación
Daniela Alcalá
Impresión
QP Print
Revisión
Alberto Márquez
Foto de portada
Flora Soós / Flickr

Primera edición: Agosto de 2016
Depósito Legal: DL B 3063-2016
ISBN: 978-84-16281-97-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

[Nada](#)

[Argumento](#)

[La autora](#)

[Gabriela Montilla](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 TRES VECES](#)

[Capítulo 2 ALGO](#)

[Capítulo 3 MUY CERCA](#)

[Capítulo 4 PODRÍA GUSTARLE](#)

[Capítulo 5 DESEO](#)

[Capítulo 6 LA CITA](#)

[Capítulo 7 ALIMENTAR LOS RUMORES](#)

[Capítulo 8 DESAPARECIDO](#)

[Capítulo 9 LA PELEA](#)

[Capítulo 10 SU OLOR](#)

[Capítulo 11 MARCAS DE AMOR](#)

[Capítulo 12 JODERTE LA VIDA](#)

[Capítulo 13 JEANS APRETADOS](#)

[Capítulo 14 POLVO BLANCO](#)

[Capítulo 15 NACIÓN OSCURA](#)

[Capítulo 16 ENFERMARSE DE AMOR](#)

[Capítulo 17 PUEDO HACERTE DAÑO](#)

[Capítulo 18 PERSONA FAVORITA](#)

[Capítulo 19 MARIPOSA AZUL](#)

[Capítulo 20 ERRORES](#)

[Capítulo 21 FRÍO](#)

[Capítulo 22 TIZNE MARRÓN](#)

[Capítulo 23 MAL PRESAGIO](#)

[Capítulo 24 EN MIS VENAS](#)

[Capítulo 25 PALABRAS MALDITAS](#)

[Capítulo 26 LA ESCOPETA DE JIM](#)

[Capítulo 27 GRITAR LOS SECRETOS](#)

[Capítulo 28 NO TE AMO](#)

[Capítulo 29 SABOTAJE](#)

[Capítulo 30 CENIZAS](#)

[Capítulo 31 DOLOR EGOÍSTA](#)

[Capítulo 32 VOLANDO EN LA NADA](#)

Argumento

Valeria y La Sombra no tienen nada en común excepto sus encuentros en casa de él algunas noches. En realidad, no se hablan fuera de eso. Valeria es una adolescente que recién cumplió diecisiete y trata de sobrevivir a su problemática vida. Y con los problemas económicos que afronta su madre, los problemas para adaptarse con sus amigas del barrio, y el sufrimiento de haber sido abandonada por su padre, está necesitada de cualquier muestra de cariño. Y eso es exactamente lo que busca en «La Sombra», uno de los chicos del barrio de mala muerte en donde vive. Después de que Valeria le haya hecho aquella propuesta, su vínculo secreto ha perdurado, «¿pero qué pasa cuando te das cuenta de que te has enamorado y que el sentimiento tal vez no sea mutuo?» Es esto lo que se plantea Valeria, mientras sigue dando su cuerpo a alguien que probablemente nunca la ha amado y tal vez nunca lo hará.

Captura este código y entra en la historia



La autora

Gabriela Montilla



Nacida en la República Dominicana en 1997, hija de padre y madre abogados, Yatnna Gabriela Montilla es una joven escritora que desde pequeña ha estado interesada en la lectura, principalmente de los libros de texto de la escuela y obras dominicanas. A los quince años leyó sus primeras novelas, fue ahí donde descubrió que escribiendo se podían crear nuevos mundos y se podía hablar por los que no podían, y que al escribir, se es libre de contar el otro lado de la historia de una manera franca y directa. Con estas ideas, empezó a compartir sus escritos en una pequeña página de Facebook con otras jóvenes de su edad, y después en una plataforma para leer y escribir llamada Wattpad, donde ha echado raíces y ha podido mostrar sus escritos y encontrar buena acogida con sus lectores. Desde entonces, ha escrito varias novelas aún inéditas. Ha estudiado teatro y había inglés como segundo idioma. Además, le gusta el cine y la actuación, tanto como escribir y leer. Actualmente estudia Derecho y escribe casi todos los días.

Prólogo

Es una obra virgen, literalmente virgen y original, porque proviene de la mente de una adolescente que expresa sin pautas las sensaciones y emociones que surgieron de su imaginación, provocadas por el entorno en que desarrolló los primeros años de su vida.

La construcción de los relatos ruboriza a los lectores de la generación de quien escribe esta opinión, a la vez que desvela impresionantes vivencias y emociones de la adolescencia de una niña que casi es mujer; y, para los contemporáneos y juveniles constituye una antorcha que ilumina y desvela tabúes que solo subyacen en la imaginación negadora de la realidad de nuestras sociedades.

Ha sido definida, como una: «*historia muy especial, dura, sencilla, cruda y muy humana*».

Nada es como un elixir que cautiva y libera a la vez, pero que al final te conduce a beber la savia hasta la última gota.

Los escritores como Gabriela Montilla son seres excepcionales, de altas y profundas sensibilidades, que suelen aparecer en la historia de tiempo en tiempo; sus inspiraciones suelen estremecer la conciencia de la sociedad, producir profundas reflexiones, deleitar a los espíritus y orientar a los más nobles a realizar grandes transformaciones a la humanidad.

En cada capítulo, su estructura prosaica llana y fuerte, es como una sinfonía cautivante, la forma en que une las palabras y la libertad con que las dice hace fluir con armonía la narración de la historia, los dramas de repente pueden desembocar en una comedia y viceversa, es una mezcla magistral que desafía la imaginación. *Nada* es la obra cumbre de la virginidad más temprana del *siglo XXII* invito a todos los que lean este prólogo, a que se atrevan a ser parte de la conexión de *Nada*, que es el principio de Todo.

**República Dominicana,
Leoncio Amé Demes.**

Capítulo 1

TRES VECES

Está jugando con ella, la forma en que se ríe entre los dientes, cómo la mira, cómo se mueve. Es porque ahora ni siquiera la ve a los ojos. Él sabe que lo que está haciendo está mal. Y ella también. ¿Pero qué más da?, al mundo no le importa si algo está mal, va a seguir su curso siempre, porque nosotros mismos somos culpables de lo que ocurre todo el tiempo.

Cuando todo se acaba, como ahora, puede que él se levante y se fume un cigarrillo, o puede que le pida que se vaya porque está tarde.

Hoy Valeria no tiene deseos de levantarse. En realidad, siente que va a llorar, pero no puede, porque si llora él pensará que es por él y no es así. El problema que la atormenta no tiene nada que ver con él.

Él está mirando al techo mientras respira. Valeria muere del frío. Necesita calor o necesita cubrirse.

—¿Qué te ocurre? —le pregunta. Ella no responde nada—. Valeria... ¿te lastimé?

Aunque llevasen dos meses ya con la misma rutina, Valeria algunas veces decía que le dolía para que no fuera brusco, porque a ella no le gustaba así. Ni siquiera sabía cómo le gustaba, era algo frívolo y a la vez normal, no algo en lo que podía definir un gusto. Como todo en su vida, en nada podía decidir qué quería en realidad.

—Valeria...

—vuelve a llamarla por su nombre y ella lo mira. Ben se moja los labios y toca la mejilla de Valeria con sus dedos—, ¿Valeria, qué tienes hoy? —vuelve a preguntar.

—Me tengo que ir —dice y se sienta en el borde de la cama para recoger su ropa del suelo. Ella no lo quiere hacer todavía. Se queda allí sentada mirando al piso.

La Sombra desliza sus dedos vagamente por la columna de Valeria, sus huesos son tan pronunciados que por un segundo le hacen recordar lo frágil que su cuerpo luce y de cómo se suponía que debía sentirse culpable por hacer esto con ella.

Al sentir los dedos congelados de La Sombra en su espalda Valeria pensó en el frío que tenía. Terminó de levantarse y se vistió de nuevo. Él no se levantó para despedirse de ella ni ella tampoco esperaba que lo hiciera. Todo era una completa rutina, y los dos sabían cómo era más o menos.

Valeria salió de la casa de La Sombra a las once de la noche y se enfrentó a los vientos de otoño que muy pronto serían reemplazados por los de invierno. Tenía frío y hambre, y mientras caminaba perezosamente decidió fijarse en la acera por donde caminaba y no pisar las grietas que había en ella.

No siempre fue así, antes La Sombra y Valeria nunca habían tenido ningún contacto físico y cualquier conversación que hayan tenido cuando niños fue enterrada en el pasado, cuando él se convirtió en lo que es ahora, una sombra.

Como sea, todo empezó con las malas amistades, aunque Valeria no les echase la culpa a ellas totalmente; ella había sucumbido, ahora se siente atada a un lazo invisible que en

realidad no existe.

Nina es la mejor amiga de Valeria desde que tiene memoria, en el barrio es conocida como una chica “rapidita», y es que todas las chicas del barrio son catalogadas así. Una noche, mientras otra de las chicas, quien Valeria juraba era por dos años menor que ella, contaba sus experiencias, Rose saltó a preguntarle a Valeria—: —¿Y tú?, ¿cómo fue tu primera vez?

—¿Qué primera vez? A Val se le nota el queso.

Algunas rieron.

—¿El queso? —curioseó confundida—, ¿qué es?

—Ellas quieren decir que no has sido ni siquiera tocada allí—le aclaró Nina—. Chicas Val es la salvación de este barrio.

—Alzó la voz y rodó los ojos.

Todas rieron de nuevo, menos Valeria.

—¿Cómo hago para quitarme el queso? —preguntó, tres semanas atrás Valeria tan solo tenía dieciséis y quería ser igual a sus vecinas para encajar, era eso o aburrirse en casa contando las cucarachas en el patio.

—Ten sexo con alguien, obvio —ordenó Rose.

—Puede ser con uno del barrio y nos cuentas cómo te fue —dijo la otra.

Nina se acomodó el brasier y miró de reojo a Valeria, quien tenía una expresión de miedo chistosa.

—¿En serio ustedes piensan que mi Val va a tener sexo así como así? No lo hará, es demasiado inocente.

—Nina hizo una mueca con los labios.

—Claro que puedo, Nina, no me subestimes —respondió volteando a ver a su amiga—, díganme ustedes opciones.

Rose sonrió con malicia mientras cruzaba miradas con Argentina. Argentina era más vieja que Valeria y la que principalmente había inculcado todas las mañas a las niñas ahí presentes. Era como su maestra, la que hacía las cosas primero y después ellas le seguían.

—Ahí está Mario, o Héctor, quizás Ramírez —decía Argentina mientras los señalaba. Ellos estaban sentados en el colmadón mientras ellas permanecían casi al frente sentadas en la acera, a unos cuantos metros de ellos—, mira ese de allí, Gregorio, es una bestia, te lo recomiendo, y ese que vez allí con la gorra es «La Sombra», él también podría ser.

—Le pides que quieres dejar de ser queso, ellos entenderán.

—Rose puso una cara que trataba de persuadirla, una sonrisa que hizo pensar a Valeria que eso era lo mejor.

—¿Ahora? —Tragó saliva y miró hacia donde ellos. Ellos hablaban sentados en banquetes y otros jugaban dominó.

—No, claro que no, decide a cuál quieres. Le preguntas luego, lo haces, y después no dices cómo te fue —Argentina se paró de la acera—, y si no te quitas ese queso que traes entonces no podrás hablar conmigo más.

—Ni conmigo.

—Se levanta Rose y la mira con desprecio.

Las otras chicas se levantaron, menos Nina.

—¡No les hagas caso, Valeria!, ellas están locas. Quédate así siempre, no estás lista aún. Quieren que te jodas como están ellas. Ve a casa.

—Nina después de decir eso se levantó, y se despidió con un abrazo. Las otras chicas se alejaban hacia otra parte, probablemente la casa de Marian, y Nina corrió detrás de ellas.

Valeria se levantó de la acera y caminó al colmadón. Allí miro la cara de cada uno de ellos y simplemente no quería que ninguno la tocara. Después de quedarse tanto tiempo parada allí mirándolos, uno dijo:

—¿Y tú qué miras, flaca?

—Nada —respondió rápidamente con un titubeo en su voz.

—¿Se te perdió algo, pequeña?, ¿tienes hambre?

Todos rieron. Valeria medía uno sesenta y nueve y era más alta que dos de ellos; además, al ser alta su delgadez se pronunciaba más. Su contextura física era tan liviana como una pluma, por eso le aterraban los cuerpos de esos chicos que bebían allí. Podrían destruirla.

Casi todos se conocían desde pequeños, así que en parte bromeaban con ella cuando tenían oportunidad. Ellos lo hacían con dichos y cosas de doble sentido que aún Valeria no lograba entender del todo. Es por eso que ella sonrió a medias, porque se supone que no le debía de ofender que hicieran burla sobre ella; eran vecinos, del mismo barrio.

Uno no se rio, y ese fue La Sombra. Valeria lo conocía, pero no muy bien. Pensó que quizás debía preguntar a él o a Gregorio, y se quedó mirando a este último hasta que otro habló.

—No mires para allí, no hay nada bueno para ti —le aconsejó con una risa burlona y todos volvieron a reír.

—No le hagas caso, Valeria.

—Gregorio, quien siempre había sido simpático con Valeria, le ofreció una sonrisa—. ¿Pero, necesitas algo? Está tarde y deberías estar en casa.

Valeria asintió repetidas veces, estaba tarde, debía estar en casa, dio media vuelta y se marchó.

La semana siguiente Valeria empezó a investigar más sobre La Sombra porque decidió tomar el consejo del chico que había dicho que Gregorio no era bueno para ella. Averiguó si La Sombra tenía novia; no tenía novia, al parecer. Y con el tiempo libre después de colegio que ahora tenía porque las muchachas del barrio la habían dejado de lado, pudo averiguar donde vivía él, pero aun así no se armaba de valor para pedirselo.

¿Por qué tenía que ser tan difícil de todas formas? Valeria solo tenía que decirles que ya lo había hecho y la dejarían juntarse con ellas de nuevo.

Así lo hizo. Y ellas se dieron cuenta. Le dijeron que cuando le quitan el queso a alguien todo el mundo se da cuenta. Eso hizo que Valeria se asustara tanto que durara más de dos meses sin una amiga en el barrio.

Entonces fue a la casa de La Sombra, con una falda azul cielo a mitad de los muslos y una blusa de tiros rosada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al abrir la puerta.

—¿Puedes quitarme el queso por favor? —Valeria preguntó con voz tímida.

Se sentía tansosa porque La Sombra la miró de arriba abajo, extrañado, y después le

iba a cerrar la puerta en la cara. Ella puso su mano para evitar que eso pasara.

—*Por favor.*

—Su voz salió temblorosa.

—Tú no sabes de que hablas, ¿o sí?

—Claro que sé.

—Abrió los ojos para que entendiera que sí sabía.

—¿Y eres virgen?

—Sí.

—¿Esto es alguna clase de broma?

—No.

—Ah, ya entiendo todo, de esto fue que nos habló Rose y Argentina hace un mes y medio. Todos andan diciendo que tú les pediste eso a ellos. ¿Qué número soy yo? —
sonsó.

A Valeria se le llenó la cara de sangre y sus orejas ardían, ¿todos pensaban eso de ella?, ¿de verdad?

—Solo te he dicho a ti.

La Sombra la observó por unos segundos. Valeria no era nada de lo que le gustaba a él, era una niña que, sin el cabello suelto por los hombros y sin el pintalabios que llevaba puesto, parecería un chico flaco sin masa corporal.

Lo pensó con ella al frente de él, *desflorara una de las chicas del barrio*, aunque sonaba mal, no lo era tanto. Y llevaba un mes sin nada de sexo en su vida por razones ajenas a su voluntad. Y si él no lo hacía, la niña, *Valeria*, podía ir donde cualquier otro, como Ramírez, y a él no le importaría si fuese su primera vez o no.

Respiró profundo.

—Me vale mierda que después te arrepientas o que tu madre venga a echarme quejas.

Valeria sintió miedo, y pensó en retroceder. No le gustó su tono de voz.

—Entra, niña —le insistió.

Ella entró a la casa. Adentro estaba cálido y vagamente limpio. La decoración se centraba en un pequeño mueble y una mesita, una cocina con una estufa y un gabinete encima, la nevera a un lado y unas gavetas debajo, también un pequeño comedor de cuatro sillas. Había una puerta cerrada, como si no la hubiesen abierto por mucho tiempo. La pintura era color verde manzana, tan claro que no parecía verde, más bien agua. No había regueros, y para La Sombra vivir solo ahí estaba todo muy bien organizado, como si nadie viviera allí en realidad.

Encima de la estufa había una olla. La Sombra apagó la estufa y después miró a Valeria. Ella apartó su mirada de la de él.

Sabía que se estaba acercando a ella. Cuando La Sombra la empujó levemente por la cintura hacia su habitación, se sintió tan nerviosa que creyó iba a vomitar. No podía ser, pensaba, en realidad iba a hacer «eso» por primera vez y sin estar enamorada.

Mientras La Sombra se quitaba la correa y se desabotonaba los pantalones le pidió a Valeria que se acostara y ella así lo hizo.

Él se arrodilló en el colchón y le preguntó: —¿Quieres tener ropa?

—No lo s-sé.

—Su voz temblaba y ya estaba arrepentida. ¿Cómo iba a saber cómo quería algo si nunca antes lo había hecho?

La Sombra bajó su falda con facilidad. Valeria se sintió extraña cuando su cuerpo estuvo tan cerca del de él y cuando su boca tocó la piel sensible de su cuello. Sus manos estaban tocando sus senos como si ella le hubiese dado el permiso. Por un momento lo iba a golpear. ¿Qué demonios estaba haciendo? Esto no era lo que ella quería, lo que realmente quería era la aceptación de su grupo de amigas, aunque sea por una vez.

Y si tenía que pasar por ese momento incómodo estaba bien. Eso suponía.

Cerró los ojos, sintió gritar cuando percibió esa protuberancia rozando su abdomen bajo, pero solo apretó más sus parpados. Cuando La Sombra bajó su ropa interior el aire se escapó de sus pulmones y solo apretó la sábana con sus dedos. Se sentía de piedra.

—Abre las piernas. ¿Cómo esperas que lo haga si estás más tiesa que un peñón?

Valeria abrió los ojos y lo miró, se le veían los ojos oscuros y su cabello estaba a la vista sin la gorra. En esa época, el corte que tenía era casi bajo y su cabello era castaño oscuro. Como sea, Valeria no abrió las piernas, y La Sombra lo hizo por ella apretando a cada lado de sus muslos.

En ese momento, en el preciso momento en que ya Valeria dejaba su inocencia atrás, no podía pensar en nada excepto en el dolor punzante que sentía y en el grito desesperado que su boca había dejado escapar. Aruñó tan fuerte la espalda de La Sombra que este paró para quejarse. Con su uña, le había arrancado un pedazo de piel y eso que él ni siquiera se había movido de la manera en que quería dentro de ella, no había hecho prácticamente nada, le estaba dando tiempo para acostumbrarse a la nueva sensación.

Lo único que ella sentía era ardor.

La Sombra frunció el ceño, la observó como si con sus ojos le hiciera mil preguntas, y las uñas de ellas aún no soltaban su espalda lastimada.

—Suéltame, no me moveré.

Valeria trató de abrir los ojos para encontrarse con los de él, pero cuando lo hizo, sus ojos se estaban nublados, llorosos. Soltó su espalda y trató de relajarse, pero no podía, sentía como si tuviera un cuerpo extraño dentro de ella y le molestó la cercanía de sus cuerpos.

La Sombra se movió lento y después aceleró. Valeria volvió a agarrar su espalda aferrándose con las uñas. Era como si quisiera que él sintiese el dolor que ella experimentaba a cada pequeño movimiento.

—¿¡Valeria, coño, no era lo que tú querías!? —le preguntó exasperado en su cara. Valeria se puso a llorar de verdad.

—No, *no quiero*, detente por favor. Me duele. Esto es horrible.

La Sombra ignoró su queja y se movió de nuevo. Valeria suplicó que se detuviera. Era un desastre en lágrimas y él no soportaba la culpa. Había sido un estúpido, era obvio que no iba a disfrutar con la primeriza si no le cubría la boca y continuaba, pero La Sombra no era capaz de violar a una chica del barrio, eso implicaría huir, y él no quería, le gustaba allí más que nada.

Y por eso se detuvo, y en menos de lo que Valeria pudo notar ya no estaba allí, encima

de ella, robándole todo su aire y causándole dolor.

No estaba.

No supo a dónde se fue por esos segundos y no le importó.

Su mente estaba concentrada en lo adolorida que estaba y en las estúpidas lágrimas que ahogaban sus ojos. Además, se sentía sucia y mal consigo misma.

En ese tiempo Valeria no pensaba en tener sexo, ni siquiera le interesaba vivir esa experiencia todavía. Ella se consideraba a sí misma una niña... pero después de esa noche no estaba segura de si aún lo era.

Aún sentía el calor que el cuerpo de La Sombra había dejado en el de ella y había transcurrido ya casi una hora. Se levantó de allí y vio el flujo color carmesí secándose en la parte donde estaba acostada.

Valeria se vistió de nuevo con manos temblorosas y salió de la habitación de La Sombra, con la cara seca ya y tratando de que su caminar no cambiase en nada.

En el mueble, La Sombra estaba sentado en un sofá pequeño que tenía allí con su ropa ya puesta. Cuando la vio salir del cuarto la miró enojado, capaz de insultarla por ser tan estúpida, y después gritarse a sí mismo por ser el doble de estúpido, le dijo: —¿Cuándo vuelves?, no habrás pensando que me ibas a dejar por la mitad, ¿o sí? Arregla tus cosas, prepárate mentalmente, y vuelve.

—Era algo que hería su orgullo varonil. ¿Cómo iba a dejar algo por mitad?

Además, había algo entre la inocencia y la morbosidad que lo hacía querer intentarlo una vez más.

—No lo volveré a hacer nunca.

—Valeria estaba decidida, y La Sombra notó en su voz que estaba otra vez a punto de llorar—. Ya yo no soy virgen y no te necesito.

La Sombra se levantó del sofá y se acercó a Valeria. Ella se volteó pues no quería verlo a los ojos. Era como revivir el dolor de nuevo.

Él le agarró la muñeca para que le prestara atención, y cuando sintió lo delgada que era y que con solo su fuerza podía fracturarle ese hueso, recordó lo vulnerable que ella era en realidad.

—Vuelve.

—¿Por qué quieres que vuelva si no puedo hacer eso? —le cuestionó sujetando lo que sea que amenazaba con salir de su garganta. Era como un tipo de llanto quebrantador, pero lo sostuvo.

—¿Y por qué no puedes hacerlo?

—Porque me duele y no soy masoquista.

—No te va a doler más, *Valeria*. Eso solo ocurrió porque fue tu primera vez y tal vez no fui muy cuidadoso.

Dos veces. La había llamado por su nombre dos veces. Él sabía su nombre y sabía quién era ella. ¿Cómo le iba a hacer Valeria para verlo en la calle? ¿Ni siquiera había pensado en las consecuencias que pudiesen existir?

La Sombra se acercó a su rostro, el cual ella mantenía alejado de él y mirando al suelo, y le murmuró—: Después no te volveré a pedir esto, ni le contaré a nadie que te pusiste a llorar como un bebé, ni que tú me lo pediste a mí primero, ni siquiera hablaré contigo

fuera de aquí.

Valeria lo miró. Dios, ¿por qué le había hecho caso a Rose y Argentina? No quería volver a hacerlo, quería huir y huir de ahí lo más pronto posible. Que la tierra la tragase y no volverse a sentirse así nunca más.

Intentó zafarse de su agarre, pero él la apretó más.

—Responde.

—Está bien, sombra —dijo en voz baja, subiendo la mirada.

—Ben, soy Ben, ese es mi nombre, Valeria.

Tres veces.

Capítulo 2

ALGO

Valeria, es el único que siempre la llama así, con ese tono de voz siempre, como si la necesitara, como si ella fuera parte vital de su vida. ¿Cómo es que se le hace tan fácil mentir? ¿Dónde aprendió a fingir tan bien?

Valeria llega a su casa y tiene una migraña. En la cocina solo hay un chocolate tibio y dos galletas grandes de harina que su mamá le dejó como cena. Todo estuviera en silencio si no se escucharan las respiraciones pesadas de sus hermanitos durmiendo en la habitación.

Se sienta en la silla de madera que está en el comedor, el cual antes solía tener cuatro sillas y ahora solo tiene tres porque la madera podrida hizo que una de ellas cediera. Después de mojar la galleta en el chocolate y terminar de beberlo, busca su ropa de dormir, y tiende una sábana en el piso.

Había muchas razones de porqué después de la segunda vez Valeria siguió yendo a la casa de Ben. La primera es que después de que Valeria volviera por segunda vez no le dolió tanto y esa vez le besó la boca. *Su primer beso*. Eso la hizo sentir querida. Era como si le estuviese dando una bofetada a su padre, quien una vez que se marchó le había dicho: «*Ya ti nunca un hombre te va a desear*», además, sentía una sensación tan intensa que hacía que estirara los dedos de sus pies, ni siquiera podía mantener el beso.

Así que después de la tercera vez volvió, y no le dijo nada y él tampoco le preguntó. No sabía cómo pero todo fue diferente y volvió a llorar. La Sombra se había convertido en un monstruo y la estaba atacando.

Hizo que se detuviera.

—Valeria... ¿ahora por qué lloras? —preguntó después de unos segundos.

—Lloro porque me duele.

Y no era mentira, tampoco verdad. Simplemente le molestaba la prisa, la dejaba en desasosiego y la hacía decir cosas que nunca imaginó que su boca pudiera decir, además, su actitud algunas veces le daba miedo. De vez en cuando La Sombra le daba mucho miedo... de que se convirtiera en un monstruo y la atacara otra vez. Así que descubrió que si le decía a La Sombra que le dolía, él se pondría más cariñoso y más atento. Era como si se transformara en alguien dulce y cercano y no el frío y distante Ben afuera de su casa.

Y entonces, volvió una y otra vez hacia donde él durante todo ese mes y el inicio de este. Y él siempre sería cariñoso, la besaría, compartiría su cena con ella, hablaría con ella, y le permitiría dormir con su colcha algunas veces.

Sin embargo, no eran nada. Era muy fácil olvidar que el chico que estaba ahora escuchando música urbana en la esquina, con pantalones tal vez muy anchos y gorra hacia atrás, era aquel que besaba su cuello sudoroso en las noches.

No le hablaba y difícilmente le miraba.

Valeria no se atrevió a decirle a nadie cómo había sido su primera vez. Le daba apuro

saber que había sido tan cobarde, y más cuando le preguntó a Nina:

—¿Te dolió tu primera vez?

—¿Que si me dolió? —repitió—, pues *obvio*, aunque déjame decirte, yo solo apreté la lengua y me dejé llevar, el dolor se va después. Todo es mental, es que estás cerrada y alguien te abre, obvio que va a doler primero. ¿Por qué preguntas?, ¿aún piensas en el reto de Rose y Argentina?... de verdad espero que hayas olvidado eso, soy tu amiga y no necesitas hacer nada para hablar conmigo. Y si yo voy a un sitio tú puedes ir aunque ellas estén ahí. No te van a comer.

Nunca lo hizo.

Valeria en serio deseó que ella le hubiese dicho eso antes, o siquiera que lo hubiese demostrado, pero era bastante tarde, ella nunca acompañó a Valeria cuando estaba sola, no siguió juntándose con ella como prometió.

Una vez pensó que a La Sombra le avergonzaba decir a sus amigos que ella lo estaba satisfaciendo, porque una vez más o menos se lo dijo. Y de parte de Valeria estaba bien, ella tampoco quería decir que La Sombra le había quitado «su queso».

El piso está frío y más duro de lo normal. Comparado con la cama de La Sombra todo es distinto, allí hay almohada y no la sábana doblada para que su cabeza no pegara con el suelo.

Valeria usualmente duerme con sus hermanitos, pero cuando vuelve de donde La Sombra ella piensa que no es buena idea compartir la cama con ellos sino al otro día. Porque se siente impura, no quiere contagiarles su impureza.

Valeria se acuesta boca abajo para que su espalda no le duela y se queda pensando en Ben. Eso lo hace casi todas las noches. Pensar. En todo lo que le pasa cada día, hasta hacerse culpable si algo anda mal, hasta quedarse dormida.

* * *

Al otro día los hermanitos de Valeria, Carlitos y Carol, están ya despiertos y desayunándose con un chocolate de agua. Valeria caminó hacia su pequeño baño y se cepillo los dientes frente al pedazo de espejo que hay encima del lavamanos.

Antes no era así, era un hermoso espejo que su mamá se había ganado en un concurso de arroz con leche que había en una feria de postres. Pero después de la pelea que sus padres tuvieron, el papá de Valeria golpeó el espejo y partió parte de él en miles de pedazos. Ella recuerda que limpió los pedazos de vidrio mientras su mamá tranquilizaba a los niños para que dejaran de llorar.

Escupe en el lavamanos como si estuviera escupiéndole en la cara al pasado.

Se mete al baño y después sale cubierta con su toalla. Busca su uniforme y se pone la falda color caqui que le queda un poco corta, y no porque quisiese, sino porque Valeria ha crecido vertiginosamente después de que cumplió los quince y la familia no disponía del dinero para mandar a hacer una más larga. Se puso la camisa blanca y sus zapatos de pana y medias tobilleras. Las medias tobilleras las odia, hacen que sus canillas sean más notables y que sus piernas delgadas sobresalgan.

No podía hacer mucho, la compañera del par de medias largas se había perdido y no podía encontrarla. La ha buscado en todas partes hasta agotarse.

Valeria lleva a sus hermanitos a la escuela pública donde ellos estudian, ella, en cambio, lo hace en una escuela privada y trataba de mantenerse allí hasta terminar la educación secundaria. Es por una beca, todos sus esfuerzos estaban dirigidos a no perder esa beca y al menos terminar la escuela.

—Imagínense que ustedes se vayan a casar y no le entreguen a su marido el regalo de su castidad.

«Yo no me voy a casar.» Piensa Valeria mientras golpea el lápiz con la butaca. Valeria cree que el matrimonio, aunque es un mandato de Dios, es una pérdida de tiempo, o al menos en lo que se ha convertido el matrimonio.

La profesora de Orientación Sexual explica que le regalaseso a tu cónyuge con el que durarás toda una vida, pero que ella sepa, su papá y su mamá no siguen juntos.

Igual no sabe si los dos llegaron vírgenes al matrimonio.

—¿Cómo es que ustedes se atreverían a darle su cuerpo a uno de esos muchachos y después no ser capaces de mirarles a los ojos?

Valeria no mira a los de La Sombra en la calle porque se supone que nadie debe sospechar que entre ellos hay algo.

«Algo.» No hay nada.

—Ustedes piensan que han acabado un mundo y después ellos salen a decir todas las cosas que les hacen a ustedes, cosas como «*es así es puta*» y «*es un cuero*» o «*nose respeta*» «*le hice de todo*».

No cree que La Sombra sea capaz de hacer eso. Él mismo le ha dicho que no le contaría a nadie para no dañarse a sí mismo. Además, Valeria no es como Argentina o Rose, ella solo se acuesta con La Sombra.

Sus pensamientos giran en torno a La Sombra la mitad del tiempo de clases, y eso hace que deje caer su cabeza sobre la butaca mientras trata de ahogar la voz de su maestra y las constantes desaprobaciones de sus compañeros por lo que ella decía.

No es que Valeria pueda hacer mucho. Ya lo hizo y no hay marcha atrás, sus encuentros con La Sombra son tan rutinarios como el ser humano que necesita beber agua.

—Algunas chicas recurren a esto porque necesitan amor paterno. Pero, chicas, esperen su momento. Las relaciones sexuales antes de tiempo, además de ustedes no estar preparadas, podría acarrear un embarazo no deseado, y eso dañaría sus vidas a esta edad. Lo mismo para ustedes, varones, fíjense donde andan metiendo su cosa, ¿eh?

Valeria levanta la cabeza y el cuerpo de la butaca. Aún le dolían. Es la razón por la que se había comportado así con La Sombra la noche pasada. Y no piensa volver hasta solucionar ese problema.

Tiene un dolor insoportable. Sus pechos están hinchados y duros. Le hubiese preguntado a su mamá qué le pasa a su cuerpo, pero a Valeria le da pánico. Todo lo relacionado con la sexualidad y mucho más tener que hablarlo con su madre. ¿Qué pasa si ella se da cuenta de que su hija no es más una virgen?, ¿qué le dirán en la iglesia?, ¿en el colegio?, ¿los profesores? Todo el mundo la va a juzgar y la dejarán de lado.

Así que Valeria prefiere martillarse la cabeza con suposiciones. Por un momento pensó que es una ETS, pero no se atrevió a preguntarle a La Sombra, no se atreve a preguntarle

nada fuera de lo muy común.

A la salida del colegio uno de los compañeros de Valeria, Martín, comentó cómo estaba llegando ya a la pubertad y procedió a sobarse su pecho simulando ser el de Valeria.

Valeria lo ignoró e hizo como si no lo escuchara. Quería golpear a ese niño lo más duro posible. Ella no soporta los cambios de su cuerpo que, por mala suerte, habían empezado mucho más tarde que en las demás.

Cuando en quinto de básica todas las chicas se habían empezado a formar, Valeria no tenía nada. Y ahora que todas eran señoritas ya formadas, Valeria aún no lo era.

Cuando llega a casa sus hermanitos ya están allí y tienen hambre. Esta vez Valeria no los fue a buscar a la escuela porque su mamá le avisó que ella iría por ellos más temprano. La mamá de Valeria, Claribel, cocinó arroz y carne de pollo. Ahora que Valeria estaba allí podían empezar a comer en familia.

* * *

En la tarde, Valeria fue al colmado a comprar la cena. Cuando estaba llegando, vio que Gregorio estaba allí, que los demás muchachos estaban allí, menos La Sombra, y se sintió terriblemente decepcionada... si él es una de las principales razones por la que le gusta ir al colmado... aunque sea para verlo en otra ocasión que no sea en su casa a altas horas de la noche.

Entró al colmado y pidió lo que había ido a comprar. Cuando sale, La Sombra entra, y por ese momento se le olvida cómo caminar, como si a sus rodillas se les olvidara cómo sostener el resto de su cuerpo, ni siquiera cómo dar un paso más.

—Necesito hablar contigo —dijo en voz inmutable, sin ninguna expresión o apuro. Solo lo dijo, y después siguió caminando al mostrador.

Valeria mira alrededor, no hay nadie, se dijo a sí misma, por eso me habló, no hay nadie a excepción del señor que despacha, a él no le importamos.

Después de unos segundos, sale del colmado. ¿Qué quería hablar La Sombra con ella? ¿qué iba a ser tan importante como para hablarle fuera de su casa? Pensó en eso en todo el camino, incluso cuando llegó a la casa y comenzó a hacer sus quehaceres.

Después de terminar, se dirigió a casa de La Sombra y ni siquiera se preguntó qué haría allá tan temprano. Tampoco se cuestiona porque siente como si fuera forzoso y debe ir, porque podría devolverse, es más, ¿por qué debía ir? No quería ahora, quería estar en casa y aprovechar que su mamá y los niños estaban despiertos y poder dormir en la cama... pero en la casa de La Sombra también había una...

Valeria iba y se devolvía, cualquiera que la hubiese visto pensaría que estaba loca.
—¿Vas a alguna parte, Val? —Nina traía unas fundas negras en la mano, y se detuvo al ver a Valeria de lejos.

Se detiene y la mira. Ahora no podrá ir a saber qué es lo que quiere saber La Sombra. No puede decirle a Nina hacia dónde se dirigía.

—No... lo... sé... iba a dar una vuelta... más o menos. ¿Por?, ¿me ibas a decir algo?
Nina entornó los ojos, como si sospechara. Valeria rogó para que no siguiera con las preguntas.

—Hay una bollada en casa de Marian con los chicos del barrio, todos van. ¿Vas tú?

Valeria pensó por un momento, ¿para qué iba a ir si las chicas no se iban a juntar con ella de todas formas? Y Nina la dejaría, de una vez.

—No me invitaron, Nina.

—Te estoy invitando yo.

—Sacudió la cabeza.

Valeria lo pensó por unos segundos.

—Quizás vaya, todo depende de qué me diga Claribel, ¿tengo que llevar algo?

—No. Pero debes ir, alguien me dijo que Gregorio anda detrás de ti. Eso te puede ayudar con las chicas.

—Sonrió. Después se dio la vuelta para seguir con su camino.

—¿De mí?

¿Gregorio? Él siempre había sido amable con ella, pero ni siquiera llegaban a ser muy amigos como para que él esté interesado en ella. «Nunca me lo ha demostrado», pensó Valeria.

—De ti.

A Valeria se le aceleró el corazón, La Sombra y Gregorio eran amigos, mucho más unidos que cualquiera de los otros muchachos. ¿Por qué no había dicho La Sombra? Estaría mucho más a gusto con eso.

—No voy a ir.

—No tenía idea de cómo rechazar a un chico y ser amable al mismo tiempo, en realidad, nunca le haría daño a nadie.

—Oh vamos, Valeria, no le hagas eso al pobre muchacho.

—¿Qué le hice? —Valeria se desconcertó. No le había hecho nada.

—Exacto —voceó mientras se marchaba.

De pronto Valeria se volvió a encontrar sola en medio de la calle. ¿Que si quería ir? No. Pero pensándolo otra vez, si Gregorio iba, también iría Ben. Y pensar en eso llenó su estómago de sensaciones.

Capítulo 3

MUY CERCA

«Deja de soñar despierta, deja de soñar despierta.»

— ¿Todo bien?

Valeria asiente, sonriendo.

«Inhala todo el aire que puedas, espera a que mire a otro lado.»

— ¿Quieres agua?

«Actúa como si no escondieras nada. ¿Qué escondes?»

— Val...

«Nada».

— No tengo nada — dijo con voz tranquila—. ¿Dónde está Nina?

«Nada» se repite. No ocurre nada. Llevan minutos hablando. ¿Por qué pensaría que está ocurriendo algo?

«Está muy cerca...»

— Bien.

¿Por qué de pronto sintió su voz en su oído?

«Muy cerca...»

— Y estás muy bonita hoy, Valeria.

«¿Por qué tiene que acercarse tanto?!» Tiene la piel de gallina. Si de algo está segura es de que va a cometer un crimen contra Nina cuando salga de esta.

* * *

Ben pasó toda la noche hablando muy de cerca con una chica que era prima de uno de sus amigos, José. Aunque sabía que José era algunas veces problemático, no le importó. La chica le había estado buscando el lado por mucho tiempo, buscando conversación con él. Y no quería defraudarla, además, la chica estaba buena.

Valeria, por su parte, había pasado toda la noche con Gregorio, uno al lado del otro, quizás muy cerca. Parecían pareja. Ben no podía creerlo. Era absurdo. Su mejor amigo y ella. ¿Por qué él no se lo había dicho?

«Otra vez muy cerca», pensó mirando de reojo. «Ese hijo de puta», insultó mentalmente a su amigo, pero después recordó que nadie sabía que Valeria estaba con él, y ni siquiera estaban. Era algo sumamente complejo y hasta ahora él esperaba que siguiera así. Y es que las relaciones amorosas eran complicadas y él no estaba dispuesto a bregar con eso.

Por eso se fue. Y por alguna rara razón, estaba enojado con ella por estar con Gregorio y por no ir a su casa cuando se lo pidió esa tarde, ¿se estará cansando?, ¿por eso su actitud la otra noche?

Camino más de prisa.

Se suponía que no debía pensar en lo que ella hiciera o dejara de hacer. Le tiene que valer nada todo eso. Todo acerca de ella. Debe seguir adelante, debe seguir ocultándose

como si fuera una sombra... hasta que su cuerpo se funda en la oscuridad y no sea capaz de verse.

Una sombra sin sentimientos.

* * *

—¡Oh Dios, Gregorio, deja a Valeria en paz! —Nina se sentó en las piernas de Valeria. Gregorio se sobresaltó y se echó hacia atrás—. Si quieres meterte dentro de sus pantalones disimula un poco más, ¿no crees? —reprochó con desdén.

—¿Qué pasa, Nina? A ti también te quiero.

—Le lanzó un beso, pero en sus ojos se veía que estaba muy irritado.

—Asqueroso, estás borracho, ve a ver a tu amigo, que ya se fue.

Valeria pensó que sus oídos habían fallado, ¿de verdad se había ido?, pero ¿por qué no se dio cuenta?, ¿en qué momento dejó de estar consciente de que él observaba a su amigo estar muy cerca de ella? Estúpida. Estúpida, se dijo a sí misma, quizás ahora esté enojado.

—¿Qué amigo? —pregunta Valeria dejando flotar sus palabras para que suenen desinteresadas.

—La Sombra, se fue hace rato —dijo sin darle importancia—. Oye... ¿y tú y Gregorio? ¿Ya tienen algo? —Le pregunta con sonrisa pícaro. Gregorio se había marchado en el instante en que Nina había interferido entre ellos dos. Él no se lo decía a nadie. Pero Nina nunca le ha caído bien.

Valeria iba a negar, pero estaba pensando en que La Sombra se había ido, y que ya no tenía sentido estar allí.

—Tierra a Valeria... ¿hola? —Chasqueó los dedos. Cuando Valeria vuelve a prestarle atención, esta volvió a hablar—: ¿Que si ya hay algo entre tú y Gregorio?

—Solo hablábamos un poco.

—«Solo somos casi amigos», pensó. ¿Por qué alguien llegaría a creer que había algo entre ellos y no llegarían a sospechar ni siquiera un poco de ella y La Sombra?

—¿Él tan cerca de ti?

—Define cerca.

—Valeria busca con la vista a La Sombra, no podía ser verdad. De verdad se había ido...

—Su boca se pasó la noche entera en tu oreja, ¿no lo notaste? Además, estaban casi abrazados.

—Yo no lo abracé. También te recuerdo que no fui yo quien quiso quedarse, tú me dejaste sola.

—La próxima vez, y si no te gusta, solo te levantas y ya.

—Nina la mira seriamente.

—Gracias, Nina.

Nina agarró la muñeca de Valeria y se dirigió hacia donde estaban las chicas sentadas en su lugar favorito: la acera.

—No te preocupes —Nina le había dicho a Valeria cuando notó que se negaba a caminar—, con lo de esta noche es suficiente para que te acepten de nuevo. Hablé con ellas.

Argentina estaba sentada en posición de yoga y las otras chicas tenían sus piernas extendidas hasta el contén y la calle. Era ya tarde y todo el mundo estaba recogiendo para ir a sus casas, porque eso es ya una costumbre, comer, y después irse, al menos que se queden en las aceras, o vayan a otro lugar a hablar y a hacer bulla.

En el barrio se veía mucho a las doñas sentarse en la acera con sillas plásticas, y con los niños del barrio alrededor de ellas para escuchar los cuentos que se inventaban, o que tal vez eran reales. Cuando esas señoras entraban a sus casas, los demás, niños, jóvenes y adultos, sabían que era hora de «ir todo el mundo a su casa», era una clase de toque de queda. Las calles estaban desoladas y los delincuentes podían salir a hacer su trabajo porque ya no había ninguna anciana que le recordase a su madre (por las que habían salido a robar en primer lugar). Ya no había nadie serio en las calles. Esa señal era la que esperaban Argentina y su clan para ir a sus casas.

Usualmente las señoras daban un tiempo prudente, mandan a recoger sus sillas —si alguien se las había pedido prestadas—, se levantan, miran a los lados, y luego, algún niño de esos le entra las sillas a su casa, y ellas cierran rejillas, puertas y ventanas, y, al menos que un nieto de ellas este en la calle, no se vuelve a saber más de esas señoras hasta el otro día. Ese tiempo que transcurría era bastante largo para permitirles a las chicas entrar a sus cuevitas hogareñas, y más porque no todas las señoras decidían entrar a la misma hora a sus casas.

Cuando solo queda la señora Elena, quien todo el mundo especula tiene ochenta y dos años, es que Valeria regresa de la casa de La Sombra siempre.

—Que Dios te me bendiga —*le dice en voz baja.*

La primera vez Valeria se asustó, pero después, no se sentía a gusto si no le echaba la bendición. Valeria creía en esto, creía que alguna fuerza en el cielo la cubría hasta llegar a su casa porque la doña le había echado la bendición.

«Seguro es su nieta», dirán algunos de los atracadores. «Tal vez es familia de Elena» los surcuros, sigilosos como una sombra, se dirían entre así. Así que de alguna manera, la bendición hacía su trabajo.

En la casa de Marian estaban acostumbrados a hacer esos bonches de vez en cuando y que después todo el mundo desapareciera sin siquiera untarse gas detrás de las orejas. Y, como las doñas aún estaban en las aceras, frente a sus casas, las chicas podían estar ahí un tiempo más.

—La Sombra estaba ligando con Sara...

—Argentina revisaba sus memorias—. Y Gregorio con Valeria... y Ramírez estaba con Rose. ¡Yo les digo, esta noche ha sido de ligues!

Valeria se sentó junto con ellas y Nina también, ¿acaso se había referido a Ben, o no había escuchado bien?

—Yo a la verdad que me esperaba eso de La Sombra, a él le gustan con mucho cuerpo así como Sara —Marian comentó—, lo de Ramírez también, ¡felicidades, Rose!

Rose chocó las manos con las de Marian.

¿Si no era de La Sombra de quien hablaban ellas, de quién más sería?

—Pero... ¡¿tú, Valeria?! A la verdad que te liberaste. Gregorio es guapo.

—Argentina ahora dirigía su mirada a Valeria, y por ese momento sintió el corazón en

la garganta.

¿Qué le había dicho? No escuchó nada. Quizás la había acusado de algo. A juzgar por su mirada es un chisme, pero ¿qué?

Quizás si no hubiese estado pensando en el ligue de La Sombra... pero él ni siquiera la había notado. Se sintió tan triste porque realmente quería que la notara.

«Estúpida», se dijo por tercera vez esa noche. Se suponía que ellos no interactuaban y que a Valeria no le debería importar. Pero esta vez sí, estaba enojada y no pensaba envolver a su casa por mucho tiempo. Además, ¿por qué ella siempre debía ir hacia donde él?

Porque lo necesita.

Y lo sabe.

Necesita saber que alguien la espera, que alguien la desea.

Sentir el calor. Escuchar su voz. Lograr que al menos le sonría.

Era algo que la llenaba de a momentos hasta que se vaciaba y volvía hacia donde él. Algo de lo que no se podía zafar tan fácil. Pero algunas veces tenía que parar. Como iba a hacer justo en ese momento. Si él podía meterse con la tipa de gran cuerpo ella también podía meterse con Gregorio.

* * *

Los exámenes estaban llegando y Valeria debía de hacer un montón de trabajo extra para algunas materias, además de que los profesores insistían en que eso sería más práctico y así no tendrían que estudiar para los exámenes, Valeria debía hacerlo también para poder mantener su beca. Debía dar todo de sí, si quería terminar y ser alguien, si al menos quería sacar a su familia adelante.

Se la ponen difícil. Esos trabajos son extensos y tiene que investigar mucho. Valeria no tiene las herramientas a mano, por eso va donde Sabrina, tiene libros y acceso al internet. Allí puede estudiar y ver videos, o quizás películas. Al menos tiene un poco de diversión.

Sabrina tenía dieciséis y era casi de la misma altura que Valeria. Era simpática con ella, como la única persona que le inspiraba confianza en el colegio. No lo suficiente para contarle lo de La Sombra, sin embargo.

Mientras regresaba de la casa junto con ella, Sabrina vio de lejos al grupo de chicos del barrio.

—Oye, él es tan lindo.

—La voz de Sabrina nubló su vista, ¿qué dijo?

—¿Quién? —preguntó Valeria mirando al grupo de chicos de nuevo.

—El chico con la gorra. Él me encanta. Es tan misterioso y lindo, desearía vivir por aquí.

—Continúo Sabrina soñando despierta.

Valeria supuso que ella estaba jugando.

—Sabrina, pero tú vives bien.

—Sabrina vivía en un residencial de clase media, y que ella deseara vivir en ese barrio incomodó un poco a Valeria—. Es estúpido que digas eso. Y además —Valeria se mordió el labio—, él nunca sería bueno para ti. He oído cosas...

—¿Qué tipo de cosas? —De pronto su amiga estaba curiosa.

No había escuchado nada... quizás era el problema. Pero no quería que a su amiga le gustara él... aunque tenía mucho tiempo que no lo visitaba, aunque había tratado de olvidarlo, no quería que nadie se enamorara de él.

—Lo usual, tú sabes...

—le respondió como si ambas compartieran un secreto—. Oye, Sabrina, deberías irte a tu casa ya, va a oscurecer y esto se pone muy peligroso de noche.

—¿Cómo le haces tú entonces? —Le preguntó.

—Supongo que vivir por aquí me ayuda un poco.

—Se alzó de hombros mirando otra vez hacia donde los muchachos.

Después de despedir a su amiga, Valeria cruzó por el frente de los chicos con sus cuadernos entre los brazos. No miró a La Sombra. Sin embargo, sentía una corriente en los dedos, de pronto su cara estaba caliente y comenzó a caminar demasiado rápido. ¿La estaba mirando, verdad? Solo así podría causar eso en ella.

«No lo hagas, por favor.»

Quizás la reprochaba, tal vez le quería decir que la extraña. ¿Que la extraña? Si es verdad eso, entonces es muy extraño, tan extraño como que llueva y los niños no se bañen en la lluvia. Así que aunque Valeria no supiese nada de lenguaje visual, decidió que sí, que algo quería decirle y no se atrevía.

«Cobardes» eran los dos.

Llegó a casa y se echó en la cama hasta que oscureció por completo. Aunque las chicas la estaban volviendo a aceptar de a poco, Valeria no se sentía como antes, ya no se sentía tan feliz con ellas, de alguna forma las odiaba, por su culpa estaba así.

Claribel llamó a Valeria para que cenara, había hecho una maicena con sabor a vainilla que devoró en un instante. Después de charlar con su mamá y contarle sobre un video que vio de una chica comiendo canela en polvo en casa de Sabrina, salió a buscar a sus hermanitos.

—Carol, dile a Carlitos que ya vengan a cenar.

—Carol se levantó del suelo del patio y salió disparada a buscar a Carlitos.

Cuando Valeria lavaba los platos que ella y su mamá habían ensuciado, sus hermanitos entraron a toda prisa, con los zapatos llenos de tierra y las manos sucias de polvo.

—¡Pero lávense las manos!

—¡Está bien, está bien! —gritó Carol.

—¡No, yo quiero seguir jugando con Erick! —Carlitos se echó al piso.

—Ya es suficiente, ve a lavarte las manos y a quitarte los zapatos.

—¿Qué tal si no quiero?

—¡No vas a cenar entonces!

—¡Se lo diré a mamá! —Se levantó del piso, y con sus chanclas sucias de tierra, ensució todo el piso hasta el cuarto de su mamá—. ¡Mami, Valeria está siendo cruel conmigo, la odio!

Valeria bufó y se secó las manos del pantalón que llevaba puesto. Fue a la habitación de su mamá y trató de cargar a Carlitos fuera de allí. Claribel tenía jaqueca, y un niño quejándose no se la iba a quitar de ninguna forma.

En el baño otra vez tuvo que ver su reflejo en el espejo roto mientras sujetaba las

manos de Carlitos debajo de la llave del lavamanos, lo sentó en la tapa del inodoro y le quito los zapatos. Carlitos estaba rojo de tanto llorar, y como resultado de su pequeña lucha, Valeria tenía toda su ropa salpicada de agua y los muslos de su pantalón sucio de la tierra que desprendían los zapatos de Carlitos cada vez que intentaba patearla.

—¡Si no dejas de llorar te pondré de castigo! —Valeria estaba histérica.

El niño no hizo ni un poco de silencio. Lloró hasta que Carol terminó de cenar, y hasta que ya estuvo lista para dormir.

A las nueve y media fue al cuarto donde dormía, donde estaba Valeria, y le topó el brazo.

—Manita... manita...

Valeria lo ignoró por completo, a un lado de ella, estaba Carol durmiendo.

—Tengo hambre y sueño.

—Entonces come y ven a acostarte.

—Tengo miedo de estar solo.

—Su voz se le quebró y sus mejillas se llenaron de lágrimas—. Perdóname, Val, yo no quería decir que te odio. Porque no te odio, te amo, ¿puedes por favor acompañarme a cenar, cepillar mis dientes, y esperar que me duerma antes de irte? —Carlitos sabía que Valeria se ausentaba en las noches, pero no le decía nadie.

Valeria esperó un momento. Carlitos solo tenía seis años, ¿podía enojarse de verdad con él?

—Está bien, te perdono.

—Sonrió, luego se levantó y lo abrazó—. Ven, vamos.

Esperó a que cenara su maicena, y después hizo la misma rutina que había hecho con Carol hacía media hora. Cuando terminó fue al cuarto de su mamá, se sentó a su lado en la cama y con el dedo del medio y el índice juntos le untó un poco de mentol en el lado derecho e izquierdo de la cabeza.

—Mami, voy a salir con Nina, volveré pronto. No te preocupes.

—Valeria le susurró a su mamá al oído, después plantó un besó en su mejilla—. Te quiero mucho, mami.

—Cuídate, Valeria, por favor.

—La voz de Claribel denotaba su malestar—, Pero llega temprano, que si sigo así mañana vestirás a los niños temprano para que vayan a la escuela.

¿No lo hacía todos los días? Ella sabía sus obligaciones, pero como su mamá estaba así no quiso discutir.

—Voy a ver.

—¿Qué hora es?

—Ocho y media.

Si su mamá sospechara y lo fuese a comprobar en los relojes de la casa, ellos confirmarían su coartada, todos los relojes que pudieran existir en la casa ya los había manipulado Valeria, así cuando llegaba «muy tarde», para su mamá solo llegaba «tarde» y ya.

Valeria fue otra vez a la habitación donde dormían los niños y se quitó la blusa mojada que tenía y se puso una camisa sin mangas. Pensó quitarse el pantalón, pero no estaba

tan estropeado. Se miró al espejo antes de salir y comprobó que sus labios se veían muy cenizos. Tenía una barra labial para humectarse y la deslizó por sus labios, después, sigilosamente, abrió la puerta de la casa y se dirigió a casa de La Sombra.

Capítulo 4

PODRÍA GUSTARLE

Valeria tocó la puerta tres veces. Sus pies se movieron en un vaivén por unos segundos, estaba ansiosa. Pero nada. Nadie abría la puerta. Empezó a sentir frío en los brazos y deseó haberse puesto algún abrigo. Allí parada se debatió entre continuar o darse la vuelta y marcharse, quizás él ya no la quería, quizás ya su no acuerdo había terminado.

Quizás debía dejar de bloquearse.

Tocó la perilla de la puerta, estaba fría, tan helada que sintió un respingo en el cuerpo. La giró. Estaba abierta, qué raro. Entró sigilosamente, y cuando lo hizo, sintió que el ambiente de familiaridad la cubría. El lugar tenía una esencia, un olor que lo definía y sabía que otra vez había caído en su trampa.

No estaba en su sala ni en su cocina, eso era lo primero que veías cuando entrabas a su casa. Así que decidió entrar a la habitación. La luz estaba apagada y lo único que alumbraba era la luz del baño encendida. Nunca la apagaba. Valeria pensaba que era porque temía dormir en una completa penumbra. ¿La Sombra con miedo?, se preguntó.

—Tienes que aprender a controlarte.

—Ben ya sabía que estaba en la habitación. Escuchó cuando tocó la puerta, cuando la abrió y también cuando entró. Cualquiera lo hubiese hecho—. Caminabas tan rápido que parecías un cohete.

—¿Lo notaste? —Valeria preguntó alzando una ceja.

—Ja. Todos lo hicieron, por suerte ellos pensaron que era por Gregorio, ya sabes lo que se anda diciendo.

No sabía qué se andaba diciendo, tampoco quería saberlo. Exhaló y observó cómo Ben se levantaba del suelo y se acercaba hacia donde ella. Él con su mano derecha levantó la quijada de ella para que lo mirara a los ojos.

—Yo sabía que vendrías.

Puso su mano por detrás de su cabeza, agarrando su cabello allí como una caricia.

—Sabía... que... vendrías...

—Comenzó a jugar con sus labios, después los estrelló con los de él, como si estuviera hambriento, como si fuera un nuevo juego ese de no dejarla respirar.

Valeria trató de interponer su mano en el pecho de él para que se detuviera, para que la dejara respirar un segundo, después lo besaría, lo besaría todo lo que él quisiese.

—Te extrañé mucho, Ben.

—Aunque había afirmado, había un pequeño tono de pregunta.

Se detuvo, alejó un poco el rostro de ella para verla mejor, tenía los ojos cerrados. Se alejó más. No recordaba que Valeria supiera su nombre de pila, pero pensándolo, ya sabía mucho de él, Valeria... Valeria... ella estaba adueñándose de su cabeza, eso no podía seguir ocurriendo.

—Ven.

—Le pidió a Valeria. Ella abrió los ojos y él ahora estaba sentado en la orilla de la cama

¿Qué tan rápido puede moverse?

Titubeó por unos segundos, pero cedió. Ben empezó a quitar uno por uno los botones de su camisa. Se tomó su tiempo entre cada uno, deslizándolo sus dedos en la piel que se exponía por cada botón desabotonado. Cuando acabó dejó caer la tela al piso. Acercó su cara a su vientre y soplo en él con una sonrisa en la boca.

Lo disfrutaba, eso, jugar con ella, que ella esté así: con los ojos cerrados sin saber qué hacer. Sus labios hicieron contacto con su piel, abrió su boca y con sus dientes mordió la delgada capa de su piel.

Valeria sintió un escalofrío. Hizo una mueca.

—Valeria, ¿qué tal si bailas un poco para mí?

Valeria no se movió, pero su corazón latió rápido. Él rozaba el vientre de ella con su nariz, esperando su respuesta.

—No puedo.

—¿No puedes?

—No puedo —repitió más alto. Empezó a sentir muy apretado el agarre que él tenía en sus caderas.

Él se levantó y dejó de sujetarla.

—¿No puedes o no quieres? —Le cuestionó, acercándose mucho a ella, tanto que con su pecho la empujaba hacia atrás.

Valeria puso paso firme porque se estaba tropezando y no quería caerse.

—¿Es que acaso estás loco?

—¡No digas cosas estúpidas!

—¿Estúpidas?! —Se sintió ofendida—, ¿Pero por qué tengo que bailar contigo?, eso no está en el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? Yo solo te folio y ya, no tenemos ningún acuerdo.

Sintió una punzada en el centro de su pecho, las manos frías, y los ojos como si fueran una presa a punto de desbordarse. Lo miró con rabia, y recogió su camisa que yacía en el suelo.

—¿Valeria, qué haces? —Hizo un ademán con sus manos señalando hacia donde se había agachado para recoger su camisa. Casi sonó como si estuviera arrepentido de haberle dicho eso, pero era la verdad. Los dos los sabían, ¿por qué evitaban ser sinceros?

—Me voy, yo sabía que no debía volver. Yo sabía que tú estabas con la prima de José. Sabía que tú no me querías más.

—Nunca nos hemos querido el uno al otro, Valeria, deja de decir disparatadas.

¿Disparatadas?, ¿acaso sabía él lo que ella sentía o no?

Se puso su camisa de nuevo. En realidad, no quería llorar. No en frente de él. En vez de eso, deseó con todas sus fuerzas que él dejara de echarle en cara que no tenían nada.

Nada.

«No hay nada», se dijo. «¿Por qué quieres llorar?, ¡no hay nada, no hay nada, no hay nada, ¡no hay nada!»

—No quiero bailar porque no se me da bien, no lo quiero hacer porque como tú dijiste, solo «follamos» y ya.

—Quiso explicarse a sí misma, a él no le debía ninguna explicación.

—Si no lo quieres hacer vete y ya. No hagamos nada, que no te estoy obligando —le dijo. En su voz había desinterés. Hirió su ego.

«Pero quiero una historia de amor...», se dijo. Pero entonces se dio cuenta de que lo que hacía con él era de zorras y no tenía nada que ver con el amor. Salió del cuarto después de volverse a abotonar todos los botones de su camisa.

Ben resopló y salió atrás de ella. «Es infantil... es una niña», se dijo para mantenerse tranquilo. Trato de detenerla dos veces, pero Valeria se rehusaba. A la tercera logró tomar su brazo y voltearla hacia él para después apretarla en un abrazo. Valeria se desmoronó allí mismo. Quería decirle que lo quería, que ella sí lo quería. Pero eso ya dañaría las cosas.

* * *

Calor corporal. Esa es una de las cosas que más le gustan a Valeria. Ese que le da Ben no La Sombra, cuando La Sombra es más como Ben todo es más calmado y tranquilo. Siente que nadie la va a juzgar. Nadie la va a señalar, nadie la va a echar de lado. Él solo estaría tranquilo, sus caricias serían suaves. En sus brazos, en sus mejillas, jugaría con los dedos de sus manos casualmente. Él tiene el poder de quemar su piel sin que le duela en lo absoluto.

—Tal vez estaba celoso.

Su voz casi no se escuchó al decir eso.

Ella no entiende muy bien qué ocurrió. No entiende a qué se refiere. Tal vez no quiere entender.

De pronto sintió una sensación esperanzadora en su pecho, ¿y si la razón por la que Ben actuó así, era porque ella le empezaba a gustar?

Entonces estaría feliz. Muy feliz.

Es tarde, demasiado tarde como para que ella se vaya a casa sola.

—Quédate a dormir.

—No puedo.

—Está muy tarde para que te vayas, ¿no crees?

—Mamá me va a matar.

—Valeria volteó la cara hacia él.

—No lo hará.

Valeria se volvió a voltear y miró la perilla de la puerta.

—No seas aguafiestas.

Una sonrisa fantasmal apareció en los labios de Valeria.

Ben se acercó a su oreja.

—Solo quédate.

* * *

Huele a mañana.

En el barrio siempre se escuchan los pajaritos cantar. Ellos anuncian paz. Si alguna vez no cantaran temprano sus hermosas melodías, entonces sería señal de que no habría paz.

Y todo el mundo se levantaba sospechoso, mirando, observando.

Todos saben que los pajaritos cantan solo donde hay paz.

Ella se mueve, hay alguien dándole la espalda. Dios. Entró en pánico. ¡Había dormido en casa de La Sombra! ¿Qué le va a decir a su mamá?

Se movió rápidamente, se colocó sus sandalias y luego se peinó el cabello. Recordó que era viernes. ¡Tenía que ir al colegio!, ¡tenía que arreglar a los niños!

Miró una última vez a La Sombra y después salió a la calle. A las seis y media de la mañana no hay mucha gente. Entre los que van al trabajo, y los que recién abren las ventanas. Muchos ni siquiera se fijan en el rostro de Valeria.

Antes de tocar la puerta de su casa se dice a sí misma:

«Podría gustarle.»

Todo lo demás carece importancia, ni siquiera escucha lo que dice su mamá.

—... Valeria, Dios, ¿dónde estabas, hija mía?

«Podría gustarle.»

—Nina me dijo que estaba muy tarde como para salir de su casa, lo siento.

«Podría gustarle.»

Claribel miró a su hija.

—Le voy a preguntar entonces, voy a hacerlo, Valeria. Justo ahora, voy a ir a su casa. Tú quédate arreglando a los niños...

«Podría gustarle.»

Despertó a los niños y los arregló, rezó para que Nina secundara su coartada aunque no supiera de qué le hablaba Claribel, además de eso, seguía repitiéndose. «Podría gustarle.»

Todo el día. Ni siquiera le hizo caso al castigo que su mamá le impuso. Le dio gracias a Dios porque Nina la cubrió después de todo, aunque tendría que decirle dónde había pasado la noche, aunque después tendría que decirle que ya se le había quitado «el queso».

En la escuela, todavía sonreía.

«Podría gustarle.»

Se había admitido a sí misma que estaba enamorada de él, de él, de él, de él y solo de él... porque... porque... ¿acaso lo podía explicar?

Según Valeria estar enamorada no es como decían muchas... que el amor destruye... que el amor para las personas solas solo las hacen sentir más solas... que no era bueno estar enamorado... y solo por ese día agradeció haberle hecho caso a Argentina.

Ella estaba feliz. Muy feliz.

* * *

—¿Cuál es verdadero nombre de La Sombra? —pregunto Raini.

—No lo sé.

—Argentina respondió desinteresada—. ¿Por qué no le preguntas a Gisela? Ella estuvo con él...

—Pero por eso no necesariamente significa que él le dará su nombre.

—Rose comenzó a pintar la otra mano de Argentina.

Nina las miró.

—Ramírez o Gregorio, uno de ellos puede saber.

—¿Y por qué ustedes no saben nada de él? —pregunto Valeria.

—Tú tampoco sabes, no te excluyas —dijo Raini.

Valeria se calló. Era verdad, se suponía que no sabía nada de él. Y eso último era bastante estúpido. La Sombra había crecido con ellas y había nacido en su barrio, ¿cómo no lo conocían lo suficiente?

—Como sea, yo solo preguntaba porque el tipo está buenísimo en realidad.

—Barto,.. ¿creo?, algo con «B», estoy segura —Rose intentó recordar—, es que Rain siempre le decimos La Sombra, es como si su nombre no importara tanto.

—Sí, lo que pasa es que nos hemos acostumbrado mucho a decirle La Sombra, ¿ven? —concordó Argentina con Rose—. Valeria, ¿cómo te va con Gregorio?

Valeria sonrió.

—No va nada. No lo veo desde antes de anoche.

—A Val se le ve que no le gusta como sea —dijo Nina y se sentó donde estaba Argentina para que Rose le pintara las uñas—. ¿Te la vas a pintar tú también? —le preguntó a Valeria.

—No, no —respondió Valeria—. Yo me tengo que ir para la casa. Mami... o sea Claribe seguro me espera y no me dejara salir hoy por haber dormido en tu casa.

—Ah, claro.

—¿Valeria durmió en tu casa? —preguntó Raini en voz baja. Pero Valeria escuchó.

Se levantó de la acera y fue camino a casa. Siempre debía pasar por el frente del colmadón donde están los chicos hablando o haciendo nada. Valeria no entiende cómo se mantienen económicamente, si no hacen nada para producir dinero... tal vez sean sus padres, quizás ellos aún vivían del dinero de sus padres. Baja la cabeza, trata de caminar normal... aunque si mira bien, La Sombra no está ahí. Puede actuar normal.

—¡Valeria! —Gregorio la llama. Ella se voltea para verlo venir. En su mano, tiene un celular negro sin teclas—, ven que me quiero tomar una foto contigo.

—¿Y qué es eso? —preguntó Valeria. Los aparatos electrónicos despertaban mucha curiosidad en ella.

—Mi nuevo celular.

—Sonrió en grande y se lo pasó. Valeria comenzó a ojearlo mientras él la guiaba hacia donde estaba antes. Luego se sentó en el banquito vacío y él se sentó a su lado. Minutos después encontró la cámara y estaba por el frente. Vio su cara sudada y sus ojos negros reflejados en ella. Quería un celular así, no para hacer llamadas, sino para jugar, para grabarse, amaba las cámaras.

Gregorio se pegó a ella y se tomaron una selfi, en la que Valeria no sonrió porque no la esperaba. Para la próxima, Gregorio rodeó a Valeria con su brazo para tomar la foto con esa mano y que no saliera en movimiento.

Valeria sonrió, y en ese instante, cuando Gregorio miraba las fotos tomadas, La Sombra se sentó al lado de Valeria, y ella se quedó mirando su perfil totalmente paralizada.

¿De verdad?, ¿por qué lo hace? ¿Estará celoso de nuevo?, había dicho que estaba celoso, antes... antes lo había dicho.

—Eh...

—Valeria empezó a hablar dirigiéndose a La Sombra.

—Valeria, sal conmigo esta noche.

—La interrumpió Gregorio.

—¿Salir contigo? —Valeria dejó de mirar a La Sombra y lo miró a él confundida—, es que no puedo.

—Miró a La Sombra, y buscó su mano por detrás del banco, pero él la apartó. Valeria volvió a mirar a Gregorio—. Tengo cosas que hacer en casa.

—Se puso de pie.

—Valeria...

—Se puso de pie también.

—Hablamos después, Gregorio.

—Se marchó corriendo con una sonrisa en el rostro, no por Gregorio, sino porque La Sombra la miró cuando se levantó.

La Sombra miró a Valeria correr y después observó a su amigo mirar su celular y las fotos que se había tomado Valeria con él. Y él, su amigo, estaba sonriendo, y se empezó a preguntar cuándo empezó su mejor amigo a enamorarse de ella.

¿Cuándo había empezado con esto y por qué no se dio cuenta?

—¿Te gusta Valeria? —Su voz sonó demasiado desinteresada. Se le daba bien.

—No lo sé, Ben —responde—. Estoy tratando de saberlo.

—No juegues con ella. No se merece que la utilices.

—La Sombra no se sentía para nada hipócrita. Es más, ni siquiera se había dado cuenta de que lo que le decía a su amigo que no hiciera con ella, lo estaba haciendo él, y quizás era la razón de todo. Porque él sentía que tenía más derecho que todos sobre ella.

Capítulo 5

DESEO

—Necesito un favor.

—Su voz salió entrecortada, había venido corriendo.

—¿Sí? —preguntó desinteresado, estaba preparando un tazón de cereal cuando ella había irrumpido a la casa—. ¿Pero ni siquiera vas a saludarme?, ¿a decirme hola?

—Hola.

—Se acomodó el cabello detrás de la oreja.

Ben sonrió.

—Bien, ¿quieres compartir el cereal?

Su estomago rugió. Bueno, sí, tenía hambre. Le había dado toda su cena a Carlitos para que dejara de hacer berrinches y se fuera a acostar. Pero divagó, estaba pensando en si debía o no comer ahora.

Despertó. Pestañeó varias veces y avanzó unos pasos.

—Quería dinero prestado.

—¿Dinero? —repitió, la miró con ojos despectivos y se sentó en el sofá con el tazón de cereal apoyado en la mesita que le quedaba al frente. Era mucho cereal, ¿podía comerse todo eso? Valeria agarró su estómago—. ¿Cuánto dinero quieres, Valeria?

A veces... a veces Ben le prestaba a Valeria, aunque no era a ella exactamente, era a su mamá. Valeria prefería mil veces pedirle dinero prestado a Ben que a Julia, su vecina de cuadra, ella era una arpía y lo vivía echando en cara. Al menos Ben se lo prestaría hasta que consigan el dinero para pagarle.

—Son mil pesos...

Tomó una cuchara llena de cereal y la masticó.

—¿Segura que no quieres? —Se limpió la boca, Valeria se distrajo con sus labios. Luego se acercó y se sentó al lado de él—. Abre la boca.

—No soy una niña —le dijo, poniendo los labios en línea recta.

—¿No lo eres? —preguntó cínicamente.

Valeria negó y comió del cereal, tenía hambre.

Ben bajó la mano de Valeria, que sostenía la cuchara e hizo que la soltara, besó a Valeria inclinándose sobre ella. Valeria lo detuvo. Tenía que detenerse porque estaba empezando a sentir cosas. Y no las cosas que sentía antes, era algo más fuerte. Algo que ni ella misma podía evitar.

—¿Qué pasa si me llegas a gustar mucho? —le preguntó Valeria con una de sus manos en su cuello. Buscaba algo en los ojos de Ben pero no encontró nada.

Él la miro por unos segundos. No podía hablar en serio.

—Yo nunca te voy a gustar, Valeria. De eso tienes que estar segura, ¿bien?

—¿Por qué? —Se sintió confundida.

Se levantó del sofá y fue caminando al cuarto. Valeria se quedó allí. En realidad, pensó que él le respondería con algo tierno. No fue así.

Desde la habitación le voceó:

—Eso solo pasaría si fueras estúpida, y Valeria, yo no creo que tú seas estúpida.

—¿Cómo sabrías si soy estúpida o no? Mira como siempre vengo a ti, ¿no soy ya lo bastante estúpida?

Volvió a la pequeña sala y se hincó en el sofá al lado de ella.

—No lo eres. Lo sé, Valeria.

—¿Y tú lo eres?

Se inclinó y agarró uno de los labios de Valeria con los suyos. Después se alejó y colocó algo en su mano.

—No lo soy.

—¿Es que no te gusto? —preguntó ella.

—¿Qué clase de pregunta es esta? —Se rio. Recogió las sobras de cereal que había dejado Valeria. Se lo había comido casi todo, sin ni siquiera darse cuenta.

—Yo te pregunté que qué pasaría si me llegas a gustar mucho, y tú dijiste que no era lo suficientemente estúpida para eso...

—Ve al grano.

—Se oyó molesto, Valeria se movió incómoda en el sofá.

Tenía el dinero en su mano. Podía irse. Pero no quería, La Sombra no era su proveedor monetario, era su proveedor de compañía. A veces, si lo hallaba de buen humor, podía sacar las palabras justo como las pensaba. Sin tener que pasarlas por filtros ni nada.

—¿Podrías enamorarte de mí?, ¿eres lo suficientemente estúpido?

—Tú sabes que yo no soy estúpido.

Valeria entendió la respuesta. Se levantó del sofá.

—Me gustaría ser estúpida, por ti.

Ben estaba recostado de la meseta de la cocina, mirándola. Ella era inteligente, esc pensaba él, pero, ¿acaso sabía de qué se trataba todo esto, o solo se hacia la estúpida?

—Es lo que estás haciendo justo ahora, ¿fingiendo ser estúpida?

Valeria exhaló ruidosamente.

—Hablas en código morse y no te entiendo. Solo dime, ¿es que yo nunca podría gustarte? —Le gustaba lastimarse, sabía la respuesta y ya sus ilusiones pasadas habían sido brutalmente asesinadas por sus palabras. Sintió un nudo en la garganta.

—Tú y yo no congeniamos. Quiero decir que, así como tú no me gustas, tú no deberías gustar de mí. Ni un poco. No somos nada. Tú eres libre, yo también. Tú sabes eso. Lo sabemos los dos.

Valeria mordió su lengua. Asintió. Se le ve tan normal. No pasó nada. No dijo nada malo. No la lastimó.

«Nada.»

—Olvida lo que digo, Valeria...

—Empezó a decir preocupado cuando vio que se marchaba de la casa. Si no la conociera bien, pensaría que iba a llorar, pero él sabe que ella es fuerte, que no va a llorar

—. ¡Valeria, hazme caso cuando te hablo! —Ella se mordió el labio y se dio vuelta. Odiaba que subieran la voz—. Tal vez si te deseo —dijo soltando las palabras—, ¿te conformas con eso?

—Pero no me quieres.

—Se alzó de hombros.

Sacudió su palma hacia abajo para que hablara más bajito. Si hablaba tan alto, podría escucharla.

—Valeria —la llamó, para que le prestara atención—, ¿de verdad importa? Solo déjalo ir.

—Está bien, yo ya me voy.

—Lo nuestro es deseo. Y de ahí no pasará porque no somos estúpidos. ¿De acuerdo? —le voceó a su espalda.

Valeria siguió caminando y asintió. «Está bien», se dijo, después se lanzó a correr tan rápido como pudo. Cuando llegó a su casa tiró el dinero encima de la mesa, y se echó con sus hermanitos en la cama porque se negaba a dormir en el piso.

—¡Valeria! ¿Qué es esto? —La voz de su mamá venía de la cocina.

—¿El qué? —voceó devuelta. No le importó que sus hermanitos estuvieran allí durmiendo.

—¡Ven!

Valeria se levantó de nuevo, fue arrastrando los pasos hacia donde ella otra vez. Claribel estaba en el comedor con tres papeletas de mil pesos.

—Solo dije mil —preguntó extendiendo el dinero.

¿Por qué La Sombra le había dado más de lo que había pedido?

—Quédate con los dos mil, me los gané.

Y se volvió a acostar. Su mamá se quedó con la boca abierta, sin entender nada. *Osin* queriendo entender nada. No quería saber cómo su hija consiguió tanto dinero, no quería saber cómo se los había ganado. Se tragó eso para sí misma. Los necesitaba.

* * *

—¿Quieres decir que es tu menarquia? —Abrió los ojos.

—Creo que sí.

—Se alzó de hombros.

—¿Sabes lo que tienes, no?

—Sí.

—No entres en pánico.

—Le regaló su caja de toallitas que guardaba en el casillero del salón de maestros—, te va a venir cada mes y a veces dolerá, algunas veces tus pechos se hincharán y te llenarás de agua, o te pondrás de mal humor. Todo eso es normal y no te asustes.

Valeria soltó el aire. Así que por eso le dolían los pechos. Le iba a llegar por primera vez. No tenía ninguna ETS y Dios no la estaba castigando por hacer cosas malas.

—¿Cuándo va a parar?

—Todo depende, ¿en serio es tu primera vez? —Alexa, la profesora, preguntó otra vez.

—Sí, nunca antes.

Algo hicieron mal al no explicarle bien todo ese asunto de ser mujer, o a lo mejor ella no prestó atención. Lo que sea, Valeria tiene el presentimiento de que no es la única chica desinformada. Nunca le importó. Hace algunos meses atrás seguía jugando con muñecas

que tenía en su casa y que ya las había heredado Carol. También vestía como una niña. Pensaba como una.

Todo cambió después de que comenzó a escuchar a Nina y a sus amigas, aprendió un par de cosas, también cuando comenzó a ir donde Ben, le enseñó muchas cosas. Despertó sus sentidos. Él explora todo en ella, como ni ella misma puede. Robó su inocencia, sin embargo, ella estuvo de acuerdo. Ahora es una mujer; no lo parece tanto por fuera, aunque en su rostro se pinta una pizca de inocencia. Lo es. Es una mujer desinformada sobre las partes de su cuerpo. No sabe nada de ella, ni de sus cambios, ni de sus hormonas, ni de cómo debe cuidarse.

— Ahora podrás procrear bebés. Eres una mujer completa. Y te debes proteger.

La cara de Valeria se quedó inexpresiva, ¿sabía que no era virgen?, ¿Qué era una mujer «completa»?

— Pero yo no hago nada de eso.

— Su voz salió temblorosa.

— Lo sé, Valeria. Pero tienes que saber esto. Toda chica debe saberlo.

— Dejó sus cuadernos en la mesa del salón de los maestros, Valeria guardó las toallas en su mochila—. A mí también me llegó tarde. En realidad a los diecinueve, ¿tú tienes diecisiete, verdad?

— Ajá... —dijo insegura. La verdad es que prefería tener esta charla con una profesora más que con su mamá. Si fuera Claribel ella lo descubriría, puede ver a través de sus ojos. Se da cuenta de lo que oculta aunque no lo demuestre.

— Podrías empezar mañana, en una semana, o en un mes, tal vez en años. Pero cuando empieces a tener tu vida sexual activa debes protegerte. No querrás salir embarazada sin estar lista, ¿cierto?

— Ajá...

— Píldoras, condones, inyecciones... hay muchas formas. ¿Está claro eso para ti?, ¿conoces esos métodos?

— Nuestra profesora de Orientación Sexual fue muy clara en esos tipos, y otros más pero profe, no pienso hacer eso ahora. Espero llegar virgen al matrimonio.

— Sonrió nerviosa, sus ojos estaban brillosos—. Sin embargo, gracias por su ayuda.

— Tocó su mochila—. En serio, gracias.

Valeria tropezó cuando intentó salir de la sala de maestros. Después colocó su cabello detrás de la oreja e inhaló y exhaló profundo.

* * *

— ¡Ya eres mujer!, ¿ya eres mujer? —Nina saltó varias veces—, ¡esto hay que vocearlo!, espera, ¿qué dijo tu mamá?

— Hizo un alboroto al igual que tú.

— Esto es tan divertido.

— Aplaudió dando brinquitos.

— No es divertido. Tengo ganas de golpear a alguien fuerte mente.

— Valeria miraba sus pies mientras caminaba.

— Aún no entiendo por qué te llego tan tarde —le dijo.

Las dos se dirigían para la cancha, donde estaban todos debido al juego de básquetbol de los muchachos del barrio.

Eran las selecciones, varios equipos de distintos barrios tenían un partido para definir quiénes irían a las finales. Este partido, entre Surcuros y Lobos, tocaba en la cancha del barrio.

Usualmente en estos juegos vienen muchas personas y se cobran entradas, pero cuando es en las selecciones, y no en las finales, no van muchas personas, por lo tanto, la entrada es gratis.

Valeria puede ir a ver a La Sombra sudar desde lejos bajo los incesantes rayos del sol. Puede escuchar a chicas suspirar por él, y no poder hacer alarde de lo suave que son sus manos en su cuerpo. Puede verlo a la luz del día por mucho tiempo, quizás nadie note que solo lo mira a él.

—Mi mamá dice que es de familia, que ella fue a los dieciocho, y la profe dice que no es nada, que ella fue a la diecinueve.

—Tampoco lo sabía, eh, ahora cuando te quiten el queso tendrán que usar protección. No vas a querer tener un hijo a estas alturas.

—Se acercó a Valeria, tocando su brazo—. Yo he escuchado casos en los que las chicas salen embarazadas en su primera vez. Tú no quieres que eso te pase, ¿verdad?

Nina entró por el portón de alambrado y se sentó en las gradas. Valeria vaciló un poco. No quería estar embarazada. Su papá la mataría. Su mamá moriría de pena. Destruiría todo, incluso más de lo que estaba ahora. ¿Cómo algo tan bonito como un bebé podría destruir tan catastróficamente la vida de alguien?

—¿Qué, no vienes?

Valeria fue donde Nina y se sentó junto a ella. Hay un par de personas más ahí también, las otras tienen un círculo alrededor de dos chicos en medio de la cancha.

La Sombra y otro chico. Ellos están discutiendo, Valeria no llega a entender qué está ocurriendo. Iba a pararse y decirle a aquel chico que se aleje de Ben.

No puede. Ella es una chica. El tipo tiene músculos, y se supone que ella no habla con Ben. ¿Cómo va entonces a defenderlo?

Ben salió de allí disparado a la banca, no iba a discutir más. Mientras caminaba atrapó a Valeria mirándolo. Ella llevaba un abrigo, recordó que era noviembre. Que hacía un poco de frío.

No había vuelto por toda una semana después de que le dijo que solo la deseaba. Y ahora estaba allí, viéndolo de lejos cuando fácilmente podía verlo de cerca.

—Sombra, ¿qué ocurre? —Pregunta Nina cuando él llega a las gradas, allí tiene su franela¹—. ¿Por qué peleabas?

Él la mira y después responde:

—Cometió una falta, es un maldito tramposo.

—Se puso de nuevo la franela—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

«Ustedes.» ¿Se había referido a Valeria? Si es así, entonces no ve una razón por la cual no pueda responder.

—Vemos el juego.

—Valeria le sonrió. La Sombra miró hacia arriba, su sonrisa se borró.

—Ya acabó.

—Miró hacia otro lado, y después se marchó.

—¿Desde cuándo estas aquí? —Ben tenía algo en las manos, lo guardó cuando sintió que ella estaba cerca.

—Acabo de llegar —anunció alzando las manos.

—Ven aquí.

Valeria se acercó y lentamente se sentó junto con él en la cama. Está tibia, de él. Extrañaba eso.

—Puedes tomarte fotos con esto cuando quieras.

—Era una pantalla sin botones, la cámara frontal estaba encendida. Valeria miró la pantalla y se vio a sí misma reflejada en ella.

—¿De dónde lo sacaste? —No sabe nada de eso. Pero sí sabe que es bastante cara. Y no es como la que tenía Gregorio, es más grande, liviana, sencilla. ¿Lo habrá robado de alguien?

—Mi papá, es que él vive bien.

—¿Y entonces porque vives por aquí?

—Por ti —dijo y sonrió—, y también porque no me gusta vivir del dinero de mi madrastra, ¿entiendes?

Valeria asintió. La Sombra deslizó su mano por el cuello de ella y la empezó a besar. Valeria siguió el beso. Mandaba corrientes por todo su cuerpo.

—Uhm... —rompió el beso—. No vine a hacer eso.

—¿Y a qué?, ¿más dinero? —preguntó—, no te estoy cobrando, pero no voy a prestarte más, porque después no me podrás pagar y vas a dejar de venir aquí por eso.

—Tengo mi período.

—Soltó sin escuchar lo que él decía.

—¿Qué?

—Es mi primero —continúo diciendo mirándolo a los ojos—. Ya no podemos tener eso. No quiero salir embarazada.

La Sombra se rascó la barbilla uniendo las palabras de lo que ella acababa de decir.

—No me importaría tener un hijo tuyo, me gustan tus ojos.

Algunas veces, La Sombra, Ben, es muy confuso. Porque dice cosas como esas, le hace creer a Valeria que está enamorado de ella, que realmente la quiere y que su vínculo es fuerte. Pero no. No es nada.

—Pero quiero protegerme.

—Tengo condones. A veces lo uso contigo, otras veces se me olvida.

—Estrujó su cara con la mano—. No sabía de esto, pero aun así no soy tan descuidado, Val.

—Solo trata de que nunca más se te olvide.

—Le pidió y después lo abrazó por largo rato. Fue un impulso—. Me tengo que ir, Ben.

—Valeria...

—La llamó antes de que saliera por la puerta de su habitación, ella se dio la vuelta—. Si Gregorio te invita a salir, sal con él.

Valeria divagó, ¿de dónde venía esto?, ¿salir con su mejor amigo estando con él?

—¿No te enojarás conmigo? —preguntó.

—No, no lo haré. Yo también podría estar saliendo con otra.

—¿Y te acostarás con esa otra? —preguntó sin pensar la pregunta dos veces.

—No lo sé, Valeria, ¿para qué quieres saber?, ¿acaso te pregunté si lo ibas a hacer con Gregorio? —respondió irritado.

—No lo haré —respondió despacio. Volvió a caminar hacia afuera.

Capítulo 6

LA CITA

Es domingo y Valeria y sus hermanitos se dirigen a la escuela dominical. Aunque ella siente que es injusta la forma en que viven ahora, cree en Dios y, sorpresivamente, no lo odia.

Algunas veces le preguntaba por qué ocurre todo. *¿Por qué pasan cosas malas?* Otras, dudaba que existiera de verdad, pero como no se convencía de su no existencia y no tenía ninguna otra prueba firme que lo confirmara sino más argumentos para confirmar su existencia, creía en él.

A Valeria le gusta orar a Dios e ir a la iglesia. Pero no le gusta la gente de la iglesia. El Monte de Nazaret es una iglesia pentecostal que se alza al final de la calle de delante de su barrio. Prácticamente no estaba situada en su sector, era más bien uno mucho mejor, y los miembros de la iglesia eran de mayor clase social; la gran minoría pobre, como Valeria, ni siquiera se notaba.

No es de extrañar que se sienta excluida por las chicas de la iglesia por igual. Tal vez su ropa no hacía diferencia con la de las chicas del barrio, pero sí con de las chicas del Monte Nazaret. También, cuando iba a escuchar las prédicas en la noche, se sentía atacada. Como si todo lo que decía el predicador la denigrara y la hiciera sentir pecadora.

No siempre es el mismo predicador, ahí radica el punto, son distintos cada domingo. Solo hay una sola cosa en común; todos coinciden en que ella es una pecadora y que vivirá por una eternidad en el lago de fuego y azufre.

No la señalan, y tampoco saben su nombre. Pero Valeria sabe que hablan con ella, sobre ella, sin piedad. Quizás Dios le esté mandando un mensaje.

Pero tampoco es su culpa. Es que no puede parar de hacerlo. Es lo que la mantiene viva de alguna forma, y quizás nadie lo entenderá. Ni siquiera su consejera de la clase dominical cuando le dice que el sexo antes de matrimonio es pecado.

Y Valeria no cree que él se quiera casar en realidad.

Los tres hermanos vienen agarrados de las manos y cantando uno de los coros de la iglesia. Al entrar a la cuadra del barrio se nota el cambio de ambiente. Algunas veces es tan radical, hasta con los ojos cerrados Valeria se daría cuenta de que llegó al barrio, los sonidos, los olores, todo.

Está mirando al suelo, y se detiene, alguien con unos jeans azules está frente ella. Alza la vista y lo ve, es Gregorio, él la está mirando con una sonrisa. Trata de sonreír, pero no lo hace.

—Esta noche —dijo—, deja que te compre un helado.

—¡Yo quiero helado, Valeria! —gritó Carlitos. Carol lo miró mal.

—Calla, Carlitos.

—Carol se puso el dedo índice en los labios.

—Yo no puedo.

—Valeria respondió apenada negando con la cabeza—. *Lo siento.*

—Si no quieres estar sola conmigo, no sé, tu hermanito puede ir.

—Gregorio la estaba siguiendo.

—¡Yo quiero ir, yo quiero ir! —Carlitos se detuvo y empezó a saltar.

—¡Carlitos!

—Carol, no le grites así.

—Valeria miró en señal de reprimenda a su hermano mientras lo haló del brazo. En ese instante recordó lo que le había pedido La Sombra. ¿Que salga con su mejor amigo?, ¿de verdad? —, ¿puede ir Carol también?

—Claro.

—Suavizó la voz y sonrió. Después, acarició la mejilla de Valeria y le planto un beso allí.

—Te veo después.

Se quedó parada allí por unos segundos. Rápidamente volvió a caminar, otra vez con la vista hacia la calle, los niños seguían cantando, pero Valeria ya no podía. Se estaba preguntando del cómo sabía La Sombra que su amigo la invitaría a salir, ¿hablaban de ella entre sí?, ¿no sería incómodo? ¿Por qué Ben simplemente no le decía a Gregorio que ya ella estaba con él?

* * *

—¿Qué te respondió?

—Aceptó —dijo con una sonrisa—, aunque tendré que ir con sus hermanitos.

—Aun así, su voz no sonó decepcionada.

—Qué pena, no te podrás acostar con ella como planeaste.

—Inevitablemente, en la voz de La Sombra había tirria.

—Valeria se está poniendo linda, ¿no ves? Solo quiero tomarla antes de que alguien más lo haga.

—Si existió ese tono de voz, Gregorio ni lo notó. Seguía mirando al lado este de la calle.

—¿Y si ya está tomada?

—Yo no lo creo.

—Frotó sus manos mientras veía cómo el viento movía el vestido de Valeria y dejaba ver un poco más de sus piernas.

* * *

—¡Mami, me tienes que poner lindo! —chillaba Carlitos mientras Claribel abotonaba su camisa.

Valeria se peinaba el cabello con un moño alto y la cola suelta. Tomó el pintalabios que le había regalado Nina y lo untó en sus labios.

—¿Y con quien es que van a la heladería? —Preguntó la mamá de Valeria otra vez para estar segura. Lo había preguntado varias veces ya.

Carol se veía adorable con su vestido de flores y dos colitas.

—El novio de Valeria nos invitó a comer helado —respondió la niña.

—¿Novio Valeria?, ¿no estás muy pequeña? —Le voceó para que escuchara desde el baño.

Valeria bufó, y salió del baño.

—¿Novio?, ¿en serio le crees, mami? Es un amigo, tú lo conoces, es Gregorio.

Claribel asintió y le arregló las medias a su hijo.

—Al menos vas con dos guarditas que no dejen que hagan nada inapropiado.

—¿Cómo besarse, mami? —preguntó Carol en la oreja de su mamá.

Claribel asintió, y les dio las reglas. Consistían en que no hicieran molestar a su hermana ni pasar una vergüenza, tampoco podían pedir nada que no le preguntara Gregorio si querían primero.

Cuando los niños salían por el callejón, Claribel haló del brazo a Valeria.

—Ya tienes que cuidarte, Val. Eres toda una mujer. Si te toca en lugares que te hagan sentir incomoda, golpéalo. No te dejes amedrentar. Eres hermosa, ¿está bien? Si no funciona con él, funcionara con otros. Es el primero de muchos.

Valeria la miró tan confundida como su rostro lo reflejaba.

—¿Por qué me dices todas esas cosas?

—Porque en algún momento te lo tengo que decir, y ahora que saldrás por primera vez con un chico...

—Sí, pero somos amigos, y mamá, voy con mis hermanos.

—Le besó la mejilla y alcanzó a los niños afuera del callejón.

Tal vez si su mamá supiera que de lo que la trata de proteger ya no es válido, quizás ni la dejara salir ahora. Pero no lo sabe. Lo desconoce, o simplemente lo ignora.

* * *

Gregorio llevó a Valeria a una heladería que quedaba cinco cuadras después de su escuela. La llevó en el auto que vio a La Sombra arreglar esa misma tarde.

—¿De dónde sacaste este auto?

—La Sombra, Ramírez y yo lo compramos. Nos turnaremos para usarlo.

—Le sonrió.

En la heladería Carol y Carlitos jugaban en los juegos del local mientras Gregorio hablaba con Valeria. A ella le daba risa cuando Carol la miraba y le hacía una seña para que supiera que la estaba vigilando.

Cuando se levantaron para comprar los helados, en el camino de regreso al asiento, Gregorio intentó besar a Valeria, pero ella lo esquivó.

—Lo siento.

—No, no, yo lo siento, Gregorio. Es que no necesito una relación ahora.

—Está bien. No quiero que creas que me quise proparar contigo.

—El rostro triste que puso Gregorio hizo que el corazón de Valeria sintiera pena. Y tomó su mano.

—Podemos ir despacio, no sé, conocernos, ¿está bien?

Gregorio asintió.

Valeria se levantó de su silla para plantarle un beso en la mejilla a Gregorio. Y en ese mismo instante sintió que traicionaba a La Sombra.

—El miércoles le dijiste a tu mamá que habías amanecido en mi casa, ¿pero adivina qué?, no fue así.

—Nina sonrió con todos los dientes—. No me malinterpretes, estoy orgullosa de ti, ¿pero dónde demonios amaneciste, Val?

Valeria y Nina llevaban rato sentadas en el murito de una casa en el lado oscuro de la calle hablando de su cita con Gregorio. Era tarde, como las diez, y Valeria aún no quería ir a acostarse. Se le sentía decepcionada. Sin ganas de nada.

Valeria cerró los ojos. No quería responder.

Nina notó su forma.

—Val, ¿a tu amiga no le dirás? —Habló como si estuviera decepcionada.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

¿Qué iba a hacer?, ¿en serio le iba a decir?

—Amigas por siempre, Val, recuerda.

—Alzo el meñique y sonrió ladeando la cabeza.

—En la casa de un chico.

—Valeria miró a Nina y después cerró los ojos esperando su reacción.

—¡Lo sabía! —Nina saltó voceando, después se bajó para susurrar—, ¡ya te quitaron el queso! ¡Yo sabía, yo sabía!

A Valeria se le escapó una sonrisa por la reacción de su amiga. Por ese momento, no se vio tan mal. Quizás lo que ella hacía no era malo en lo absoluto. Era normal, una etapa.

—Espera... ¿Quién te lo quitó?

Valeria no respondió y solo la miró.

Nina se sentó de nuevo al lado de Valeria.

—¿Fue cuando me preguntaste que si me había dolido mi primera vez?, ¡¿desde hace tanto tiempo?! ¿Y por qué no me habías dicho?, ¿lo sigues haciendo como si nada?

Valeria se sintió abrumada con las preguntas. Abrió la boca, respiró, y después la cerró.

—En realidad, yo estaba...

—La volvió a abrir.

—¿Fue Gregorio, cierto?, ¡Lo sabía!, todos lo rumoreaban y yo desmentía el rumor. Aquí todos piensan que tú y Gregorio están juntos a lo secreto.

¿Todo el barrio pensaba eso?, quizás por ello La Sombra le pidió que aceptara salir con él. Él deseaba que pensarán que ellos dos estaban juntos para que nadie sospechara de ellos dos.

Tenía que detener el rumor antes de que llegara a oídos de su mamá. O si no la tacharía de mentirosa, ¿pero cómo lo hacía?

—Y... ¿fue bueno?, ¿cómo te trató Gregorio?, ¿cómo te trata ahora?, ¿te ha enseñado muchas cosas? Oh. Por Dios.

—Nina se tapó la boca, luego quitó las manos—. ¿Cómo es que yo no noté esto? ¡Tus caderas han crecido!

“Y probablemente es mentira» pensó Valeria, luego lo revisaría.

—Dile a todos que sigo siendo virgen, por favor, Nina, di que yo te lo dije.

Nina se cruzó de brazos.

—Pero, ¿por qué? Gregorio es un tipo bueno. Y no se pone a hablar de ti con los otros chicos.

—Nina estaba confundida.

—¿Quién empezó el rumor?

—Yo no sé, Valeria.

—Alzó los hombros, en su tono de voz había irritación.

Valeria se levantó del murito.

—Está muy tarde. Mejor me voy a dormir.

Nina se alzó de hombros.

A Valeria no le gustaba Gregorio. Él era lindo, y se portó bien con ella al acceder a comprarle helados a sus hermanitos. Pero en ese momento en quien Valeria pensaba era en La Sombra, era quien navegaba en su mente toda esa semana.

Y después la confusión, el deseo de estar con él cada día, y los sentimientos que crecían en ella. Si mirara atrás no se hubiese imaginado como una persona que dependiera de otra, pero era todo lo que ella era ahora.

Capítulo 7

ALIMENTAR LOS RUMORES

Valeria está hecha un ovillo en la cama. Tiene las rodillas flexionadas y su cabeza está hacia abajo mirando las uñas de sus pies. Siente el roce de los dulces labios de Ben en su espalda. Ellos hacen un sonido y después vuelve a escuchar cómo respira él por la nariz y toca con sus dedos su espalda. Deja un rastro frío cuando se aleja para luego volver a besarla.

—¿Por qué no besaste a Gregorio?

Valeria levantó la cabeza. Los huesos de su espalda se movieron.

—No quería hacerlo.

—¿Por qué? —Le preguntó—. ¿Por qué no lo hiciste Valeria?

—Porque sentí que estaría engañándote.

—Respondió rápidamente.

—¿Engañándome? —La miró a los ojos—. Tú y yo no somos nada...

—¡Lo que sea que tenemos, sombra! —Le respondió, no suele llamarle sombra, sino Ben, pero esta vez se le escapó—. Aunque tú tal vez pienses que soy una zorra, no lo soy. Me acuesto contigo y no pienso hacer lo mismo con Gregorio.

—*Valeria.*

—Tú quizás quieras eso. Que todo el mundo piense que salimos él y yo, pero no lo quiero a él.

La Sombra sonrió, y besó a Valeria hasta que la subió encima de él a horcajadas.

—Me alegra que no lo hayas hecho —dijo antes de besarla—, porque así no me siento tan mal por no haberlo golpeado cuando llegó esa noche.

—¿Por qué lo ibas a golpear? —dejó de besarlo y lo miró a los ojos.

Él no respondió, comenzó a besar su cuello, y después su boca. Valeria dejó de protestar.

* * *

Valeria estaba haciendo la cena para los niños y su mamá cuando Nina entró a su casa y se sentó en una de las sillas de madera. Valeria se volteó y la miró.

—Nina, hola. ¿Qué haces?

—Vine a buscarte —le responde'—. ¡Hola, mamá de Val! —Saluda a Claribel cuando esta sale de la habitación para ver quién ha llegado a la casa—. ¿Puede Valeria ir conmigo a hablar en la acera de la casa de Rose?

Claribel mira a Valeria y después a Nina.

—Es que Valeria me tiene que hacer la cena y después fregar.

Nina puso cara de pena.

—Por favor.

—Suplicó.

—Mami, ¿puedo ir cuando acabe?

—Si no es muy tarde —dijo cediendo sin querer, entre dientes.

Valeria le sonrió a Nina antes de que se fuera.

Cuando ya terminaba de fregar la olla en la que había hecho los espaguetis, recordó que tenía un examen al otro día, y que tenía que estudiar con el repaso que su amiga Sabrina le había prestado. Se secó las manos con el pantalón jean que llevaba puesto y corrió a su bolso de la escuela, sacó el papel y comenzó a memorizar los conceptos de los diferentes tipos de oraciones.

—¡Mamá, ya me voy! —gritó cuando abría la puerta de madera.

—¡Primero acuesta a los niños, Valeria! —le respondió.

Valeria bufó y se devolvió arrastrando los pies. Ya se quería ir de ahí. Fue al cuarto de los niños y los mandó a cepillarse, después los acostó y se quedó con ellos hasta que se durmiera Carlitos.

—¿Valeria...? —Carol topó el hombro descubierto de su hermana.

—¿Sí? —respondió susurrando, no quería despertar a Carlitos.

—¿Alguna vez papá va a volver? Le dijeron a Carlitos que fue a trabajar lejos, yo le oré a Dios para que vuelva, ¿pero no crees que ha pasado mucho tiempo?

—Carol —dijo en tono dulce acariciando su mejilla—, mi amor, pídele a Dios que nos ayude a nosotros primero.

—Yo sé que no se fue a trabajar, él nos dejó porque somos pobres, ¿verdad?

—¿Pobres? —preguntó Valeria y se levantó—. ¿Recuerdas lo que dijeron en la iglesia?

—No —respondió—, no presto atención.

—¡Pues deberías, Carol! —se rio y le golpeó suavemente en la rodilla—. Dijeron que si tu corazón es limpio, eres una persona rica. Siempre recuerda eso, hermosa. Duerme bien.

—¿Gregorio nos llevara a salir de nuevo algún día? —preguntó Carol.

Valeria ya iba saliendo de la habitación cuando escucho eso.

—No lo sé.

Antes de salir de la casa, Valeria fue al cuarto de su mamá para besar su mejilla, y Claribel le dio quinientos pesos para que se los pagara a la vecina. Valeria se alegró porque iría a la casa de La Sombra a pagarle. Pero cuando fue, no se encontraba, todo estaba oscuro y se extrañó de que fueran las diez y él no estuviera en su casa.

Valeria guardó el dinero en sus zapatos y se dirigió a la casa de Rose sin mirar al frente, solo miraba al repaso del examen. Cuando estuvo cerca, dobló el papel y lo guardó en su bolsillo del pantalón.

Se acercó y todos estaban en una gran ronda entre la mitad de la calle y la mitad de la acera, once personas sentadas allí. Miró a los lados y había dos personas apartadas, en un rincón. Se estaban besando, y cuando Valeria se acercó lo suficiente a la ronda, descubrió que eran La Sombra y Sara.

Su semblante cayó y sintió que su frente se hacía grande y tomaba toda su cara.

—¡Valeria, ven aquí! —Nina haló a Valeria para que se sentara junto a ella en la ronda. En el medio había una botella. Valeria tenía su mirada perdida en la botella cuando Nina le susurró: —Jugamos al pico de la botella, ¡y mira quién está ahí!

Valeria cruzó miradas con Gregorio y él le sonrió antes de hacer girar la botella.

Ella daba vueltas como todas las palabras bonitas que La Sombra a veces le decía. En ese momento lo odiaba. ¿Cómo se atrevía a ponerse celoso si ella hubiese besado a Gregorio, pero él sí podía besar a Sara? Qué idiota.

La botella paró donde Argentina, ella aplacó los rizos de su cola y dijo:

—¿Puedo cederle mi oportunidad a alguien más...? Es que no quiero meterme en asuntos de otras.

Algunos sonrieron. Era como si todos estuvieran haciendo un complot.

—¿A quién se lo das, *ami*²! —pregunto Rose con una sonrisa en la boca.

—A Val, mi querida Val.

—Argentina señaló a Valeria y Valeria alzó la vista hacia donde ella. ¿Qué han dicho? Ella no escuchó nada. Estaba muy ocupada con una guerra en su mente de si mandar a Ben a la mierda o no.

Valeria levantó una ceja y preguntó:

—¿Qué?

Argentina tomó la botella y la puso en dirección hacia Valeria.

—Te toca besar a Gregorio. No es que sea nada nuevo.

Valeria sintió que sus orejas ardían, ¿delante de todos?, ¿delante de La Sombra? Aunque él no estaba ahí exactamente, él estaba en un rincón apartado y seguía hablando con Sara.

Se levantó del suelo y caminó al centro. Gregorio también caminó al centro y por un momento estaban ellos dos frente a frente. Él era lindo y tenía un toque tierno en el rostro. Valeria cerró los ojos y se inclinó para darle un beso de media luna a Gregorio, a mitad de la boca. Pero antes de que Valeria volviera a descender, Gregorio la tomó de los codos y la besó, haciendo que Valeria se inclinara hacia atrás.

La estaba besando de verdad, no como si fuera un juego, y todos empezaron a vitorear.

—¡Consíganse un cuarto! —gritó Argentina poniendo sus manos a cada lado de su boca, y ahí, Gregorio soltó a Valeria.

Valeria se volvió a sentar con una sonrisa inevitable en el rostro. Y cuando alguien dijo algo gracioso, se rio con todas las ganas.

* * *

En lo que la noche transcurrió, Valeria no solo había besado a Gregorio una vez, sino tres veces. Pensó que todas lo hacían de maldad cuando al girar la botella y caer en ellas, le daban el turno a Valeria.

¿Pero no era eso lo que él quería?, ¿que todos creyesen que ella y Gregorio salían?

La Sombra llamó a Gregorio y este se levantó. Tenía una sonrisa dibujada en la cara. La Sombra metió las manos en los bolsillos y le dijo al oído a Gregorio un par de cosas.

—¿Pero ahora te vas a verlo?

—Sí, ¿por qué no?

—Está bien. Ve.

—Le topó el hombro y volvió a la ronda.

En su lugar, Valeria veía como La Sombra se marchaba junto con Sara y ni siquiera le miraba. ¿Qué le habrá dicho a Gregorio?, ¿era todo una actuación o de verdad Gregorio

estaba interesado en ella?, ¿y si toda la pantalla de Ben y Sara esa noche había sido solo eso, una pantalla?

* * *

—Me alegra que me vengas a ver —le dice, en su cara hay tristeza—. ¿Cómo te estás yendo?

—Lo normal.

—¿Y ya tienes una novia que me quieras presentar?

Ben pensó en Valeria, pero después la imagen de ella besando a Gregorio apartó lo que iba a decir.

—Es complicado. ¿Qué bueno se saca de ahí de todas formas?

—Tu mamá era de ahí, Ben.

—Bueno, ya. Pero las cosas no terminaron bien, ella se...

—Ben.

—Lo calló. Procedió a beber de la batida de chocolate que tenía—. ¿Ya quieres volver?

—No, papá —respondió. Echó hacia delante su vaso. Alrededor del envase se empezaba a condensar formando gotas.

—¿Necesitas dinero?, ¿vas a ir visitarme o dejarás que yo te visite?

Ben miró la cara de su papá, un poco arrugada, pero aun con los rasgos firmes que él había heredado. Se veía casi irreconocible con su traje costoso y zapatos de diseñador.

—¿Tú te atreverías a visitar la casa de tu difunta esposa? No papá. No lo harías, deja de aparentar que te importo y dame lo que me vas a dar.

—No aparento Ben, me importas, por eso te sigo dando dinero aunque ya estés grande, ¿entiendes?

Ben se quedó en silencio, le quitó la tapa al vaso y se bebió la batida de un trago.

El papá de Ben exhaló.

—Me dijeron por ahí que eras de una banda, los «Norcuros».

—¿Norcuros? Surcuros, querrás decir.

El papá de Ben se acercó a su hijo.

—No te metas en problemas, por favor. Tu mamá no querría eso.

—No lo haré, ¿no llevo desde los quince viviendo solo?

—¿Solo? —El papá de Ben sonrió—. Rebecca te cuidó hasta los diecisiete.

—¿La misma que se robaba el dinero que tú me dabas para drogarse? Oh sí, qué gran ayuda, tener que cuidar a una mujer más vieja que yo.

—Ben se levantó de la silla—. Yo me voy, viejo, que está tarde y sabes cómo está la calle.

El papá de Ben se levantó y dejó el dinero en la mesa para pagar. Ofreció llevar a Ben a su casa y este aceptó. El viaje en auto fue silencioso. Después el vehículo se detuvo frente a su casa, abrió la puerta.

—Aquí tienes, Ben. Para este mes. No lo gastes mal.

Su papá le había dado la mensualidad acostumbrada. Ben no la necesitaba realmente, sus gastos eran mínimos y tenía ahorros. Si no fuera por Valeria, y porque le gustaba que ella cenara con él algunas noches, no mantendría la despensa llena. Valeria últimamente

era su vicio. Y eso lo atormentaba algunas veces.

Ben entró a la casa y cerró la puerta con seguro.

Cuando Ben tenía catorce, su mamá se suicidó, o eso dijeron los médicos y la policía. Cuando el papá de Ben, apuesto y algo joven, se encontró soltero, se consiguió a una mujer rica. Ella era dueña de una empresa que había progresado mucho. Y la tipa era vieja, soltera y sin suerte en el amor. El papá de Ben fue su salvación y viceversa.

Cuando Ben se mudó con su papá y su nueva madrastra, todo fue como un infierno. Extrañaba a su mamá, extrañaba su barrio. El lujo en el que vivía no lo llenaba. Lo que llegó a pasar con él fue que se volvió rebelde e insoportable para su madrastra. Su papá decidió que si su hijo le iba a hacer la vida imposible, se debía deshacer de él. Entonces le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

Y él le respondió:

—Volverá mi casa.

Así, a los quince, Ben se mudó otra vez, después de un año, al barrio donde había nacido, y siguió viviendo en la casa de su difunta madre con Rebeca, la drogadicta, quien cuidaba de él. Su padre siempre lo visitaba pero comenzó a hacerlo solo una vez al mes, o le mandaba el dinero con alguien más. Cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo a su hijo, volvió a visitarlo, aumentó las cuotas y le dejaba regalos costosos.

Ben se convirtió en La Sombra, porque siempre tenía una gorra o un abrigo negro, se paraba en la esquina con sus amigos y casi ni hablaba. Pocos recordaban que La Sombra era el Ben sonriente de catorce años que jugaba basquetbol. Era una sombra de lo que antes era. Era nadie y alguien. La Sombra era una persona que estaba apegada a su barrio, donde había botado su ombligo y donde podía seguir pensando que era él y nadie más. Además, Valeria, la niña delgada que algunas veces se ponía a jugar en la casa de Rose, era una de las razones por la que no se quería mudar.

Cuando corrió el rumor de que Valeria se estaba acostando con todos en el barrio, Ben no lo creyó. Porque llevaba tiempo viéndola y simplemente concluyó en que ella no sería capaz, pero cuando ella fue a su casa esa noche tiró todo por la borda. Eran verdad los rumores.

Y después se dio cuenta de que eran mentiras.

No tenía idea de por qué Valeria volvía, pero le agradaba la idea de que fuera donde él y no de otro más. Guardaría el secreto, no había problema. Si Ben nunca vio a Valeria como una candidata, ella podía complacerlo, y ella lo necesitaba; sin darse cuenta, Ben estaba necesitando de Valeria también.

Capítulo 8

DESAPARECIDO

Valeria volvía temprano de la escuela porque estaban en exámenes, y el colegio la despachaba después de la diez. Llevaba una semana sin hablar con La Sombra y sí verlo. Y planeaba durar más. Mientras tanto, Gregorio se las ingeniaba para buscarla donde sea y salir con ella.

Cuando Valeria llegó a la casa, Claribel le dio los otros quinientos pesos que faltaban para pagarle a la vecina, quien en realidad era La Sombra. Recordó que no se lo había entregado la otra noche porque simplemente no se atrevía a hablarle a él en frente de todos, y más aún porque él estaba con Sara.

¿Pensará él que ella se quiere coger su dinero? Fue corriendo a la habitación y buscó en el tenis que tenía puesto esa noche a ver si encontraba los quinientos pesos. Y soltó una bocanada de aire cuando los encontró.

Salió corriendo a la casa de La Sombra. No hablaría más de lo necesario, es más, ni siquiera entraría a su casa. Aún estaba herida. Y aunque algunas veces lo extrañaba, se las había arreglado para no estar con él toda una semana.

A fuera de la casa de La Sombra había música muy alta, y Valeria tuvo que tocar varias veces para que la escucharan del otro lado. Al cabo de unos minutos, La Sombra abrió.

—¿Te cansaste de Gregorio, eh Valeria? —Su tono de voz era vacío, pero denotaba desdén.

—¿Y tú de Sara? —contrarrestó.

—Deja de ser infantil.

—Dio la vuelta y dejó la puerta abierta.

Valeria negó resignada con la cabeza y sacó el dinero de su bolsillo.

—Yo no vine a verte, Ben, vine a pagarte el dinero que te debía.

Ben miró el dinero que le ofrecía en su mano derecha.

—Olvida eso.

—Hizo una mueca con la boca.

—No, tómalo —insistió poniendo su mano delante—, no quiero que pienses que me aprovecho de ti.

—En dado caso, yo me aprovecho de ti —le respondió, pasando la mano por su cabello. Después respiró hondo. Entrecerró los ojos mirándola. ¿Qué demonios planeaba Valeria?

—Es por eso que no nos volveremos a ver, ¿cierto?, porque ya no es de mí que te aprovechas, es de Sara.

Y eso la molestaba.

La Sombra dejó a Valeria allí en la puerta y fue a sentarse en el sofá. Otra vez se puso a jugar con ese aparato sin teclas que tenía, y que le había ofrecido a Valeria una vez para que jugara con él.

—Puedo aprovecharme de las dos...

—Se burló. Valeria hirvió en rabia. No se movió, sus manos se cerraron en un puño—

Si quieres entras o te vas, no me gusta tener la puerta abierta.

Valeria se sintió desilusionada, es que era así, ¿verdad? Él no la quería, se lo había dicho, entonces ¿por qué era tan ingenua? Siempre pensando que él la quería aunque sea mínimamente... Era tan sosa.

—Tú querías esto. Que yo besara a Gregorio. Por eso lo hice.

—Te pedí que salieras con él, no que te estuvieras besando con él en frente de todos, como una cualquiera, comportándote como una de tus amiguitas. Te veías ridícula.

—Se levantó—. Si es por mí —se señaló a sí mismo en el pecho—, puedes acostarte con él, dejar que él te haga lo que se le venga en gana, pero no en frente de todos. ¿Realmente quieres esa imagen aquí en el barrio?

Ella dejaba que La Sombra le hiciera lo que él quisiera, y era en secreto, ¿a eso se refería?, ¿quería compartir a Valeria con su amigo? Valeria apretó los labios. ¿Cuál era el punto en realidad? No lo entendía. No lo entendía. Estaba llena de rabia, molesta.

—Pero tú te besabas con Sara.

Se provocó.

—Soy hombre. ¿Qué importa la imagen que yo pueda tener? Además, Sara es también una cualquiera —respondió sin darle importancia.

La cara de Valeria se llenó de asco.

—De seguro así hablas de mí con tus amigos.

A Ben le ofendió que Valeria pensara eso. Se acercó a ella y alzó su quijada para que ella lo mirara sin apartar la vista. Pero ella nunca apartaba la vista. Amaba mirar directo a sus ojos. Era su forma de estar conectada. Era su forma de hablar siendo honesta con él.

—Yo no hablo de ti, Valeria, tú eres mi secreto y no lo comparto con nadie.

—El aliento de Ben chocó con su mejilla.

Valeria pasó su labio superior por debajo de sus dientes.

—Me dolió que besaras a Sara como me besabas a mí, porque por alguna estúpida razón, te quiero.

—Se retractó, una extraña sensación invadió su pecho, negó con la cabeza, la voz le salió temblorosa, se alejó de él—. Al menos te quería antes, y ya no... ya se me pasó.

—Se alzó de hombros.

Valeria dejó caer el dinero al suelo y se fue. Ben no levantó la vista hasta que ya Valeria se había marchado, ¿lo quería?

Qué mentirosa era. Lo quería y deseaba tanto que sus manos temblaban de necesidad. Las lágrimas seguían corriendo por su cara. ¿Por qué no sentía nada por ella?

Valeria se agarró de los bordes del tanque que siempre estaba lleno de agua en el patio de su casa y volvió a hundir su cabeza una vez más.

—¡Valeria! —escuchaba que la llamaban afuera, pero el agua alrededor de ella distorsionaba la voz—. ¿Valeria, dónde estás?

Valeria sacó la cabeza y empezó a tomar otra vez todo el aire de una sola vez. Cuando se miró en el pedazo de espejo roto tirado en el suelo, sus ojos seguían rojos.

—¡Estoy aquí, mamá! —Su pecho se movía una y otra vez, buscando llenar su sangre de oxígeno de nuevo.

—Prepara la leche del bebé —le ordenó.

La mamá de Valeria, Claribel, estaba cuidando a un niño de meses para conseguir un poco de dinero para sostenerse esa semana. Valeria se secó la cara y preparó la leche. También lamió el polvo que se le quedó en el dedo. En ese momento recordó que tenía que lavar su uniforme y cuando le pasó la leche a su mamá, lavó el de ella y el de sus hermanitos.

* * *

Cuando Valeria volvía del colegio y se dirigía a la escuela de sus hermanos, de lejos solo vio a Carol jugar con el ruedo de su falda. Sintió una punzada de preocupación.

—Carol, ¿dónde está Carlitos? —preguntó cuándo llegó a su lado.

Carol levantó la vista y abrazó y besó a Valeria.

—Valeria; él se fue hace rato.

—¿Qué?! ¿Pero con quién? —Valeria sintió que la sangre de la cara se le escapaba a las extremidades.

—Un chico ahí, dijo que era tu amigo y era muy lindo.

La mente de Valeria se bloqueó. ¿Quién se había llevado a su hermanito?

—Pero Carol, ¿Por qué lo dejaste ir?, ¡tu deber es cuidarlo! —Trató de mantener la calma. Habló despacio para que ella entendiera sus palabras.

—Lo sé.

—Está bien, cálmate.

—Se puso la mano derecha en la cabeza—. ¿Por qué te quedaste?

—Porque me dijo que harían cosas de hombres y que te esperara a ti aquí —respondió Carol tranquila, notando que la que no estaba en calma era su hermana y no ella.

Valeria se puso las manos en la cintura y exhaló. ¿Qué mala suerte! ¿Dónde encontraría ahora a su hermano?, ¿y si su mamá después peleaba con ella? Eso era seguro. Estaba nerviosa.

—También, el chico te dejó esto.

—Carol le pasó dinero a Valeria.

Cuando lo vio supo que La Sombra había sido quien se llevó a su hermano. Ahora se tenía tiempo sin verlo. Casi una quincena completa, y que él se llevara a su hermanito así solo la hizo pensar en que él, de alguna forma, estaba buscando venganza.

Agarró la mano de Carol y por todo el camino le suplicó que le mintiera a su mamá y le dijera que ella se había llevado a Carlitos a un lugar que no sabía, y le prometió que la llevaría a comer helado como recompensa por mentir. Después corrió a la esquina habitual y se encontró con Gregorio y los demás.

Valeria llamó con la quijada a Gregorio y este se le acercó, no sin antes besar su mejilla. Y pensar que todo el problema había venido por un beso de él, o quizás porque La Sombra había besado a Sara. Él tiene toda la culpa. ¿Por qué tenía que pagar ella?

—¿Y La Sombra? —le preguntó cruzándose de brazos.

—Salió con un niño pequeño en nuestro auto.

—¿Y a dónde?

—No lo sé —respondió indiferente—. ¿Vas a hacer algo esta noche?

—Sí... tengo exámenes mañana.

—Valeria se movió a los lados—. Adiós, Gregorio.

—Lo abrazo tímidamente y volví a su casa. Pero no entré. ¿Qué demonios le diría a su mamá sobre dónde estaba su hermanito de seis años? Eso sí, si veía a La Sombra lo iba a matar.

Valeria esperó a La Sombra en la puerta de la casa de él. Si hubiese tenido un reloj juraría que había permanecido horas allí y hasta se había dormido. Se levantó del escaloncito y caminó de vuelta a casa... quizás, si le explicaba a su mamá que un chico había secuestrado a su hermanito, ella no le echaría la culpa, ¿Porque no era su culpa, verdad?

Cuando Valeria llegó a su casa se dio cuenta de que eran las cinco, y recibió un castigo por desaparecer desde la mañana hasta la tarde. Su mamá se pegó un gran susto y Nina andaba buscando a Valeria por todas partes.

En el momento que Nina fue donde Valeria a regañarla se dio cuenta de todo el tiempo que había desaparecido realmente. No solo Nina, sino hasta Gregorio buscó a Valeria. Y además, Carlitos había llegado a la casa a las tres, entonces, nadie sabía dónde estaba Valeria ni qué estaba haciendo.

Y ella no sabía cómo responder.

Entonces iría a buscar respuesta donde Ben. No tenía permiso. Su mamá la había castigado. Pero como se durmió tan temprano, fue cuestión de minutos para escaparse de la casa.

Por coincidencia, cuando llegaba a la puerta de la casa de La Sombra, él también estaba llegando. Ella apresuró el paso y empujó su hombro con su mano.

—¿Qué crees que haces? —los dientes de Valeria rechinaron.

—¿Por qué ya no vuelves más? —Ignoró la pregunta sin sentido que le había hecho Valeria. Quería saberlo. ¿Qué había hecho ahora?

Ella también se lo había preguntado. ¿Por qué no volvía si moría por verlo de nuevo? ¿Si lo deseaba tanto, por qué se torturaba a sí misma?

—Mi orgullo, supongo.

—Se alzó de hombros, y le regresó su espacio personal.

Ben la miró, entró a su casa y lanzó la gorra al mueble.

—Entonces no entiendo qué haces aquí.

—Te hice una pregunta.

—Yo te hice otra.

—Ben respondió, se quitó el poloshirt que llevaba puesto—. Mira, Valeria, no voy a negar que te he echado de menos. Pero muy poco. Vete y llévate tu maldito orgullo contigo.

—¿Es por eso que te besas con otras?, ¿porque me extrañas? — Le preguntó. Ahora estaba herida.

—¡No hay compromisos entre tú y yo!

—Pero puede haber. ¿Por qué no podemos simplemente ser... novios? —Valeria se acercó y tocó su hombro de nuevo, esta vez gentilmente.

—No, Valeria, no compromisos... Vas a querer que te quiera, que te dé cariño y esas cosas, y no puede ser así.

¿Qué le dé cariño? Pero él le da cariño las noches que va a su casa, ¿acaso se le olvidó?, ¿tanto temía que los demás lo vieran con ella?

No era eso, claro que no era eso.

Valeria se mordió el labio para no llorar. ¿Por qué siempre lo hacía?, eso... eso de hacerla llorar. No entendía por qué seguía teniendo esperanzas, él nunca la querrá, él solo va a desear su cuerpo. Usarla como un objeto, sin compromisos.

—Siempre encuentras la forma de arruinarme, y te odio, ¡Te odio! —Lo señaló en el pecho—, ¡y no miento esta vez!

—¿Vas a decir que no quieres estar conmigo? —le preguntó. Cada una de sus manos la agarraba por los hombros.

—Estoy madurando y puedo controlarme. N-no seguiré actuando como una zorra. No estaré contigo si estás con otras, tenlo por seguro.

La Sombra miró a Valeria, quien en ese momento abrió los ojos, pues los tenía cerrados.

—¿Quieres averiguarlo? —Se acercó a ella, muy cerca, rozó sus labios con la comisura de su boca como si fuera besarla. Y Valeria quería que fuera así, él también. Pero el orgullo es poderoso, más poderoso que el deseo, y Valeria se apartó.

—No me volverás a tocar nunca.

—La voz le salió firme, y después se marchó.

Ben pateó la puerta para cerrarla y después lanzó contra la pared el único objeto decorativo de la casa: un pequeño florero de su madre, que se estrelló y después cayó al piso rompiéndose en tres grandes pedazos.

Estaba enojado porque ella parecía decir la verdad. Él la lastimaba, era verdad, la deseaba pero no la merecía. No podía dormir en su cuarto porque se acordaba a ella, la cama que ellos compartían. En donde ella había dejado de ser niña... él le había robado todo. Y la había engañado frente a sus narices, ¿la vida cruel con él? No. En realidad Valeria le estaba devolviendo todo lo que él alguna vez le hizo.

Capítulo 9

LA PELEA

Y así lo hizo. Al menos hasta que se acabaran las fiestas navideñas y el viento de enero empezara a soplar por las ventanas de las casas de la gente. Era un nuevo año, se supone que las personas debían hacer una lista de metas y prometerse que serían nuevas y mejores personas. Hasta ahora, la única meta de Valeria era no extrañarlo tanto, porque eso era lo que estaba haciendo todos esos días.

Pero aun así estaba cumpliendo su palabra. No le había puesto un dedo encima desde aquella noche. Quizás ya estaba creciendo. Ya no lo necesitaba.

En el barrio entero, es decir, entre todos los muchachos y muchachas, corría el rumor de que ella y Gregorio tenían algo, era un chisme, los chismes se riegan rápido, como la pólvora. Había un reloj en tiempo regresivo para que alguna vecina chismosa le salga con eso a su mamá, y entonces la tacharía de mentirosa, por todas las veces que le preguntó si tenían algo ella y Gregorio y lo negó.

Pero al menos por eso, por el chisme, las chicas la volvieron a admitir en su grupo definitivamente.

Por un momento, Valeria sintió que nunca más volvería a besarlo y solo por su orgullo. Él parecía haberlo olvidado. Ni siquiera se detenía en la esquina, parecía invisible, quizá porque ella ya no lo veía.

Y tal vez así todo era mejor.

Sin sombra, sin él. Así ella estaría bien. Tenía su vida de regreso.

¡Dios!, ¿por qué se miente? Él está dibujado en ella. No puede borrar su nombre de su piel. Lo necesita, ¿pero cómo le va a decir eso?

No lo iba a hacer. No lo haría, aunque sus huesos se secaran por falta de él.

* * *

—La verdadera vida es en la madrugada, en la oscuridad.

—Argentina decía a todas. Valeria tenía la cabeza recostada de las piernas de Nina y miraba al cielo sin estrellas. Escuchaba atenta todo lo que decía ella—. Un día las voy a llevar. La Casa Central, donde Norcuros y Surcuros se reúnen para socializar. Es algo metafórico, no se llevan bien la otra parte de tiempo. No es una pelea a muerte tampoco.

—¿De qué parte somos? —preguntó Valeria.

Era increíble. Ahora ella podía hacer preguntas, ahora era una de ellas. Todo por el rumor de ella y Gregorio que nadie negaba. Era alguien, era todo lo que siempre quiso. Sin embargo, lo extrañaba a él.

A La Sombra.

—Es el sur, surcuros.

—Yo viví toda mi vida, desde pequeña, pensando que esto era una leyenda, ¿pero qué hacen exactamente? —preguntó Marian.

—Lo usual. Drogarse, beber, pelear, actuar como estúpidos y equis.

—Un chico se paró al lado de Argentina y se bajó a su nivel. Argentina volteó y comenzó a hablar con él. Su semblante cambió. Era Ramírez. Valeria movió la cabeza para ver quién más andaba con él. Ben estaba ahí, y de pronto su corazón empezó a latir fuerte, sin control.

Valeria se levantó de las piernas de Nina. Lo miró. Solo lo miró y no apartó la vista. La gorra que llevaba puesta ocultaba parte de su cara.

—Ay, chicas, vuelvo enseguida.

—Argentina se levantó y haló a Rose con ella. Las chicas, incluyendo a Valeria y Nina, se quedaron allí sentadas.

—¿Para qué creen que Ramírez y La Sombra vinieron a buscarlas a las dos? —preguntó Marian.

—Argentina y Rose le deben a Ramírez mucho dinero. Y para pagárselo están haciendo cosas —reveló Estefani. Ella era una chica callada, a veces, otras, no tanto. Escondía mucho de ella en realidad.

—¿Qué tipo de cosas? —Nina entrecerró los ojos.

Estefani frunció los labios. Los tenía tan rojos como una manzana.

—Cosas...

—¡Oh, vamos, Estefani!, ¿de verdad nos vas a hacer esto? —Marian golpeó su muslo descubierto. Estefani se quejó y después se rio.

—No es nada sexual.

—Se mordió los labios y después lo dijo como si nada—. Les transportan paquetitos.

—¿Paquetitos? —Valeria abrió los ojos.

Nina y Marian entendieron. Pero Valeria aun no entendía. Su cara lo demostraba.

—Polvo blanco, pastillas... —dijo Nina en voz baja.

—Oh Dios, pobre Argentina.

—Valeria se tapó la boca al darse cuenta de qué eran esos «paquetitos».

Marian dijo:

—No me importa. Se lo ganaron.

Entonces Valeria recordó que Ben también estaba ahí. ¿En serio él las obligaba a hacer eso? No lo podía creer. ¿Y si en una de esas redadas los policías las atrapaban y ellas delataban a Ben? ¿Lo iba a perder porque tendría que ir a la cárcel? No quería perderlo.

—Pero... ¿Ben también...? Quiero decir, ¿a La Sombra también le deben?

Las tres miraron a Valeria.

—¿Cómo? —preguntó Marian.

—¿Que si Argentina y Rose también le deben a La Sombra?

—No, el nombre que dijiste antes.

—Yo no sé de qué hablas.

—Se alzó de hombros, miró a los lados.

—Valeria, no te hagas la estúpida.

—la reprendió Nina.

Valeria se alzó de hombros de nuevo. Se puso fría.

Todas ignoraron su metida de pata.

—Él no.

—Estefani respondió después del silencio que se produjo—. Él no está en eso, no sé por qué vino con Ramírez, quizás solo lo acompañaba. Quería ver a alguna de nosotras, ¿quién sabe?

Valeria exhaló.

* * *

—Oye, Val...

—Estefani detuvo a Valeria cuando venía de la casa de su amiga Sabrina—. Todos dicen que eres la novia de Gregorio.

—Tocó con su lengua en la pared de su mejilla, y Valeria lo notó a través de su piel dorada—. Pero tú, tú no parece que sales con él, ¿tienes otro novio?

—No tengo novio.

—¿La Sombra lo es? —alzó las cejas.

¿Sabía ella algo?

Su rostro empalideció.

—No, no lo es, ¿qué te haría pensarlo?

—Voy a ignorar el hecho de que empalideciste y también que he visto cómo lo miras. Te gusta, ¿eh?

Valeria se molestó y siguió caminando, Estefani la siguió detrás.

—Entonces... entonces solo estas con Gregorio por su amiguito. ¿Quieres llamar su atención? —La voz de Estefani sonaba apurada. Le estaba costando seguirle el paso a Valeria.

Debía huir, huir lejos de ella y de sus preguntas, de sus acusaciones, iba a descubrir la verdad, iba a descubrirla, y entonces, Ben, aunque ya no fueran nada, se iba a enojar.

—Sombra no se fijaría en ti, pequeña, así que tu esfuerzo...

—Valeria se volteó, Estefani se detuvo justo en frente de ella, casi chocaban. Estefani movió su cuello mientras hablaba—, así que tu esfuerzo siendo novia de Gregorio es en vano.

—Tú no me conoces. Yo quiero a Gregorio.

Sintió que iba a vomitar. Entonces respiró hondo.

—¿Pero no lo negaste hace un momento?

Valeria se irritó.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Simplemente que me digas todo lo que hay entre tú y Gregorio.

—¿Pero por qué?, ¿te gusta él?

Estefani golpeó a Valeria detrás de la cabeza, como se le hace a un niño que no entiende cuando se le habla. Valeria se quejó, e iba responder golpeándola en el brazo, pero Estefani la detuvo. Exhaló.

—Somos novios, y ya. No hay nada más, no me gusta nadie más, estoy loca y profundamente enamorada de él, ¿te quedó claro?

¿Le quedaba claro a ella?

Estefani no respondió. Solo la dejó ir.

Esa tarde, ya estaba oscureciendo. Las calles se veían grises, todo se veía gris porque el sol no estaba, ni la luna tampoco. Era extraño, era un atardecer triste, y solo faltaban minutos para que fuera completamente de noche. Valeria estaba de pie con los brazos cruzados hablando con Rose y Argentina. Parecía como si por fin todo hubiese vuelto a la normalidad.

Aun así, Valeria esperaba a Nina. No encontraba una forma para participar en la conversación sin que Nina estuviera allí, pero ella estaba comprando unos cigarrillos para su papá y tardaría alrededor de quince minutos.

No vio venir nada. Solo sintió cuando una chica la volteó a la fuerza por su cabello y después le dio un puñetazo en la cara.

—¡Zorra roba novios! —le gritó y la escupió en la cara, la pateó en el estómago y después trató de quitar las manos de Valeria que protegían su propio rostro para que no siguiera golpeándola.

Nadie la ayudó, en cambio, todos alentaban: ¡*Pelea, pelea, pelea!* Pronto las rodearon a ambas como si fuera un ring de pelea. La castaña con la delantera. Ahí fue que se dio cuenta de que ni Rose ni Argentina eran sus amigas, la pelea solo las divertía.

Valeria la golpeó en la ingle y la castaña cayó al suelo por el dolor. Si bien tenía más masa corporal que Valeria, ella se las arregló para subir cada una de sus rodillas encima de cada uno de los codos y antebrazo de la chica, y comenzó a golpearla con su puño huesudo mientras ella se protegía. Valeria sabía pelear, es solo que nunca nadie había buscado pelea con ella.

Y la gran chica solo sabía arañarle la cara y halar su cabello. Y querer escupirla, quería hacerla sentir sucia.

Cuando hay una pelea, la noticia corre en bola de humo, en solo segundos. Así que cuando alguien voceó que dos chicas se estaban dando golpes, muchos más corrieron a ver. Pero La Sombra no se movió hasta que un niño dijo: «—¡*La novia de Gregorio está en la pelea...!*»

Entonces Ben no se detuvo a mirar a Gregorio, que estaba a su lado, solo corrió a donde estaban todos y se metió al círculo. No se detuvo a mirar nada, ni a respirar porque estaba sofocado, ni siquiera miró a la chica que estaba debajo de Valeria. Solo la cargó, agarrándola por la cintura y después cargándola como si fuera una princesa, y la llevó lejos de encima del cuerpo de la chica. Lejos de todo el caos.

Y la chica se levantó del suelo buscando venganza con la nariz llena de sangre.

Cuando Gregorio la agarró de los brazos, lo único que recibió fue un puñetazo en la nariz, con toda la rabia que tenía.

—¡Ana, maldición, eso duele! —Se quejó agarrando su cara.

—¿Con esa perra me engañabas, idiota? —Se limpió las manos, y tocó su nariz, se quejó del dolor—. ¡Esa maldita! ¡Voy a matarla!, ¡voy a rajarle la cara! —gritó. Pero Valeria ya estaba muy lejos como para escuchar su amenaza.

Capítulo 10

SU OLOR

Ben no dejó a Valeria tocar el piso hasta que llegó a su casa. Valeria no habló y su labio estaba temblando. *Su olor*, juraba que lo había olvidado. Pero no, seguía siendo el mismo, no quería soltarlo nunca.

Él la llevó a su habitación de baño y quitó su ropa. Otra vez vulnerable en frente de él. Ni siquiera podía articular palabra y preguntarle que qué estaba haciendo o qué pretendía hacer con ella.

No, no quería hablar, porque no quería detenerlo.

Echó a Valeria a un lado y abrió la llave de la ducha. El sonido del piso de la bañera golpeado por el agua llenó el lugar. Volvió a estar frente a ella y levantó con el dedo índice su barbilla, examinando su rostro. Valeria no sabía qué miraba hasta que descubrió que solo buscaba los daños en su cara. Los arañazos eran leves pero la piel estaba roja, y su labio se había hinchado por el primer golpe que Ana le había propinado. Tocó el labio con su dedo, Valeria hizo una mueca de dolor.

—Perdón —murmuró.

—Creo que debo irme.

—Valeria! negó con la cabeza. Ni siquiera sabía por qué Ben la había traído hasta su casa. Incluso la había tocado cuando la cargó. Perdió la apuesta.

Ben la ignoró, se quitó su poloshirt.

—Es en serio, debo irme.

—Caminó a la puerta, con los ojos casi cerrados. ¿A dónde iba sin su ropa? Es que quería que él la detuviera. Él así lo hizo, la agarró por la cintura y la volvió a poner en su lugar.

—Shh.

—Le pidió. Empujó a Valeria hacia la bañera, y ella se devolvió y chocó con él, porque el agua estaba demasiado fría.

—El agua fría hará que no te duela nada.

—Pasaba sus manos por la cara de ella y por su cabello, tratando de borrar lo sucedido —. Va a congelar todos tus sentidos.

—Es tarde, me duele todo —le respondió.

Ben se echó hacia atrás y se quitó la ropa que le quedaba. Después, empujó a Valeria debajo de la llave, y gradualmente, su cabello y el de ella se iban mojando. Valeria cerró los ojos porque no sabía hacia dónde mirar.

—¿Por qué la chica me golpeó? —Valeria hizo una mueca de dolor, el agua ardía en algunos arañazos. En especial en los que había en el brazo.

La Sombra sonrió de lado, parecía orgulloso.

—Tú la golpeaste a ella.

—Yo solo me defendí —contrarrestó abriendo los ojos.

—Valeria...

—suspiró Ben cerca de sus labios, ella se sintió como si se derretía. No la había dejado de mirar pero había guardado su espacio—, ¿puedes perdonarme y volver?

Valeria puso los labios en una línea de recta, se olvidó de su condición y lo abrazó. Pensó que nunca harían las paces. Ella realmente lo necesitaba, lo extrañaba, no lograba hacer nada bien.

Lamentablemente, La Sombra era un vicio que Valeria no podía dejar. Cerró sus ojos y mordió su labio mientras lo abrazaba. ¿Por qué a veces las cosas debían de ser tan difíciles?

—Esta noche puedo abrazarte hasta que te quedes dormida.

—Le devolvió el abrazo, Valeria se quedó con su cara apoyada en el hombro de La Sombra mientras sentía las gotas de agua caer por su espalda—. Es para que veas que no solo quiero sexo de ti.

—Aunque quisiera, tengo que volver a casa.

—Valeria respondió dejando de abrazarlo, pero mantuvo las manos en su cuello y mirándolo a los ojos.

—¿Vas a volver sola?, ¿y si la chica te está esperando...?

—No tengo a nadie que me lleve, y en serio debo volver a casa.

Alguien tocó la puerta, lo hizo bastante fuerte. Ben miró a un lado. Bufó y salió de la ducha. No tuvo tiempo para secarse y se volvió a poner la ropa que tenía. Le pasó a Valeria su toalla.

Se quedó allí quieta, y después se empezó a vestir de nuevo.

Cuando La Sombra abrió la puerta se encontró con Gregorio, quien no se percató de nada. Y estaba tranquilo.

—¿Dónde está Valeria?

—¿Valeria?

—Sí, no te hagas el tonto. Me dijeron que se fue contigo.

—Hizo una pausa, después dijo—. *No*, me dijeron que tú te la llévate de allí.

—Ah, ¿quieres decir cuando yo me la llevé para que tu novia no la matara a golpes?

—Está celosa porque piensa que Valeria es mi novia, todo el mundo ahora dice eso.

—¿No son nada?

—Sí... digo, no, estamos ahí... es que Valeria es complicada. Pero aun así, esa Ana está loca, la atacó así de la nada. Por eso quiero pedirle disculpas, porque no volverá a pasar. Hablé con ella y le expliqué...

En ese momento Valeria salió de la habitación. Llevaba puesta la ropa de antes y su polera estaba mojada por las gotas que descendían de su cabello. Tenía los brazos cruzados encima de su pecho. No podía creer que Gregorio quisiera algo con ella y al mismo tiempo estuviera con Ana. ¿Así eran todos los hombres?

Gregorio se volteó para mirarla.

—Valeria, sobre lo de...

—Dio unos cuantos pasos hacia donde ella antes de notarlo. Entonces dejó de hablar.

Los dos tenían el cabello mojado y gotas en el cuerpo. Se sintió tan estúpido.

—¿*Ustedes* dos...? —Hizo una mueca en el rostro. Tenía que ser una broma.

La Sombra no iba a decir nada. Solo se quedó mirando cómo se desenvolvían las cosas

¿tenía que dar explicaciones? No. Valeria le pertenecía mucho antes de lo que él se podía imaginar.

—¿No responderán nada!? —gritó y Valeria tembló. Había sido una mala idea salir ¿Por qué salió de todas formas?, ¿para qué quería verlo?

—A ver, amigo. ¿Qué quieres saber?, ¿vas a preguntar algo de lo que sabes ya la respuesta? —le respondió. Instintivamente se puso en medio del camino para que no llegara hasta Valeria, no hacía falta, Valeria ya se había acercado.

—¿Te acuestas con él? —le preguntó a Valeria con el ceño fruncido.
¿En serio, ella, con su mejor amigo? ¿Por qué no lo sabía? ¡Cómo no se enteró! ¡Por eso hacía como si no la veía! Por eso él no lo apoyaba en sus intentos por conseguir a Valeria. Él ya la tenía. Quería dejárselo claro.

Valeria abrió varias veces la boca, pero no salía nada de ella. Ninguna voz. Todos se iban a dar cuenta, ¿por qué estaba voceando? Todos iban a descubrirlo. Van a reaccionar de la misma forma. Sentía que iba a llorar, su rostro estaba caliente.

—¿No vas a responder?!
—¡No le hables así! —le gritó Ben, se acercó a él y lo señaló con el dedo—. *Tu mujer* la golpeó, y ¿tienes la gallardía de hablarle así?, eres un hijo de puta.

—¡Tú eras mi amigo! ¡Tú sabías que me gustaba Valeria y qué estaba buscando de ella! Sin embargo, me estás pisando la cola.

—El mismo Gregorio se alejó de Ben. Si seguían estando tan cerca se iban a golpear. Por una chica, iban a pelear por ella.

La Sombra se echó el cabello hacia detrás.
—Solo querías acostarte con ella. Tú no la quieres, *no la amas*. Solo quieres saciar tu caprichito sexual porque la tal Ana no te basta. Hazme un favor y sal de mi casa.

Ella estaba ahí. ¿Por qué hablaban como si no estuviera? Solo echándose los trapitos a sol. Como si Valeria fuera a decidir quién era peor. No lo iba a hacer. No sabía qué hacer. Solo estaba a punto de colapsar. Pero entonces Gregorio le pegó un puñetazo a Ben en la cara y su cara se volteó por el impacto. Ben se lo devolvió, e iba a lanzar otro pero Valeria se puso en medio de los dos, y él se detuvo de inmediato.

—¿Qué te hizo, Valeria? —Gregorio la miró con pena. Pero ella no respondió.
—Valeria, por el amor de Dios, vete de aquí —ordenó La Sombra señalando a su habitación. Estaba tan molesto que estaba irreconocible. Sus manos se cerraron en un puño.

—¡No los dejaré peleando! —Se volteó hacia donde Gregorio—. Tú y yo no somos nada, ¿entiendes? No entiendo el por qué estás tan enojado.

—Su voz era sarcástica.
Antes de ayer había dicho que estaba loca y profundamente enamorada de él. Quizá eso había causado todo. *Una mentira*, entonces basta de mentiras, solo se va a decir a sí misma, y a todos, la verdad.

No le gusta. Nunca le va a gustar. Solo quiere a Ben, a La Sombra, solo es a él.
—Tú lo que eres es una zorra, Valeria. Nunca lo olvidas.
—Caminó de espaldas hacia la puerta. No apartaba su mirada de ella.
«Tal vez sea otra verdad.»

Ben iba atrás de él, pero Valeria lo detuvo, y después lo abrazó mientras se desmoronaba a llorar. Si todos decían que ella era una zorra, ¿tal vez era tiempo de aceptarlo ya?

* * *

Cuando Valeria secó su cabello y su cara volvió a tomar un poco de color natural, decidió salir de la casa de Ben.

Ben no la dejó ir sola. Por primera vez andaba con Valeria por la calle. Ella adelante con la cabeza cabizbaja y el corazón roto. Ben iba detrás, como su sombra, con las manos en los bolsillos y una gorra negra guardando su cabello. No iba a dejar que nadie la tocara, que nadie se acercara.

Y así fue.

Nadie se atrevió a llamar a Valeria para preguntar qué había ocurrido. Y tampoco le hablaron a Ben, nadie, nadie le preguntó a ninguno de ellos dos qué hacían juntos. Todos lo olvidaron, ni siquiera prestaron atención.

No porque no les interesara, sino porque nadie se tomaba el lujo de correr rumores de La Sombra. Nadie de por ahí se mete con él. Es muy reservado como para hacerlo, él no se mete con nadie, ¿por qué se van a meter con él?

¿Y qué? Lo habían visto llevarse a Valeria del lugar de la pelea. Han visto el rostro de Gregorio golpeado. Incluso miran su labio roto por cuando Gregorio lo golpeó. Lo estaban viendo acompañarla a su casa, guardando su distancia.

Pero era solo eso. Ver. No comentaban. Todo el mundo sabía que así era. Al menos con La Sombra.

* * *

—Ana vive a cinco cuadras de ti —comentó Nina.

Valeria se alzó de hombros. Aun su cara estaba marcada, lo menos que quería ahora era hablar de ella.

—Y es, o era, novia de Gregorio. Por casi un año ya.

Pero Valeria no lo sabía, nadie lo sabía. ¿Por qué nadie lo hacía?

—Una chica le fue a decir que tú estabas enamorada de su hombre, y tú sabes cómo son estas mujeres de territoriales. Has pasado mucho tiempo con él también.

—Pero no es justo.

—No lo es, pero tú sabes que así es como se resuelven las cosas aquí en el barrio, tú has visto antes estas peleas, han resultado peores, solo que tú no eras el objetivo antes. Dale gracias a Dios porque no rajó tu cara.

—Tú no estabas ahí —pensó en voz alta. Ella no estaba ahí para defenderla.

—Y lo siento, Val, yo te quiero mucho, de verdad, me siento culpable por no haber estado ahí para ti. Lo siento mucho.

—Ya pasó.

—Valeria trató de sonreír. No le salió.

Esperaron que el auto pasara o les diera el paso, después cruzaron, Nina y Valeria iban

de camino a la papelería para comprar el folder del trabajo que debía entregar. Las calles estaban frías, pues el invierno estaba en su apogeo.

—¿Es verdad que La Sombra te sacó de la pelea?

—Ajá.

—Woah. ¿Se conocen?

—Somos del mismo barrio —respondió, pero supo que Nina no se conformó con esa respuesta—. Bueno n-no. Es solo que, quiso ayudar.

—Se mordió un labio.

—¿La Sombra, ayudando? —Miró la cara de Valeria y se provocó. Pateó una roca. Se quedaron en silencio—. ¿Y si quiere algo de ti?

¿Y si ya lo tiene? Ya la tiene, completa.

—Nina...

—Valeria sacó sus manos del abrigo.

—¿Sí? —preguntó Nina, deteniéndose en la acera.

—Hay algo que no te conté —decía en voz baja.

—¿No me contaste?

—Yo no tuve mi primera vez con Gregorio, nunca he estado con él.

—¿Entonces sigues siendo virgen? —Siguió caminando. Mirando a la calle esta vez.

—No.

—Bajó la cabeza y miraba sus pies avanzar por la acera—. Fue con La Sombra, le pregunté a La Sombra lo que ustedes me dijeron. No terminó nada bien, pero después de eso fui donde él a lo mismo por dos meses, dejé de hacerlo, y ahora volví de nuevo.

—¿Estás... bromeando, cierto? —Nina hizo una mueca y alzó las cejas, si su piel fuese blanca, se hubiese visto pálida—. ¿Pero La Sombra siempre está con mujeres? Y quiero decir mujeres, *mujeres de verdad*, y esas no son tú, Valeria...

—Miró la cara de Valeria y después miró hacia delante—. Vaya, qué bien, mi mejor amiga me miente... ¿Por qué demonios no me lo dijiste? Yo pude haberte aconsejado, como diciéndote que él no es lo mejor para ti.

—Creo que estoy enamorada de él, de verdad.

—A Valeria se le formó una sonrisa en el rostro. Algo salió de su pecho, como un aire, un aire de amor. Su historia de amor. Ni siquiera escuchó lo que Nina había dicho. No le importaba.

—No, tú estás confundida.

—¿Por qué no puedes estar feliz por mí? —La cuestionó mirándola mientras seguía caminando y fruncía el ceño.

—Porque yo sé que La Sombra solo está jugando contigo. Te está usando.

Valeria se detuvo en seco.

—Pero deberías apoyarme.

—Se sintió atacada.

—No, Valeria, soy tu amiga de verdad, no de juego, y quiero lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es junto a él.

—Valeria seguía con la expresión arrugada. ¿Por qué Nina no entendía cómo se sentía?

Nina golpeó ligeramente la mejilla de Valeria.

—Hey, *tierra a Valeria*. ¿Qué ha pasado contigo?, ¿y me dices que dejas que él te haga *eso* cuando él quiere? ¡Valeria, se aprovecha de ti!

—¡No lo hace! —le grita tan alto que algunas personas en la calle miran a Valeria como si estuviera loca. Tiene que gritarle para creerlo ella también.

Nina no volvió a hablar porque solo la quería regañar, no podía creer cómo su amiga podía llegar a ser tan estúpida... con él... con La Sombra, ¿de verdad?

Capítulo 11

MARCAS DE AMOR

Son las nueve de la noche y Valeria está buscando a Nina en su casa. Tiene una sonrisa en la boca. Está feliz. Y no va a dejar que nadie dañe sus planes. Está convencida. Después de tres meses y algo más, sabe que siente algo por La Sombra, solo necesita que él admita que siente algo por ella.

Así era para Valeria, que él la amaba, eso creía.

—¿Valeria?

—Nina, necesito un favor —le susurró—. Si mi mamá te llega a preguntar lo que sea mañana, o te manda a buscar con alguien, dile que estuve aquí, que dormí en tu casa. Por favor.

—¿Y a dónde vas? —le preguntó, como si ya no especulara nada.

Valeria sonrió mostrando los dientes y Nina se sintió culpable. ¿Cómo dejó que a su mejor amiga la engatusaran así? Es que se le notaba tan feliz con algo que sería tan pasajero... ¿Por qué se enamoró de alguien como él, si siempre imaginó que Valeria merecía algo mucho mejor?

Nina lo iba a enfrentar delante de todos. Para que se avergonzara, para que todos en el barrio supieran que La Sombra había robado la inocencia de Valeria y que le iba a romper el corazón. Pero volviendo a mirar a su amiga, con esa genuina sonrisa y esa felicidad que emanaba de su ser, solo asintió. Y después la abrazó contra su cuerpo. ¿Dónde se había ido la pequeña Val que solo hacía las cosas que ella misma aprobaba?

Estaba fumando cuando Valeria llegó. En realidad, él no sabía por qué creyó que no vendría, quizás pensó que aún estaba asustada de salir de su casa y encontrarse con Ana. Pero, ¿asustada? Podría describir a Valeria de muchas formas, pero una chica asustadiza, no, al menos desde que empezó a conocerlo. Ella había cambiado. Definitivamente, era más valiente. Su imagen de niña frágil era solo una coraza para que los demás no vieran su gran poder y lo fuerte que era, realmente lo era.

Cuando Valeria entró, estaba reteniendo el aire. Lo notó por la forma como su estómago desaparecía debajo de su blusa. Llevaba unos pantalones jeans ajustados, y una mochila al hombro.

—¿Vendrás a vivir aquí? —Ben se provocó.

Valeria soltó el aire. No le gustaban los cigarrillos, por asociación de ideas le traían malos recuerdos. Pero al menos a él se los dejaba pasar, hasta le gustaba el sabor que adoptaba en sus labios. Sin embargo, respirar el humo era otra cosa. En el colegio ya habían hablado de las consecuencias que los cigarros tienen en las personas, y lo sabe, y se lo ha dicho a Ben miles de veces. Pero no escucha. O al menos, solo finge escuchar, y fuma cuando sabe que ella no irá. No sabía por qué lo estaba haciendo ahora.

—Se supone que estoy durmiendo en la casa de Nina.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿En serio vamos a hablar de ella? —Dejó caer la mochila al suelo y caminó a la cama,

se sentó. La Sombra desapareció en el baño y después salió. Había ido a botar e cigarrillo.

Se sentó al lado de ella, y deslizó la mano por su cintura, hasta empujarla a recostarse.

—¿No quieres hablar conmigo?

—Sí, sí quiero —respondió Valeria—. Pero no de ella.

Porque estaba enojada con ella, aunque ella la hubiera cubierto, no aprueba su relación con él. ¿Cómo se atreve?

Cuando Ben se hincó en la cama, el colchón cedió ante su peso. Deslizó su blusa hasta debajo de su brasier. Besó la piel expuesta y después miró a Valeria.

—Quiero hacerte algo, ¿puedo?

Su pregunta fue irónica, ¿en serio lo iba a preguntar?

Valeria negó con la cabeza.

Ben subió hasta la altura de rostro, estaba al lado de ella, aun hincado.

—¿No? —preguntó. Valeria se elevó un poco, para poder besarlo, pero él la mantuvo ahí abajo, agarrando sus hombros—. ¿Entonces sí?

No dijo nada. Él ya conoce ese silencio.

Volvió donde estaba, poniendo una de sus piernas entre las de Valeria y otra al lado de su pierna izquierda. Seguía hincado, y removiό su blusa. Trazó con sus dedos una línea desde su ombligo hasta su quijada. Como si su dedo fijara un camino ardiente en el cuerpo de Valeria que enviara señales a su cerebro para que estuviera en un estado de total excitación.

Se inclinó sobre su cuerpo, sin tocarla realmente, entonces rozó sus labios por el mismo camino que trazaron sus dedos. Y después la mordió. Valeria hizo una mueca y se movió un poco, no lo suficiente, las manos de Ben a cada lado de su cintura no permitían que se moviera mucho. Si apretaba lo suficiente podía casi juntar sus dedos en la cintura de Valeria.

—¿Y te ha dicho algo él? —La Sombra respiró en su vientre y volvió a morder, después pasó su lengua como tratara de sanar lo que le acaba de hacer a su delicada piel.

¿De quién hablaba?

—¿Quién? —preguntó. Su piel molestaba por momentos, pero al mismo tiempo se sentía bien. ¿Cómo dos sentimientos pueden estar tan asociados?

—Tú sabes quién.

Sí lo sabía.

—No-o.

—respondió, refiriéndose a Gregorio. Miraba directo a la pared—. Estoy evitando ir a colmado. M-mamá... Claribel, no me deja salir de noche porque teme que la chica me golpee de nuevo. Ella fue a amenazarme, aunque le dijeron que no tenía nada con él.

Ben acarició con sus labios todo el vientre de Valeria. Mientras ascendía, cruzó por el valle en su pecho, llegó hasta sus clavículas y amagó pegar sus labios ahí. Valeria incluso lo sintió muy cerca.

—¿Tu mamá sabe todo?

Valeria bajó la vista para encontrarse con sus ojos.

—Mi mamá cree que él fue o es mi novio. Ella piensa que Gregorio es buen tipo. No

sabe de ti.

La Sombra volvía a bajar otra vez por su ruta, se detuvo en el vientre bajo de Valeria y levantó la cabeza. Valeria lo miraba a él mirándola desde abajo.

—¿Quién sabe de nosotros entonces? —Su dedo trazaba líneas sobre el encaje de su ropa interior.

Valeria exhaló. Le encantaba que él la tocara en realidad.

—Nadie.

Él se quitó el poloshirt que aún tenía y se subió encima de Valeria, sin que ella sintiera su peso, sosteniéndose con sus manos a cada lado de su cabeza.

—¿Nadie?

¿Estaba segura? ¿Y todas las personas que lo vieron a él llevarla a su casa? ¿O los golpes en ambas caras de los mejores amigos?

Valeria sintió su aliento entrar por sus fosas nasales, tenía un pequeño toque de cigarro, y deseó que él la besara. ¿Por qué tardaba tanto?

—Gregorio lo sabe, ¿se lo dijo a alguien más?

—No lo sé. Pero sé que está enojado conmigo —Ben respiró la piel de Valeria—. Yo te tengo y él no.

La Sombra hundió su cabeza en el cuello de Valeria cerca de la oreja, y mordió allí, chasqueando sus dientes con su piel sensible.

De reflejo, la mano de Valeria trató de apartarlo, pero él tomó sus manos y la puso por encima de su cabeza. Dejó esa parte y fue a sus labios. La besó haciendo que Valeria suspirara en su boca.

Cuando se despegó, lo hizo mirándola y después a sus labios, no entendía por qué Valeria hacía que él fuera tan romántico. Si es que se podía llamar romántico.

—Nina lo sabe., Soltó las manos de Valeria.

—¿Sabe qué?

—Lo nuestro. Que tú y yo...

Se quitó de encima de Valeria y ella se sintió desnuda, aunque no lo estaba por completo, y fue porque dejó de sentir su calor.

—¿Por qué lo sabe ella?, ¿tú se lo dijiste? —Su voz era acusadora.

—Es mi mejor amiga.

—Aun así...

Ben pensó en algo y después se acostó al lado de Valeria.

Valeria aún sentía la respiración de La Sombra en su vientre, era un espejismo, él estaba ahí, pero al lado de ella.

—Ella dice que...

—¿Dice qué?

—No lo dijo con palabras concretas. Pero quiso decir que te aprovechas de mí.

—Valeria lo miró, estaba tratando de ver cómo reaccionaba. Esperaba que él dijera que todo era mentira, pero en vez de eso dijo:

—Tal vez sea verdad.

Valeria escondió sus labios, y dejó de mirarlo. Cayó de nuevo. Siempre lo hace. ¿Por qué siempre creía en él y en sus palabras nunca dichas?

—No es así, es algo más, como si tú abusaras de...

—¿Como si abusara de ti? —preguntó. Valeria se quedó sin habla. ¿Qué trataban de decir? Quería saberlo, pero no podía, no entendía nada—. ¿Como se abusa de las drogas? Tal vez abuso de ti, entonces.

—La besó fuerte—. Sí, *abuso de ti*, pero a ti te gusta.

Entonces dejó de besarla con una sonrisa en la boca. Soltó su agarre. Y pasó su mano por la cara de Valeria.

—Yo no te obligo, Val, ¿se lo dejaste claro? Te puedes ir siempre que quieras.

No. Ella no se quería ir. No quería dejarlo y no quería que él la dejara a ella. Nina y sus pensamientos le importaban muy poco, además, ella, en parte, había tenido la culpa.

* * *

Cuando Valeria se levantó de la cama, y sus pies tocaron el piso, sintió frío desde la planta de sus pies hasta donde Ben la había besado por detrás de la oreja. Caminó al baño y otra vez se vio en el espejo que se había visto cuando peleó con Ana, cuando Ben se preocupó por ella.

Frente al espejo miró las manchas moradas que se formaron por donde La Sombra había estado antes, en sus clavículas y detrás de su oreja. Después miró su vientre y vio dos mordidas y otras manchas en el mismo camino que él antes había recorrido.

¿Si se había sentido tan bien mientras la besaba, por qué ahora lucían tan horribles? ¿Y cómo le iba a hacer para ocultar esas que podrían estar muy visibles?

Valeria las tocó con sus dedos, una de ellas parecía demasiado profunda.

Salió del baño y Ben estaba sentado en la cama esperándola, se levantó y tomó su cadera apretándola a la suya, tan brusco que Valeria dejó escapar un suspiro. Al mismo tiempo puso las manos en su pecho.

A Valeria no se le olvidó el disgusto. Le había dañado su cuerpo, esas marcas eran horribles. ¿Y si nunca se quitaban?, ya tenía suficiente con su cara tratando de sanar las diminutas cicatrices que Ana había impreso en ella.

—¡Te pasaste!

Él trató de besarla, pero ella se negó y por eso la dejó ir, no podía obligarla a nada. Solo miró cómo Valeria trataba de buscar su blusa y su mochila donde sea que la hubiese metido anoche. Solo le tomó segundos a Ben ver la piel de Valeria expuesta en el lado derecho de su cuello. La levantó del codo, porque estaba en el suelo buscando, y cuando la tuvo arriba, tocó las marcas en sus clavículas y en el cuello.

—¿Estás enojada por esto?

Valeria, furiosa, también señaló las de su vientre: una fila de manchas y marcas de dientes se mostraba... ahora que lo pensaba, ¿qué tipo de monstruo era Ben?

Él suavizó la expresión, casi sonrió.

—Son marcas de amor...

Valeria seguía enojada, pero una parte de ella se estaba suavizando. La Sombra puso los brazos de Valeria sobre el cuello de él y pasó sus brazos por su cintura hasta cargarla y empezó a besarla suavemente, como si estuviera masajeando sus labios.

—Es para que —se detuvo—, si de casualidad estás con otro, ellos sepan que estuve

primero. Que no te van a hacer sentir como yo te hice sentir, *nunca*.

Valeria dejó que él la besara, que la tocara. Ella se entregó, y en menos de lo que se dio cuenta, otra vez, se unió a él, que en ese lapso de tiempo era el único donde estaban tan unidos que parecía como si en verdad existiese amor.

Cuando La Sombra era cariñoso y suave con ella, sentía esa calidez y ese afecto, y también cualquier tipo de vergüenza se iba, porque él no la juzgaría como lo hacen todos.

Tal vez para los demás las marcas en su piel eran algo malo y mal visto. Pero Ben le había dado otro significado. Hasta había mencionado la palabra amor. Ya lo demás no importaba.

Capítulo 12

JODERTE LA VIDA

Esa mañana Valeria buscó toda la ropa que le cubriera el cuello, no solo porque hacía frío, sino porque tenía «las marcas de amor» y otras nuevas que Ben le había hecho en la mañana después de que casi discutieran a causa de estas.

No es que las hubiera aceptado. Aun le parecían fuera de lugar. Pero cada vez que trataba de enojarse de verdad por ellas, terminaba sonriendo. Él había sido tan gentil después.

* * *

—¿Y que había, Carlitos?

—Una gran pantalla y muchos videojuegos.

—¿Y jugaste?

—Muchísimas veces, el viejo dijo que podía ir con él cuando yo quiera, y todos los otros muchachos me trataron bien.

Carol se acercó a su hermanito.

—¿Entonces por qué no le dijiste la verdad a mami? —cuestionó, casi susurrando.

—Sí, Carlitos, ¿por qué no nos dijiste la verdad? —Carol volteó a mirar a Valeria entrar al patio y sacudió los dedos abriendo los ojos en forma de alerta. Miró a Carlitos.

—Ay... ¡ay, ay, ay!

—¿Qué? —preguntó Carlitos aparentando estar despistado.

—¿Qué verdad no le contaste a mami? —preguntó Valeria.

—Ninguna.

—¿Ninguna? —Valeria miró a Carol indagando.

Carol miró a Carlitos y después a Valeria, y frunció el ceño.

—¿Te digo algo? Prometí no decirle a nadie.

—La niña respondió.

—¿Les digo algo? —Valeria se bajó para estar a la altura de ellos—. Escuché todo, y si ninguno de ustedes dos me dice, le diré a mami que los castigue. A ti —señaló a Carlitos—, por no decir la verdad, y a ti —miró a Carol—, por ser cómplice de tu hermano.

Los dos se pusieron serios.

—¿Qué es lo que quieres, Val? —Carlitos preguntó luego de unos segundos de meditar en su amenaza.

—¿Quién te fue a buscar al colegio aquella vez? —preguntó Valeria.

—El viejo.

—¿No sabes cómo se llama «el viejo»? ¿no lo habías visto antes?, ¿por qué te fuiste con él?

—Lo he visto antes por el colmado. Además, dijo que era tu amigo. Y cuando pregunté su nombre me respondió que era el viejo, que yo podía decirle viejo.

Valeria alzó una ceja.

—¿En serio solo te llevó a jugar videojuegos?

—Sí, ¿a qué más? —Alzó las manos cuestionando.

Valeria se levantó.

—No vuelvas a mentir, Carlitos, por favor.

Él solo asintió. Carol miró a Valeria esperando cuál sería el próximo paso de su hermana mayor.

—¿Qué hacen aquí afuera? —fue lo que preguntó.

—Mamá dijo que saliéramos, había visitas.

—Carlitos respondió por ambos.

—¿Visitas? —Valeria frunció el ceño.

—Ajá —asintió Carol—. Y después nos quedamos aquí afuera porque estamos cansados de estar ahí adentro, y desde que te peleaste con la niña esa mami no nos deja salir a jugar con amiguitos.

—Carol tenía el ceño fruncido.

Carlitos, al escuchar la palabra «juego» se levantó a buscar un palo de madera.

—Ven Carol, juguemos a la pelota.

—La llamó.

—Soy niña, tarado, no juego a la pelota.

—Carol le dio la espalda. Valeria se detuvo mientras caminaba a la casa.

—No, no uses palabras feas, Carol.

—Reprochó mientras entraba a la casa.

La mamá de Valeria estaba sentada en el comedor con la cabeza hacia abajo, llevaba horas así. Pero Valeria no lo sabía. Ni siquiera los niños. Ellos no habían entrado cuando las visitas se fueron.

—Mami, ¿qué tienes? —preguntó con voz preocupada y se hincó frente a ella.

Claribel respiró profundo. Valeria notó en sus ojos que había estado llorando.

—Es solo que no sé qué hacer porque todo se nos está cayendo encima.

—¿A qué te refieres? —preguntó aún más preocupada.

—Están haciendo trámites para quitarnos la casa por la deuda.

Valeria se quedó en silencio mirando a un punto fijo en la mesa. ¿Qué podía hacer? Nada. Absolutamente nada.

Hacía ya un año y medio que la casa se hipotecó para pagar otras deudas. Al principio, todo parecía ser una buena solución, pero los intereses subieron cada vez más haciéndose casi imposible saldar la deuda.

Las cosas estaban muy difíciles después de la partida del papá de Valeria; era él quien pagaba la hipoteca con la mitad de su salario mensual, pero ahora, ese mismo dinero era el que él mandaba para la manutención de sus hijos. Ese dinero no alcanzaba para cubrir un mes y también pagar la hipoteca, y el dinero extra que su mamá conseguía era para la comida y cosas necesarias del hogar.

No alcanzaba para pagar la cuota de la hipoteca. Y eso, aunque su mamá pensara que no importaba en lo más mínimo a Valeria, en efecto tenía mucho peso, sus hombros se sentían cargados, como si tuviera un yugo encima. Uno que la hacía sentir como si se fuera a ahogar.

Valeria salió de su casa en la tarde hacia donde Nina después de comer, a esas horas, la una de la tarde, todo siempre estaba vacío, las calles, la esquina, las aceras, todo. Esas eran horas de reposar la comida, la gente después de comer se sentaba a beber agua, y después se acostaba a dormir por minutos antes de ir a trabajar o salir a la calle. Aunque no todos cumplían esta costumbre de reposar, no salían, porque los padres les decían a los niños: *“a esta hora todo el mundo está en su casa reposando la comida»*. Y tendrían que esperar a que dieran al menos las dos. Además, el sol estaba caribe, invierno o no, como sea, en cualquier estación, con excepción de que esté nublado, siempre hay sol. Un sol extremadamente picante.

Nina estaba sentada en una silla de plástico en frente de su casa cuando Valeria llegó hasta donde ella. La observó unos segundos antes de que Valeria abriera la boca.

—Nina...

—¿Ahora qué, Valeria?, ¿otra vez quieres que te cubra para ir a revolearte con La Sombra?

Valeria sintió que todo en ella se puso frío, ¿esa era su amiga?, ¿la que se suponía que venía a contarle sus problemas? Su expresión se quedó en blanco. No sabía qué responder a eso. Así que solo se volteó para volver a su casa.

—Espera, Valeria...

—Nina la llamó. Valeria se detuvo y se quedó de espaldas—. La verdad es que me preocupo por ti, y estas siendo muy idiota...

Eso bastó para que Valeria se mandara a correr. Y, como tampoco esperaba, Nina se quedó allí sentada.

Solo conocía de un lugar donde podía ir a hablar de sus problemas. Y aunque no hablara de sus problemas, podía desechar todo su estrés mientras permaneciera allí. Sabe que él la va a escuchar, y que pocas veces responderá cosas como los demás. Por pena. Al menos él no le tenía pena a nadie.

Tocó la puerta, y Ben abrió después de unos segundos. Estaba con unos jeans y sin camisa, descalzo y con una cuchara en la mano. También tenía un pote de mentol entre sus axilas. Valeria miró por encima de sus hombros que la estufa estaba prendida.

—¿Cocinas algo?

—Aún no he comido —respondió.

—¿Siempre cocinas semidesnudo? —le preguntó.

—Estoy tratando de untarme mentol en la espalda pero es físicamente imposible.

—Ben miró el cuello de Valeria para ver si aún estaban allí. Unas desaparecían y otras tenían un color más fuerte.

—Estoy repitiendo la ropa porque no todas me cubren el cuello.

—Valeria ahogó una sonrisa—. ¿Para qué es el mentol?

—Entra, —Ben le pidió y se dio la vuelta.

Solo así Valeria descubrió para qué era el mentol. En su espalda, Ben tenía las marcas de las uñas de ella. Estaban sanando, pero sabía que eran de hace dos días.

—Lo siento.

—Entró negando con la cabeza y después estando frente a su espalda. Algunas eran ronchas, y algunas habían arrancado piel, incluso eran peores que sus marcas de amor—,

¿Por qué no me lo dijiste?

—Me gusta que lo hagas —respondió aún de espaldas.

Valeria lo abrazó por detrás.

—Deja que yo te unte el mentol entonces, para ayudarte.

—Espera.

—Ben apagó el arroz, porque ya estaba listo, y dejó que la carne se calentara en el microondas, eventualmente el microondas se apagaría solo.

Valeria se sentó en el mueble y Ben agarró una silla y se sentó de espaldas hacia ella. Con sus dedos temblorosos Valeria empezó a poner el mentol en todas las ronchas.

No entendía por qué su piel era tan suave. Le gustaba tocarlo. Por un momento, perdió la concentración de lo que estaba haciendo, de si estaba untando poco mentol o de si ponía una gran cantidad. Solo estaba disfrutando el hecho de tocarlo, de sentir el relieve que los rasguños habían dejado en su piel.

—¿Te duelen?

—A veces. Algunas —respondió.

Entonces hubo silencio, de pronto Valeria dejó su dedo en el mismo lugar sin moverlo. Un pensamiento hizo que sintiera como si las lágrimas iban a salir.

—Mami perderá la casa.

—¿Qué? —preguntó dándose vuelta hacia donde Valeria.

—Es que la hipoteca está vencida, hace meses no paga nada...

—Valeria rompió a llorar, fue inevitable. No fue con gritos quejumbrosos, sus ojos solo estaban dejando salir todas esas lágrimas, de la nada, solo salían, mientras trataba de mantener sus labios juntos—. Quiero ayudarla pero no puedo.

—Ben se sentó con ella en el sofá y pegó la cabeza de su pecho—. De verdad quiero ayudarla pero no puedo hacer nada.

Silencio, él solo acariciaba su hombro.

—Nina está fría conmigo. Ya no quiere ser mi amiga.

—¿Te lo dijo?

—Me dice cosas hirientes cuando la busco, después dice que es porque se preocupa por mí.

—Valeria se limpió la nariz—. Aunque no lo creas, tú eres el único que no me juzga.

Valeria se levantó de su regazo y lo miró a los ojos. Él estaba serio. Sin decirle nada. Estaba bien. Ya no sentía que guardaba miles de cosas. Los problemas no se habían ido pero se sentía tan ligera como una pluma. La Sombra acarició su mejilla y después deslizó su mano hasta su cuello, para volver a colocar la cabeza de ella en su regazo.

* * *

El domingo, Valeria fue con un vestido de encajes que le quedaba un poco más por encima de los tobillos a la Iglesia. Su cuello ya estaba visible, las «marcas de amor» habían casi desaparecido y permanecían ocultas por su cabello. Ben había prometido hacerlas en otras partes, porque ella no podía andar por ahí con esos colores decorando su piel.

Allí, después de que se levantó de orar a Dios para que un milagro ocurriese y no

perdieran la casa, vio a Gregorio parado detrás de ella. Como si él fuera el milagro que Dios le mandó.

—¿Gregorio?, ¿qué haces aquí? —le preguntó. A la verdad, él le había pedido disculpas un millón de veces después de aquel horrible enfrentamiento. Sin embargo, aún escuchaba sus palabras. «Eres una zorra, nunca lo olvides.»

Mientras oraba, Valeria había estado llorando, su cara estaba roja y sus ojos llorosos.

—¿Qué pasa contigo, Valeria? —le preguntó y acarició su mejilla.

—Nada.

—Volteó la cabeza y salió de la iglesia, no quería faltarle el respeto a Dios, y además, las chicas del Monte Nazaret la estaban mirando mal.

—¿Venías a buscarme a mí? —le preguntó cuándo estuvieron afuera.

Gregorio exhaló.

—Mira, siento que has cambiado, para mal, no eres la misma.

—Te equivocas, he sido Valeria García toda mi vida. ¿Acaso mi nombre ha cambiado?

—Tú sabes a qué me refiero. No te hagas la que no sabes nada, porque lo sabes.

Valeria hizo un mohín evasivo, siguió caminando a su casa.

Gregorio le siguió detrás.

—Ben sigue siendo mi amigo, y lo conozco más que tú, Valeria, él no te quiere.

Valeria se detuvo, él no sabía nada, ¿de qué hablaba?

—Por favor, Gregorio, no seas como Nina, como todos si lo supieran.

—Valeria se manifestó exhausta—. Por favor, trata de entenderme. Eres el único que podría ser mi amigo ahora.

Gregorio suspiró.

—Yo no podría ser tu amigo, Valeria, tú sabes que me gustas, *mucho*, no voy a dejar de intentar estar contigo.

—¿Aun si ya sabes que entre Ben y yo hay algo? ¡Ustedes son amigos desde pequeños!

Gregorio relamió sus labios.

—¿Por qué llorabas?

—No me cambies el tema.

—Voy a tratar de hablar de nuevo con él, te lo prometo. ¿Es eso lo que quieres?

No, no quería eso. No le había pedido nada, él había venido donde ella.

Valeria empezó a caminar otra vez.

—También trataré de ser tu amigo.

—¿Sin querer aprovecharte?

—Exacto.

—Le sonrió—. ¿Por qué no lo hacen público?, ¿Por qué él me echaba las porras para que te invitara a salir si ya estaba contigo?

Valeria miró sus pies, y después se cruzó de brazos.

—No quiere compromisos, y creo... creo que es lo mejor, ¿sabes? Todo secreto, por favor, no se lo digas a nadie.

—No lo haré.

Siguieron caminando en silencio, Valeria se echó el cabello hacia atrás y dejó escapar un grito frustrado. Sin que sonara lo suficientemente alto para que las personas

alrededor lo escucharan, pero si para que Gregorio lo hiciera.

—¿Qué pas...?

—Necesito un trabajo.

—Valeria lo cortó.

—¿Un trabajo, tú?, ¿para qué?

—En un horario vespertino.

Gregorio miró hacia delante y después sonrió mostrando su dentadura.

—Voy ayudarte —le sonrió.

La sonrisa fue contagiosa. Valeria lo miró sin poder creerlo y también sonrió.

* * *

Cuando Valeria pasó por el frente de la casa de Marian, se dio cuenta de que Nina estaba con Rose y Argentina. Cuando cruzó miradas con Nina inmediatamente volvió e rostro y fijó la mirada en el camino. No quería hablar con ella, mucho menos mirarla. La extrañaba mucho. Era su mejor amiga en todo el barrio. Pero aun así, estaba un poco resentida. Sin importar la razón, Valeria siempre la había apoyado en todas sus decisiones, incluso la había cubierto. Por eso no entendía por qué le era tan difícil hacer lo mismo con ella, se suponía que eran mejores amigas.

—Tengo algo que decirte —dijo Nina apresurada a la espalda de Valeria.

Ella se dio la vuelta y siguió caminando de espaldas.

—¿Sobre por qué La Sombra es malo para mí?

—Sí.

—Atravesó su brazo por el hombro de Valeria, dándole la vuelta—. De hecho, te tengo muchas razones, he investigado toda su vida, solo por ti, porque me preocupo por ti.

Valeria no sabía mucho de él. Si vagaba por los recuerdos de su mente lo recordaba jugando con los muchachos del barrio, pero nunca relacionándose con ella, y en ese entonces a ella no le interesaban los chicos.

—Tienes segundos antes de que te haga callar.

—Su mamá se suicidó, la encontraron ahogada en la bañera de su casa, ¿donde vive ahora La Sombra! Y su papá, su papá se casó con una mujer mayor y multimillonaria de una empresa conocida, no sé por qué, pero La Sombra no quiere saber de ninguno de los dos, aun así, él mantiene a La Sombra.

—Frotó el dedo índice con el pulgar refiriéndose al dinero—. Hace unos meses él abuso de las drogas y no se sabe si las sigue utilizando. Y hay una chica que dice que está saliendo con él, su nombre es Laura. Y es muy linda.

—Bueno, ¿quieres que yo crea todo?

—Pregúntale entonces. ¿Acaso no recuerdas a la policía cuando su mamá murió haciéndole preguntas a todo el mundo?

¿Cómo lo iba a hacer? Era tan solo una niña de diez años. A ella no le hicieron preguntas. Cuando escuchó que una señora había muerto ni siquiera le dio importancia, además, sus padres no le contaron ni dejaron que se acercara a ese lugar por más de una semana.

—Y si es así, ¿qué tiene de malo?

—¿A parte de que te podría estar engañando con otra... y que es un drogadicto? Valeria —la miro totalmente seria—, él va a joderte la vida y tú lo vas a dejar, por favor, ¡despierta!

Valeria se estrujó la cara y siguió caminando rápido, su corazón latía fuerte, como si no aguantase más, basta de amigos por un rato. Basta de todos.

Por un momento, ni La Sombra, ni nadie, solo estar sola... y respirar.

Capítulo 13

JEANS APRETADOS

—Ella es Valeria.

La mujer morena la mira de arriba abajo, frunce los labios.

—¿Sabes contar?

—Sí.

—¿Dos por mil veintiuno?

—Dos mil cuarenta y dos... —respondió tras varios segundos.

—Bien.

La mujer se movió detrás del mostrador y Gregorio y Valeria la siguieron.

—Está bien, escúchame bien. Primero tomas la orden, la llevas a Patricia, Patricia te da el pedido, y el pedido se lo das al cliente y cobras ahí mismo. Esto es una caja registradora y aquí cobrarás. Y ya.

—Okey—Valeria asintió.

—Nunca devuelvas de más.

Valeria asintió.

La mujer siguió explicando cosas.

—Somos un local de bebidas no alcohólicas, pero algunas veces unos idiotas vendrán a comprar bebidas de naranja, se sentarán en aquella esquina y lo mezclarán con ron, se emborracharán y comenzarán a hablar muchas idioteces. Ignóralos. Si se quieren propasar contigo clávalos un tenedor. O si no eres lo suficientemente valiente llama a Patricia, ella los sacará de aquí.

—¿Y por qué no les prohíben la entrada?

—Ellos son una gran parte de nuestros ingresos.

—Bien.

—Asintió.

—Vestimenta.

—Siguió caminando al centro del local—. Somos un local de mujeres lindas pero no nos vestimos como zorras, el único hombre que tenemos es el chico de los vasos y está siempre enterrado allá atrás fregando cosas sucias. No te preocupes por él, juega al otro bando.

—Le guiñó el ojo—. Un jean y una blusa de cualquier color. Deja que se te vea el escote sin ser vulgar.

—Valeria se miró su casi inexistente escote que apenas rellenaba copa A, después volvió a mirarla—. Cuando te pongas nuestro delantal no importará —dijo refiriéndose a la vestimenta, le pasó un delantal rojo con una bebida impresa en él y el logotipo de «Bebidas Fresa» debajo. Qué nombre. Ese era el nombre de la mujer morena explicándole cosas—, y toma esta gorra.

—Era una de las que tenía un hueco en el tope, que dejaba descubierta parte de su cabeza—. Mañana domingo empiezas a trabajar.

—Muchas gracias.

—Valeria miró a Gregorio entusiasmada.

—Ah y tu paga será semanal, mil quinientos, o si quieres quincenal, tres mil, ¿o mensual seis mil?

—Quincenal está bien.

—Una chica balanceada, me gusta —sonrió.

—Muchas gracias, Fresa —dijo Gregorio.

—Lo que sea por mi querido sobrino.

—Miró a Valeria de reojo, sus pantalones le quedaban algo flojos—. Ah y otra cosa, pantalones súper apretados, tan apretados que no puedas caminar. A todos los hombres les gustan los culos apretados.

Bebidas Fresa estaba ubicado en el mismo sector del barrio de Valeria pero en un bando distinto. La gente (muchachos en realidad) no se juntaba mucho con los de su lado. Estaba un poco lejos, a unas siete cuadras de la esquina y como a diez de su casa. Era mucho caminar, sin embargo, para ella, lo valía.

El primer día de trabajo transcurrió normal, hasta que cayó la noche y un grupo de muchachos logró ponerla demasiado nerviosa.

—¿Y eres nueva? —Tocó su mano mientras ella limpiaba el mostrador.

—Bueno, nunca antes había estado aquí.

—Alzó los ojos.

—¿Tu nombre, pequeña? —preguntó un chico recostado del mostrador.

—Soy más grande que tu amigo allí debajo —contestó.

—Ohhh —todos silbaron.

—¿Hay de piña? —preguntó uno.

—Sí, ¿quieres uno? —trató de ser profesional.

—No, mejor uno de sandía y guineo.

—Está bien.

—Lo apuntó en el papel y fue allá detrás. Los muchachos hicieron un alboroto que la puso incómoda.

—Tienes un pequeñito y adorable culo —dijo uno de ellos. Tenía trenzas hacia atrás. Algunos rieron.

—Eso es muy grosero —Valeria se resignó y se fue a sentar.

—¡Aún no te decimos qué bebida queremos! —la llamó—. Definitivamente voy a hablar con Fresa para que no contrate gente ineficiente.

Valeria se levantó de nuevo.

—Entonces pidan y dejen de agredirme verbalmente.

—Se quejó sintiendo la sangre en su cara.

Los señaló uno por uno y tomó su pedido. En el extremo izquierdo, el chico que Valeria había ofendido seguía mirándola. Ella lo señaló con el lápiz. Mantuvo su mirada, él tenía los ojos azules.

—¿Tú qué quieres?

—A ti.

Valeria se ruborizó. Iba a hablar. Pero él volvió a sacudir el dedo hacia donde estaba

apuntando.

—Aquí—repitió. Había dicho aquí. Escuchó mal. Él solo estaba señalando el sabor manzana verde del tablero de sabores que estaba encima del mostrador.

—¿Manzana verde?

—Sí, ¿no sabes leer?

Valeria lo ignoró. Los muchachos se fueron a sentar y Valeria fue a respirar atrás después de darle el pedido a Patricia.

—Si quieres yo les llevo las bebidas. Quédate, ¿sí?

—Gracias.

Se quedó sentada pero los miraba hacer estupideces, ella rodó los ojos, ¿podrían ser más estúpidos esos chicos? No, claro que no.

* * *

La tía de Valeria estaba visitando la casa, ella estuvo hablando con la mamá de Valeria toda la tarde y les había traído obsequios a Valeria y a sus hermanitos. También pidió hablar con Valeria porque no entendía cómo una jovencita de diecisiete años vestía aun así. Con pantalones chalca-charcos³, ropas sin combinar, blusas de muñequitos y pantalones flojos.

Le había traído varias mudas de ropa, no era mucha cantidad, pero desde luego hacía diferencia. Estaba dejando su imagen de niña, o al menos, por fuera. Toda esa ropa se estaba quedando en el olvido, o Carol la heredaba, y la poca que tía Victoria había traído estaba protagonizando todo.

Cuando tía Victoria y Valeria estuvieron solas en el parque de la ciudad, Victoria al fin tuvo su oportunidad de hablar con ella.

Le pregunto:

—¿Cómo va la vida? —Notaba en Valeria tristeza. Y lo estaba, llevaba dos días ignorando a todo el mundo y tratando de estar sola, además, Claribel le había informado a Victoria que Valeria se estaba poniendo malcriada y desinteresada por todo. Lo que le preocupaba. Ella nunca era así.

Valeria, cuando niña, era la más alegre de todas y le sonreía a todo el mundo. Era fácil simpatizar con ella.

—Normal.

Victoria podía descifrar qué tenía su sobrina con solo mirarla a ella con la cabeza hacia abajo y meciendo sus pies que rozaban el suelo.

—¿Enamorada?

—No...

—Valeria respondió rápidamente.

—Oh, vamos Valeria, soy tu tía, no una desconocida, puedes confiar en mí.

—Le guiño el ojo, Valeria la miró y se quitó el cabello de la cara.

—Puede ser.

—¡Por qué sufres entonces! —exclamó, más que preguntar.

Valeria se mordió el labio.

—Creo que lo amo.

—En su voz se sintió que iba a llorar y retuvo las lágrimas—. Tía, ¿quién dijo primero «te amo»? ¿tú o tu esposo?

—Él me dijo: «Oye, te amo», yo, me reí en su cara, y le dije que yo no estaba enamorada de él, ¿sabes qué me respondió?

Valeria negó. Pues claro que no sabía. ¿Por qué no se limitaba a responder su pregunta y ya?

—«No me importa, ya te di mi corazón de todas formas.» Y fui suya. Desde ese momento fui suya, es como si una chispa nació en mí y me enamoré de repente.

—¿Una chica puede confesarse primero?

Victoria alzó los hombros.

—Sí, ¿por qué no? Dile cómo te sientes. Estamos en el siglo veintiuno, allá en el veinte éramos muy antiguos.

—Valeria se perdió en su cabeza—. ¿Es por qué quieres acostarte con él o ya lo has hecho?

En ese instante, el rostro de Valeria se puso pálido y negó.

—Yo no dije...

—No te avergüences, que la sexualidad no es de causar alboroto. Yo perdí mi virginidad a los catorce, así que si tú ya lo hiciste a los diecisiete no te juzgaré, te felicitaré por esperar tanto.

—Se rio, pero Valeria no lo hizo—. Ahora bien, yo no quiero que estés con alguien sin amor, te hará daño. Aclara las cosas, si no, dadas por terminadas.

Valeria dejó de mirar a su tía y miró al otro lado de la calle cómo un auto rebasaba a otro.

—Ojala fuera tan fácil.

—O sigue a tu corazón.

—Ay, no, tía, no me diga que usted me va a hablar de cuentos de princesas porque nunca sabemos qué pasa después del feliz para siempre.

—Haz lo que te parezca correcto, eres una niña sana, fuerte y linda. No dejes que alguien te haga pensar lo contrario. Eres fuerte, Valeria. Con tus hermanos, con la casa ahora que tú papá no está. Tú y tu mamá han estado ahí para tus hermanitos y van a salir adelante.

Valeria se quedó en silencio.

—Le presté a tu mamá dinero para pagar una parte de la hipoteca, me lo pagará cuando pueda.

—En realidad, Valeria era quien le iba a pagar con su nuevo sueldo—. Y sobre lo del chico, si te hace daño, dímelo, que le rompo la cara. Y sobre el sexo, tú decides cuando estés lista, nadie más.

La tía de Valeria se iba a subir en un taxi hasta su casa y le iba a dejar dinero a Valeria para que se fuera en otro a su casa. Pero cuando su tía se fue, Valeria guardó el dinero y se fue a pie a su casa.

* * *

Estaba casi oscureciendo. Valeria guardaba en una cartera que llevaba cruzada al

cuerpo un par de galletas para Ben que había hecho en casa de Sabrina. Tenía tantas cosas que hablar con él que no sabía ni siquiera cómo empezar.

Y a la vez tenía miedo. Se supone que no debía preguntarle sobre su vida, una vez cometió el error, y ella ya sabía cómo se ponía. Frío, distante, enojado, triste. Pero debía hacerlo, debía preguntarle porque quedarse con duda era como crear una grieta que cada vez se hacía más grande.

Sentía calambres en las piernas y su cara ardía. No entendía por qué su cuerpo reaccionaba así, de esa manera: con un gran nudo en el estómago y las manos frías. Solo iba a contarle de su nuevo trabajo «Pero tendría que decirle quién se lo había conseguido, ¿y si se enojaba?».

También quería preguntarle por su mamá. Pero sabía que era mucho más difícil. Él no hablaba de eso, ¿aún estará dolido? No quería arriesgarse a que se cierre y nunca más pueda sincerarse con él.

Otra cosa que la traía loca, lo de las drogas. En el colegio habían explicado muy bien su efecto nocivo. ¿Por qué lo hacía? Ni lo creía. A la verdad, para Valeria, Ben era la mejor persona del mundo.

Apretó demasiado fuerte la cartera. Temió haber desmenuzado las galletas, por eso las revisó, sus manos también temblaban y no sabía la razón. Entonces algo pasó por su mente. ¿Quién era Laura? A él no le gustaba tener novias, solo amigas. Pero Laura supuestamente afirmaba ser su novia. ¿Quién era?, ¿por qué no había escuchado hablar de ella?

«Porque nadie chismotea sobre los asuntos de La Sombra.»

Tocó la puerta, y entonces una chica la volteó y la pegó de la pared. Era Estefani.

—¡Lo sabía! —dijo abriendo su boca en tono acusador.

Valeria no supo qué responder.

—Te gusta él. ¿Pero sabes lo que estás haciendo?, ¿al menos lo sabes? Él está muy jodido, Valeria, por el amor a Dios.

La puerta se abrió. Las manos de Ben detuvieron que Valeria cayera de espaldas. Miró confundido a las dos chicas, lanzó una maldición debajo del aliento.

Estefani se alejó un poco.

—Espera, ¿tú sabías... que ella vendría?

—Estefani, ¿qué quieres? —preguntó con voz ronca. Parecía que estuviera durmiendo. Tenía marcas de la almohada en la cara. Pero tal vez, y si hubiese estado durmiendo, no hubiese abierto la puerta tan rápido.

—Eres el peor ser humano del mundo —dijo cruzándose de brazos.

—Bueno, pero ya basta, eh, ¿quién crees que eres para decirle así? —Valeria saltó a la defensiva. Ben no era malo, ¿por qué todos se empeñaban en decir eso?

—Cállate.

—Estefani, no le hables así.

Estefani dejó soltar aire.

—¿Para qué utilizaban a Gregorio, como carnada? Oh... espera... ¿esa es la chica que viene a tu casa?, Valeria, por Dios, más sería te creía.

—Estefani.

—Llamó en tono de advertencia.

—¡Benjamín! —miró a Valeria—. ¿Qué es lo que quieres de él?

—Ella no quiere nada. Vete ya, Estefani.

—Ben terminó de salir de la casa y empujó a Valeria adentro.

El cielo estaba naranja. Justo a punto de oscurecer. Clima templado, pues el aire de enero aún estaba en la puerta. A esta hora Ben se preparaba para salir. Pero hoy no lo tenía pensado.

—Esperen, ¿ustedes son algo? —Valeria los miró a los dos. Sintió un dolor en su pecho. ¿Estefani era en realidad «Laura»?

—Su mamá era sobrina de mi mamá. Soy su tía segunda.

—Lo dijo como si Valeria debiera saberlo. El problema es que Valeria no se metía en nada que no fuera su asunto. Aprendió eso con vara y malos dichos de parte de sus padres. No podía meterse en conversaciones ajenas, ni averiguar la vida de nadie.

—Pero si tienes casi mi edad.

—Valeria pensó que le tomaban el pelo.

—¿Tienes dieciocho?, yo pensé que eran quince.

—Tengo diecisiete.

—Sus dientes se apretaron. Ella no era una niña. Claro que sabía lo que hacía.

—Ah, bien —se movió—, eres grande, ¿por eso piensas que esto es amor?

Valeria no le respondió y Ben la volvió a empujar hacia adentro.

Miró a Estefani antes de cerrar las puertas.

—No te metas —murmuró para que solo ella escuchara.

Adentro Valeria sacó la servilleta en la que se hallaban envueltas las galletas, se sintió decepcionada cuando vio que se habían desmenuzado a migajas. Sintió que iba a llorar.

Supo que todo iba a salir mal.

—¿Por qué diablos vienes a plena luz del día?

Pero ni siquiera estaba de día. Estaba oscureciendo.

—Valeria, por Dios, ¿no sabes cómo guardar un secreto?

—Quería traerte galletas.

—Su labio tembló. ¿Qué locura pasó por su cabeza?, ¿cuántos más la vieron?

Pero, ¿qué, ya no los habían visto suficientes personas el día en que él mismo la acompañó a su casa?, ¿por qué le pesaba tanto que todos lo supieran?

No quería que lo vieran como el malo de la película, o tal vez era porque simplemente no era algo serio. No la amaba, si todos se daban cuenta la iban a catalogar como una de los ligues de La Sombra. Eso lo enfermaba.

Valeria extendió la servilleta. Ben las tomó de sus manos temblorosas y después las lanzó al fregadero.

—¡Por migajas! —dijo como si no lo creyera—Poruñas estúpidas migajas pones tu reputación en juego. Otra vez estas actuando como estúpida.

—Lo siento.

—No se había movido de su lugar—. Lo siento, perdón —repitió—, también vine a contarte algo.

Cuando La Sombra escuchó su tono de voz débil se calmó. Bajó los hombros y se

quijada se aflojó. Trató de acercarse, pero ella retrocedió por reflejo.

—Estoy en un trabajo de medio tiempo desde hace cuatro días.

Ben se sentó en el suelo con las manos en la barbilla.

—¿Hablas en serio?, ¿cuatro días?

—Sí.

—¿Dónde?

—Bebidas Fresa, entro a las tres de la tarde, salgo a las nueve, o depende de cómo esté todo. Hoy entro a las siete. Por eso vine a verte antes para contarte. Entre clases y el trabajo llego muy agotada como para venir a verte. Quería darte una explicación.

—No me tienes que dar una explicación. Tú no estas obligada a venir, por Dios, Valeria, grábate eso.

—Lo sé —pestañeó varias veces para no llorar. Apretó la mandíbula mientras decía—: me lo has dicho varias veces. Que no estoy obligada a venir. Pero sé que lo haces con una segunda intención. Sabes que voy a volver siempre.

Ben no soportó seguir mirándola a los ojos. En vez de eso, meditó en el trabajo de Valeria. Del otro lado del barrio, en el territorio de los norcuros.

—¿Gregorio te consiguió trabajo en esa pocilga? —Ben alzó ambas cejas.

Fresa era tía de Gregorio. Era claro que había sido él. En ese momento le parecía estúpido, su mejor amigo se atrevió a meter a Valeria allí. A ese lado donde no necesariamente tenía control.

—Pero lo necesito. Fui donde el dueño de la casa para pedir una prórroga. Le voy a pagar todo lo que gane sin demoras y él prometió que iba a paralizar los trámites para desalojarnos. No puedo permitir que nos dejen en la calle, Ben. Y este trabajo no es nada. No importa lo que sea, y no es una pocilga, Fresa tiene todo muy bien decorado. Son colores llamativos y la chica que trabaja conmigo es simpática.

—Del lado de los Norcuros.

—¿Y qué tiene de malo?

—Nada —respondió rápidamente. De pronto tenía sed. Se levantó y fue a la alacena sacó un vaso, lo enjuagó y abrió la nevera. Sacó la jarra con agua casi helada y llenó el vaso. Casi rebosa, los lados se empezaron a condensar. Había hecho todo un charco de agua. Bebió el agua de un solo trago y Valeria solo observó cómo su garganta tragaba el líquido.

—¿Por qué es tan malo?

No le iba a decir. Solo tenía que ser más precavido. Solo tenía que alejarla de él.

—¿Te ha molestado alguien?

Valeria pensó en los comentarios sexistas de los chicos que iban sin falta todas las noches. Pero ellos eran clientes. No podía quejarse por ellos.

—No.

—¿Tienes que ir a las siete hoy? Valeria, ¿a qué hora pretendes salir de ahí?

—No lo sé.

—¿Y si alguien te hace daño?

—N-no había pensado en eso.

La Sombra se acercó a Valeria. La miró como quien busca algo.

—¿Y eres mía?

—¿Q-qué? —La voz de Valeria tembló.

—Olvidalo.

—Se alejó de ella. Buscó un trapeador para secar el agua—. Vete, Valeria.

—También quería preguntarte algo.

—Fue lo único que su boca pudo articular.

—Vete, Valeria —repitió.

Entonces supo que era en serio. Aunque él nunca la había botado de su casa. No quiso que continuara más.

Capítulo 14

POLVO BLANCO

Cuando salió de casa de La Sombra su respiración estaba acelerada. Su pecho subía de arriba abajo. No hizo todas sus preguntas. Y todo salió terriblemente mal.

«¿Eres mía?» se repite en su cabeza. ¿Por qué había hecho esa pregunta?

Se detuvo de caminar. ¿Era ella de él? No. Ella era de sí misma. De nadie más.

Pero la reacción de su cuerpo era otra. Sí, quería ser de él, ¿por qué no? Solo de él, solo amarlo a él. Es justo lo que estaba haciendo ahora. Si es que a eso se refería.

Al menos hasta ese momento. Y no tenía más planes.

Llegó a su casa para dejar la cartera. Ben tenía razón. No era la parte más segura de todas. Por algo siempre se mantenían separadas las dos mitades. Aunque no sabría decirlo bien. No sabe nada de territorios o naciones. Solo estaba enfocada en lo que realmente importaba. Salir adelante.

* * *

Cuando cruzó más allá de la Casa Central acaparó las miradas de los otros. La Sombra visitando, *qué honor* — pensarán algunos —, otros, que está espiando, verificando a ver qué hacen todos. Pero eso sería ilógico, la verdadera vida era de madrugada, cuando no hay gente inocente en la calle. Ben no tenía a nadie a quien espiar.

Eran las nueve de la noche y había llegado al local. Había muchas personas, era el cumpleaños de un gran chico. Ben lo conocía. Quizás por eso le pidieron a Valeria que extendiera su tanda y entrara más tarde, porque necesitaban a alguien que sirviera las batidas a los invitados.

Alejandro estaba ahí. Hablando con ella en vez de estar con su grupo en una esquina. Está sentado en una de las sillas redondas en frente del mostrador y con medio cuerpo encima de este último. No la dejaba de mirar, y su boca se movía. Estaban hablando. O a menos él hablaba mientras Valeria asentía y servía bebidas para llenar una bandeja. Tal vez era un poco tarde, pero tenía fe de que no lo era.

Los amigos de Alejandro, o Norcuros, si te fijabas bien en sus tatuajes en forma de estrella en el puño derecho, miraron a Ben entrar. Lo siguieron con la mirada. A unos pasos de estar cerca del mostrador Valeria alzó la vista.

Y entonces Alejandro hizo lo mismo, y el aire tenso que lleno el lugar fue asombroso.

Valeria empezó a actuar de manera torpe. Sus manos temblaban cuando trató de levantar la bandeja.

—Está bien, déjalo, yo lo llevo.

—Patricia se la quitó de las manos. Valeria se secó las manos del jean súper apretado que tenía puesto. Hasta se subió el delantal para que no se siguiera viendo el pobre escote que mostraba.

Alejandro la examinó. Era obvio que Valeria lo conocía. Ni siquiera le respondía su pregunta.

Volvió a repetir: — ¿En qué curso vas?

Pero Valeria solo miraba a La Sombra, él había llegado al mostrador, estaba ojeando los dulces y las donas fingiendo que no la había visto. Fingiendo que era un desconocido.

Alejandro se limpió la garganta.

— ¿Conoces a Benjamín? — pregunta en voz muy baja.

Valeria entonces miró a Alejandro. Sabía su nombre, entonces él también lo conocía.

— N-no — responde.

En ese instante Ben dejó de fingir que miraba algo. Y se sentó junto a Alejandro.

— ¿Hay de piña y leche? — le preguntó a Valeria. Ni siquiera saludó. No le tomó tiempo a Valeria saber que no quería que ella hiciese como si lo conocía.

— Sí, sí — Pero su voz le fallaba, estaba nerviosa.

Ben abre los ojos.

— Entonces, tráeme uno.

Valeria se marchó hacia atrás, donde se preparaban las batidas, como Patricia estaba atendiendo a los de la fiesta de cumpleaños, Valeria fue ella misma hacia atrás a preparar lo que Ben había pedido. Tomó el envase de aluminio y lo llenó de leche por la mitad. Vertió varios cubos de hielo y después trozos de piña. Los tapó y colocó en una de las bases de las batidoras.

Cuando el sonido comenzó a ensordecir sus oídos, respiró. Dios. Había estado hablando con Alejandro. ¿Se pondrá celoso? Se mordió los labios. Deseaba que estuviera celoso, pero no quería verlo enojado. Miró a través de la ventanilla, estaban hablando algo. ¡Se conocían!

¡El chico de los ojos azules y La Sombra se conocen! Algo en su mente gritó, ese mismo algo le hizo sentir un escalofrío.

* * *

— ¿Viste que lindo culito apretado tiene? — Hizo una seña como si estuviera pellizcando el aire.

Ben lo ignoró.

— Además, se pone nerviosa cuando le hablamos.

— Su aliento olía a fresa, Ben movió su cabeza molesto.

— ¿Cuántas batidas bebes para ver su culito a diario?

— Muchas. Muchas, Sombra. La niña me causa gracia.

Valeria salió con la batida en la mano. Los dos la miraban.

— ¿Quiere espuma de vainilla o chocolate? — preguntó.

Ben negó con la cabeza. Valeria se lo pasó, y cuando lo hizo, sus dedos rozaron. Ben le dio la espalda, se puso a mirar el ambiente, los Norcuros lo miraban perplejos. Las dos cabecillas de cada región hablando en un lugar fuera de la Casa Central.

Valeria se quedó mirando la parte de atrás de la cabeza de Ben, después miró a Alejandro quien seguía examinándola. Con un gesto se alzó de hombros y se levantó. Se detuvo en frente de La Sombra.

— Hasta luego. Escucha, fue una sorpresa verte por estos lados.

Entonces se fue a sentar con los demás de su clan.

Valeria no entendió qué acababa de pasar. Pero el aire se podía cortar todavía con una simple cuchara. Se fue a sentar al fondo. Nadie pidió más bebidas naturales o batidas de leche. Nadie se volvió a acercar al mostrador mientras Ben estuvo ahí. Y estuvo ahí hasta que eran las diez de la noche.

Cuando iban a cerrar, Patricia se acercó a Ben para preguntarle si deseaba algo más pero el solo se levantó y salió del local. Se quedó afuera, esperando.

—Loco —musitó Patricia, y comenzó a recoger todo. Valeria también la ayudó. Media hora después el local estaba más limpio que antes. Valeria salió y se lamentó de inmediato por no haber traído un suéter que cubriera sus brazos.

La Sombra seguía en la esquina, recostado de la pared, solo, esperándola.

* * *

Cuando llegó a su casa puso agua a calentar. Después se dio un baño. Estaba tan cansada que cuando vio su cama sintió que vio el cielo. Se desplomó allí sin ni siquiera notar que su cuerpo estaba encima de las piernas de Carol.

Al despertar, ya no había nadie en la cama. Era sábado. Lo niños estaban en el comedor desayunando pan con huevos revueltos. El olor la había despertado. Saboreó la comida en su paladar y después dejó de hacerlo al sentir el sabor amargo en su boca. Abrió por completo los ojos y se levantó descalza. Se dio un baño, cepilló sus dientes, y salió sin siquiera decirle a su madre.

El barrio estaba tranquilo. Era de mañana. La gente no acostumbra a molestar mucho en la mañana. Iba a la casa de La Sombra. Tenía en mente hacer dos cosas, averiguar si estaba molesto o celoso, y averiguar quién era Laura y el asunto de las drogas. Entonces se dio cuenta de que realmente quería saber sobre cuatro cosas.

Cuando entró al callejón la puerta estaba cerrada. Demasiado cerrada. Oyó unos pasos detrás de ella, volteó y miró a Estefani cruzada de brazos.

—No está.

—Uh, gracias.

—Valeria se iba.

—Oye, siento lo de ayer, estaba un poco molesta.

—Trató de sonreír amistosamente, pero Valeria no se conmovió—. Mira, yo pensaba que él me decía todo lo de él. Pero como vi, no es así... y me molestó que cuando le pregunté si estaba viéndose contigo me dijera que no. Mis instintos no fallan.

—¿Qué te hizo deducirlo?

—La forma en que te miró una noche. Se mordió el labio tan fuerte que ni se dio cuenta. Fuerte enganche tiene contigo.

—¿Hablas en serio?

—Bueno, ni tanto. Él sabía que Ana iba a golpearte.

Valeria se detuvo en seco.

—¿Ah, sí? —Alzó una ceja.

—Sipi. Antes de yo ir a decirle a Ana lo que tú me dijiste que «sentías» —enfaticó con sus dedos—, por Gregorio, le pregunté a mi sobrino, y él me dijo que todo era cierto.

¿Acaba de confesar que ella había enviado a Ana a golpearla?

—¿Cómo sabían ustedes que me iban a golpear?

—Yo se lo dije, ¿qué, no escuchas?

Valeria tragó. Se supone que ahora debía estar enojada con Estefani, en parte, ella era la culpable de que su cara aun tuviera esa cicatriz seca del arañazo que le había hecho Ana en la cara, pero solo pensaba en una cosa: ¿por qué dejaría él que a ella la golpearan?

—¿Por qué debería creerte?

—Está bien —se alzó de hombros—, no me creas. Pero te conviene saber que yo sí estoy de tu lado.

Valeria se marchó.

* * *

Tenía puestos unos pantalones cortos y un suéter de los que su tía le había obsequiado. Era algo contradictorio, tener frío y usar un suéter, pero tener las piernas descubiertas, sus flacas piernas que terminaban en su delgado tobillo. De calzado tenía tenis de pantorrillas. Estaba jugando con pequeñas rocas del contén⁴ cuando Argentina se sentó riendo junto a ella, y Nina y Rose le siguieron detrás.

—Miren a quien encontramos —aún seguía riendo—, ¡es nuestra compañera de aventura!

—¿Qué? —replicó Valeria.

—No te preocupes, Val. Le dije a tu mamá que dormirías en mi casa. Todo está cubierto —dijo Nina.

Argentina levantó a Valeria, y después las tres empezaron a caminar, los pies de Valeria las seguían. Argentina parecía drogada. Sus rizos castaños claros se movían por todas partes. Era una de las más lindas del barrio, también tenía su reputación. Valeria intentó zafarse de Argentina y esta vez fue Nina quien impidió que Valeria se diera la vuelta.

Cruzó su brazo por encima de su hombro.

—Val, ¿quieres saber a dónde vamos? —preguntó Nina.

—Si es posible, por favor.

Las tres se rieron.

—Casa Central. Hoy hay reunión —Argentina fue la que respondió.

—¿Por?

—Bueno, no lo sé. Hay reunión entre los dos clanes. E invitaron a los que quieran ir a ver. Es una gran oportunidad —respondió Rose.

—¿Pero, por qué me traen? Yo no quiero ir.

Argentina sonrió.

—El único requisito es que debes tener pareja. Solo de dos en dos. Tú eres mi dos.

Valeria trató de comprender. Siguió caminando. Era un poco bastante lejos. En la puerta había una persona. Solo dejaban entrar a la gente por par. Primero entraron Nina y Rose y después Valeria y Argentina. Pero inmediatamente entraron desaparecieron, menos Nina. Ella miró a Valeria con pena.

—¿Ya averiguaste lo que te dije de La Sombra?

—No, todavía no —se cruzó de brazos—. ¿Por?

—Ah bueno... Quiero que sepas que él está aquí. Con ella. Digo, ella, y la otra *ella*. Cuando está aquí no es tan chévere como por allá por la casa, no le dirijas la palabra si no quieres pasar un mal rato. Cualquiera cosa, búscame, estaré cerca del patio, no importa que esté con un chico. Interrúmpeme.

Entonces desapareció. Y Valeria se quedó tanto rato allí parada que perdió la noción del tiempo. No pensaba moverse hasta que las chicas volvieran y ella se pudiera ir. No era que no había intentado irse. Lo hizo, pero el muchacho de la puerta insistió en que debía salir en pareja. Era una dase de código raro que ella no entendía.

Sus pies se cansaron. Iba a una de las habitaciones de la casa, era una casa normal, como si fuera una casa de familia, y en su momento lo fue. Lo único que ahora es una sin muchos trastes. Un mueble vinotinto en la sala. Un comedor de seis sillas en la cocina. Y uno de los cuartos, al cual le habían roto una pared para juntarlo con la sala parcialmente, tenía mesas pequeñas. Los jóvenes estaban hincados ahí absorbiendo un polvo blanco.

Nadie estaba bebiendo directamente de un tanque cerveza, ni tampoco olía a ella. Valeria conocía muy bien el olor a cerveza, en la esquina siempre bebían, por eso sabía que no había cerveza. Algunos tenían vasos foam con algún líquido color ámbar, de un olor más fuerte. Tampoco había música alta, ellos no buscaban llamar la atención de nadie. Dos o tres tenían sus celulares encendidos con música para sí mismos o los que estaban a su alrededor. Todo el mundo atendía a su conversación, algunos a veces reían a carcajadas, o sencillamente permanecían serios.

Iba a sentarse en el sofá. Pero Alejandro estaba ahí. Y él de alguna forma la hacía sentir nerviosa. Y le daba miedo.

Caminó hacia otro lado, era una terraza. Parecía el lugar donde los niños van a jugar, como el patio de la casa, lo único que cubierto con un techo de madera con tejas arriba.

Lo que vieron sus ojos le causó espanto. La Sombra estaba inclinado sobre una mesa alineando una línea de polvo blanco con lo que parecía ser una tarjeta. Después la inhaló, se echó hacia atrás y allí quedó, como si estuviera fuera de sí. La chica que estaba al lado de él era mayor, como de unos veintitantos, incluso más vieja que él; acarició su cara y La Sombra le dedicó una sonrisa mostrando todos sus dientes. Algunos procedieron a hacer lo mismo que había hecho él, como si esperaran a que la probara para ver si era lo que ellos querían.

Se dio vuelta, quería salir de ahí. Quería vomitar. La comida que comió a las doce amenazaba con subir por su tráquea y abrirse paso por su boca. Caminó a la puerta con la mano en la boca, pero entonces recordó que no la iban a dejar salir. Tenía que ser en pareja. Se escondió detrás de un grupo de personas. Era mentira. No vio a Nina por ninguna parte. Ni con ningún chico ni nada. Quería desaparecer, ese no era su lugar.

Intentó de nuevo que la dejaran salir, pero el chico de la puerta negó otra vez. Valeria retrocedió y chocó con alguien, ese alguien agarró cada uno de sus brazos y la empujó fuera de la casa. El muchacho que cuidaba la puerta no se interpuso para que ellos salieran. No podía respirar. No podía ver con claridad aunque no estaba segura de por qué. Se sentía tan desenfocada que se mareó. El sereno de la noche hizo que estornudara.

Ben la volvió a llamar. Ella parecía como si no lo escuchara, como si estuviera en otro

mundo, ¿había consumido algo?

—¡Valeria!, maldita sea, ¿Qué haces aquí? —le gritó mientras la sacudía para ver si reaccionaba.

Valeria de pronto le prestó atención. Definitivamente no era él. Estaba ansioso, energético, furioso.

—N-Nina...

—Esa estúpida, Dios, ¿por qué te trajo?

—Y-yo...

—¿Estás consciente de que cualquiera puede hacerte daño? — Valeria no se inmutó—, ¿un ejemplo, violarte?, ¿sabes cuántas cosas malas hay aquí? —Valeria lo miró a los ojos—. Te dan unas pastillas de esas y no te acuerdas de ti hasta el otro día.

Él había consumido. Sabrá Dios de qué tipo.

—¿O es eso lo que quieres? —Se quedó callado, después se tocó la barbilla—. ¿Viniste a ver a Alejandro?

Valeria no entendía por qué gritaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La Sombra exhaló el aire y trató de abrazarla.

—N-no. N-no por f-favor —dijo entre sollozos—. Estabas con otra hace unos segundos. No me toques.

La Sombra bufó.

—¿Y?, ¡tú y yo no somos nada!

—¡Por eso!, ¡no me toques!

No la tocó. Se haló su propio cabello con sus dedos, otra vez empezaba a crecer.

—¿Dónde demonios vas a dormir?

—En casa de Nina.

—Esa loca se fue. Se fue, Valeria. Me llamó desde su casa para decirme que se olvidó de ti aquí.

¿Tanto tiempo había pasado? Ni siquiera sabía la hora, pero si miraba a su alrededor todas las ventanas de madera estaban cerradas, las puertas con seguro y las rejillas con candado. No había ni una sola alma afuera. ¿Cómo llegaría a casa sola?

—¿Pero, entonces, y Argentina?

—¿Qué? Ella tiene un hombre aquí. No va para su casa, ahora dime, ¿cómo piensas irte?, ¿a dónde vas a ir?

Valeria tembló. No sabía qué hacer. Quería llorar. Quería que la tierra la tragase.

—Consumes drogas —reconoció. Como si no importase la situación de ahora, ¿Qué importaba que no tuviera dónde ir? Él podría ser un adicto. Podría morir. Valeria no quería eso. Le causo más ganas de llorar.

—¿Y?

—Tienes una novia aquí. ¿Su nombre es Laura?

—No es mi novia.

—Apretó los dientes—. Solo tenemos algo.

Esa palabra le dolió. Es que no lo entendía. ¿Por qué podía tener algo con la otra chica y con ella no?

—¿Pero por qué?

—¿A caso vas a dejar que te trate como a ella sin ponerte a llorar como una bebé? Laura no es un bebé. Ella puede hacer cosas que tú todavía no.

Más lágrimas cayeron, las limpió. Parece que uno de los efectos de las drogas era ser terriblemente honesto.

No pensaba decirle eso nunca.

La Sombra sintió remordimiento. Ella estaba castañeando del frío y con las mejillas llenas de lágrimas. Como si solo estuviera viendo a un monstruo. Eso lo hirió. Se retractó de haber hablado. Además, llevaba meses sin acostarse con Laura, ella solo le hacía favores, como dejarle la membrecía gratis en el gimnasio y otras cosas. Solo le salió decirle eso, aunque no fuera verdad.

—Valeria, no te pongas así. Sí me gusta estar contigo, te lo juro, pero no me gusta eso de cursilerías y...

Valeria se cruzó de brazos.

—No soy tuya, Ben.

—Lo dijo respondiendo su pregunta anterior. Se quebró—. Pero dime qué tengo que hacer para que solo me tengas a mí. Por favor.

Ignoró esa parte. Seguía pensando en algo.

—¿Qué te dieron aquí?

—No me dieron nada.

La sacó de allí. Algunos vieron cómo se fueron juntos en el auto que él había comprado junto con Ramírez y Gregorio. Por supuesto, Gregorio no estaba en la reunión, si hubiese estado, y la hubiese visto allí sola como una extraña, la hubiese sacado de inmediato. Ese no era lugar para muchachas como Valeria.

* * *

Cuando llegó a su casa estaba enojado. Se sentó en el sofá. Sentía que su corazón latía muy rápido. Valeria aún estaba parada en el mismo lugar. Las lágrimas estaban secas en su mejilla.

—¿Ahora me tienes miedo? —preguntó con voz triste, pero no baja. Su tono era alto.

Negó con la cabeza. No le tenía miedo. Solo estaba terriblemente herida porque de golpe descubrió su otra vida. Quizás Ben no era la mejor persona del mundo después de todo.

Además, definitivamente no la amaba. ¿Cómo la iba amar si ella no era como Laura?

Pero ella realmente lo quería a él. Y no tenía idea de cómo hacer para que él la quisiera. O al menos para que crea quererla. Si no lo hace, entonces se quedará sin nada. Porque no tiene amigas en quienes confiar, y en su casa solo hay problemas. Ahora su única fuente de tranquilidad estaba cambiando —o no estaba cambiando, tal vez La Sombra siempre había sido así—, y ahora solo se estaba preparando para dejarla, ¿por qué será que siempre todos la dejan?

—Puedes tratarme como la tratas a ella. Así podrás olvidarla.

—Sonó desesperada.

Ben alzó la vista.

—¿Qué demonios dices.

—No entendía de lo que hablaba.

—No es mi intención llorar, te juro que no lo haré.

—Se dijo, limpiándose la cara. Le dolía tanto. En realidad no quería que la dejara

Quería ser su droga por siempre.

—Ve a acostarte.

—¿Te gusta mucho ella?

—Valeria, ve a acostarte. Hablamos mañana.

Valeria se acercó a él.

—Voy a tratar de parecerme a ella.

—Valeria.

—La llamó, pero evitó mirarla.

—¿Es porque ella es mejor que yo? —Le preguntó. Porque él no la tocaba. Se sentó a su lado en el sofá—. Lo siento, realmente quería que tú me dijeras qué está pasando con nosotros...

Valeria ya sabía lo que estaba pasando. Él ya se estaba cansando de ella y de sus infantilismos... él necesitaba a alguien madura, pensó Valeria, quizás la otra lo era, o al menos lo suficiente. No podía pensar con claridad, su castillo de arena se estaba derrumbando con demasiada facilidad.

La Sombra se levantó del sofá y se dirigió a su cuarto. Valeria lo siguió.

—Ben, oye —murmuró en voz baja.

Ben se volteó y sin aviso la tomó de la cintura, cargándola, y la dejó en la cama. Valeria aún estaba perpleja cuando él tendió la sábana sobre su cuerpo. Para ser la *que no* estaba bajo efectos de la droga, estaba muy hiperactiva.

Valeria tenía calor, y no entendía qué estaba haciendo él. Trató de moverse de allí, pero el puso las manos sobre sus hombros.

—Val, basta —le susurró. Fue lo último que escuchó antes de resignarse a su lucha para que la dejara ir y caer dormida.

* * *

Dormía como un ángel. No era la primera vez que dormía en su casa, pero sí la primera que lo veía dormido. Además, ahora no le estaba dando la espalda, estaba acostado de lado, frente a ella, con su mano izquierda encima de su cintura. No quería moverla de ahí. Parecía parte de su cuerpo.

Valeria aún estaba cubierta por la sábana. Debajo de ella seguía con su suéter. Todo lo demás intacto. Recordó que no la quiso tocar. Quizás todo había acabado de verdad.

Tocó su mejilla suavemente, Ben se espantó y abrió los ojos de golpe. Era solo ella, pero lo había sentido tan familiar que aún sentía un escalofrío en la vértebra. Ella solo lo miraba, pero se veía mal. Muy mal.

Él pensó en algo.

—¿Te hice algo malo?

¿Se atrevía a preguntarlo? Pero en vez de responder «rompiste más mi corazón» se limitó a negar con la cabeza.

—No me hiciste nada.

Ben se volteó para mirar al techo.

—Prométeme algo.

—Depende —respondió Valeria.

—Vas a dejar de venir aquí.

Pero eso no había sonado como un favor, sino como una orden. Sin embargo, no iba a reprochar, tampoco iba a rogar. Nunca lo haría, al menos su mamá le había dicho que nunca hiciera eso por nada ni por nadie.

Nunca le había pedido eso, que no volviera a su casa. Valeria solo cerró los ojos para disipar su dolor imaginario, que no sabía de dónde salía, ni tampoco por qué se sentía así. De alguna forma, quería grabar en su memoria cómo se sentía estar acostada allí, con él al lado de ella, cómo huele su cama y cómo es su casa. Lo iba a obedecer. Sin darse cuenta, se volvió a dormir. Y cuando Ben la vio dormida, la acercó más a él para abrazarla, pero no sin antes besar su frente, era claro, ella no entendía nada. Tal vez era mejor así.

Capítulo 15

NACIÓN OSCURA

Recogió los papeles que se habían esparcido por el piso. Los ordenó y después se dio la vuelta. Sabrina la miró por unos segundos con el lápiz en la boca y después volvió a escribir.

—¿Y si dejamos esto para después? Ni siquiera reposé la comida.

—Carolina era amiga de Sabrina, y también pasaba por una clase de amiga para Valeria.

Las tres trabajaban en un trabajo sobre las fiestas patrias. Febrero estaba a la vuelta de la esquina y el año escolar estaba muy cargado. Valeria dejó los papeles encima del escritorio que compartían.

La casa de Sabrina era una muy linda. Tenía su propio cuarto de estudio con un gran escritorio de madera pintado de caoba y cuatro sillas alrededor. También una computadora en una mesa y una silla que giraba frente a esta. Ahí estaba sentada Carolina.

—El mínimo es treinta y dos páginas y solo llevamos diez. Debemos apresurarnos —aseveró Sabrina. Era muy responsable con sus tareas y se preocupaba por sus notas. Por eso a Valeria le gustaba ser su amiga. Al menos era una buena influencia, y la estimulaba a estudiar.

—Además, ya van a ser las dos y media.

Valeria se recordó de algo.

—Dios mío, tengo que irme.

—¿Por qué? —Sabrina dejó de escribir. Carolina no dejó de teclear en la computadora.

—Tengo un compromiso a las tres.

—¿Un novio?

—Ah —jadeó—. No, estoy trabajando en un local de bebidas.

—¡Eso es chidísimo! —dijo Carolina y dejó de teclear—. Yo quiero trabajar pero papá no me deja. Siempre tengo que continuar estudiando guitarra en la academia.

—Okey...

—Sabrina empezó a recoger todo, después se levantó. Caminó hacia donde Valeria, la abrazó y después besó su mejilla—. Nos vemos mañana en el colegio.

Valeria alzó la mano para despedirse de Carolina.

—Oye, y la próxima vez nos podemos reunir en tu casa... —dijo Carolina y Valeria se detuvo, se dio la vuelta—. Sabrina me contó que hay tipos buenos por ahí.

Valeria hizo un mohín de desinterés.

—No creo que sea lo mejor.

—¿Por qué? —preguntaron las dos al tiempo.

Había varios factores, pero se decidió solo por uno.

—No tengo internet.

—No importa, solo vamos a repasar lo escrito.

—Tampoco hay dónde. No hay espacio.

—Hablas como si vivieras en una caja.

No era una caja. Pero no se comparaba con la inmensidad de la casa de Sabrina. Y por lo que sabía, Carolina vivía en una casa aún más grande.

—Simplemente, no —expresó en tono seco.

Sabrina entrecerró las cejas.

—Lo que digas.

—Egoísta —murmuró Carolina cantando con voz muy fina.

Valeria no se detuvo, siguió su camino.

No quiso pensar en que hablarían de ella mientras no estaba.

Es que solo no las iba a llevar. Cuando Valeria iba a la casa de Sabrina le daban aperitivos y podía pedir cualquier sabor de refresco. También, había lugar donde sentarse y ver el paisaje lindo. Sin embargo, ella no podía ofrecerles eso. No es que envidiaba la posición de ellas. Ella no eligió dónde nacer. Tampoco podía culpar a nadie.

La última vez que Valeria no estuvo de acuerdo con ellas dos, se tornaron toscas y frías con ella. En el recreo la dejaron sola y se reían cuando les pasaba por el frente. Incluso eran más chismosas que las del barrio. Valeria no era nadie sin ellas en el colegio. Las necesitaba, por eso se obligaba a sí misma mantenerse a su margen. Pero ahora, ahora no podía. De ninguna forma las llevaría a su casa.

Cuando iba entrando por el callejón hasta su casa, se encontró con Estefani hablando con su mamá en la puerta de entrada. Valeria se puso pálida. Su corazón empezó a latir tan fuerte que lo escuchaba en sus orejas. Dio un paso hacia atrás y la mamá de Valeria la notó.

—¡Val!

—¿Sí? —preguntó deteniéndose. Pero al menos, si su mamá fuera a reprocharle por lo que ella creía —estar viéndose con La Sombra—, no se notaba para nada enojada. Incluso se veía feliz.

—Estefani me estaba contando sobre...

—Mi fiesta de cumpleaños número diecinueve.

—Su tío político le hará una increíble fiesta y quiere que tú participes.

—Mamá, no tengo dinero para costearme nada.

—Como si no lo supiera ella también.

—¿Costearte? ¡No te preocupes! —dijo sonriendo Estefani; cuando quería, era simpática—. ¿Qué parte de que mi tío costeara todo no entiendes?

—Su tío es el esposo de la señora de apellido Berroa, ¡la de la tienda de electrodomésticos!, su hijo vive en este barrio también.

Se refería a Ben.

—Bueno, el dinero de mi tío, o de su esposa, ¡no importa! —sonrió de nuevo—. ¿Qué dices?

—No lo sé, tengo que ir a trabajar.

El rostro de la mamá de Valeria se distorsionó en una reprimenda.

—No seas grosera.

—¿Para qué es que me quieres, Estefani? —Valeria se obligó a sí misma a ser amable.

—Haré cinco bailes con cinco colores, tú eres el blanco, y eres mi pureza, vas a bailar con un chico simbolizando pureza.

Su mamá aplaudió.

—¡Eso es fantástico! Quizás así Valeria socialice más con algo masculino, solo se la pasa con Nina siempre.

Estefani miró a Valeria con una sonrisa burlona.

Sí socializaba. Mucho. Con su sobrino. Con La Sombra.

—Sí, como sea, Valeria grita pureza por todas las direcciones, su rostro angelical fue lo que me hizo decidirme por ella, aunque no seamos tan amigas. Es perfecta. ¡Y quizás seamos más amigas ahora!

No está segura de si quiere ser su amiga en realidad. Pero de lo que sí está segura es que su rostro no es angelical, su piel no es lo suficientemente blanca y su cabello no era rubio, sus ojos tampoco eran grandes y llamativos, eran pequeños y delicados, con un intenso color negro que a veces no dejaba ver sus pupilas.

Valeria entró a su casa y se quitó el uniforme. Se quedó quieta en ropa interior tratando de hacer cálculos. Era tarde, no podía ir a bañarse para después correr a Bebidas Fresas y llegar tan retrasada que le costara el trabajo. Levantó los brazos y efectivamente, no olía mal aún, y con el aire que soplan los abanicos del local puede que no sudara. Así que se vistió con la ropa de ir a trabajar y salió corriendo. Pero no sin antes darle su palabra a Estefani de que sí participaría.

* * *

Estaba pasando el trapeador por un jugo que se había derramado, y encontró una moneda de cinco pesos en el suelo, se agachó a recogerla inmediatamente, seguro se le había caído cuando recibió el dinero que alguien le había pagado. Puede que no sea mucho, pero Patricia le advirtió que tuviera cuidado con las finanzas; si a la hora del cuadro faltaba un peso, Fresa se iba a enojar.

—¿Muñeca, dónde estás?

Conocía esa voz. Se levantó para confirmar sus sospechas, era Alejandro otra vez.

—Hola.

—Me puedes decir Ale. No me enojo, bebé.

—Uh, okey.

—Valeria se dio la vuelta, echó la moneda en la caja y le pasó un pedido a Patricia.

—¿Vas a pedir algo esta tarde?

—No, solo vine a verte. Ya no tengo dinero —se tocó el bolsillo de los pantalones.

—No puedo fiarte —lamentó.

—Lo sé.

Entonces, silencio. Valeria recogió la bebida que Patricia acababa de poner a través de la ventanilla y se la pasó a la chica que la esperaba, le cobró y después le dio el cambio. La chica no quería irse, Valeria sospechó que era porque le gustaba Alejandro, después de torpear un rato con su teléfono celular, se marchó.

Alejandro esperó un poco para susurrar.

—Entonces... te vi el sábado en Casa Central.

Aunque fue una afirmación, se escuchó más como una pregunta. Valeria lo miró desde lejos y se alzó de hombros.

—Y por lo que vi, está claro que conoces a Benjamín.

Valeria no lo miró. «Ben» suspiró para sí misma. Pero después recordó que estaba enojada con él porque él ya no la quería. Y aún dolía, mucho.

—No lo conozco.

—¿Pero entonces por qué te fuiste con él? Vi que él agarraba tu muñeca y te llevaba furioso a ese vejestorio que compró junto con su amigo el rubio y el otro.

Valeria no le hizo caso. El local estaba vacío. Ni una sola alma iba a comprar algo. Valeria deseó con todas sus fuerzas que alguien se antojara de una bebida y fuera a comprar, pero después de todo, y Valeria sabía, la verdadera clientela llegaba después de las seis, la hora en que usualmente los empleados salen del trabajo y que la tanda vespertina de los colegios y escuelas despachaban a sus estudiantes. Así que solo se resignó a quedarse allí, parada, a una distancia prudente de Alejandro.

—O eres su hermanita menor, o eres su novia. Wow, eso dobla la oferta.

—¿De qué estás hablando?, ¿y por qué lo llamas Benjamín?, ¿por qué no te refieres a él como La Sombra, como le hacen todos?

Alejandro sonrió de lado. Ya tenía su atención. Se iba a aprovechar de eso.

—A diferencia de ti, yo sí lo conozco, más de lo que crees.

—Pues mira, qué bien.

—Con calma, te voy a contar. Acércate.

—La llamó con los dedos.

Valeria dudó varios segundos. No tenía que mirarlo dos veces, Alejandro era apuesto, y también se le veía de lejos que era peligroso.

—Benjamín David fue mi mejor amigo desde pequeño.

—No te creo —Valeria sonrió entrecerrando los ojos.

—Pero calla.

—Puso el dedo índice en sus labios. Valeria apartó la mirada rápidamente—. Mi mamá, y la mamá de Benjamín eran muy amigas.

—Continúa.

—Nosotros éramos por ende, mejores amigos. A migos muy competitivos, competimos por todo aún.

—Ya, sigue.

—Y nada, eso. Por eso sé su nombre. Éramos amigos.

—¿Y qué pasó?

Alejandro se alzó de hombros y dio una vuelta en la silla giratoria.

—No lo sé.

Valeria se quedó mirándolo unos segundos, después abrió la boca: —¿Ben fuma drogas?

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

Valeria no respondió.

—No las fuma, las inhala o traga.

—¿Tú también? —preguntó. Algo dolía en su pecho.

—Mira, Valeria, algunas veces debemos probar el producto para asegurar que es de buena calidad, no soy un adicto y te puedo decir que tu novio tampoco lo es.

Valeria sintió sus orejas quemarse.

—No es mi novio.

—Llevaba desde el día del sábado sin besarlo. Sin saber nada de él.

—Lo que tú digas, bebé.

—¿Y de qué tipo consume?

—Éxtasis, polvo blanco. Una vez tuvo...

—¿Una sobredosis? —A Valeria le vinieron a la cabeza las cosas que le había dicho Nina.

—Ajá. Se dejó llevar.

Valeria intentó tragar, pero su garganta estaba seca.

—¿Tanto te afecta?

Valeria negó.

—Antes mencionaste que deben ver si el producto es de calidad, ¿a qué te refieres?

—Yo, mis amigos, Benjamín, sus amigos, estamos controlando el territorio vendiendo drogas.

La cara de Valeria se puso tan pálida que Alejandro pensó que se desmayaría.

—Tranquila. Ni yo ni él ya la vendemos directamente, estamos en un rango superior. ¿Sabes? Cuando te vi el sábado pensé que te habías metido en problemas, que le debías a ese amigo de Benjamín dinero y que ahora debías vender drogas. Fui a enfrentar a tu noviecito y él me dijo que tu solo eras su chica y que no tenía idea de que estabas ahí. Me dejó furioso, después te llevó de ahí aún más furioso. ¿A dónde te llevó?

Valeria ignoró esa pregunta. Pero pensó: ¿En serio había dicho eso? Se quedó sin palabra.

—No lo entiendo. ¿Por qué entonces se llevan mal?

—No nos llevamos mal. Nunca dije eso. Dije que existía cierta rivalidad, pues verás, él vela por su equipo y yo velo por el mío.

—No entiendo.

—Valeria se acercó aún más. No conocía nada de Ben. Él era un total enigma para ella. Y aunque estaba aún herida, quería saberlo todo sobre él.

—Busca una servilleta.

Valeria casi se tropezó al apearse para buscar una servilleta en uno de los compartimientos del mostrador.

—¡Un lapicero también!

—Aquí tienes.

—Valeria le entregó las dos cosas.

Él hizo una clase de croquis del barrio de Valeria, después dibujó la otra parte.

—Tú vives de este lado.

—Sé donde vivo, Ale.

—Sé que sabes dónde vives, bebé, pero no me dejas terminar de hablar. Mira —trazó una línea a la mitad del croquis. Escribió «norte» arriba, en la parte superior, y «sur» en el otro lado—, este es mi territorio y él de mis chicos —señaló el norte—, y el sur es de

Benjamín y sus chicos.

—¿Y?

—Eso en la práctica.

Valeria hizo una mueca, se acomodó el cabello detrás de la oreja.

—Uno del sur no puede vender en el norte.

—Un momento, ¿esto es sobre surtueros y nortueros?

—Surcueros. Norcueros. Te explico: sur-oscuros, norte-oscuros.

—¿Por qué oscuros?

Alejandro iba a abrir la boca.

—Espera, ¿por qué trabajan en la oscuridad?

—En lo oscuro —corrigió.

—Wuauh —Valeria comprendió—. ¿Esto es de verdad?

—Claro que sí.

—¿Son enemigos a muerte?

—No, somos de la misma familia oscuros. La nación oscura. Este barrio es grande somos un gran bloque.

—Pero están divididos...

—Mira, somos muchos. Eso ocasionó un problema. Cuando uno venía de lejos a robarle la clientela a otro, este otro iba donde el sujeto y le caía a puñaladas o a balazos, si tiene mucha suerte no le cae a machetazos.

Valeria sintió escalofríos. Sí había escuchado de las peleas que espontáneamente ocurrían en algunos momentos en distintos lugares del sector en donde vivía.

—Para acabar con eso, dividieron todo en dos mitades, en la madrugada, que es cuando salen a hacer su trabajo, solo lo hacen en su territorio.

—¿Quiénes les compran?

—Te sorprenderías. Desde el honroso padre de familia hasta la mujer más respetable del barrio, el universitario con más futuro... No te voy a decir quiénes, bebé, no te quiero meter en problemas.

—¿Me van a matar por saber todo esto?

—Siendo novia de Benjamín, nolo creo. Además, eres una niña, no somos asesinos seriales, no somos la mafia, estamos en el escalón más bajo. Y Valeria, esto lo sabe casi todo el mundo. Es solo que lo ignoran.

Sí, eso lo sabía, al mundo no le importa si algo está mal, va a seguir su curso siempre, eso se lo sabía de memoria.

—¿Por qué Casa Central?

—Ahí hacemos cuentas y esas cosas.

—¿Cómo es que nadie llama a la policía?

—¿De cuándo a dónde la policía ha servido para algo? Ellos mismos se venden, bebé, aquí no hay justicia. Ya te dije que ellos son corruptos y aceptan sobornos. Hasta el más serio lo hace, al menos por aquí.

Valeria se empezó a frustrar.

—¿Cómo Ben se convirtió en el jefe de los surcueros?

—Siendo como es, un total patán que no habla con nadie más de lo necesario. Es lo

suficientemente frío para actuar solo en su beneficio y de las personas que le importan, los de su lado. Imagínate, es un inhumano. Sus habilidades para vender, para chantajear y manipular, lo ayudaron un montón.

—No es mala persona, Ben es bueno.

Se sorprendió al escucharse, pero después, en verdad lo creía. Sabía dentro de sí que algunas veces él lo era.

—Sí, tienes razón, pobre bebé traumatado por la prematura muerte de su madre, quizás por la misma droga que ahora vende él, ¿ilógico, no?

Valeria se enojó. No era justo que se refiriera así de él y él no estuviera aquí para defenderse.

—Ya veo por qué no quiere saber de ti.

—No importa, bebé, no me importa él.

Valeria se dio la vuelta, se alejó del mostrador y de él.

—Tu culito luce más firme hoy.

Valeria rodó los ojos. Se sentó en la otra silla lejana a él y cerca de la caja.

—Bebé, hablamos luego. Y por favor, no andes chismorreando todo lo que te dije. Quizás te conté de más. Me saludas a tu novio.

Pero esta vez, no negó que fuera su novio.

* * *

El sonido de los metales, el olor fuerte a sudor, y la música alta era señales de que estaba cerca del gimnasio. Ben lo conocía muy bien. Estaba acostado tratando de levantar la pesa. Algo sudoroso se paró atrás de él.

Ben se levantó.

—¿Qué quieres?

—Buena esa, ¿eh?

—¿De qué hablas, Alejandro?

—Mentir sobre la flaquita bonita que te llevaste a casa el sábado.

La Sombra decidió ignorarlo.

—No tenía tanto interés en ella. Te lo juro... solo me divertía verla actuar nerviosa, pero wow, que esa niña esté contigo sube su precio en el mercado.

—Mierda, Alejandro, estás hablando de un ser humano, no de un saco de papas.

—Todos esos arañazos que siempre andas presumiendo cuando te quitas la camisa, ¿te los causa ella?, ¿entonces aguanta mucho?

Ben se levantó furioso.

—Calma —se rio entre dientes—. ¿Ella no es nada tuyo, cierto? No pueden ser de ella.

Ben exhaló.

—No lo es. ¿No ves que es una muchachita?

—Ah, ¿pues no es nada si me la doy? Seguro nadie se la ha dado.

A esto, La Sombra se rio. Se limpió su sudor con la toalla que había traído.

—Oye, Sombra, ¿le contaste tu trabajo y tus pasatiempos?

La Sombra no respondió.

—¿No? Jaja, ya me encargué de eso entonces.

—Jódete con tu mierda, Alejandro —escupió las palabras para irse de ahí.

—Pero respóndeme, por favor, ¿acabaste con ella?, ¿la puedo coger para mí?

Ben se volteó, lo agarró por el cuello y lo apretó muy fuerte.

—No-la-toques.

Lo soltó. Alejandro tosió un poco.

—Eres un hijo de perra, Benjamín, ¡tú a mí no me mandas! Tomó la botella de agua

Tenía que encontrar a Valeria y averiguar qué tanto sabía. Seguro ya le tenía miedo y no quería saber de él. Iba reprocharle. ¿No le había dicho que se mantuviera lejos de Alejandro?

Capítulo 16

ENFERMARSE DE AMOR

Freddy Villa es un chico simpático. Es muy flaco y más pequeño que Valeria, con espinillas en la cara y kilos de gelatina en su cabello naturalmente rizado, con una voz tan fina que con los ojos cerrados parece una niña, pero aun así, es simpático.

Y se la había pasado con Valeria un buen tiempo después de que Sabrina siguiera enojada con ella por no aceptar su autoinvitación a su casa. Y por un buen tiempo, se refiere a la mitad de la semana.

No hablaba mucho con él, pero al menos ahora sabe que resulta ser súper tímido y un poco bruto. No es lindo, ni está cerca de serlo para ella. Pero antes de estar terriblemente sola prefiere estar con él en los recreos. A demás, ¿qué reputación iba a dañar juntándose en los recreos con él? No tenía una. No era la popular, ni el payaso de la clase, ni la que siempre está durmiendo y tampoco era una nerd. Ella solo era un estudiante promedio. De esos que son y ya. Más nada.

Valeria estaba guardando el cuaderno en su mochila mientras caminaba con Freddy para llegar al portón de salida del colegio. Estos últimos días había estado acompañándola a casa. Y a él no le importa si después tiene que caminar el doble para llegar hasta su casa, al otro lado de la ciudad. Le gusta hablar con ella.

La verdad es que estaba loco por ella, y de alguna forma, aunque él sabe que para otras chicas es asqueroso, y aunque su cara estuviera siempre roja cuando estaba alrededor de ella, ella nunca se quejó de eso. Valeria le sonreía y le hablaba normal. Como si él fuera normal.

Freddy se detuvo en seco y de pronto no podía hablar.

—¿Qué? —Valeria trató de preguntarle con una sonrisa.

Valeria miró al frente y vio a La Sombra recostado de la pared del frente de la salida del colegio con los brazos cruzados mirando al piso. «Que no sea a mí», se dijo. Pero su cuerpo decía algo completamente diferente. Su corazón empezó a latir rápido y sus manos sudaban.

—Vamos.

—Valeria lo animó para que siguiera caminado.

Pero Freddy no se movió, tenía terror en su rostro y de repente se quería ir. Antes de ayer, el primer día que Freddy acompañó a Valeria a su casa, él se había antojado de comprar una soda. Y a esa hora, el único colmado abierto era el de la esquina. Valeria cruzó, sin siquiera mirar a Ben —no porque no quisiera, sino porque no quería defraudarse a sí misma—, pero cuando Freddy cruzó, La Sombra metió su pie, y el pobre niño flaco cayó de bruces al suelo, lastimándose la quijada, la cual aún tenía adolorida.

Por eso cuando lo vio se asustó, y la sangre dejó su rostro. Él había sido muy maleducado, y Freddy no lo tenía que pensar dos veces. Él definitivamente no le caía bien.

La Sombra levantó la cabeza y entonces caminó hacia donde ellos.

Freddy retrocedió.

—Val —saludó. Su voz hizo que Valeria temblara ahí mismo. Hace casi una semana no hablaba con él directamente, ¿y ahora estaba hablando con ella?

A demás, estaba sonriendo, y el mundo de Valeria se vino abajo. Cada fibra de su ser lo extrañaba, cada fibra de su ser estaba también herida por él, y no entendía, ¿Por qué si le había pedido que no volviera más la venía a buscar al colegio?

—Debo irme —dijo Freddy.

—Sí, será mejor que te vayas.

—La sonrisa que tenía La Sombra se había esfumado.

—Lo siento.

—Freddy tartamudeó y se marchó sin mirar atrás. Todos miraban a La Sombra. Llevaba calizos, unos pantalones jeans que ligeramente se le caían en las caderas y una franela negra. Agarró el bolso de mano de Valeria, y ella la volvió a halar hacia sí.

—No-te-atrevas.

—Comenzó a caminar lejos de él con su bolso al hombro, seguramente si se queda más tiempo frente a él va a caer en su encanto, si pudiera decirse así.

Él la siguió.

—No, pero ya va, ¿en serio estás con ese maricón para olvidarte de mí?

Valeria se sintió ofendida. Pero no lo defendió. Sí, Freddy era raro a veces.

—No es nada mío.

—Bien, porque parece un palo de fósforo y su cabello vómito.

Valeria le lanzó una mirada adolorida.

—Deberías buscar a un chico más acorde a ti.

—¿Qué es lo que quieres? —se volteó y se detuvo.

La Sombra se acercó a Valeria, demasiado.

—A ti.

Valeria se rio nerviosa. Siguió caminando. Casi se desmayaba. Se le había olvidado lo bien que se sentía estar cerca de él.

—¿No que no querías que yo volviera? —preguntó cuando Ben otra vez la alcanzó.

—Hoy estaba cocinando, hice el doble de comida, me preguntaba si podías ir a comer conmigo.

—¿Por qué no le dices a Laura? Ella estaría muy feliz. Podrían drogarse juntos también.

—No soy un jodido drogadicto, Valeria —su tono fue áspero, le quitó el bolso de la escuela de nuevo y se lo puso en su hombro—. Si crees que te estoy pidiendo sexo, estás equivocada. Es solo que no quiero desperdiciar la comida.

—Lo lamento, pero no puedo.

Sin darse cuenta, ya estaba frente a la escuela de sus hermanitos. Se sentó en el banco donde siempre los esperaba. Ben se sentó junto a ella.

—Valeria, además, necesito hablar contigo sobre un asunto serio.

Ella también quería hablar con él, pero es que... no lo entendía. Y parecía que cada vez que volvía donde él, él la humillaba más, ¿para qué la buscaba? Se molestó.

—Habla aquí.

—Quiero que vayas a mi casa.

Ben se acercó a ella, como si fuera a besarla, y por un segundo, Valeria cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de que él estaba muy cerca, pero entonces el sonido de la bocina de una camioneta hizo que volviera a su lugar.

—¡Estamos en medio de la calle!

—¿Y?

—¡No puedes querer besarme en medio de la calle!

La Sombra no dijo nada. Se quedó mirando al otro lado de la calle. Valeria se arregló la falda del colegio y después volteó a ver su perfil. ¿A caso debía ir? Tenía muchas preguntas sobre él. Demasiadas, y el domingo cumplían ocho días sin hablar. No quería llegar a los ocho días, pero tampoco quería caer tan fácil.

Se quedaron en silencio. Valeria escuchó la campana, eso quería decir que sus hermanitos estaban por salir.

—Te voy a esperar.

—Se levantó, no había ni sombra de una sonrisa ni nada. Solo se paró y se fue.

—Te dije que no podía —respondió en voz baja, mientras se levantaba.

La Sombra se dio la vuelta y se puso a unos metros de ella.

—No te hagas de rogar —fue lo que dijo y después desapareció.

Valeria se enojó. Que no se hiciera de rogar. Wow. Sí, quería ir a su casa, era todo lo que deseaba en ese momento, estar a solas con él y arreglar las cosas, preguntarle por su mamá y cómo se siente sobre eso y saber por qué no quiere que vuelva a su casa. Pero es que estaba cansada de jugar al juego de nada. Cansada.

Los niños venían corriendo, y Valeria los fue a recibir al portón. Después siguió caminando y se olvidó todo. Sin embargo, sentía que sus piernas aun temblaban.

* * *

Ben sirvió dos platos de comida humeante, comió la mitad de lo que había en su plato y después tomó el plato en donde se supone que iba a comer Valeria y lo tapó. Esperó por casi media hora a que llegara. Incluso esperó más.

La hora del juego estaba empezando, y se levantó furioso con el plato en la mano para estrellarlo en el fregadero. La porcelana y la comida se mezclaron, y cuando trató de recoger el desastre se cortó un dedo.

El timbre sonó. Sacudiendo su dedo abrió la puerta. Estefani estaba del otro lado.

—Tu papá dice que no le contestas el teléfono.

—¿Qué quiere ahora?

Estefani entrecerró los ojos.

—¿Qué es eso?

—Nada.

—¡Te cortaste!

—¡Te dije que no era nada!

Estefani desvió la mirada al suelo.

—Lo que sea, rey del mal humor, ¿participarás o no en mi fiesta?

—Te dije que no.

Estefani exhaló.

—Bien, entonces adiós, Ben.

—Se iba a voltear, pero no lo hizo, entrecerró sus cejas, y preguntó—: ¿Y Valeria?

—¿Me ves cara de ser su mapa o que le ando atrás?

—Duermes con ella, por hacerlo sonar lindo y no decir otro término...

Ben la ignoró, abrió el gabinete y sacó un pote de sal. Se echó un poco en la herida. La sangre dejó de salir y fue reemplazada por el ardor que la sal produjo en su herida.

No se volteó, solo oyó cuando Estefani cerró la puerta de un portazo.

* * *

Para evitar ir a su casa tuvo que trancarse en el baño. Aún no salía. Estaba sentada en la tapa cerrada del inodoro mientras miraba a un punto fijo del suelo. Hoy era día libre, y mañana era su primera paga. Por fin podía ir a pagarle a su tía Victoria. Al menos las cosas estaban marchando bien.

Si no fuera por él. Porque él la estaba volviendo loca.

Era algo inexplicable. Solo sentía que mientras más lo viera, más le iba a doler. Por eso no fue a su casa, no iba a caer en su emboscada. Se desvistió y entró a la bañera. A esa hora, el agua que bajaba de las tuberías era naturalmente caliente, el sol, aunque fuera un sol de enero, picaba en el techo de la casa y calentaba el agua del tinaco.

Hace unas semanas, Nina le había dicho a Valeria que cuando ya no se era virgen las caderas se anchaban, pero ella no veía nada diferente. Todo era igual si se ignoraba la mancha púrpura verdosa que aún trataba de disiparse debajo de su ombligo. Cuando se la tocó, y cerró los ojos, recordó el mismo instante cuando Ben se la había causado.

Las bisagras de la puerta se sacudieron cuando Carlitos pateó la puerta.

—¡Llévame al juego!

Valeria abrió los ojos de resorte.

—Carlitos, deja a tu hermana tranquila —Claribel sermoneó al otro lado de la casa.

—¡Pero prometió que me llevaría!

—Y lo va a hacer, pero ahora apenas son las dos, y el juego es a las cuatro, ¿recuerdas?

Carlitos pataleó a otro lugar.

Salió del baño, se vistió con la primera ropa que encontró y esperó incluso que su mamá terminara de arreglar a Carlitos. Salieron a las tres de la tarde de la casa, y llegaron a la cancha, que quedaba en otro sector, a las tres y media. La cancha no estaba muy llena, tan solo por la mitad.

Un equipo se preparaba en un lado, con bermudas por las rodillas y franelas anchas, de color verde. Y el nombre que tenían era Los Trinitarios; el otro equipo era de azul, y conocía muy bien qué equipo era. Pronto localizó a Gregorio y él a ella mientras entraba.

La abrazó todo sudado y después saludó a Carol y Carlitos.

—¿Cómo te va?

Pero se sentía enferma. Como si el sol le hubiera debilitado o como si de pronto no quisiera estar ahí; miró las boletas, eran para un doble juego, y el primero era con los surculos.

Era un poco polémico. Pero el nombre de su territorio y el nombre de su equipo eran el mismo. Y de alguna forma, eso ayudaba a que la gente no sospechara si se hablaba de los

surcuros porque tan solo pensarán que era del equipo de básquetbol.

—Estoy bien —respondió.

Carlos y Carol se fueron a sentar a la banca con todo el equipo. Y Valeria se sentó en las gradas, pronto se estabilizó. Él no estaba ahí. Estaban todos los del barrio, pero él no.

Respiro profundo. Bien. No quería mirarlo ahora jugar básquetbol porque no podía decir igual que antes. Y no era justo.

Enterró su cabeza en los muslos y se quedó allí más de la mitad de lo que duró el juego. Y nadie la tocó ni le preguntó qué hacía allí si no estaba mirando el juego.

Alguien topó su hombro, Valeria levantó la cabeza para ver a Gregorio al lado de ella.

—Tus hermanitos te llaman.

Valeria se levantó y casi se cae. Gregorio la sostuvo.

—Wow, ¿estás bien? —volvió a repetir.

Pero se encontraba bien. Solo estaba terriblemente caliente. Y un poco desorientada pero después de todo, bien.

—Estoy bien.

—¿Cómo te va en el trabajo?

—Me va bien, mañana me pagan.

—Eso me alegra.

—La agarró del brazo cuando vio que tropezó, al llegar a donde sus hermanitos Carlitos le extendió el cuaderno con una grafía inentendible.

—¿Qué es?

—La entrevista a los trinitarios, ahora solo me falta uno de los surcuros.

—Yo estoy en el grupo.

—Gregorio respondió con una sonrisa. Y Valeria se preguntó si él vendía drogas por igual.

—Bien, ya tengo uno. Solo falta otro.

Valeria se sentó. Sentía que la cabeza le daba vueltas y su estómago rugía. Hacía todo un revoltijo y hablaba por sí solo, se apretó el estómago. Miró al frente y vio unos tobillos en la cancha. Se veía una media luna en el lado derecho del tobillo. Era La Sombra, pero se sentía tan débil que no sintió nada.

¿Se puede enfermar de amor? No lo sabía, pero curiosamente se había empezado a sentir así cuando dejó de verlo. O quizás, si no se saltara las comidas y las cenas y solo se sustentara con el pedazo de pan que se comía, la historia fuera distinta.

Carol se sentó al lado de ella y se recostó.

—Val, estás caliente.

—Se despegó disgustada.

Era medio tiempo, los jugadores fueron a la banca a descansar por los minutos del corte. Valeria cedió su asiento a unos de los jugadores y observó cómo Carlitos chocaba los cinco con La Sombra.

—¡Viejo!, ¿puedo hacerte unas preguntas? Es para una tarea —Carlitos lucía enérgico.

Ben alzó la vista para mirar a su alrededor. Si el niño estaba ahí, entonces también lo estaba su hermana. La causante de que su dedo ardiera todavía.

—Claro que puedo.

—Lo primero es, ¿me vas a llevar otra vez a la gran casa crema?

Algo sonó contra el suelo de cemento de la cancha. Cuando Ben levantó la vista, ya se había desmayado.

* * *

Alguien estaba peleando, pero no era con ella. Eran los vecinos y discutían por los trastes que aún estaban sucios, decían algo sobre que eran las seis y media, ella se levantó como un resorte.

—Calma, Val.

—Era la voz de Nina y estaba en su cama.

Se volvió a acostar por un mareo. Cerró los ojos. Sentía su estómago vacío y su cabellera martillaba.

—Espera, ¿hasta cuándo vas a seguir ignorándome?

Valeria no le respondió. Más bien le dio la espalda. Estaba tratando de recordar qué había sucedido, pero solo recordaba haber estado hirviendo y mareada en la cancha.

—La vecina le dijo a tu mamá que tenías anemia. Te abrió los ojos para ver. ¿Has dejado de comer?, ¿te quieres poner aún más flaca?

Pero Valeria no respondió, comenzó a captar olor a té. Se tapó la nariz, el olor no era agradable.

—Te dieron unas hojas para subirte las defensas, ¿quieres algo de comer? ¿Una soda, una galleta salada?

Desde el sábado Valeria ha evitado a Nina y tiene una razón. Ella la había dejado en Casa Central abandonada, debía estar furiosa con ella, y aún no entendía qué hacía ella ahí.

—Estoy preocupada por ti. ¿Qué fue lo tan malo que ocurrió después de que viste a La Sombra?

—¿Qué te importa saber?, ¿no recuerdas que me dejaste? —Valeria respondió despacio. Sus labios estaban cenizos.

—¿Qué te dejé? —Nina susurró ofendida y un poco sorprendida—. No lo hice prácticamente tú me dejaste a mí.

—Eres imposible.

Nina le volvió a halar.

—No, espera. ¿Qué te dijo él?

—Que te habías ido.

Nina negó.

—No lo hice, Val, estaba allí, en la parte trasera de la casa como te había dicho, ¿fuiste siquiera a verme?

—No te encontré.

—Mira, Ben fue donde mí furioso a preguntarme que si era verdad que estabas aquí, y le dije que sí, y después me di cuenta de que él te había sacado de Casa Central.

Si pensaba un poco, concordaba. Alejandro había dejado claro que había sido él quien había dicho a Ben que ella estaba ahí. ¿Pero por qué mentiría?

«Esa era la única forma para irme con él»

Si Valeria hubiese sabido que Nina seguía en Casa Central no se hubiese ido con él. Quería llevársela, pero ¿para qué? ¿Para decirle después que nunca más volviera a su casa?

De pronto estuvo de mal humor, enojada con Nina. Si nunca hubiese ido a Casa Central no hubiese conocido ese lado de Ben, nunca hubiese sabido todo lo que sabe ahora y él nunca le hubiese pedido que no volviera a su casa. Quizás ahora estuviera con él, acostada a su lado mientras él jugaba con sus dedos.

Valeria no le respondió. Cerró los ojos y volvió a dormir.

* * *

Despertó a las diez de la noche, y estaba sudando, su mamá le preparó una sopa y la obligó a beberse el té.

—Tienes muy buenos amigos —comentó mientras quitaba su sábana. Recogió su cabello—. Me contaron que te desmayaste y Gregorio te cargó y te trajo junto a su amigo.

—¿Cuál amigo?

—¡El viejo! —Carlos se metió en la conversación.

Entonces Valeria recordó lo que le había preguntado Carlitos, «¿me llevaras otra vez a la casa crema?», ¿Ben se había atrevido a llevar a su hermanito de seis años a la Casa Central? De pronto sintió que el malestar se iba, el sueño también. De pronto sí, quería ir a su casa y reprocharle por meter a su hermano en ese horroroso lugar.

Capítulo 17

PUEDO HACERTE DAÑO

Otra vez él estaba esperándola a la salida. Otra vez los estudiantes que salían del colegio lo miraron extrañados. Otra vez Freddy se esfumó y otra vez Valeria sintió un carnaval en su cuerpo. Pero siguió caminando, él tomó su bolso del colegio y Valeria no protestó.

—¿Entonces has dejado de comer?

Se podía sorprender de lo rápido que Nina regaba un rumor sobre ella. ¿Cómo sabía que no había comido lo suficiente? Quizás lo había notado... no. ¿Cómo iba a notarlo?

—Sé que no me debería meter en esto, y no me importan tus negocios o lo que sea, pero no lles a mis hermanitos a ese lugar.

—Valeria ignoró su pregunta al cambiar el tema.

—¿De qué hablas?

—Tú llevaste a Carlitos a ese lugar que ustedes utilizan para fumarse su droga.

—Acusó apretando los dientes.

—No. Yo llevé a tu hermano al club de Nintendo. ¿Cómo puedes creer que lo voy a llevar allí? Ni siquiera dejarían que entrara.

Valeria siguió caminando, aún más rápido. La Sombra la detuvo, todo su brazo tembló y a la misma vez ardió donde él tocó.

—¿Puedes ir hoy a comer en mi casa?

Negó.

—Tengo dos días intentando hablar contigo, Valeria, no voy a rendirme hasta que accedas.

* * *

La boca se le hizo agua cuando vio su plato. Era un bistec con fritos⁵. Valeria llevaba tantos días sin probar comida real que la sostuviera o llenara su estómago que para ella era un completo manjar.

Después de comer en silencio, estaban sentados en el mueble, pero Ben no decía nada y Valeria se estaba impacientando. Él le había pedido que fuera porque quería hablar con ella, pero no lo estaba haciendo, solo estaba allí sentado al lado de ella, quizás muy cerca, tampoco es como si le importase.

Realmente no lo entendía, y Dios, era todo lo que quería. Entenderlo.

—Quiero entenderte —transformó sus pensamientos en palabras.

—¿Para qué?

—Porque sí, porque quiero.

Ben se volteó para que ella pudiera mirarlo a los ojos. Ella se sorprendió, porque llevaba tiempo sin ver sus ojos marrones mirándola así. Él se acercó hasta poder tocar sus labios con los suyos, después la besó, y su boca aún sabía a lo que acaba de comer, sus manos trataron de sacar su camisa de dentro de su falda —pues aún llevaba el

uniforme puesto—, para poder tocarla debajo, pero ella lo detuvo.

—El tatuaje q-que tienes en el tobillo, ¿para qué es? —preguntó balbuceando.

Él se alejó.

—Solo es algo.

—El grupo de Alejandro tienen estrellas en su muñeca, ¿tiene algo que ver con «algo»?

—¿Qué es lo que te traes con ese?

—Si traigo algo o no, no es tu problema —espetó resentida por su tono de voz.

Ben se despeinó el cabello sin ninguna razón. Hace semanas no se iba a recortar el cabello, tampoco tenía deseos de hacerlo, y Valeria no quería que lo hiciera. Su cabello corto le traía algunos recuerdos que no quería traer a la memoria. Quizás después pueda ser capaz de verlo otra vez con el cabello así, ahora no.

—No tengo problemas, Val, tú puedes hacer lo que quieras, pero no con él.

—¿Pero por qué?

No respondió, se tocó la quijada con su mano en vez de decir algo.

Valeria soltó un grito de frustración, se levantó histérica.

—Es que no puedes querer venir a ponerme reglas de con quién puedo o no juntarme, con quién puedo o no salir. ¡Tú no puedes...!

—¡Yo no te estoy poniendo reglas!

—¿No me estás diciendo que me aleje de Alejandro?, ¿es porque estás celoso?

—No, Valeria, no estoy celoso de él. ¿Pero no puedes ir a acostarte con alguien más que no sea él?

Valeria se mordió el labio.

—Nadie más me ha tocado a excepción de ti. Y no me gusta Alejandro, no me gusta ningún otro. Eres tú. Y lo sabes, y si se te había olvidado, te lo recuerdo, me gustas, y tú te aprovechas de eso siempre.

—No sé qué quieres que te diga. Te dije que podías hacer lo que quisieras.

Otra vez se contradecía. Valeria exhaló y se volvió a sentar en el mueble. Estaba acostumbrada a ello. Por alguna razón no dejó que le afectara esta vez, decidió ignorar lo que dijo.

—Hoy me van a pagar.

—¿Qué vas a hacer con el dinero? —preguntó con cuidado.

—Voy a pagarle a mi tía el dinero que me prestó.

—¿Te prestó?

—O a mi mamá —corrigió—, pero ella no puede pagarle, hay más cosas en la casa.

Ben hizo un gesto de desaprobación, pero se quedaron en silencio.

—¿Todo va bien contigo?

—Sí... creo.

—Hundió su cabeza en sus manos. Ahora estaba preguntando sobre su estado, no sabía si se refería a su estado de salud, o emocional, o cualquier otra cosa. La conversación no tenía sentido para ella. Pero no quería irse todavía, y no creía estar más tiempo ahí sin comenzar a preguntarle por su mamá.

—No debí haberte pedido que vinieras. No tengo nada relevante que decirte. Solo quería verte en mi casa de nuevo.

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

—No, Valeria, no te estoy pidiendo que te vayas —susurró con la boca cerca de su cuello, dejó un beso plantado allí—. Desearía que te quedaras.

—Yo también —respondió seria.

Ben deslizó su mano hasta la parte de atrás de su cabeza para acercarla a él y poder besarla. Pero no lo hizo. Solo le susurró: —Será mejor que te vayas. Ya casi son las tres.

¿En serio lo eran? El tiempo pasa volando cuando es junto a él. Sentía que incluso el reloj le jugaba en contra. Se levantó, pero antes de irse lo abrazó. Por mucho tiempo.

Es que no le importaba si él era el peor del mundo. Cuando ella estaba junto a él, sentía que era la persona más dulce que jamás hubiese pisado tierra, y se creía incapaz de dejar de quererlo. Además, sus dudas de que si él la quería o no, siempre eran ahogadas por momentos como ese.

* * *

—Mil, dos mil, dos mil quinientos y... tres mil —Lo terminó de contar Fresa—. Aquí lo tienes, en las palmas de tus manos, Valeria. Dinero en efectivo.

—Muchas gracias.

—Esto no es un favor, te lo ganaste con tu trabajo.

—Gracias —no pudo evitar decirlo de nuevo—, ¡nos vemos el lunes entonces!

Estaba de noche, y la acera que le tocaba cruzar a Valeria estaba oscura. Era uno de los famosos apagones, la luz eléctrica abandonó el sector y todo lo que iluminaba la calle eran las personas con inversor⁶ y la luz de la luna.

No hay muchas personas con inversor, por eso, cuando la luz se va, parece la boca del lobo. Ni aun las velas pueden alumbrar la penumbra que se apodera de las casas del barrio a esas horas sin luz. Y no había nada que las personas pudieran hacer para tratar de que los apagones cesasen.

Valeria llevaba el dinero en sus manos, estaba un poco orgullosa. De pronto pensó en que necesitaba un par de medias nuevas, y que Carol no tenía bolitas para peinar su cabello... Carlitos necesitaba unos tenis nuevos y a su mamá no le vendría mal comerse un pedazo de pastel de chocolate... tal vez podía darle su otro pago a tía Victoria, y celebrar su primera paga con la familia yendo a comer a algún lugar.

Se puso alegre. Trabajar tenía buenas cosas, como el dinero, y lo necesitaba, y quizás ahora podía ser como sus amigas del colegio.

—¿Qué tienes ahí, pequeña? —Un joven con una gorra se había apeado de un motor que ella había escuchado desde hacía media cuadra.

—Nada —respondió en un hilo de voz. Pero ya el joven le había quitado, gentilmente, el dinero de su mano. Se subió en el motor, en el cual había otro chico, le dio un último vistazo, y se fueron con el dinero de Valeria.

Siguió caminando como si nada. Sus ojos ardían y había un gran nudo creciendo en su garganta. Ahí fue que se dio cuenta de que en verdad le habían arrancado su dinero de las manos. Se lo había ganado con su esfuerzo y ellos solo se lo ganaron quitándoselo de las manos.

Ni siquiera recordaba a los tipos, volteó a ver si veía a alguien que hubiese sido testigo

de todo, pero la calle estaba desierta, esa calle siempre está desierta, siguió caminando y respiró profundo.

«Me asaltaron», se dijo a sí misma, se lo repitió varias veces hasta que terminó por creerlo. Después la verdad empezó a doler y no encontraba donde ir. Si iba a su casa quizás su mamá le reprochará por no ser cuidadosa. ¿Cómo se atrevía a llevar el dinero en sus manos?

Y si iba donde Nina quizás se burlaría de ella.

Sus manos temblaban y estaba a punto de colapsar. Casi sin darse cuenta, ya estaba frente a la casa de Ben, tocando la puerta.

Él estaba acostado jugando con su aparatico sin teclas otra vez. Si no tenía nada que hacer, eso era un buen entretenimiento sin falla. Se levantó a abrir la puerta y se encontró con Valeria frente a él a las once de la noche.

—Valeria —notó su cara de susto y los labios blancos, temió lo peor—. Dios, ¿qué pasó?

Ella no respondió, solo entró y se sentó en el sofá, en silencio. Ben cerró la puerta y Valeria empezó a sollozar.

* * *

Valeria se tocaba la sien. Tenía un fuerte dolor de cabeza y aunque todo lo que estaba haciendo era recoger los vasos de las mesas y limpiar las mismas con un paño, no podía concentrarse.

Aún no le había dicho a su mamá que le habían robado el dinero y de ninguna manera iba a aceptar el dinero que le estaba dando Ben. No fue donde él para pedirselo. ¿Por qué pensó que Valeria lo iba a aceptar? ¡Como si no la conociera!

—Hola —Alejandro la agarró por la cintura.

Valeria dio un respingo y se despegó de él.

—Ah, tú.

—Bebé, ¿Sigues enojada por lo que dije de tu noviecito?

Valeria lo ignoró. Recogió todo y volvió al lugar donde estaba a salvo: detrás del mostrador. Se recostó sobre él mientras lo observaba, y le dijo—: Solo te digo, mañana no estaré, así que no hace falta que vengas.

Alejandro sonrió.

—Lamento decirte que yo venía aquí antes de que trabajaras aquí. Y, mañana tengo juego en la cancha.

—¿Juegas básquetbol?

—Sup.

Valeria lo miraba con los ojos entrecerrados, después sonrió.

—Nunca te he visto.

—Juego solo en las finales, y mañana hay práctica.

Valeria se quedó callada. Pero algo la turbaba.

—Ale... ¿puedo hacerte una pregunta?

—Puedes.

—¿Cómo sabes si Ben es adicto o no a las drogas?

—Te dije que éramos amigos.

—Cuando él empezó a consumirlas, ¿eran amigos?

—Sí.

—¿Y cuándo empezó a hacerlo exactamente?

—Cuando su mamá murió.

Valeria se quedó en silencio. Fue justo en ese instante que entendió porqué Ben no quería que ella hablase con Alejandro, él lo conocía muy bien. Y le iba a decir todo sobre él, era eso. Y por fin. Lo único que tenía que hacer era saber cuándo preguntar y cuándo detenerse.

—Es algo ilógico, pero él lo verá como una metáfora, meterse las mismas drogas que su mamá, ¿para sentirse más cerca de ella?

Eso la hizo sentir mal, ¿en serio la mamá de Ben era una drogadicta?, ¿por qué no había pensado en su hijo antes de meterse a eso?

—Lo único que no entiendo es porqué usaría las drogas si fue lo que le quitó a su mamá, tampoco tiene sentido para mí —comentó en silencio—. No tendría sentido para nadie.

—Deberías preguntarle.

—No aparentó ninguna emoción—. Quiero llevarte a alguna parte, ¿irías conmigo?

—¿Su mamá lo instruyó en las drogas?

—No, Valeria —respondió desesperándose porque no le hacía caso—. Rebecca lo hizo. Vivió con él casi dos años y era una jodida drogadicta.

—¿Cómo pasó de consumir, a vender, y de vender a «observar»?

Alejandro se levantó. Se acercó a ella y la llamó con la mano, el mostrador estaba entre ellos dos. Cuando Valeria se acercó, porque pensó que le diría, él aprovechó su guardia baja y besó su mejilla. A continuación, caminó a la puerta, y se marchó.

* * *

Sus manos estaban sudando porque estaba nerviosa. Tocó la puerta. Era muy temprano, como las seis y media. El sol andaba perezoso; no quería salir. Y aun hacía frío.

Ella sabía que él despertaba temprano, aunque volviera a dormir durante el día.

Le abrió la puerta.

—Buenos días.

—Buenos —él sonrió.

Valeria entró.

—Quiero hacer varias preguntas... sobre ti, y necesito que me las respondas. Siento que sabes todo de mí y yo nada, y no es justo.

—Hemos vivido por aquí todas nuestras vidas. ¿Qué cosas hay que no sepas de mí?

—No sabía que usabas drogas.

Ben bufó. De eso era todo lo que hablaba, desde que Valeria se dio cuenta nunca más ha dejado de hablar de eso.

—Ocasionalmente.

—En el colegio dijeron que se puede morir por las drogas, ¿tú quieres morirte?

Ben la miró como si estuviera loca.

—Además, ¿qué es esa cosa en tu tobillo?

—Es una luna —eso ella ya lo sabía—, ¿quieres uno?

—¿Un tatuaje? —se sorprendió al escuchar que le ofrecía un tatuaje—. A Dios no le gusta, Ben.

—¿A quién? —alzó una ceja.

—A Dios, es blasfemar contra mi cuerpo. No voy a marcar mi cuerpo.

Ben sonrió de oreja a oreja. Se acercó a ella.

—¿Quieres ser fiel a Dios?

—Sí, eso planeo.

—¿Con tu cuerpo?

Valeria asintió, pero después se dio cuenta a qué quería llegar. Ella no era una santa, ni era pura, puede que tenga más de dos semanas sin estar con Ben, puede que no esté haciendo nada malo. Con solo pensar, con solo la mente, o con solo decir algo. Esas son las armas más poderosas del cuerpo.

—¿Dónde aprendiste eso?

—Voy a la iglesia todos los domingos, y un día deberías ir conmigo. A—allá también hablan de las... drogas...

—Dejó de hablar cuando notó su actitud.

—Valeria, no sé qué has creído, pero Dios no está contento contigo, estás en pecado. Le mientes a tu mamá, tu y yo tenemos... esto que tenemos... estás bañada de pecado, y un tatuaje no te va a hundir más.

Valeria se alejó con la respiración pesada. Tal vez, si bloqueaba sus oídos y seguía creyendo en que si estaba bien con Dios, iba a seguir así.

—Además, no sé qué significa esa luna —se defendió.

—La luz en la oscuridad.

—No soy eso —respondió Valeria.

—Lo que sea, Valeria, está temprano, ¿quieres desayunar conmigo?

—Voy a seguir haciendo preguntas —advirtió.

Ben se dirigió a la cocina, buscó queso, sacó mantequilla, un tomate y un plato de porcelana. Dentro del microondas estaba el pan.

—¿Quién es Rebecca?

Ben se volteó a ver a Valeria sentada en el sofá cruzada de brazos.

—Oh, ya veo que sigues hablando con Alejandro.

—También quiero saber por qué eran amigos antes y ya no lo son ahora... él dice que no eres adicto a las drogas. ¿Cómo podría saberlo? Otra cosa, ¿él las consume?, estoy tratando de manejar esto... no te gustará escuchar lo que estoy a punto de decir, pero, wow, el chico que me gusta muchísimo está en algo que lo puede matar, ¿por qué? Trato de ver las cosas desde otro punto de vista —se quedó en silencio, él solo la observó—. Sé que me has dicho incontables veces que no me quieres, y que no hay un nosotros, pero no puedo sino preocuparme por ti, y quererte, y tener miles de preguntas sobre ti. Te quiero, Ben, y definitivamente no quiero verte metido en el asunto de las drogas. Por favor.

—Nunca dije que no te quería.

—Mira, cuando me dijiste que no volviera en serio me enojé y me prometí no volver,

pero eres como un extraño imán que me atrae, aun cuando sé que no eres bueno para mí y que me haces daño. Creo entonces que estoy enamorada del dolor... esto es liberador — respiró hondo—. ¿Sabes qué más me asusta? El hecho de que no sabré cuándo detenerme. Ni siquiera voy a seguir tus órdenes, quiero estar contigo, no de una forma sexual, si es que te cansaste de mí, yo solo quiero estar contigo... quizás ser tu amiga...

—Había seguido como una *carretilla hablando* sin escuchar realmente lo que él tenía para decir, si es que tenía algo en primer lugar.

—Valeria, puedes volver cuando quieras.

—Una amiga. Normal. Podemos aparentar que nada ha ocurrido, ¿Cómo empezar de nuevo? —se rio de esa estupidez—. Pero por favor, quiero que respondas mis preguntas anteriores porque entonces...

Ben tapó su boca suavemente. Con su otra mano quito una lágrima que se deslizó de su ojo.

—Jesús, tú sí que hablas, ¿piensas hacer una pausa para yo responder las preguntas?

Valeria asintió. Ben se arrodilló frente a ella.

—Él ya te dijo que éramos amigos. Está donde está por mí. Y mira, no somos los peores enemigos, Valeria, todo es sobre apariencias. ¿Qué crees que pensarán los de su lado si ven que somos súper amigos?

—¿No se odian?

—Es un jodido malagradecido que no se sacia con lo que ya le di. Y ahora quiere más.

No fue una respuesta directa. Pero a Valeria le llegó otra pregunta.

—¿Cómo llegaste a donde estás ahora?

—Es un secreto que no puedo decirte.

—¿Por qué?

Ben dudó.

—No sé si él te mandó a preguntarme.

Valeria exhaló.

—Rebecca fue la mujer que me cuidó cuando tenía catorce.

—¿Ustedes fueron novios?

—Algo así.

—¿Ella te enseñó a usar drogas o fue tu mamá? —Eso último se le escapó. El rostro de Ben se arrugó. Su confusión paso a ser disgusto, y después molestia.

Se rio sin poder creerlo, indignado.

—¿Piensas que mi *mamá* me daba drogas, con solo catorce?

Su familia era perfecta. Una familia modelo de esas que todo el mundo envidiaba y ponía de ejemplo en sus casas. Y tanto como lo eran por fuera, lo eran por dentro. Las discusiones eran argumentos que se tomaban sentados en la mesa sin subir la voz, eran felices en aquellos tiempos. Después vino la tragedia. Todo fue un duro golpe que nadie vio venir. Destruyó los cimientos y echaron a la basura todo lo que tomó tantos años construir.

—Perdona, no quise insinuar eso... yo solo quiero que me cuentes sobre ella... sobre cómo te sientes, para entenderte.

—¿Entenderme?..., ¿me quieres entender?, ¿Qué es lo que quieres entender de mí,

Valeria?

Valeria se sintió nerviosa.

—Debió ser duro y creo que...

—Mi mamá no era una adicta a las drogas, Valeria, el éxtasis con el cual se drogó no lo había comprado ella. Yo no uso drogas por ella. Y si las uso, no es tu problema. La muerte de mi mamá no es tu problema. ¿Entiendes? Si muero de una sobredosis no es tu maldito problema. Nada de mí es tu problema, preocúpate por ti sola y no te metas en mis asuntos. Si quieres solo aléjate de mí.

—No quiero hacerlo —se levantó cuando él se levantó. Él se volteó.

En sus ojos marrones había algo. Ese algo siempre estaba presente cuando él la veía a los ojos. Puede mentir todas las veces que sea, puede hierla aún más para querer alejarla. Pero ella sabe que sus ojos reflejan un sentimiento, además de estar herido, además de estar molesto.

—Deberías —se acercó a ella, empujándola con su cuerpo—. Puedo hacerte daño, ¿sabías?

—No lo harías.

—¿Por qué tan segura? —le preguntó desafiante.

—Porque sé que me quieres.

Él se rio. Colocó sus manos en sus caderas y la acercó a él para morder duramente su piel en el cuello. Valeria se quejó. Trató de quitárselo de encima.

—Espera-a, Ben...

—Shh... solo te estoy dando cariño —su voz era burlona. La acorraló de la pared y no la dejó ir—. Deja que te dé cariño, Valeria, tú me quieres.

—Él desabrochó sus pantalones con una mano—. No importa si te hago daño... ¿cierto? —le susurró al oído.

Valeria cerró los ojos y sus rodillas temblaban.

—Está bien. Voy a darte lo que quieres. Haré que me entiendas.

Cuando Valeria volvió a abrir los ojos ya no estaba al frente de ella, el pan se había quemado y la casa se había llenado de humo. Ben seguía molesto, Y Valeria estaba aturdida, con la respiración rápida y la cara envuelta en llamas. Sus pies falsearon cuando trató de moverse para irse. Sus rodillas temblaban todavía. Recordó algo, «Nunca dije que no te quería», ¿sería eso un «te quiero»?

Se lo preguntó mientras se volvía a sentar en el sofá, se tapó la cara. ¿Qué razón había para que él quisiese que estuviera alejada de él, si él, definitivamente, la quería?

Capítulo 18

PERSONA FAVORITA

Era lunes, el primer lunes de febrero exactamente, y tenía que levantarse de la cama. Apenas eran la seis y veinte minutos, pero si le sumas todo el tiempo que se toma alistar a los niños, está tarde.

El problema es que Valeria no se quiere levantar a bregar con ellos. Realmente está cansada y no tiene ánimos ni siquiera de ir a la escuela. Hay que suponer que los sentimientos encontrados por la actitud confusa de Ben y su negación a hablar de su mamá o de su consumo de drogas, la fatiga. Porque realmente se preocupa por él.

Cada día, una persona promedio elige algo por lo cual estar entusiasmado todo un día completo. Unos, por ejemplo, porque verán su serie de televisión favorita a las siete, esto puede hacer que pasen todo el día pensando en qué pasará en el próximo capítulo, corren a su trabajo o escuela, aguantan el sol y a las personas molestosas que hablan demasiado, comen con ánimo, se bañan, se visten, y al final, ven su serie de televisión favorita. Y no les importa qué tan mierda haya sido el día, valía la pena porque llegaba la hora de ver su cosa preferida.

Ben era su persona preferida. Así como algunos deciden levantarse por una novela, por comer algo, por un nuevo proyecto o por ir a jugar pelota, Ben era su motivo. Porque pensar en él era placentero, y a la vez agotador, y confuso.

No puede negar que ama esto. Está enamorada de estar enamorada de Ben, y le tiene sin cuidado que opinen los demás o de que tan mal se vea. Nunca iba poder a complacer a todos.

Ya está en el colegio, se acomoda su bolso en el hombro y alguien la alcanza. Es Sabrina, quien le sonrío.

—Oye, Valeria... ese chico que te vino a buscar, ¿quién es? —Su sonrisa aún no se borraba.

Casi sonrío, pero se mantuvo.

—Es vecino.

—Está muy lindo.

—Abrió la boca grande con una sonrisota, Valeria siguió caminando y Sabrina lo hacía a la par con ella—. Tiene lindos músculos, y la apariencia de alguien que siempre anda sospechoso, yo ya te había dicho: Quiero. Con. Él.

—Oh ya.

—Pero, por lo que vi y lo que contó el baboso con quien algunas veces te juntas...

—¿Quién?

—Freddy —volteó la cabeza—, y por lo que oí de él, están juntos.

—¿Te dijo eso?

—Ajá.

Se quedaron en silencio, llegaron al aula, Valeria entró y colocó su bolso en la primera butaca vacía que vio adelante. No le gustaba sentarse atrás, creía que era para personas

que no iban a estudiar, y ella tenía que estudiar obligatoriamente para mantener su beca.

—¿Entonces...? —le preguntó—, ¿son o no?

—Hasta ahora es un amigo, pero anda detrás de mí.

—Oh, Dios —chilló.

Valeria no compartió su entusiasmo, que ella sepa, hace una semana no le hablaba, y ahora, porque lo ha visto con él, ¿le habla?

—No es del otro mundo.

Si lo era, ¿pero para qué decírselo a ella?

—Carolina, Naomi, y yo, haremos una pijamada mañana, ¿Qué tal si vas? Hablaremos de muchas cosas.

No podía mentir, ya las estaba extrañando y Freddy se había vuelto un poco insoportable con sus preguntas sobre La Sombra y sus constantes e inapropiados celos. Valeria no entiende cómo es que la gente toma la confianza tan rápido.

—Veré.

Se sentaron, la maestra entró.

* * *

Sí había una forma de cubrir esas prominentes marcas de amor debajo de su oreja: polvo base. Cuando vio uno en la gaveta de su mamá sintió alivio. La que tenía ahora era realmente llamativa. Sus dientes estaban marcados ahí y ya se había empezado a poner de color morado.

Su mamá hizo como que no la notó, aunque la vio cuando Valeria estaba en pijama acompañando a los niños a cepillarse y se había recogido el cabello en una cola; sin embargo, ella no dijo nada. Los demás no se habían fijado en su cuello, o su cabello lo cubría bastante... pero no podía estar con el cabello de lado siempre, tenía que cambiar la rutina o alguien iba a sospechar.

Se untó una excesiva cantidad y después vio que se notaba demasiado el esfuerzo que estaba haciendo para ocultarlo. Se lo volvió a quitar echándose mucha agua, se restregó hasta que le doliera otra vez, ahora la piel de alrededor estaba roja, volvió a ponerse más y de sus ojos empezaban a salir lágrimas. Tenía que hacer algo.

Respiró hondo. Se vistió para ir al colegio y tomó su bolso extra además del bolso que usa para ir al colegio. En él, tenía la ropa de ir a trabajar, la ropa de dormir, y un poloshirt limpio para ir al colegio mañana.

Va a ir a la pijamada de Sabrina, Claribel está emocionada sobre eso, que vaya a dormir en la casa de otra muchacha que no fuera Nina, aunque en realidad nunca haya dormido en casa de Nina de todas formas, ella lo desconocía, y que Valeria fuera amiga de otras chicas, como Sabrina, era toda una felicidad.

* * *

Cuando acabaron las clases, la mamá de Sabrina recogió a Sabrina y a Valeria de colegio. Al llegar a la habitación de Sabrina, Valeria se recostó de la cama, su cabello se deslizó hacia el colchón dejando su cuello descubierto, Sabrina se subió a la cama

después de quitarse los zapatos del colegio.

—¿Qué es eso?

Valeria se espantó.

—¿Qué?

Sabrina se levantó apoyándose de sus rodillas.

—¡Es un pegote de maquillaje! —Se mojó el dedo con saliva y lo frotó en el cuello de Valeria, el maquillaje se corrió—. ¡Tienes un chupón!

Valeria no entendía que le alegraba de eso. En realidad, no había sido un chupón, era una mordida. Se cubrió su marca con su propio cabello.

—Dios, ¿ahora cómo la voy a cubrir para ir a trabajar?

—Yo también tengo una.

—Sabrina se quitó la camisa del colegio. Debajo de esa camisa la piel de Sabrina era más blanca que la de sus brazos y cara, y estaba llena de lunares en algunas partes. Debajo de la tercera costilla que se le marcaba, tenía un morado en la piel—. ¿Ves a Eddie, de tercero b?

—¿Ajá?

—Ay, muchacha, no te querrás imaginar.

—Empezó a sonreír como boba y se echó en la cama con los brazos abiertos—. Los chicos son vida.

Valeria se levantó hasta el tocador que tenía Sabrina, tenía un espejo grande, se miró su cuello, ahora él estaba denunciando su crimen, estaba a la vista de todos y no tenía su polvo de base.

—Valeria...

—Sabrina llamó sin despegar los ojos del techo—. ¿Quién te las hizo?

—Un chico.

—Duh —respondió rápidamente—, obvio que fue un chico, a menos que seas lesbiana.

Valeria trató de poner su cabello por encima y probó con mover la cabeza, el cabello lo dejaba al descubierto cuando lo hacía.

—¿Eres virgen?

Valeria se volteó.

—¿Qué?

—¿Que si eres virgen?, Valeria.

Valeria respiró hondo, ¿era Sabrina la indicada para contarle sobre su otra vida?

—No quiero responder —miró a Sabrina a través del espejo.

* * *

—¿Qué es lo más dulce que alguna vez han soñado? —Mario se puso soñador mientras cargaba pequeñas cajas con el nombre de la marca de unas velas aromáticas.

—¿Qué? —preguntó La Sombra con una sonrisa en su cara—, ¿en serio estás hablando de eso?

—Yo sueño constantemente con desaparecer de este barrio, y ser rico, tener miles de autos.

—Héctor abrió una de las cajas, sacó un par de frascos y una pequeña pala.

—Vaya sueño —bufó Ramírez—. Yo solo quiero echar para a'lante, y ya.

—Ir a los Estados Unidos.

—Mario deslizó sus manos como si se tratase de un avión.

Algunos rieron.

—¿Y tú Ben, tus sueños? —Ben estaba recostado de una forma vaga en la mecedora negó con la cabeza, nada se le ocurría.

Gregorio entró a la habitación sin tocar, vio el panorama, varias cajas de velas aromáticas en el suelo, Mario estaba ayudando a Héctor a echar unas pastillas en pequeños frascos de plástico amarillo. La Sombra estaba sentado, o si se pudiera decir, acostado, en una mecedora. Ramírez revisaba las cajas por fuera.

—Wow, es el doble de lo que pedimos.

—Más vale que sobre, que falte —dijo Ramírez.

Ben ni siquiera subió la mirada.

—Siguen sin hablarse —Mario comentó con molestia—. Parecen niños.

—Si hablo con Sombra, ¿no es sí?

La Sombra lo miró y asintió.

—¿Conocen de un lugar para hacerse tatuajes que no sea donde ese gordo, asqueroso y borrachón? —La Sombra se inclinó hacia delante.

—Al otro lado de la ciudad —contestó Mario—, ¿planeas otro tatuaje colectivo como esa estúpida luna?

—Yo quiero hacerme otro, a ver, ¡Héctor tiene la espalda llena de tatuajes! —Ben lo señaló—. ¿Acaso tengo que pedirles permiso?

—Bien, veré si consigo uno —dijo Mario y volvió a lo que hacía.

Gregorio miró a La Sombra.

—Quiero hablar contigo.

La Sombra no quería pero terminó cediendo. Cerró la puerta detrás de él. Estaban en el pasillo de la casa.

—¿Qué es lo que le estás haciendo?

—¿Le estoy haciendo a quién?

—A Valeria —Gregorio la había visto esa mañana con esa ridícula cantidad de maquillaje en su cuello.

La Sombra iba a volver a la habitación donde estaba, Gregorio lo detuvo.

—Le haces marcas en su cuello, visibles para cualquiera que la mire...

—No, te equivocas, visibles para ti, porque siempre la estás mirando.

Gregorio negó para sí mismo.

—No es justo, ella no se merece esto.

—¿Te merece a ti, verdad? —preguntó alzando una ceja.

Se miraron desafiantes. Gregorio apretó los labios.

—Hermano, no la metas a ella en nuestra amistad.

—La Sombra se suavizó y sonrió—. No le hago nada que ella no quiera.

Gregorio lo soltó.

—Valeria está tan enamorada de ti que no ve que lo único que quieres de ella es sexo. Y nada más.

La Sombra no respondió. No tenía sentido discutir con él sus sentimientos, ¿qué iba a entender él?

—Un día te vas a enamorar y te va a doler, y vas a sentirte miserable.

—¿Como te sientes tú porque no tienes a Valeria? —se rio—. Ah, ya sé, yo voy a andar por ahí buscando de ella aunque sepa que ya tiene a alguien...

—Yo no sabía que tú y Valeria tenían algo, tú no lo mencionaste nunca, Benjamín.

—Voy a conseguirle trabajo en un lugar donde pueda correr peligro, ah ya sé, así me va a querer... pero no, va a seguir con el mismo patán —se puso serio—, ¿voy a estar como tú?

—Olvidalo, hombre —Gregorio lo empujó hacia donde él estaba antes.

La Sombra evitó tropezarse mientras se reía de él.

—Eso haré.

* * *

—Deja ver, Valeria...

—Naomi desnudó su cuello—. Wow, es profunda, parece una mordida.

—Lo es —respondió en voz baja.

—Es hasta linda, dan ganas de tomarle fotos —dice Carolina.

—¿Y qué hay de la mía? —Sabrina se levanta su bata que usa para dormir—. ¿No es linda?

—Wow —Carolina se cruzó de brazos—, no es justo, la mía está más escondida aún.

¿Era común eso?, hasta hace unos meses pensaba que solo las chicas de su barrio tenían amantes, pero entonces descubrió que eso pasa a cualquier chica que esté dispuesta sin importar el estatus, es solo que unas los ocultan mejor que otras.

Valeria tenía unos pantalones cortos y una blusa de tiros hasta el ombligo, se la alzo también para que vieran su vientre mientras se acostaba en el piso. Naomi las trazaba.

—Eres demasiado delgada —se quejó Carolina.

—Ese chico te come viva —dijo Sabrina. Estaba sonriendo—. Quiero a alguien como él.

Valeria se incorporó.

—Él es muy tierno, además —sonrió, había algo placentero en que ellas envidiaran su lugar, aunque era difícil ser ella, que ellas quisieran tener esas marcas de amor la hizo sentir increíblemente contenta—, es muy amoroso.

—Ni siquiera la lengua le ardía por las mentiras.

—Yo tengo entre los muslos —dijo Naomi y abrió las piernas, tenía una sola—. Pero no fue con la boca, solo me pellizcó.

—¿Ustedes son vírgenes? —preguntó Valeria.

—Yo lo soy —confesó Sabrina.

—Y yo —Carolina hizo bembita—. Mi sueño es perderla en mi noche de bodas, será tan mágico.

—Soñó despierta, y por un instante Valeria deseó poder decir lo mismo.

Naomi torció la boca.

—Yo no.

Valeria no dijo nada.

—A nadie le gustan las que no son vírgenes— comentó Sabrina—. ¿Han escuchado a la profesora hablar de las que ya son mujeres?

Todas la habían escuchado, Valeria no quería recordarlo.

—Bah, ojalá yo no serlo.

—Carolina se quejó mientras se amarraba el cabello. Había olvidado completamente lo que había dicho hace menos de un minuto.

—¿Y tú lo eres? —Sabrina volvió a preguntar. Valeria desvió la mirada.

—Sí, lo soy.

—¡Ay, Dios!, ¿te atreves a decirlo? —contestó Naomi—, ¿vas a decir que él chico que te deja chupones y mordidas aún no se ha acostado contigo?

Las tres se sorprendieron al ver su reacción.

—Okey —Sabrina se levantó del piso—, esto se está yendo de las manos, Naomi, no hables así.

—Perdonen, solo se me salió— dijo dándole vueltas a un mechón de su cabello—. Será la mejor sensación de todas para ustedes.

—¿Cómo es? —preguntó Carolina.

—Te sientes en el cielo. Todo te tiembla, y más si te gusta el chico, todo lo vuelve más emocionante.

—¿Has llegado a la gran O? —preguntó Sabrina.

—Oh sí, es el cielo.

—¿Gran O? —preguntó Valeria. En realidad, si a virginidad mental se refería, lo era a medias, recién ahora empezaba a descubrir cosas sobre su cuerpo o la sexualidad humana.

Todo lo que sabía se lo había enseñado La Sombra, pero no le ponía nombres, solo lo hacía.

—El éxtasis, cuando te tuerces de placer y te quedas sin aliento.

—¿Cómo sé si tengo una? —Valeria reformuló su pregunta—. Cuando deje de ser virgen, ¿cómo sabré que he tenido eso?

—Te vuelves gelatina, sientes como... un... es que no sé cómo explicarte, tu cara se vuelve una mueca rara y...

Valeria miró a las otras, Carolina y Sabrina miraban a Naomi con ojos brillantes, Valeria podía fácilmente hacer el papel de Naomi y contar sus experiencias con La Sombra, ¿pero valía la pena quitarles la inocencia a ellas dos? Mejor prefirió fingir que era inocente, que no sabía nada.

—¿Cómo hacen los hombres?

—No sé en realidad, ellos es como...

—¡Ya, ya, ya, ya! —protestó Carolina—. ¿Por qué estamos hablando de sexo? Antes solo hablábamos de besos.

—Yo no sé. El tema solo surgió —se excusó Naomi.

Carolina apagó las luces y prendió la linterna de su celular.

—Es hora de cuentos de terror.

—Esperen —Valeria las detuvo—, Naomi, ¿cómo podemos...? —miró a sus otras dos amigas—. ¿Cómo podemos nosotras seducir a un hombre?

—Los hombres son muy fáciles de seducir, todo de ellos es con la vista, maquíllate, arréglate el cabello y córtate las puntas, actúa como si no lo quieres aunque te mueras por ellos. Tócalos, un leve toque en su espalda, en sus hombros o en su brazos. Mueve tus caderas, ropa interior sexy. Otra cosa, sonríe.

—¡Haré eso con Carlos!

—¿No que ibas a esperar al matrimonio? —le reprochó Sabrina a Carolina.

—¿Un hombre se enamoraría así de mí? —preguntó Valeria.

—Sí, ¿por qué no? Si no se enamoran de ti a la primera, sedúcelos.

Valeria meditó en eso. Quería seducirlo. Pero no tenía maquillaje y no sabía cómo mover sus caderas. Su ropa interior tal vez no sea fea o vieja, pero su estilo era demasiado formal, no era sexy, no usaba tangas ni nada de eso. Se lamentó dentro de sí.

Las chicas ahora hablaban de cuentos de terror, ellas se habían olvidado de la conversación, pero era todo lo que Valeria no podía hacer en ese momento.

* * *

Eran las seis y media, y mediante un acuerdo que Estefani hizo con Fresa, Valeria podía salir los martes, miércoles, y jueves más temprano que cualquier otro día para ensayar para su cumpleaños. Todo lo que sabía era que ella era pureza. Y que debía hacer un tipo de drama en forma de baile simbolizando eso.

Marian participará y una chica llamada Emily. También una prima de Estefani llamada Daniela, y Argentina, porque aunque Rose y Estefani se llevaban un poco mal, Argentina y Estefani eran contemporáneas en la edad y habían estudiado juntas en el colegio.

El lugar era muy bonito. Había un lobby, que eran donde estaban todos esperando a Estefani, quien había pasado a buscar a Valeria en el auto de Gregorio y La Sombra, y la había traído consigo.

Pero Ben no estaba, ni tampoco Gregorio, los chicos que iban a participar eran del barrio, pero no eran como ellos. No es que eran santos, pero sí tenían mejor imagen y la mamá de Estefani los eligió.

Después del lobby, las cinco chicas y los cinco chicos se dirigieron a un salón, específicamente el salón llamado Ámbar, que consistía en un gran espacio sin sillas ni nada, con grandes ventanales que filtraban la luz. En una esquina había mesas desmanteladas, y en el lado más cercano a la puerta, una mesa y colchones para sentarse en el suelo. Los colchones pertenecen a la clase de yoga que hay todas las mañanas en ese lugar.

Es un lugar limpio y el aire huele a vainilla. Hay un pasillo afuera del salón con una puerta que lo conecta a una salida y a los baños.

—Vas a invitar a un montón de gente.

—Quizás a todo el barrio.

Valeria tragó en seco. Argentina se puso en el medio, alzó los brazos y sonrió.

—Esto es hermoso.

Emily y Marian se sentaron, y todos los demás también lo hicieron. Era tiempo de que Estefani hablara como dijo que lo haría al llegar al lugar.

—Mi cumpleaños será algo súper especial para mí y mi familia. Hace cinco años en la

familia ocurrió una tragedia y mi fiesta de cumpleaños, que desde ese tiempo empezábamos a organizar, fue cancelada, tan solo tenía trece años y entonces fue muy duro para mí. Toda mi vida soñé con ese día tan especial.

A Valeria no le celebraron sus quince, o sus trece, nunca ha tenido una fiesta de cumpleaños.

—Después de más de cinco años de luto, mi familia, en especial mi mamá, ha decidido que su sobrina descanse en paz, y así su alma no nos atormentará más.

Fue ahí cuando se dio cuenta que hablaban de la mamá de Ben. Su suicidio había causado hostilidad en la familia, y en esa casa, la vida ya no era la misma. Ni siquiera eran capaces de hacerse cargo del pequeño que había dejado cuando su papá lo abandonó de su cuenta en esa casa, ¿Quién se iba a atrever a entrar de todos modos? Mucho menos la mamá de Estefani o su abuela, que eran supersticiosas y pensaban que su espíritu aún estaba ahí errante y que poseía a Ben algunas noches, decían eso porque sus ojos se ponían del mismo tono de marrón claro que tenía su madre y al otro día volvían a su oscuro normal. Nunca pensaron que eso solo se debía a los cambios climáticos.

Él era su recuerdo latente de que la mamá de Ben había elegido la vía fácil y que había dejado a todo el mundo por su cuenta.

—Durante mi vida, varios sentimientos me han acompañado.

—Se rascó su menuda nariz, la cual hacía que sus ojos grandes se enmarcaran más, y que sus pestañas se vieran más abundantes de lo debido gracias al rímel. Estefani tenía cabello normal, marrón, muy rizado, y tenía también un lunar encima del labio, en la parte derecha—. Pasión, pureza, esperanza, alegría y tristeza. Para cada uno de esos sentimientos hay un baile, que nuestro coreógrafo — señaló al moreno apuesto que estaba a su lado—, va a enseñarles a cada uno. Por favor, quiero que recuerden que esto no sería posible sin mi tío. Estoy muy agradecida por él y por su apoyo después de la muerte de su esposa.

Todos se quedaron en un silencio incómodo.

Después de esa breve introducción, hicieron público quién tenía cuáles sentimientos. Todos tenían su pareja y Valeria no había memorizado aún sus nombres, solo sabía que el chico que le tocaba era más bajo que ella, como por varios centímetros, la quijada del chico daba por sus hombros. Quizás él era muy bajo o Valeria muy alta, pero con los tacos, ella iba a parecer una amazona y él un pequeño duendecillo.

Se iba a quejar, pero no quería ser maleducada. El chico estaba incómodo y molesto. Además, vivía a dos casas de Valeria y nunca le había dirigido la palabra.

Cuando terminaron de informar sobre los minutos que debían tomar para estirarse, y dieron una introducción de cada coreografía, todos fueron despedidos hasta la próxima reunión.

Valeria se acercó a Estefani.

—Uhm... —dudó unos segundos—. Estefani, tengo un problema.

—¿Qué?, ¿es el baile un poco fuera de lugar?

—No, no —sus orejas ardieron al recordar cuando el moreno, que pasaba a ser el coreógrafo y no sabía su nombre, le había dado un vistazo de cómo iba a hacer todo.

—Ah, ¿entonces qué?

—Brayan está un poco...

—Molesto, lo sé, no quiere participar, su mamá lo obligó —completó sin darle importancia.

—¿Por qué no consigues a nadie más?

—No hay nadie más. Tranquila, estarán bien.

Entonces no protestó más.

* * *

El trabajo había sido estresante estos últimos días, y para su rareza, Alejandro no había ido, ni tampoco el día anterior. Valeria trataba de mantenerse a flote con el trabajo, las tareas de la escuela y los trabajos que tenía que entregar, también tenía que aguantar a su mamá que se quejaba porque todo el dinero que Valeria ganaba se lo enviaba a tía Victoria para saldar la deuda. No era que hubiese cobrado miles de veces, solo habían sido tres o dos, no lo recuerda bien.

Respecto a su primera paga, los tres mil pesos aparecieron en la mochila de Carlitos, y cuando se lo fue a devolver a La Sombra esté juro que no lo había puesto allí.

Valeria la dejó pasar, de todas formas, necesitaba el dinero.

Tocó la puerta de Ben, no estaba yendo cada dos días, ni cada tres, a veces solo lo veía dos veces por semana como mucho. Pero cuando iba, no iba a tener sexo con él, hace un mes que ellos no están haciendo nada, desde que él le dijo que no volviera.

Ahora solo estaban tratando de ser amigos. «Ja, amigos» se dijo. Pero en ocasiones se besaban y él la abrazaba. No llegaron a más de ahí. Las conversaciones fluían, pero solo hablaban de ella y de sus amigas, de que sucede en una pijamada, incluso hasta se rieron de Freddy, y hablaron sobre lo inteligente que es Carol. Pero no de él.

—Esperaba verte —dijo al abrir la puerta. Valeria entró y él la cerró.

Ben vio a Valeria maquillada, no era algo exagerado, pero sí tenía lápiz negro, rímel y pintalabios rojo fuego.

—Wow.

—¿Qué?

La acercó a él tomándola de la cintura, pero más por encima, donde podía sentir sus costillas.

—¿Puedo quitarte ese pintalabios? —murmuró en su oreja.

—No, porque me queda muy bien —se apartó.

—¿Dónde te maquillaste?

—Lo hizo una asesora que Estefani contrató para su cumpleaños, estaba probando mi piel y los colores rojos que más combinaban conmigo.

—Lo decía mirando a una puerta. Y ahora que lo recuerda, nunca ha visto esa puerta abierta, ¿qué había detrás de ella?

—Combinan muy bien —se alzó de hombros—. Sigues viniendo, Val...

Valeria sintió una sensación en el pecho, se volteó para mirarlo.

—Si quieres, me voy ¿eh?

—No...

—susurró. Se acercó a ella y con su mano deslizó la manga de su hombro hasta dejarlo desnudo, puso sus labios ahí, sus labios estaban fríos y Valeria sintió escalofrío—, quiero tenerte aquí...

Valeria cerró sus ojos, cruzó sus brazos por su cuello.

—¿Pero no me habías dicho que no volviera?

—No todo lo digo en serio.

—Besó su mejilla, muy cerca de su ojo—. Vamos a mi habitación.

Para Valeria sonó como una pregunta. Y ella decidió que no. *Que no quería*. Si iba entonces va a volver estar peor, como antes, al menos ahora se encontraba bien y no pensaba tanto en él, al menos ahora tenía más control de sus sentimientos, pero si volvía con él iba a caer de nuevo.

Iba a volver a lo mismo de siempre. Iba a querer que él le dijera que la quería tanto como ella lo hacía. Porque quizás para él todo es un juego. Jugar con su corazón, jugar con las necesidades de su cuerpo, con sus sentimientos.

—No —agarró su mano—. No quiero, lo siento.

Ben se alejó con la cabeza confusa, su cabello estaba despeinado.

—Entonces, ¿quieres algo de comer? —Su voz tembló solo un poco. Parecía nervioso.

—No, gracias.

—Entonces...

—Volteó a donde ella. Estaba sentada en unas de las sillas del comedor—. ¿Cómo te va?

—Decidí no dejar que me toques hasta que admitas que te gusto, o que me quieres.

—¿De dónde sacaste esto?

—Tú no puedes negar que entre nosotros existe algo —dijo como respuesta, pero entonces decidió decir lo que pensaba—. Cuando vine aquí la primera vez estaba cegada, no sé qué pasaba por mi mente. Me sentí mal por semanas y aun así volvía aquí, me sentí mal más tiempo. Porque todos parecían juzgarme a mí aunque no sabían nada. Pero tú no lo hacías y lo sabías todo. Y nunca habíamos discutido de sentimientos, y no sabía que éramos «nosotros», no lo sé aún. Pero descubrí que te quería, y no entiendo porqué pensabas que yo iba a estar teniendo sexo contigo y no iba a desarrollar ninguna emoción hacia a ti. Eso es imposible, Ben.

—No es imposible.

—Y sé que tú me quieres también, es lo mismo. Es solo que no lo quieres aceptar —se puso de pie—. No te estoy diciendo que te amo, ni siquiera que me gustas, solo te estoy diciendo que te quiero, ¿sabes lo que es querer?

Estuvo de pie frente a él. Valeria era más alta que sus amigas, pero él también lo era. La quijada de Valeria apenas llegaba a sus hombros, y eso si solo la tenía hacia arriba.

—Claro que lo sé.

—Puedo querer un beso tuyo, puedo querer saber de ti, puedo quererte a ti.

—Se acercó más, hasta casi tocar su boca con la suya—. Solo dímelo.

Pero entonces Ben pensó que decirlo, sería un paso más a decir las otras dos palabras. Y no quería hacerlo. No quería enfrentar las consecuencias otra vez.

—¿Tratas de sobornarme? —Sonrió, robándole un beso rápido que Valeria rechazó

alejándose de él.

—Solo estoy tratando de jugar nuestro juego.

—Hizo un gesto con los brazos.

—¿Estás burlándote de mí, es eso? —Caminó hacia a ella y agarró su brazo.

—Puedes adornarlo como sea, Ben.

—Logró zafarse de él, se dio media vuelta, abrió la puerta y se marchó.

Ben miraba aun a la puerta mientras se tocaba la quijada, ¿qué había sido eso?

Capítulo 19

MARIPOSA AZUL

Valeria ha estado alejándose de Ben, porque según lo que dijeron Naomi y Carolina, las chicas tienen que hacerse las difíciles. Y todo está increíblemente bien. Nina acompañó a Valeria esta vez a los ensayos. Aunque tal vez Valeria no iba a hacer nada. El chico bajito se había dado la tarea de faltar a los ensayos, y ya habían sido cinco ensayos consecutivos.

Las cuatro chicas están ahora ensayando, Estefani está de pie mirando, ellas no pueden ver el baile de ella porque ensaya exclusivamente los sábados con su también secreta pareja. Valeria estaba celosa porque pensaba que Ben era la pareja de Estefani.

Argentina es la pasión. Todos estuvieron de acuerdo en que era perfecta para aquello.

Algunas veces —como ese día—, los lunes y los viernes tienen ensayo de una a tres de la tarde, que es cuando Valeria tiene que entrar al trabajo. Después de comer en bola de humo, se lleva el pantalón en una bolsa y sigue con el uniforme. Es por eso que Valeria está jugando con su falda del colegio ahora, porque aún está uniformada.

La puerta se abrió y Ben entró.

Argentina saludó: —Sombra, ¡hola!

Él saluda a todos levantando su mano.

Estefani se volteó a verlo.

—Dios, qué bueno que viniste, vas a salvarme de este gran embrollo. Gracias a Dios que eres buen bailarín.

—Volteó y le pidió a Valeria que se levantara—. Ustedes dos están juntos, Joel va a explicarte los pasos, Sombra, ya Valeria se los sabe.

—Yo me voy a sentar a ver esto.

—Argentina se lanzó en el colchón y Miriam, Daniela y Emily la siguieron, los demás chicos se sentaron en el suelo. Nina ya estaba sentada allí.

La Sombra había llegado tarde y las otras cuatro parejas habían practicado sin parar desde que llegaron a las una, eran las dos y quince minutos, merecían descanso.

Joel hizo paso por paso la coreografía junto a Valeria, y a Valeria no le importó si tocaba su cintura o su cara, si hacía simular que la tocaba —porque así era el baile—, pero temía que cuando Ben la tocara perdiera la compostura, no sabe si será capaz de soportarlo siquiera. Cuando él lo hace, cuando la toca, están escondidos en su casa y nadie más ve los que ellos hacen en la oscuridad de su habitación, pero ahora no. Ahora estaban en público, un público compuesto por once personas, pero aun así eran multitud.

—Empieza entonces, Valeria, estamos a ley de días, el tiempo —se tocó la muñeca el instructor—, el tiempo corre.

Valeria hizo sus pasos iniciales, consistía en que una chica que aparenta inocencia llega a un sitio, y está sola, entonces abre los brazos como si fuera una flor, empina los pies y ladea la cabeza, como una mariposa que está a punto de volar. Vuelve a cerrarse, como si

fuera incapaz de volar de pronto. Sus manos se mueven sin sentido, sus pies tropiezan constantemente. Un chico aparece, ese chico busca robar su pureza, anda detrás de ella y trata de hacerla suya, pero la chica se aleja, aunque a la vez se siente atraída, y a la vez se pierde a sí misma. Las manos del chico estarán untadas de un polvo marrón que simboliza cómo la pureza se va yendo a través de los años.

Estefani quería proyectar cómo dejó de pensar, sentir, y hablar como niña por haber crecido. El de la esperanza era un baile lento, pero con energía, la alegría era un baile lleno de risas y brincos, tristeza era un baile lento y muy triste, y de alguna forma simbolizaba la pérdida de la familia: pasión era un baile más o menos erótico sin serlo. Pero había incluso más toques que en el de Valeria.

Cuando Valeria sintió que Ben puso sus manos en su cintura, cerró los ojos por reflejo, ya no tenía que actuar como una niña que estaba confundida y se tropezaba, le salía todo tan natural. Caminó para alejarse de él. Según el baile, él tenía que dar la vuelta y volverla a encontrar, trazar una ruta con su dedo desde el centro de sus clavículas hasta sus labios y después abrir las palmas de su mano en su mejilla. Valeria tendría que voltearse de resorte, pero se tropezó y casi se cae.

—De nuevo —dictó Joel.

Valeria tuvo que pasar por ese infierno de nuevo.

Lo peor era que después que Valeria se le negara a Ben, él había dejado de hablar con ella completamente, y quizás no hablaba con ella porque ella ya no iba a su casa después de eso. Daba igual, Ahora Valeria estaba de espaldas a él, él tiene que simbolizar que sus manos marcan la silueta de su cuerpo, como si su mayor deseo es quitar su pureza, no la debería tocar de verdad hasta llegar a su cintura, que es donde la primera mancha marrón debe aparecer en su vestido. Pero lo hace, sus manos trazan su cuerpo sin decoro, y Valeria dejó caer su cabeza hacia atrás apoyándola de su hombro, y sin querer de su boca salió un sonido.

Era muy tarde para tratar de hacer algo. Joel lo había notado. Él mismo se limpió la garganta y le dijo—: Oye, no, no.

—Se dirigió a Ben—. ¿Cómo es que te llamas?

—Sombra.

—¿Sombra? —repitió incrédulo.

—Sombra —confirmó.

Joel miró a una Estefani boquiabierta, lo que Ben había hecho no estaba bien. Más o menos la había expuesto, Valeria estaba tan avergonzada que no podía ni mirar hacia arriba. ¿Cómo se atreve a provocarla así?

—¿Qué fue eso? —preguntó él.

—No es mi culpa —se quejó.

—¡Claro que lo es!, ¿Qué esperas? Estas tocando su cuerpo de esa manera. ¿Estás loco...? —susurró para que solo ellos dos escucharan.

Algunos se rieron. Valeria no aguantó más. Estaba avergonzada. Se fue de su lado, y salió del salón corriendo.

—¡Valeria! —Argentina salió detrás de ella. Todos los demás se quedaron en silencio.

—Sombra, está mal, ve y pídele disculpas —inquirió Estefani—. Apégate a la

coreografía; según ella, simulas que la tocas pero no lo haces realmente.

Ben bufó.

—No sé qué cosa tan mala hice.

—Tocaste sus senos —dijo uno de los chicos incrédulo—. ¿No te parece malo? Ustedes no son nada. No debiste hacerlo.

Ben lo ignoró.

—Por favor, olvidemos esto ya. No quiero que se hable más sobre el asunto. La chica es una persona tímida, así que cuando vuelva será mejor que nadie hable de eso. Daniela, Maicol, su turno. Dénnos un emotivo baile de tristeza —Joel desvió la atención.

La música empezó a sonar, Estefani desapareció por la puerta.

* * *

Valeria estaba llorando en el baño. No era justo. ¿Por qué siempre perdía cuando se trataba de él?

Argentina seguía afuera de su cubículo del baño.

—Valeria, tú y yo no somos tan unidas, La Sombra es un patán y todo eso, ¿pero es tan grande tu queso que no puede soportar que un tipo que está buenísimo toque tu cuerpo de esa forma? Estás sobrerreaccionando.

Valeria la ignoró. Ella no entendía nada.

—Nunca lo pensé de esta forma, pero Valeria, le gustas a La Sombra.

En ese momento Estefani entró al baño, Argentina señaló el cubículo donde estaba Valeria, se dibujó unas lágrimas en la cara con sus dedos y volvió a señalar, Estefani entendió que le quería decir que Valeria estaba llorando.

—Valeria, lo siento —dijo Estefani.

Valeria no respondió.

—Si quieres lo quito y busco a alguien más —trató de resolver.

Pero Valeria no quería que se lo quitaran de pareja.

—Tienes un queso muy grande, mi hija —dijo Argentina sin poder creerlo—. ¿No has visto a Raúl tocarme en la coreografía? Yo no reacciono así... toda necesitada de que me bajen el queso y esas cosas.

Estefani miró mal a Argentina. Por eso dejó de hablar.

—Valeria, ¿estás enojada? —preguntó Estefani.

—Sí —respondió—. Es humillante porque parecí toda...*lo que dijo Argentina* —suspiró entre sus manos que tapaban su cara.

—Olvida eso —dijo Argentina, tratando de mejorar las cosas—, eres mujer y así reaccionamos todas.

«No todas» murmuró Estefani moviendo los labios.

«Cállate, idiota» le respondió de la misma manera Argentina.

Valeria escuchó que hablaban en voz baja, pero nos le preguntó sobre qué, tampoco respondió nada más.

* * *

Valeria limpia el mostrador, otra vez rondan las cinco de la tarde. El local está vacío y Alejandro no se ha aparecido en todo este tiempo, de alguna forma, lo extraña, él hace buenos chistes y es simpático, a veces, cuando no trata de seducirla o ponerla incómoda.

Ben entró al local, Valeria lo notó rápidamente.

—¿Vas a comprar algo? —le preguntó cuándo él se acercó.

Él se mordió el labio y se apoyó del mostrador.

—¿Ves por qué tú y yo no podemos tener nada?

—¿A qué te refieres? —De pronto, su ritmo cardiaco aceleró.

—Tú siempre haces eso. Aparentas ser inocente, y no lo eres, Valeria. Todos te ven como una víctima, como si yo me aprovechara de la dulce e inocente Val que nunca ha hecho nada, que no mata a una mosca.

—No entiendo de qué hablas.

—¿Ves? —estaba molesto—. Te toqué antes de ayer y te gustó, pero después te fuiste corriendo como una niña porque había abusado de tu confianza. ¿Pero fue así? No, Valeria, nunca es así, tanto tú como yo disfrutamos esto.

—No lo hago a propósito —respondió. Pero era diferente, sí le gusta que la toque, pero no frente a todos. O al menos así de sorpresa. Pensó en eso. Recordó que siempre quiso que la tocara en público, para que supieran que entre ellos había algo. Ahora no entiende porqué no salió como esperaba.

—Tal vez no lo haces a propósito, pero me perjudica a mí. Todos siempre te darán la razón, si le dices a alguien que yo abuso de ti te van a creer, aunque sea mentira, aunque seas tú la que va a mi casa.

Se le aguaron los ojos a Valeria.

—Ahora vas a llorar, ¡deja de hacer eso, Valeria!, ¡madura ya!, tú quisiste esto. Nunca te obligué.

Se mordió el labio. No apartó su mirada de él.

—¿Pasa algo aquí? —preguntó Patricia—. ¿Te está molestando, Valeria?

Ben bufó. Ahí estaba el punto, siempre lo verían a él como él malo de la historia.

Valeria se limpió la cara.

—No, no. Discúlpame, voy a salir.

—Salió de detrás del mostrador, salió del local, La Sombra le siguió atrás.

—Lo siento, Valeria.

—La volteó para abrazarla en medio de la acera.

Valeria no dijo nada, solo cerró los ojos. No quería hacer eso, ¿pero cómo iba a controlarlo? ¿Cómo iba a pasar de niña inocente a una chica que sí puede andar con La Sombra sin que piensen que él se aprovecha de ella?

Cuando volvió al local Patricia la esperaba con el ceño fruncido.

—¿Es tu novio?

Valeria negó con la cabeza.

—Y a ver, ¿por qué entonces viene a armar alboroto?

—Es sobre algo que pasó —Valeria se recogió el cabello detrás de la oreja—, pero olvidemos esto, ¿sí?

Patricia torció sus labios en señal de desaprobación.

—Lo que quieras.

* * *

—Valeria, mi amor.

Valeria volteó con una sonrisa.

—¿Alejandro? Wow, sí que te desapareciste.

—Lo siento bebé, asuntos importantes en la capital. ¿Patricia no está aquí? —se mordió el labio—, ¿qué tal si tenemos un poco de diversión?

—Ahm, Patricia acaba de salir, pero no, Alejandro, me caes bien, pero como amigo, ¿ordenarás algo?

—Uhm sí, uno de limón.

Valeria fue a la máquina expendedora de jugos. Los jugos naturales ya estaban preparados, a diferencia de las batidas, que había que ir a prepararlas atrás.

Cuando Valeria volvió con el vaso, Alejandro venía de la puerta. Valeria no lo sabía, pero acababa de voltear el letrero de «abierto» a «cerrado».

—¿Quién más está aquí?

Valeria miraba el cambio mientras lo contaba, se lo entregó en las manos.

—El chico de los vasos, Diego, creo así se llama.

—¿Te dejan sola con un muchacho aquí dentro?

—No le gustan las chicas.

—Oh, ya veo —se metió las manos en los bolsillos, sacó unas pastillas. Puso una en su boca—. ¿Gustas?

Valeria frunció el ceño.

—No me duele la cabeza ni el estómago, no las necesito.

—Oh vamos, te hacen sentir enamorada.

No necesitaba sentirse enamorada. Ya lo estaba.

—En otra galaxia, en otro mundo.

—No, gracias —buscó una escoba, Alejandro bebió del jugo y se tomó otra pastilla.

—Me siento tan bien.

—Bien —le dijo Valeria.

—Acércate —la llamó, Valeria se acercó—, ¿quieres sentirte bien?

—Me siento bien.

—No, no lo estás.

—Acaricié su mejilla de forma suave—. Estás triste.

Valeria se alejó, puso la escoba en su lugar. Se sentó en frente de él.

—No estoy triste. ¿Quieres otro jugo?

—Sí, por favor.

Valeria se levantó de inmediato y le pasó el jugo. Volvió a tomar una pastilla.

—Te prometo que esto no te va a hacer daño, y si te gusta, después puedo darte más.

—¿Qué son? —Juntó las cejas en una expresión de confusión.

—No preguntes, solo pruébalas.

Valeria dudó.

—Mira esta, qué linda. Es azul con una mariposa.

—Sacó otra del bolsillo de su pantalón.

—¿A qué saben?

—Shh —arrastró las palabras—. Abre la boca, y alza tu lengua.

—En ningún momento te dije que quería una.

—Pero quieres.

—Dio la vuelta para estar en el otro lado del mostrador, se acercó a ella, atrapándola entre su cuerpo y el mostrador, tomo su quijada y la alzó hacia arriba—. Vamos.

Valeria abrió su boca, no sabe porqué lo hizo en primer lugar, y después levantó su lengua. Alejandro puso dos pastillas debajo de su lengua y después le cerró la boca. Valeria frunció las cejas cuando el sabor amargo comenzó a llenar su paladar. Bebió todo el jugo de limón.

—Bien, ¿cómo te sientes? —Le entregó otra vez su espacio personal.

—Normal —respondió Valeria—. ¿Cómo me debería sentir? —le preguntó.

Él no respondió.

—Estás sudando, deja que prenda los abanicos —dice Valeria. Salió del mostrador y los encendió. Estaban apagados para economizar la factura de la luz. Fresa se lo iba a agradecer cuando el monto del mes bajara unos cuantos pesos.

Valeria después se volvió a sentar. No entendía porqué sentía que debía hacer algo, estaba experimentando una extraña sensación. Sonrió con todas sus ganas.

—¿Tienes más? —le preguntó.

Había pasado media hora desde que le había dado las pastillas.

—Todas las que quieras —volvió a dar la vuelta.

Valeria se empezó a reír y él también.

—Oh, bebé, ven, vamos a un lugar donde nadie pueda vernos y robarnos nuestra felicidad.

La llevó por el hombro. Atravesó la cocina, Diego estaba durmiendo. Detrás de la cocina había un pequeño pasillo sin techo. Allí estaba el contenedor de la basura, unas cuentas cajas vacías y la entrada de los productos que compraban semanalmente.

Alejandro acorraló a Valeria de la pared. Tomó su cara, iba a besarla.

—No lo hagas.

—Mírame.

Valeria lo miró.

—¿Te gusta sentirte así?

Valeria asintió. Se sentía en otro mundo, liviana, sin saber por qué.

Las pupilas de Alejandro estaban dilatadas, Valeria se asustó un poco.

—Aquí tienes —le dio un sobre con una docena de las pastillas—. Vuelve a mi cuando quieras más, te las daré gratis.

Se acercó otra vez a ella y probó su labio. Valeria se desprendió de inmediato.

—Espera, no, detente —lo alejó con sus manos sin fuerzas.

—Está bien, Ben no se va a dar cuenta de que te besé.

Lo volvió a hacer agarrando su cara mientras separaba sus labios con los suyos.

—Esto es intolerable, Valeria —la voz de Patricia la asustó. Alejandro tenía la cara de Valeria en sus manos después de haberla besado, se volteó y dijo: —Ya, te la dejo.

La soltó. Se alejó de ella y le cruzó por al lado a Patricia.

—Eres una aguafiestas —le susurró Alejandro.

Patricia fue donde Valeria. Ella estaba sudando y con los ojos cerrados, tenía una sonrisa en el rostro.

—Valeria, ¿estás bien?

—Sí, sí, lo estoy, ya voy de vuelta al trabajo —se incorporó, pero Patricia tuvo que ayudarla.

—¿Por qué estabas aquí con él? Si hablo con Fresa va a quitarte el trabajo, esto no es un besuqueadero...

—No lo sé —escondió las pastillas, abrió bien los ojos. Ahora ese era otro secreto.

Dejó a Patricia ahí y volvió a su puesto de trabajo.

* * *

Solo cuando llegó a su casa se dio cuenta de qué había pasado en realidad. Se sintió tan mal que sentía asco por sí misma. Y más porque, en lo más profundo, la sensación que le dio la mariposa fue placentera. Pero antes de que decidiera si valía la pena el lado amargo, buscó una piedra en el patio, sacó el sobre con las pastillas de colores y las machacó.

Se le salieron varias lágrimas secas mientras las molía para que no quedaran rastro de lo que eran, para que no quedara rastro de su culpa. Lo vació en el inodoro y después lo bajó, no una, sino dos veces. Después se sentó en el suelo y se abrazó de sus rodillas. Recordó que Alejandro la había besado, lo peor era que no le molestaba en lo absoluto.

Pero cuando vio a Ben en los ensayos al otro día se sintió muy culpable. Seguía actuando con torpeza y mordía su lengua o las paredes de su mejilla para no dejar escapar nada.

El único contacto físico que hasta ahora estaban teniendo eran los ensayos. Y él era muy bueno en no aparentar que la extrañaba más.

Ben no notó nada raro en Valeria en ese ensayo. Seguía haciendo sus pasos bien y de vez en cuando se le pegaba de más. Al final de la rutina, el chico debe deslizarse a la chica sobre su muslo y la chica debe descansar en su hombro. Cuando les tocó hacerlo, Valeria apretó su hombro.

Aún seguía con el juego de no ir donde él, o al menos, ella había sido clara, hasta que no confesara que ella le gustaba no la podía tocar. Él ya había hecho una decisión.

Se sentaron en unos de los colchones de yoga a esperar que el turno de las otras parejas terminara. Valeria tenía los ojos cerrados. Él se levantó y fue a lavarse la cara en el baño.

—Valeria, ve a buscar a tu pareja, ¿dónde se ha metido?

Valeria despertó de su trance. Joel le repitió que fuera a buscar a su pareja. Se levantó y caminó a la puerta que guiaba al pasillo, Ben iba a salir, así que se chocaron en la puerta.

—Lo siento, nos están buscando —dijo en voz baja, con la cabeza cabizbaja.

—Ven —dijo, y la haló al baño. Una vez adentro todo estaba en silencio.

—¿Ben? —preguntó.

Él agarró su cara y la besó.

—Ben, espera, ¿qué estás haciendo? —logró decir cuando trataba de zafarse.

Se quedó mirándola.

—Me gustas.

Valeria se quedó sorprendida, dejó que le besara su cuello. Cuando volvió a mirarla, le preguntó: —¿Quién te gusta? —tocó su labio moviendo su dedo de derecha a izquierda sobre él.

—Tú.

Pero no se lo creía, aun así, sonrió.

—¿Yo? —tocó debajo de su franela. Eso lo volvió loco.

—Sí, *me gustas*, Valeria.

Valeria se inclinó para besarlo. Era todo lo que quería, pero sentía que no era cierto.

—Me gustas...

—le rozo la oreja con su lengua—. No te sigas alejando de mí...

Entonces le creyó, ¿le gustaba de verdad? Eso la hizo sentir inmensamente feliz. Valeria era de ilusionarse rápido.

—Era lo que querías... porque yo no quería alejarme...

—Me gustas —repitió otra vez, como si mientras lo dijera más Valeria se iba a atontar y relajarse bajo sus besos. Valeria se sintió tan contenta que lo besó, él respondió al beso con la misma intensidad.

Las manos de Ben buscaron escabullirse debajo de su falda, Valeria apartó las manos de él rápidamente.

—No podemos hacer esto aquí, Ben —advirtió.

—Ven a mi casa.

Sonrieron los dos con una sonrisa cómplice.

—Lo haré.

Valeria se arregló el uniforme y su cabello, se echó agua del grifo para quitarse el acaloramiento y después salieron a los ensayos de nuevo, ojalá nadie sospeche nada.

O tal vez alguien sí lo ha hecho.

Capítulo 20

ERRORES

Argentina estaba concentrada barriando el polvo del frente de su casa cuando Valeria le pasó por el frente mirando a la nada, como ella siempre caminaba, muy absorta en sus pensamientos como para notar el mundo a su alrededor. La llamó.

Valeria se acercó extrañada. ¿Argentina llamándola?

—Y entonces, ¿La Sombra te quitó el queso en ese baño?

Valeria se avergonzó.

—¿Qué?

—Tranquila. No le diré a nadie que los vi entrar a ese baño y que después llegaror como si se hubiesen comido el uno al otro.

Valeria trató de ocultar su pena.

—¿Se lo dirás a alguien?

—Oh, ya te dije que no. Nunca me metería con La Sombra y sus juguetes.

Valeria no entendió su última palabra, por lo tanto, no la afectó. Se sentó en el muro de la casa de Argentina, había olvidado lo que iba a hacer. También pensó en el hecho de que Argentina sospechaba algo, creía algo... había visto algo, ¿era tan malo que ella supiera qué había entre ella y Ben? Al menos ella no sabía de sus encuentros, de que él había sido su primera vez, solo los había visto juntos el baño. Tal vez Argentina solo pensó que se besaron por primera vez en ese baño, Entonces entendió a qué se refería con «sus juguetes», antes ella —Argentina—, había utilizado el mismo término para referirse a cuando un chico y una chica solo se besan a escondidas o no, sin ser nada. Argentina no tenía idea de qué tan serio era para Valeria, tal vez para el mismo Ben, decidió dejarla con la duda, dejarla con la certeza de que ella solo era un juguete que a Ben le gustaba besar en los baños.

Cambió el tema.

—¿Terminaste de pagar lo que le debías a Ramírez?

—Nunca le debí a Ramírez, era a La Sombra.

—¿Por qué Estefani me mentiría?

—No lo sé, ¿no es su sobrino? Va a defenderlo siempre.

Valeria se mordió el labio inconscientemente. Ella era la única que no lo sabía, después de todo.

—¿Tienes idea de por qué entre surcuros y norcuros hay rivalidad?

—Claro que sé —soltó la escoba, se sentó junto a Valeria—. Los surcuros tienen a un proveedor de buenos materiales, y eso atrae a la gente de todas partes a comprar, eso hace que sean conocidos. Los norcuros dicen que las ganancias obtenidas deberían de ser repartidas entre los dos grupos porque son de la misma familia, o que al menos les den un porcentaje de las ventas, pero entonces, el jefe de los surcuros no quiere.

—¿Quién es?

—Yo no sé. Pero si sé que él dice que consiguió al proveedor por sí mismo y se niega a

decir quién es. Por eso tanta rivalidad, es por poder y ambición.

—Wow —Valeria asentía mirando a la calle, con la boca abierta mientras procesaba lo que le decía. Le llegó una duda—. ¿Cómo es que sabes todo esto?

—Tenía un novio que pertenecía a los norcuros —se alzó de hombros sin darle importancia—. Me lo contó todo.

—¿Tu siendo de este lado?

—¿Importa? —preguntó Argentina molesta—. Yo no soy la que está en bandas, solo vivo por aquí.

—No, claro que no —respondió a su pregunta en voz baja al notar que ella se molestó.

Argentina se apeó del murito y volvió a barrer. Valeria hizo lo mismo, pero siguió su camino.

* * *

Patricia realmente no necesita trabajar en bebidas Fresa. Si quisiera, no tuviera que trabajar en lo absoluto, pero no trabajar en lo absoluto significa trabajar en el negocio de la familia vendiendo pan en la panadería sin ninguna paga, porque es su familia. Y por eso prefiere mejor trabajar y poder pagar su pieza de apartamento por sí misma. También, si quisiera, pudiera trabajar en el gimnasio del barrio, pero entonces tendría que aguantar a su tío como jefe y ese olor a sudor en un horario de trabajo, además de un salario reducido por ser pariente. Hace una mueca mientras piensa en eso.

Valeria la mira.

—Repítame, por favor, ¿a qué es que venimos?

—Vamos a cerrar el local ya.,. son las cinco, losé, pero tengo un compromiso —abrió la puerta del gimnasio—. Además, no quería dejarte sola en lo que salía para después volver y cerrar el local porque la otra vez un tipo se estaba aprovechando de ti en el depósito.

Valeria se ruborizó. Bloqueó eso de su mente.

—Val... quédate aquí, vengo ahora —caminó al mostrador donde estaba un hombre alto y blanco. El hombre tenía el cabello negro, probablemente por un tinte que se ponía.

Valeria miró el lugar. Ignoró los comentarios sexistas de los muchachos que la vieron allí parada con su pantalón jean apretado y su escote. Ya no estaba trabajando. Se abotonó los botones cubriéndose lo suficiente para sentirse cómoda, se paseó sobre sus talones e ignoró a todos los demás chicos y el olor que molestaba sus fosas nasales.

Después lo reconoció. Reconocería esa espalda donde sea. Se acercó a él.

—¿Ben? —preguntó por si las dudas.

Ben escuchó su voz, pero no creyó que Valeria estuviera en el gimnasio, se volteó y la vio, volvió a voltearse.

—No me llames por mi nombre, Valeria.

—Benjamín —pero ahora era otra voz. Una más irritante para él. Ben se levantó y se volvió a poner su franela.

—Hola —lo saludó secamente.

Alejandro tenía su brazo en el hombro de Valeria, y con su otra mano señalaba a Ben.

—¿Trayendo a la novia al gimnasio? —preguntó.

Esas palabras hicieron cosquillas en las piernas de Valeria. Ben se volteó a recoger su toalla de mano y botella de agua; en eso, Alejandro le susurró a Valeria:

—¿Le digo nuestro secreto?

Valeria lo miró. No, ¿por qué se lo diría? No tenía sentido. No había significado nada hasta donde ella sabía, ella no quería besarlo.

Ben vio cómo Valeria miraba a Alejandro.

—Pero ya, déjala respirar —comentó Ben metiéndose entre ellos dos, para que Alejandro quitara el brazo de su hombro, se volteó—. ¿Te llevo a casa, Val? —preguntó.

Pero Valeria aún estaba en shock. Porque tenía miedo de que Alejandro hablara en cualquier momento.

—Sí...

—logró responder unos segundos después.

Alejandro agarró las mejillas de Valeria, y después besó su cabeza. Por un instante, Valeria pensó que iba a besarla en la boca delante de Ben. Agradeció que Alejandro no estuviera tan mal de la cabeza como para hacerlo. Probablemente lo hubiese odiado toda su vida.

—Adiós, bebé, fue un placer ver tu culito apretado hoy —sonrió.

Ben guio a Valeria con su mano en la espalda de ella mientras le dedicaba una mirada molesta a Alejandro. Pero en vez de salir por donde Patricia y Valeria entraron, fueron a unos escalones que dirigían a una segunda planta.

Al final de los escalones había una puerta color crema con un cuadro de vidrio más arriba de la altura de su mentón.

—No me agrada que hables con él.

—Yo no hablo con él —respondió Valeria. Ben tocó la puerta dos veces—. Y si hablara con él, tú no tendrías que ver con eso.

—Oye, a ti tal vez te guste el idiota ese por sus ojos azules y toda esa mierda y palabrerío que utiliza contigo, sé que te dije que puedes estar con quien quieras, pero maldita sea, él no, Valeria, él no está interesado en ti.

—¡Como podrías tú saberlo!

—Solo le interesas por mí —la miró a los ojos.

La puerta se abrió.

—Benjamín —la chica saludó. Era la misma chica que estaba con Ben la noche en que Valeria lo vio consumir cocaína.

Entonces ese recuerdo volvió, e hizo que le doliera que la siguiera viendo, más aún que la llevara consigo cuando fuera a verla. ¿Qué pretendía? De pronto se quedó allí paralizada viendo con odio a Laura. Viendo cómo Laura miraba a Ben con ojos perdidos. Su sostén se veía a través de su blusa transparente y su pantalón talle alto hacía notar sus inmensas caderas comparadas con las suyas.

—¿No va a entrar tu amiguita? —preguntó Laura con una voz normal.

Valeria deseó golpearla. Solo porque le nació hacerlo, quizás por llamarla *amiguita* o por mirar a Ben así. No tenía derecho a ninguna de las dos cosas. Ben tomó la mano de Valeria y la atrajo para que caminara. Entraron a la pequeña oficina.

—Necesito un favor tuyo.

—Lo que quieras —dijo.

Valeria sintió que lo decía con doble sentido. Pero otra vez allí, la mano de Ben no estaba en la espalda de Laura sino en la de ella, Ben estaba al lado de ella, no de Laura.

—Necesito el número de tu papá.

Laura alzó sus cejas pintadas.

—¿Solo a eso viniste?

—Es todo lo que necesito.

—¿Para qué?

—Algo. No averigües tanto.

Laura entrecerró los ojos y después escribió el número en un papel.

—Aquí tienes —se lo pasó. Sus manos tocaron las de Ben más tiempo del necesario.

Volvieron a salir por donde entraron. Patricia los esperaba abajo.

—No me agradas —le dijo a Ben.

—¿Disculpa?

—No-me-agradas.

—Tomó a Valeria de la mano y salió tan pronto pudo del gimnasio. Ben se tomó su tiempo para salir. Valeria iba caminando con Patricia ya en la esquina.

—¿Por qué no te agrado? —Ben pareció coquetearle. Corrió un poco para aparecerle a frente.

—Primero vienes al negocio que yo administro y me ahuyentas los clientes, después vas y armas un alboroto a una de mis ayudantes, y después te la llevas y yo me vuelvo loca buscándola porque pienso que uno de esos locos la ha secuestrado o algo...

Ben miró a Valeria, ella se alzó de hombros.

—No fue un alboroto...

—Valeria trató de defenderlo.

—Patricia linda, perdóname, pero ahora, ¿puedo llevarme a tu ayudante?

—¿Para qué?

—Son asuntos privados —sonrió.

—No —siguió caminando con la mano de Valeria entre su mano. Ben se quedó allí parado viendo cómo se iba, Valeria le hizo una seña y murmuró con una mueca «después».

—Entonces me llevaste a esa oficina, ¿para qué? ¿Para qué yo tuviera celos, o fue una especie de venganza porque Alejandro besó mi frente? —le preguntó con las cejas alzadas. Lo estaba mirando muy de cerca, para ver si podía atrapar alguna mentira o verdad oculta.

—No me dan celos. Y tampoco hago ningún tipo de venganzas —respondió sin cambiar la expresión.

Era de noche, después de llegar del trabajo Valeria hizo la cena y salió de su casa de inmediato. Cuando llegó a la casa de La Sombra la puerta estaba abierta, él la estaba esperando.

—¿Entonces qué?

—Solo necesitaba ese número. Y por eso fui —dejó un beso suave en el cuello de Valeria—. No quieras darme celos con Alejandro. No funcionará.

«Parece que sí funciona», pensó. A juzgar por su reacción cuando vio que su mano estaba en su hombro, quizás, después de todo, ella sí le gustaba a La Sombra.

Decidió no insistir más. Pensó otra vez en Laura y las drogas. Se puso triste.

—Sigues con ella, ¿verdad? —pero cuando preguntó por eso, quiso decir las dos cosas, si él seguía utilizando las drogas o a Laura.

No supo si entendió, pero él respondió seriamente:

—No. No sigo con ella.

Valeria decidió que no quería aclarar esa respuesta, si fuera una o la otra, igual le iba a doler la otra que seguía utilizando.

—¿Cómo sé si te gusto de verdad y no solo lo dices para que esté contigo? —preguntó Valeria mirando su cabello, lo tocaba con sus dedos.

—Uhm... —pensó—. Averígualo.

—No sé cómo —se quejó frustrada.

Tocó su mejilla.

—¿Acaso yo te mentaría?

No respondió. Pensó por unos segundos. Claro que le miente. Todo el tiempo. Desde que la conoció le ha mentado. Ella tal vez hace lo mismo con él.

—¿Somos amigos?

—¿A amigos? —la besó mientras sus manos la acercaban a él—, ¿eso crees? —mordió su labio suavemente.

—No-o. —meditó en eso—. Pero entonces... ¿Qué somos?

Ben no respondió, solo volvió a besarla de nuevo. Después siguió con la rutina, una delicada y suave rutina.

* * *

—¿Cómo estás, bebé?

Valeria dejó caer la batida. Agradeció que el vaso fuera de plástico.

—Bien, gracias por preguntar—buscó el trapeador.

Cuando Valeria terminó de limpiar su desastre, Alejandro le preguntó:

—¿Disfrutaste las pastillas?

—Ajá —mintió rápidamente—, eran buenas.

No sabía cómo iba a reaccionar si le decía que las había botado en el inodoro, ni siquiera sabía su precio.

—¿No se te fue el efecto después de tres días?

—No sé a qué te refieres —contestó honestamente.

Él entrecerró sus ojos.

—Quiero que me acompañes a un lugar.

—Uhm... no, gracias, quiero decir, no puedo, tengo que ir a la casa, ayudar a mi mamá con unas cuantas cosas y...

—Me harías muy feliz si vienes. Te prometo que no será a nada malo.

—¿A dónde me quieres llevar?

Alejandro pensó unos segundos antes de hablar.

—Quiero que me acompañes a buscar algo, a mi apartamento.

—No hay forma, lo siento —negó rápidamente mientras se secaba las manos con unas servilletas.

—Oh, vamos, además, Benjamín está ahí.

—Ben —repitió—, ¿qué haría Ben ahí en tu apartamento? —la idea sonaba estúpida, y por alguna razón, creíble.

—Está haciendo unas cuentas en mi casa. Pero mejor se lo puedes preguntar.

—¿No que no eran amigos sino enemigos?

—Es solo una pantalla.

Recordó que Ben había dicho eso, con otras palabras, pero lo había dicho. Aun así tiene presente lo molesto que Ben se pone cuando la ve con él. Le gusta verlo celoso. Lo miró por unos segundos, una extraña corriente recorrió sus dedos.

Valeria accedió.

Era sábado y salió temprano del trabajo. Mientras iba adentrándose a ese lado del barrio se arrepintió inmediatamente. Había perros sucios y temblando en la acera, y los niños estaban jugando vitilla⁷, eran niños dulces, pero a la vez atemorizantes. El edificio, sin embargo, parecía haber sido extirpado de un hermoso condominio e integrado a esa cuadra, a la cual, definitivamente, no parecía pertenecer. Las escaleras eran igual de delicadas y el pasamanos, aunque estaba limpio, no inspiraba en Valeria la confianza como para tocarlo.

Antes de entrar, le pidió que abriera la boca, pero ella negó. Alejandro tomó su quijada.

—Por favor.

—No, no quiero, Ale.

Alejandro se la puso en su boca, la masticó sin tragarla y después besó a Valeria sin previo aviso agarrando su cara. El sabor amargo ahora también estaba en la boca de Valeria, lo empujó.

—¡No hagas eso!, ¡no me beses!

—¿Por qué?, ¿no te quieres dar cuenta de que te gusto? —le preguntó al oído. Valeria lo miró sin responder, él abrió la puerta y Valeria entró de primero, en la sala estaban unos chicos viendo televisión.

—Ella es —la señaló.

—¡No puede ser! —gritó uno cuando vio a la pequeña figura de Val siendo estrangulada por su apretado jean y su blusa color amarillo.

—¿Qué sabes entonces, nos contarás el secreto? —el chico se acercó demasiado a Valeria.

Valeria retrocedió de espaldas, con temor, chocó con Alejandro.

Aún no reaccionaba, aún no sabía si estaba muerta del susto, pero cuando se dio cuenta de que la cara de Ben no estaba en ese lugar empezó a desesperarse y a hiperventilar.

—Espera, no, Alejandro, debo irme —sus labios se habían quedado blancos.

—No, bebé, recién vamos a divertirnos.

«No» comenzó a negar, pero entonces, no sabía si lo decía en voz alta o solo se lo repetía en la cabeza.

—¿Sabe o no sabe? —preguntó otro.

—¿Tiene cara de que sabe? —preguntó Alejandro. Los chicos se quedaron callados.

—Si no sabe nada, ¿entonces qué hace aquí? No es mi tipo, no es nuestro tipo —uno se quejó mirando a la pantalla de la televisión otra vez.

Tenía razón, Valeria podría tener ese pantalón apretado y su escote, pero no parecía una de las chicas que ellos utilizaban para sus malos hábitos.

—Pero ella es su talón de Aquiles —algunos alzaron las cejas—. Traigan el celular.

—Cargó a Valeria en sus hombros mientras ella suplicaba que la bajara, entraron a una habitación.

En la sala olía a palomitas de maíz y en la habitación olía a desodorante ambiental. El hombro de Alejandro olía a una colonia.

Valeria procesaba los olores, pero no dejaba de gritar y protestar aun cuando la bajó. Los que viven en los condominios de al lado podrían escuchar si no fuera por el alto volumen de la televisión, y si escucharan, tampoco vendrían a ayudar. No se iban a meter en la guarida de esos tipos.

—Shh —le pidió, pero Valeria no se iba a callar—. Esto es solo un juego, cuando pellizque tu espalda tú simplemente dirás que «te rindes», hazme ese favor, Valeria.

—¡No! —reaccionó, ¿se iba a rendir a qué?

—Shh, Valeria, necesito que me hagas este favor.

Negó más veces, estaba llorando. Dos chicos entraron.

—¿Lo harás por favor? No te harán daño, ni yo tampoco.

Valeria negó. No sabía qué quería o a qué se refería ¿Por qué aceptaría?

—Quédate quieta—dijo. Valeria estaba empezando a sudar. Se sentía un poco mareada.

El chico encendió la cámara del celular y Alejandro murmuró algunas cosas para el lente de la cámara, después le dio la espalda a la misma y tocó la blusa de Valeria.

—No hagas esto por favor —rogó.

¿La iba dejar solo en su sostén frente a esos dos chicos que jamás había visto? Se sintió traicionada. Ahora mismo, la única persona que conocía ahí era a Alejandro, sin embargo, era el primero que la estaba atacando.

—Lo siento —le susurró al oído y plantó un beso ahí—. Como te dije, no te haré daño.

¿Qué estaba haciendo justo ahora? Se llenó de rabia mientras lo miraba con sus ojos llorosos.

Abrió la blusa pero no se la quitó. Se puso detrás de ella y levantó la cara de Valeria sin quitar su mano de su quijada para que mirara a la cámara del celular.

—¿Te rindes?

Pero Valeria no creía que hablaba con ella porque no la estaba mirando a ella, sino a la cámara.

Deslizó su mano por su vientre, un toque suave y nervioso, Valeria cerró los ojos y se quejó con un lamento otra vez.

—Detente, por favor —rogó y bajó la cabeza para ocultar que lloraba al chico nervioso que miraba atento lo que hacía Alejandro, al otro chico que sostenía el celular riéndose, y a quien sea que viera el video después.

—¿Nos vas a ayudar? —le pellizó suavemente la espalda.

—Solo detente... me rindo.

Entonces la dejó, Valeria se arregló su blusa rápidamente.

—Lo siento —la miró a los ojos. Valeria seguía molesta, ¿qué había sido todo eso?

Poco a poco volvió a sentirse segura cuando los idiotas salieron de la habitación, incluyendo al de la cámara. Alejandro se sentó en la cama grande que había en la habitación.

—¿Qué pretendes? —le preguntó con rabia cuando estuvo segura de que todos se habían ido.

—No te iba a hacer daño —dijo en su defensa mientras la miraba allí de pie con una expresión seria, y él con una sonrisa en la cara permanente—. Gracias por ese favor, ¿Crees que haya una forma en la que yo pueda agradecerte?

Valeria se tapó el rostro con las manos. Le dolía la cabeza.

—Eres raro, ¿para qué hiciste ese video?

—Olvida eso —susurró.

Valeria se sentó al lado de Alejandro porque estaba mareada y había perdido el equilibrio. Cerró los ojos para que todo le dejara de dar vueltas.

Alejandro la estaba mirando, puso el flequillo de su cabello detrás de su oreja y empezó a besarla mientras su otra mano husmeaba por otra parte de su cuerpo. Después se recostaba encima de ella.

Y Valeria no lo detuvo, porque no pudo, en realidad.

* * *

El video solo tardó en cargarse diez minutos, otros quince enviándose a su único destinatario. Cuando lo vio, creyó que era la cosa sin sentido más grande del mundo. Hasta se rio de su estupidez, ¿qué tan estúpido podía ser Alejandro?

Llegó a Casa Central a las diez de la noche. Alejandro se encontraba en una de las habitaciones de los norcuros con un nuevo chico aprendiz. Entró y no saludo al chico, tomó del cuello a Alejandro y lo chocó con la pared. El adolescente que estaba con Alejandro se alarmó.

—Vete —Ben le ordenó entre dientes. El chico se tropezó y después salió.

—¿Qué pasó cuando se apagó la cámara?

—Tuvimos un poco de diversión —sonrió jocosamente—. ¿Ya te rindes tú?

Ben se acercó más a él.

—Eres un imbécil si piensas que porque engañes a Valeria y trates de asustarla voy a decirte algo, o se lo voy a decir a ella o voy a amedrentarme por un estúpido vídeo. Déjala fuera de esto. No sabe nada y no sabrá. Si supiera, de todas formas no te lo diría.

—Lo sé —seguía sonriendo—. Pero Benjamín, aun así da para mucho.

—¿Qué le hiciste a ella? —sostenía su puño para no golpearlo. Alejandro trató de zafarse de las manos de Ben pero lo apretaba fuerte contra la pared.

—Si le hubiese hecho algo malo, ella te lo hubiese dicho. Benjamín, ella no es tuya, tiene derecho a estar con quien quiera.

—Ella no te quiere a ti.

—Pareces seguro —se burló.

Ben lo golpeó en el estómago y después lo dejó. Él se dobló del dolor. Tenía razón. Se sintió estúpido por pensar que Valeria estaba arrepentida. Quizás ella misma había querido estar con Alejandro. Quizás ya no iba a volver más a donde él.

Le lanzó una mirada llena de ira, pero no le respondió. Era un idiota.

—Pero no la vuelvas a tocar —Ben siseó en voz baja. Casi amable. Alejandro se limpió la esquina de su boca. Se alejó lo suficiente de Ben.

—Ja, ¿por qué no lo haría si ella se deja?

—Maldita sea, Alejandro, no la vuelvas a tocar o te voy a reventar los sesos con una escopeta. No-la-vuelvas-a-tocar.

Pateó una silla que había en la habitación, Alejandro lo miró en silencio. Sí estaba realmente molesto, no como cuando la misma situación había ocurrido antes, se dio cuenta de que él no la quería compartir con nadie.

Tragó seco.

—Lo que digas, no es tan buena —le restó importancia—. Ni siquiera me dejó verla del todo.

Ben se dio la vuelta, tocó con sus dedos el marco de la puerta mientras pensaba en la situación. Su mente se inundó de su propia voz diciéndole a Valeria que podía acostarse con quien sea. Por alguna razón sus palabras le pesaron.

Alejandro lo miraba ahí detenido en la puerta, alguien entró, era Ramírez y Fran que cuando escucharon lo que dijo el pupilo salieron corriendo a ver qué estaba ocurriendo. Ellos conocían bien a Ben y sus impulsos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Ramírez.

Ben reaccionó y dejó de tocar el marco de la puerta con su dedo.

—Es mía, ¿está claro? —le dijo cuando salía por la puerta, Ramírez y Fran miraron a los dos antes de seguir a Ben.

—No peleas en esta casa, ¿recuerdas? —Fran regañó a la espalda de Ben. Él era de los norcuros y había ido a defender a Alejandro.

Pero él lo ignoró y salió de Casa Central a su casa.

* * *

Cierra sus ojos, abre los brazos, los cierra. Se inclina un poco a la derecha, da unos pasos, y sin querer, lo ve por primera vez al abrir los ojos. Se confunde porque nunca se había sentido atraída a la impureza. Sus dedos son ásperos pero suaves a la vez, ¿es eso acaso posible?

Ella camina con la delicadeza de una flor, como si estuviera descalza, él la sigue, ella se da la vuelta y él toca su clavícula para después ir a sus labios. Una ola de deseo la recorre, es parecido al de la lujuria, se derrite, se voltea, siente que alguien está detrás de ella y simula que la tocará, toca su cintura. Se desprende.

Deja que te amen

pequeña flor de primavera.

Deja que te toquen,

Deja robarte la inocencia,

Oh pequeña flor de primavera.

Una canción recitaba al fondo.

Un pequeño baile. Beso en el cuello, derretirse. Uno, dos, uno, dos, acercarse y entonces deslizaría por su pierna. Acaba de perder la inocencia.

* * *

El ensayo había sido agotador, estaban a pocas semanas para el cumpleaños y a Valeria se le hacía cada vez más difícil aguantar un secreto cuando estaba junto a él. Es que se siente muy mal.

Como si nada puede quitarle la culpa. Y se siente tan horrible ser culpable. ¿Se puede deshacer algo? No. Cerró los ojos. Esas imágenes agolpaban su cabeza y sentía náuseas sin tan solo tuviera el valor de ir a la casa de Ben otra vez, si tan solo dejara que su corazón sintiera.

Pero no estaba sintiendo absolutamente nada. Se quitó a sí misma el derecho de sentir, tal vez si volvía donde Ben él le iba devolver eso. Pero él se transformaba de una persona agradable a una persona brusca por momentos. Trataba de entenderlo, y pensó que tal vez estaba así porque ella ya no volvía desde el viernes, y era jueves.

Ben lo había dicho, ella siempre se hacía la víctima. Quizás ahora solo tiene que aceptar la responsabilidad de sus actos. Ser fuerte, porque nadie la obligó a ir a ese apartamento. Ahora con esa lección aprendida dejará de dejarse de manipular... además, lo que hacía a Valeria sentirse culpable no era el hecho de que podría haberse sentido bien, porque no tendría sentido, era solo el hecho de que Ben no lo sabía, que se lo estaba ocultando, y ocultar las cosas a la persona a la que le cuenta todo la carcome.

Valeria pidió excusarse a las siete de la noche. Si Valeria se iba, Ben no tenía con quien ensayar, así que él la siguió.

Si no fuera porque Valeria aún temblaba cuando la tocaba en los ensayos, Ben creería que ella ya se había olvidado de él. Pero seguía estando afectada, seguía queriéndolo, no entendía porqué se empeñaba tanto en ocultar su enrolle de una noche, y qué mal lo hacía, ¿por qué no pensó que él se iba a dar cuenta de todas formas?

—¿Valeria?

Valeria siente cierto temblor. Se voltea.

—¿Me estas siguiendo?

—Sí, eso estoy haciendo.

Valeria sonrió sin ganas. Por alguna razón sintió que no lo merecía a él. Él comenzó a caminar al lado de ella.

—Llevas una semana evitándome, por el amor a Cristo —dijo en voz baja mirándola a los ojos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas invisibles porque no lloró y Ben tampoco las vio.

¿Ya se había dado cuenta de lo que pasó?

Capítulo 21

FRÍO

El auto olía a húmedo, Valeria no podía dejar de sentirlo. Él no dijo nada, ella tampoco. Cuando entró a la casa de Ben se sentó en el sofá con una línea recta en su boca. Se sentía como una extraterrestre luego de tanto tiempo sin ir.

Se mordió el labio. Él lo notó.

—Compré una pizza esta mañana y guardé más de la mitad en la nevera —dijo, mientras, efectivamente, sacaba una caja de pizza de la nevera—. La voy calentar y cenamos.

Valeria asintió mientras lo veía hacer eso. Quizás Ben sí podía borrar los recuerdos de ella, después de todo, él siempre ha sido su refugio en todo, ¿por qué aún no le ha dicho nada?

El microondas se apagó y Ben sacó los pedazos de pizza humeantes. Los llevó en un plato hacia el sofá y empezó a comer.

Pero Valeria no probaba bocado. Aunque moría por comer pizza.

—¿No vas a comer?

—¿Para qué me pediste que viniera, Sombra?

Ben pensó en eso mientras cogía otro pedazo.

—Te has tomado muy en serio tu papel de pureza.

—Se quedó callado—. No entiendo por qué no vienes.

—¿Por qué me quieres aquí? ¿Me quieres? —preguntó cuidadosamente.

—Sí, Valeria, te quiero aquí.

Valeria empezó a comer, pero cuando estaba por la mitad, ya Ben había terminado, y se levantó y fue a su habitación.

Cuando Valeria terminó, se levantó, puso el plato en el lavadero y volvió a sentarse en el sofá, aunque sabía que Ben estaba en la habitación.

Él la quiere ahora, ¿pero la seguiría queriendo si sabe la verdad?

Entró a la habitación, Ben estaba con un control en la mano, y la temperatura de la habitación era más fría que la de la sala.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—Sí —se frotó los brazos—. ¿Qué pasó aquí?

—Mi papá me regalo ese aire acondicionado porque él sabe muy bien lo caliente que es aquí.

—La haló de la muñeca—. Lo hubieses sabido ya si hubieras venido antes, pero no vienes, aunque te dije que me gustabas.

—Lo siento.

—Pero no decía lo siento por eso.

—¿No quieres estar conmigo? —preguntó tumbándola en la cama.

Ella dejó que él la desvistiera. Pero en vez de hacer como siempre hacía solo se detuvo a mirarla. Valeria lo miró de vuelta sin decir nada. Él dejó de sostenerse encima de ella y

su cuerpo la apretujó. Empezó a tener dificultad para respirar, o tal vez era que solo se sentía sofocada. Trató de que él se moviera, pero no hacía nada.

No podía hablar, entonces intentó de nuevo moverse bajo su peso. Y como no lo logró, empezó a empujarlo para que la dejara ir.

Él se rio en sus oídos mientras agarraba sus muñecas y las alejaba de su pecho. Después, Ben dejó de ser Ben. Todo empezó a ser muy brusco, sin... amor.

Valeria quería detenerlo, pero sus manos estaban a cada lado de su cabeza atrapadas por las de él y no podía zafarlas. Aun si intentaba cerrar las piernas, la presión las ponía como gelatina.

—Ben, detente...

—creyó susurrar. Pero no le salía la voz.

Se retorció y trató de zafarse una vez más.

—Por favor... perdóname...

Total calma. Ella estaba llorando ahora.

—Perdóname —susurró más calmada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —demandó su voz.

Valeria negó con la cabeza, sus huesos empezaban a doler por su peso encima de ella, sus muñecas estaban tan apretadas que sintió que quedarían marcas.

Entendió todo.

—No quise hacerlo.

—Porque si le decía que en realidad pensaba que era él, ¿le creería o se volvería completamente loco de la ira? Va a decir que está loca.

—¿Estás diciendo que abusó de ti?

Valeria se quedó en silencio, él se levantó y se sentó en la cama.

—No puedo creer que lo hayas hecho. Incluso vi el video.

Valeria se tapó la boca con una sola mano, temblorosa.

—No, Valeria, no te grabó teniendo sexo con él, pero chicos como él pueden hacer eso y cosas peores...

—Ben se tapó la cara con ambas manos. ¿Qué demonios acababa de hacer con ella?— Tú quieres borrar lo que él te hizo conmigo, ¿soy tu borrador?... Valeria, no tienes que dejar que te usen para llamar mi atención, ya la tienes.

Pero eso no la consolaba.

—¿Por qué lo hiciste?

—Tengo la mala costumbre de abrir mis piernas a los idiotas —murmuró decaída.

—¿Te lastimé? —Se inclinó un poco preocupado, pero ella no se quería voltear.

Ben se levantó de la cama, sin decir nada más, y se durmió en el sofá.

El frío del aire carcomió sus huesos. Estaba odiándose a sí misma toda la noche, también se sentía un poco adolorida... pero, sentía algo. Al menos sentía algo. Una semana sin sentir nada, sin ninguna emoción, seca, sin ganas de llorar, pero ahora al menos tenía eso: ese amor que te destruye, pero si no te destruyera entonces no te sentirías vivo.

Su dedo tembloroso dibujó en la pared un corazón mientras las lágrimas del ojo izquierdo cruzaban desde el puente de su nariz, hasta debajo de su otro ojo, y finalmente

caían al colchón. Se sintió cursi haciendo eso, pero lo repitió una vez más.

«No puedes odiar a alguien que amas.»

Pronto Valeria se dio cuenta de que era una idiota enamorada de un chico que no la amaba. Eso dolió aún más. ¿Qué podía hacer?

Eran como las dos de la madrugada. A esa hora no tenía donde ir aunque quisiese; se dio la vuelta para mirar a la puerta, pero estaba cerrada, pensó que eso simbolizaba que los sentimientos de él hacia ella estaban cerrados... ¿Qué tal si le decía que lo amaba? ¿Que amaba el sentimiento de amarlo? Entonces dirá que ella es masoquista... todos lo dirán. Pero no es que le importe, ser masoquista no es bueno, y ella nunca ha hecho nada bueno.

Su vida se basa en malas decisiones, todo lo que ha hecho, desde elegir las amistades hasta buscar a un idiota para que le quitara todo.

Ben era su mejor mala decisión, sin duda.

Se levantó de la cama y tropezó con la esquina de la misma mientras se dirigía al baño. El dolor se regó en su pie y maldijo en voz baja. Caminó al baño cuando se disipó un poco el dolor de su dedo. Estando dentro cerró la puerta y se sentó en la tapa del inodoro. Espero un segundo allí sentada.

La había atacado, ¿o no? No podía saberlo con claridad, no podía pensar nada claro. Se sintió como su primera vez, nunca iba a tener otra vez una primera vez, pero al parecer sí podía sentirse así de nuevo.

Cuando Valeria volvió esa noche —la de su primera vez—, a su casa, evitó hablar con su mamá, su garganta estaba seca y se bañó por largo rato hasta borrarse todo. Pero no pudo borrar nada, tenía que volver.

Ahora es peor, no puede borrar a Ben de sí misma.

Se dio un baño y al salir se puso la misma ropa, porque no tenía más. El agua había estado súper fría, el agua de las dos de la mañana era helada, y Valeria estaba segura de que iba a contraer gripe si no tomaba alguna pastilla antigripal.

Fue al cuarto, no se había puesto la falda; solo la blusa. Se sentó al estilo yoga mirando a la puerta. Su boca sabía amarga, el queso de la pizza aún estaba en sus muelas, la incomodaba. Mientras jugaba con sus manos, notó algo en sus muslos, unas leves marcas moradas... leves... y cuando las tocaba eran dolorosas.

Se levantó a lavarse la boca, porque no soportaba el amargo, esta vez se quedó en el baño y no salió. Seguía mirando sus marcas, ¿serían esas marcas de amor también? No se atrevía a preguntarle, ni siquiera sabía si él estaba molesto.

Recostó la cabeza de la pared mientras tapaba su cara, y después se durmió.

* * *

En la mañana, Ben descubrió que no estaba en la habitación. Al único lugar donde podía ir era al baño, fue allá y tocó dos veces. Pero nadie respondió al otro lado. La puerta tenía seguro.

—¿Qué pasó después que la cámara se apagó? —preguntó, porque quería escucharlo de ella.

Valeria levantó la cabeza, le dolía el cuello porque había dormido incómoda. Volvió a

buscarse los moretones en los muslos, como en busca de que haya sido un mal sueño, pero seguían allí, si era posible, más notables. No habló, se tapó la boca para no dejar escapar ningún sonido de lamento.

—Valeria, necesito que me digas, por favor.

—Su voz era hermosa, al menos eso pensó ella.

—¿Para qué?

—Quiero saberlo.

Valeria se tapó la cara, empezó a llorar.

—Los dos chicos que estaban ahí, riéndose, salieron, y entonces...

—dudó, porque no quería decirlo—, entonces...

Ben se tocó la barbilla mientras se recostaba de la puerta. Ella no iba a confesarlo.

—¿No ha ido más a molestarte, cierto?

—No-o. Alejandro no ha ido más al local.

—Bien —dijo tocando la puerta de nuevo.

—¿Le hiciste algo?

—¿Te preocupas por él?

Valeria negó rápidamente, aunque él no le podía ver.

—No.

—Se limpió la cara, inhaló todo el aire que sus pulmones le permitieron—. ¿Estás enojado conmigo?

—Sí, Valeria, lo estoy. Estoy muy enojado contigo. Actuaste sin pensar, yo te dije que no hablaras con él. Te advertí sobre esto.

Pero no es justo, ella es la que debería estar enojada. Se levantó y abrió la puerta del baño. La mirada gélida de La Sombra no la hizo estar más cómoda. Pero su corazón empezó a latir y no pudo pensar en nada más.

La Sombra la abrazó cuando salió, la besó por encima de su cabeza.

—Siento que hayas pasado por eso.

Pero entonces Valeria no sabía a qué se refería, y no tenía deseos de preguntarle. Solo lo abrazó, como si eso pudiera quitarle el dolor.

* * *

Tocó la puerta mientras esperaba afuera. Su mamá la abrió.

—¿Qué es lo que pretendes, Valeria?, ¿que ya eres grande y puedes amanecer en la calle?

—Lo siento, estaba en la casa de Nina y después se hizo tarde, su mamá no dejó que saliera de la casa después. Lo siento —repitió de nuevo—, te hubiese llamado, pero Carlitos dañó tu celular, ¿recuerdas?

Claribel la examinó. Vio sus ojos hinchados.

—Dormiste mucho entonces... —le dio la vuelta mientras la observaba—. ¿Pasó algo?

Valeria volteó a donde provenía su voz, dejó de mirarla a los ojos.

—No.

—Su voz casi se quiebra al recordar, lo que más quería ahora era abrazarla y contarle todo, lo que más quería ahora era que ella la ayudara a buscar una salida donde no veía

ninguna.

—Carol estaba preocupada por ti, no pudo dormir.

Valeria no respondió, se metió al cuarto, los niños aún dormían.

—Y Estefani vino anoche para avisarte que puedes ir a medirte el vestido el lunes o el martes. Dijo que dejaste los ensayos a las siete, que te sentías mal.

—Su voz sonaba sospechosa desde la sala.

—Sí, sí, por eso fui donde Nina —voceó para que la escuchara.

—¿Por qué no viniste a tu casa para darte algún remedio o pastillas de esas que quitan los dolores? —Se paró en la puerta de la habitación.

—Era otro tipo de malestar, solo necesitaba aire fresco.

—Tocó la mejilla de Carol.

Claribel no respondió. Oía las mentiras a kilómetros, pero por alguna razón no quiso indagar más. Se dio la vuelta y dejó a los tres hermanos solos.

Cuando Valeria vio que se fue, buscó su sábana y almohada, y armó su cama improvisada en el piso mientras veía a sus hermanitos. Estaba tan sucia que no se merecía compartir su cama, al menos por hoy. Se acostó. Eran las seis de la mañana y probablemente duraría ahí hasta las diez o hasta que sus hermanitos se levantaran y ella pudiera usar la cama.

* * *

—Te queda hermoso.

—Nina estuvo de acuerdo cuando Valeria salió con su vestido para participar en el cumpleaños—. ¿Y las demás ya se lo probaron? —Valeria estaba de espaldas para que Nina terminara de subirle el zipper al vestido, aún no le respondía—. Es en serio, está hermoso.

—Gracias. Y sí, ya lo hicieron.

—Entonces repíteme, ¿cómo fue que lograste que La Sombra fuera tu pareja?

—No hice nada. —Sonrió con un poco de tristeza por la ironía del asunto—. El destino nos quiere juntos.

Nina puso los ojos en blanco.

—Estás enamorada todavía, ¿verdad?

Valeria no pudo sino sonreír. Sí, lo estaba, estaba enamorada de él.

—¿Entonces?, ¿no hay que hacerle arreglos? —La modista preguntó.

—No, no —Valeria alzó los brazos—. Me queda perfecto.

—Bien, quítatelo, es blanco y lo puedes ensuciar.

Valeria entró al cuarto y le pidió a Nina que la ayudara a bajarle el zipper, pero entró con ella en vez de quedarse afuera. Valeria se quitó el vestido y se quedó en ropa interior mientras buscaba su ropa donde sea que la hubiese tirado.

—A qué está —Nina levanto la blusa. Valeria se la puso, y mientras se la ponía Nina vio las marcas en su vientre. Iba a decir algo, pero entonces Valeria se agachó para buscar su jean, y vio los moretones verdosos entre sus muslos. La levantó por el brazo.

—¿¿Qué demonios son esas cosas?!

Valeria no tenía idea de qué hablaba, entonces la sentó, y abrió sus piernas.

—¿Él te hizo esto? —Nina sintió como si fuera a llorar al ver a su amiga así.

Valeria no respondió y se puso el pantalón.

—Valeria, te está haciendo daño, por todo lo que quieras, ¡corta con esto!

—No puedo, lo amo.

—¡No, no lo amas! Estás enamorada, ¡asfixiada!, algo pasajero, piensas que él es bueno para ti pero solo marca tu cuerpo y abusa de ti.

La voz de Ben volvió a su cabeza, sus palabras eran distorsionadas: era verdad, ella siempre jugaba el papel de víctima.

—¿No puedes pensar en que yo disfrute haciendo esto?

—¡J a! —exclamó Nina—. ¡Estás a punto de llorar!, algo malo pasó y por eso tienes esas magulladuras. Ni siquiera son mordidas.

—¿Qué sabes tú?, ¡no estabas ahí!

—Lo sé, Valeria, se mucho más que tú. Sé cuándo un hombre te obliga a tener sexo con él y te maltrata.

—Él no me obligada a nada, mi vida, como sea, es asunto mío, de nadie más. No trates de meterte o manipularme —casi gritó al salir del vestidor.

No esperó a Nina y se dirigió a su casa. Pero Nina no iba a seguirla, iba a buscar justicia con sus propias manos, fue a la esquina, donde estaba Ben con un par de chicos, y le gritó:

—Eres un hijo de puta. •—Ben la miró con desagrado y la ignoró—. Ven aquí, o lo vocearé delante de todos, no me importa.

—Ella lucía maniática.

Ben se levantó molesto y caminó hacia ella, se detuvieron en una esquina apartada, donde la luz no alumbraba lo suficiente.

—¿Piensas que Valeria es un juguete tuyo!

—No entiendo —se cruzó de brazos.

—No puedo creer que te atrevieras a hacerle eso. Si no quería, no tenías que tocarla.

—Tenía lágrimas de ira en sus ojos—. Ella está patéticamente enamorada de ti y no ve las cosas malas que haces, no puedes aprovecharte de eso para abusar de ella. Tú, estúpido patán. Estoy a minutos de acabar con tu jueguito y denunciarte a la policía por abusar de una menor. Solo tiene diecisiete años, ¡imbécil!

—Lo primero es que yo no abusé de ella, ¿Qué te hace pensar eso?

—Tiene morados entre las piernas. Se resistía y la obligaste.

—No lo hice —dijo entre dientes, molesto—. No obligo a Valeria a nada.

—Eres asqueroso, puedes coger a la puta que quieras, ¿pero por qué quieres corroerla a ella?, ¿qué ganas con eso?

—No importa que te diga, tú vas a creer lo que quieras. Sin embargo, Valeria no dirá nada contra mí, porque sabe que no fue así, y porque, como dijiste, está enamorada de mí. Así que métete en tus asuntos y deja que tu amiga tenga diversión.

—Palmeó su mejilla—. A mi déjame en paz, para no lamentarlo después.

Nina hirvió en rabia mientras vio que se alejaba. Sintió un poco de miedo por su amenaza, había una razón para que nadie se metiera con La Sombra, él era protegido Valeria estaba metida en este gran embrollo y no encontraba la forma de sacarla.

La casa estaba llena de olor a jamón frito. Ben abrió el pan y puso el jamón. Después cáctchup. Valeria estaba tomándose fotos con su aparato sin teclas. Sin decir o aparentar nada.

Ben puso el pan en la mesita del sofá y Valeria empezó a comer.

—¿Cómo va todo? —preguntó nervioso.

Valeria tragó.

—Bien —su voz sonaba temblorosa.

Cuando terminó de comer se volvió a acercarse a ella y la besó mientras metía la mano debajo de su falda. Valeria se quejó cuando tocó la parte interna de sus muslos, la parte donde seguía lastimada.

—¿Qué pasó? —preguntó Ben. Pero entonces él lo sabía, sabía qué pasaba, y que ella le negara solo lo enfureció.

La cargó a su cuarto y subió su falda, pero ella no abría las piernas.

—*Espera...*

—Valeria lo detuvo, pero él aun así le abrió las piernas y descubrió las moretones con una intensa mezcla de morado y verde oscuro a cada lado de sus muslos. Su rostro se retorció en algo combinado de culpa y terror.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que te enojaras.

—Pero, Valeria —se quedó callado para tratar de bajar la voz, para tratar de dejar de apretar los muslos con sus dedos—, eso está horrible, ¿las hice yo?

Valeria asintió. No entendía por qué le daba importancia, ¿no eran esas marcas de amor?

—No entiendo por qué no me las enseñas a mí, quien fue que las hizo, pero se las enseñas a Nina para que vaya a echarme mierda delante de todos.

—Lo siento —se tapó la cara— Yo no quería que ella las viera. Seré más cuidadosa. No me pongo pantalones cortos por si acaso y mi mamá nota algo. Lo siento, de verdad.

Le quitó la mano de su cara para mirar sus ojos. Sus pequeños ojos negros tenían pánico. Estaba a punto de llorar.

Las examinó con sus dedos. En realidad se veía mal, muy mal. No se sorprendió porque Nina pensó así. ¿Pero había abusado de ella en primer lugar?, ¿había sido muy brusco?, ¿acaso se le había olvidado lo frágil que era? Ahora todo estaba borroso, no recordaba nada con exactitud.

—¿Te duelen mucho? —tocó de nuevo.

—No.

—Mintió con una mueca cuando él tocaba.

—¿Por qué me mientes?, ¿por qué me sigues mintiendo?

—¿Son marcas de amor? —preguntó con un hilo de voz mientras lo miraba a los ojos.

—No Valeria, no lo son.

—¿Entonces, qué son? —se sintió mal.

—Perdóname —le pidió—. No dejes que te vuelva a hacer esto, *nunca*.

—Ben...

Ben se levantó. La miraba sin ninguna emoción en el rostro.

—Por favor, Valeria, puedes venir aquí cuando se te antoje, cuando quieras, pero no dejes que yo te haga daño.

—No lo estás haciendo.

—Promételo.

Valeria asintió, lloró de nuevo, y fue abrazarlo porque entonces se dio cuenta de que, efectivamente, sí la había atacado, y no eran marcas de amor. Y no sabía si lo había perdonado ni tampoco si tenía rencor en su corazón. Cerró los ojos y lo apretó duro con sus brazos.

* * *

Estaba lloviendo a torrentes cuando los ensayos se acabaron. Argentina venía lloriqueando mientras agarraba la mano de Valeria. La Sombra y Estefani la seguían detrás. Después dejaron a Argentina en su casa y Estefani se excusó con la tía de Argentina por regresarla con frío y mojada.

Los tres caminaron hasta la casa de Estefani. No se veía casi nada con claridad, eran las seis y ya había empezado a oscurecer, y la lluvia no ayudaba a la visión.

—¿Valeria, quieres que te llevemos?

—Está bien, yo la llevo, Estefani.

Estefani lo miró, pero no dijo nada, y entró a su casa.

Valeria y Ben estaban empapados cuando llegaron a la casa de él.

—Quítate la ropa aquí para que no mojes todo el cuarto.

—Al mismo tiempo se quitó su pantalón y el poloshirt. Valeria estaba temblando cuando se quedó solo en ropa interior y con el frío que había dejado la lluvia en sus huesos. Su poca masa corporal no la ayudaba a mantener el calor. Y para rematar, el aire acondicionado del cuarto de Ben estaba encendido, así que cuando la cargó adentro pensó que iba a morir de hipotermia.

—Mira esto —le enseñó una ropa interior con flores—. Si quieres, puedes darte un baño y ponértela, y una de mis camisas en lo que tu ropa se seque detrás de la nevera.

—De-de-debo ir a ca-casa, Ben —castañeteó mientras trataba de que la sabana la cubriera bien.

—Ben abrió la única ventana de su cuarto, y la cerró de inmediato.

—Sigue lloviendo fuerte. Morirías allá afuera —bromeó.

—¿Me compraste ro-ropa interior?, ¿no te gusta la mía? —pensó que el encaje rosado que tenía ahora era adorable. Pero no era eso.

—Me gusta la ropa interior que usas cuando no sabes que vas a venir, también me gustan tus encajes, y las normales.

—Recordó la primera noche que había tocado su puerta—. Vi esa y pensé en ti.

—Tú co-comprando ropa interior de mujer...

—Valeria pensó en voz alta—. Es sorprendente, ¿cómo sabrías mi talla?

—Te desnudo en mi cama ocasionalmente, sé tu talla de todo.

Valeria sintió su cara arder, por momentos se le olvidaba todo lo que él sabía de ella.

— Eso no quita qu-que fueras y compraras para mí.

Ben hizo un ademán con las manos mientras salía del cuarto.

El agua del baño también estaba fría, pensó en ir a tibiarse agua a la estufa y no tener que exponerse a colapsar del frío, si es que era posible. Abrió la pluma y gritó mientras se acomodaba al frío. No se bañó, solo se echó agua hasta dejar de sentir los dedos de sus pies.

Salió envuelta en la toalla de Ben y con la ropa interior que él le había comprado. El aire estaba tan alto que no quiso detenerse en el armario y buscar una ropa de él, sino que se acostó en la cama y se cubrió con las sábanas.

— Val...

— Ben buscó por toda la habitación cuando entró. Solo le tomó segundos darse cuenta de que el bulto que estaba temblando encima de la cama era ella—. Valeria... ¿Por qué no apagas el aire?

— No tengo idea de cómo funciona —respondió debajo de la sábana.

Escuchó un pitido y poco a poco dejó de sentir que el aire frío llenaba el lugar, aunque aún se sentía templado, ya no estaba como en la Antártida.

Se quitó la sábana de encima y vio a Ben sentado en la cama, cubriendo su cara con sus manos.

— ¿Dejó de llover?

— Aún no —murmuró entre sus manos.

— Claribel se enojará conmigo —se lamentó mientras dejaba la sábana hasta su quijada.

— Acuéstate, Valeria, déjame ver... esas cosas.

Valeria se acostó y él quitó la sábana de su cuerpo. Debía mantener eso en mente siempre, de ahora en adelante, si es que existe ese adelante. Hasta que Valeria se dé cuenta de que «ellos» no es posible. Estaría dispuesto a durar hasta que se dé cuenta por siempre.

Ben las vio. Estaban en la etapa en que se comenzaban a aclarar, al menos no se veían tan mal como antes.

Valeria respiró profundo y vio que lucía preocupado.

— Están bien.

Pero Ben no respondió. Volvió a arroparla, se acostó a su lado y la abrazó. Pronto ambos se durmieron. Y cuando ella despertó, lo hizo como si saliera de una pesadilla.

— Dios...

— jadeó—. ¿Qué hora es?

Ben se movió.

— ¿La hora? —su voz estaba ronca; su cabello, despeinado.

— Ben, ¿qué hora es?, ¡mamá va a matarme!

Ben se levantó de la cama arrastrando los pies descalzos en el piso, buscó en su pantalón su teléfono celular.

— Son las diez y media.

Valeria se espantó.

— ¿Cuál es el apuro? Te he visto con tus amigas hasta las doce.

—No lo entiendes, mi mamá está... bueno, ella está un poco delicada...

—¿De salud? —se vio genuinamente preocupado.

—No, Ben, está delicada conmigo... le dije que un chico trató de propasarse conmigo y ella estalló en llamas, pero no con el chico, sino conmigo, porque dice que yo lo provoqué por cómo me visto y la ropa que mi tía me compró, continuó por ahí diciendo que había algo malo conmigo... yo solo quiero que esté tranquila.

—¿Le dijiste a tu mamá lo que pasó entre tú y Alejandro?

Valeria exhaló.

—Sí, se lo dije.

—¿Por qué?

—Porque cuando llegué a casa lo hice con los ojos rojos y ella lo notó, me vio a los ojos y me preguntó qué me había pasado, y no pude tragármelo, le conté que un chico trató de aprovecharse de mí...

Ben meditó en eso, de pronto nervioso.

—¿Le dijiste que no eras virgen?

—No, le dije que intentó propasarse conmigo y ya.

—Valeria pensó unos segundos—. ¿Tú crees que no se ha dado cuenta ya? Ella conoce todo de mí. Soy su hija.

—Que ella lo ignore entonces es raro.

—Ya pasó. ¿No es mejor quedarse callada y no admitir que defraudé a la familia? —se quedó en silencio—. Olvídalo, debo irme, ¿dejó de llover?

—Sí.

—Entonces adiós.

—¿No quieres que te lleve?

Sí quería, pero entonces su mamá sospecharía algo.

—No, está bien, gracias.

Capítulo 22

TIZNE MARRÓN

Un gran camión de mudanza estaba parqueado al frente de la casa de Rose. Era la una de la tarde y el sol llenaba las calles. No había ni siquiera un solo punto de sombra.

Valeria siguió mirando al camión hasta que entró al colmado. Las personas que estaban ahí se habían callado de repente cuando Valeria entró. Abrió el refrigerador del colmado y sacó una botella de refresco, la pagó, y vio los trastes mientras los subían al camión otra vez cuando caminaba de vuelta a casa.

* * *

—Se dieron cuenta de que tenía dos meses de embarazo —soltó Argentina. Marian balanceaba los pies desde el murito de su casa. Nina, Valeria y Argentina estaban sentadas en la acera con los pies en el contén—. Fue muy estúpida, le dije que lo abortara, hasta le ofrecí comprarle el juguito que dan los brujos para botar los bebés.

—¿Para que lo abortara? —Valeria pareció estar asqueada por esa simple propuesta. Si, por alguna razón, ella llegara a estar embarazada, nunca lo mataría.

—Sí, ¿qué más? No trabaja, no es nadie —respondió Nina.

—Su papá hizo tremendo alboroto —comentó Estefani sentándose al lado de Marian.

—Vaya, ¿cómo supiste de qué hablábamos?

—Todo el barrio está hablando de eso y de cómo su mamá se hacía la que no sabía nada. Se han ido a otro barrio por la vergüenza. Me da lástima por Rose.

—Eso es lo que pasa cuando no se toman precauciones de tus actos —dijo Argentina apenada—. ¿Y quién es el padre del niño?

—¿Niño?, ¿qué niño? En cuanto se descubrió todo, porque el médico le dijo a la mamá de Rose que sus mareos eran porque estaba embarazada, su papá salió del trabajo a las afueras de la ciudad, agarró a Rose en casa y la golpeó hasta que botó él bebe por la boca —respondió Estefani.

—Solo tenía meses, pero aun así no se puede botar un bebe por la boca —dijo Marian.

—Era un feto. Y sí, Estefani, seguro ella solo se desangró —aclaró Argentina.

La sangre dejó la cara de Valeria, ¿y si le pasaba lo mismo a ella? Aunque su papá estaba lejos, sabrá Dios adonde, ¿pero y si se enteraba y entonces le hacía daño o peor?

—¿En serio sucedió eso? —preguntó Valeria.

—Así dicen los vecinos.

Con eso, Estefani se alzó de hombros. La verdad puede ser manipulada varias veces en boca de los vecinos, pero si algo se quería saber, ellos siempre sabían. Sabían la vida de todo el mundo.

Valeria se empezó a sentir enferma. Como si fuera a vomitar.

—Necesito un novio —Marian cambió de tema.

Argentina sonrió.

—¿Sabían ustedes que La Sombra gusta de Val?

Valeria estaba mareada, y cuando Argentina dijo eso empezó a vomitar en el contén.

—¡Asco! —gritó Marian.

Estefani y Nina se pusieron de cuclillas a cada lado de Valeria mientras sostenían su cabeza y cabello y Argentina miraba con horror sin moverse de donde estaba.

—Con eso voy a creer que no te gusta La Sombra —comentó Argentina.

Valeria la miró. Otra arcada vino, y ensució sus zapatos.

—Quizá estés embarazada —comentó en broma Marian.

Nina alzó la vista y miró a Estefani. Las dos sabían, pero desconocían que las dos lo sabían. Nina le lanzó una mirada a Marian, ella susurró un lo siento.

—¿Valeria, Dios, qué pasó? —preguntó Nina pasándole la mano por la frente.

Otra arcada. Pronto salió una vecina.

—¿Está vomitando? —preguntó preocupada.

—Sí, traiga un poco de agua, por favor —pidió Estefani.

La mujer buscó una cantina de agua y ayudó a limpiar la cara de Valeria. Aun así su cabello tenía vómito y parte de su ropa también. Incluso Nina y Estefani se habían ensuciado.

Ayudaron a levantar a Valeria, seguía mareada, lo que había en su bolsillo hizo presión otra vez.

—Vamos a llevarte a casa —dijo Nina, y cruzó el brazo de Valeria por su hombro.

—¡Vayan con cuidado! —voceó Estefani.

Argentina estaba perpleja y Marian asqueada. Las tres seguían estupefactas. La señora Martina, echaba agua al vómito de Valeria que ahora corría por el contén.

* * *

—¿Qué fue eso?

—No lo sé —miró a Nina antes de entrar a su casa—. No lo sé —repitió.

Valeria odiaba cómo Nina la miraba, con pena.

—¿Por qué le dijiste a La Sombra sobre las cosas que tenía en los muslos?, ¿no puedes guardar un maldito secreto! —Valeria estaba de repente airada.

—Val... lo siento... lo hice para defenderte. No quiero que nadie te haga daño —dijo calmada.

—¿Me haga daño?, por Dios, déjame en paz.

—Valeria, no seas así, ¿qué te está sucediendo?

—¿Qué me está sucediendo? Cuando Rose y Argentina me convencieron de que fuera donde uno de los chicos de la esquina tú no reprochaste sobre qué tan mala era la idea. Nunca me dijiste que me iban a lastimar y que yo me iba a sentir tan mal. Incluso no me ayudaste cuando me sentía sucia y con vergüenza porque ya no había marcha atrás. ¡Decías unas cosas y hacías otras!, me abandonaste, me dejabas sola y te ibas con ellas, yo solo quería tener una amiga, pero yo no era lo bastante genial, ¿cierto?, ¿ahora lo soy? Respóndeme, ¿no soy genial ahora?

Nina no respondió, pero se sentía culpable.

Valeria gritó frustrada, entró a su casa con su cabello aún con vómito. Su mamá salió por la bulla y miró a Nina allí parada con cara de asombro.

—¿Qué le sucedió? —le preguntó Claribel a Nina.

Nina le contó lo que sucedió.

Valeria se trancó en el baño. Se relajó y empezó a llorar.

Lo volvió a hacer de nuevo.

Apartó la ropa sucia de vómito en una esquina para lavarla después y se metió en la bañera. Metió la cara en el camino que recorría el agua que caía de la pluma hasta la loseta y respiró. Algunas gotas entraron por sus fosas nasales haciendo que le ardiera toda su nariz. Comenzó a toser hasta que sintió otra arcada, fue al inodoro y volvió a vomitar. Se miró en el pedazo de espejo, desnuda, débil, cayendo profundo sin saber el porqué.

Volvió a la ducha hasta que sus pies se volvieron pasas al igual que sus manos. Se puso la bata, se recostó en la cama y no abrió los ojos hasta el otro día.

* * *

Estaba sonando un merengue y todo el mundo estaba bailando y moviéndose alegre. Valeria no sabía bailar, así que solo se reía mientras veía a los demás hacerlo.

Una voz profunda se limpió la garganta. Un hombre alto y buenmozo, con cabello marrón oscuro y ojos miel se paró en la puerta.

—Me alegra verlos felices.

Estefani apagó la música, corrió hacia él, y lo abrazó, gritando:

—¡Tío!

Valeria vio a Ben otra vez. El parecido era incapaz de ignorarlo. Era su papá.

—Chicos —Estefani chasqueó los dedos para que le prestaran atención—, este es mi tío Manuel, Manuel, esta es Emily, y esta es Argentina, ella es Marian, y ya tú conoces a Daniela... —siguió presentándolos. Valeria trató de esconderse.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó él refiriéndose a Ben. Lo abrazó y comenzó a despeinar su cabello—. Necesitas un corte ya.

—Ben trató de no mover ninguna parte de su rostro. Era vergonzoso que quisiera tratarlo como un niño.

—Y Manuel, esta es Valeria.

Valeria extendió su mano.

Manuel, volteándose hacia Estefani, le preguntó:

—¿Y cuál es tu pareja, Estefani? —preguntó.

—Es secreto... pero, puedes venir el sábado y te lo enseño. Daniela está con Mauricio, él está con Argentina —señaló al chico llamado Raúl—, Eddie está con Emily... y Xavier con Marian...

—¿Y mi hijo?

Ben bufó.

—Está con Valeria.

Valeria se sintió incómoda cuando el papá de Ben la miró.

—Es bien —solo dijo eso.

Pero Valeria se sintió mal por su respuesta. Se alejó hacia donde estaban las otras chicas.

—¿Y a qué viniste, tío? —preguntó Estefani. Estaban los tres hablando mientras las chicas permanecían apartadas y los otros chicos sentados en los colchones de yoga.

—Es hora de elegir el diseño de los manteles y los cubre sillas, y me preguntaba si los participantes querían, no sé, ayudarte —le sonrió.

* * *

Valeria miró hacia donde ellos por tercera vez.

—El papá de La Sombra es muy apuesto —dijo Emily ruborizada.

—Lo que yo no entiendo es cuál es su afán de regalarle una fiesta de cumpleaños de esta escala a Estefani, es solo la tía segunda de La Sombra —Marian se escuchaba como si estuviera envidiosa, pero solo estaba siendo chismosa.

—Pero se criaron como primos —respondió Emily—Para la mamá de Estefani, la mamá de La Sombra era su hermana, no solo su sobrina.

—Supongo que como La Sombra no es una chica, no le puede hacer una fiesta así—dijo Marian mientras arreglaba su cabello.

Daniela se echó aire con las manos y dijo:

—Hace calor.

Las demás se quejaron. Estefani llegó donde ellas para comunicarles la noticia. Mientras las chicas miraban a Estefani, Valeria miraba a padre e hijo hablar. El parecido era escalofriante. Y lo distinto que vestían también; mientras que el papá de Ben tenía una camisa de lino fina y bien planchada, Ben solo tenía un poloshirt cualquiera y un pantalón jean que no superaba al de tela negro de su papá.

* * *

Manuel miró a Valeria, quien apartó la vista rápidamente y fingió que escuchaba lo que decía Estefani.

—¿Ella es...?

—¿Qué? —preguntó Ben.

—La chica de la que me ibas a hablar... ¿con la que estás ahora?

—No —Ben negó mientras miraba a Valeria de espaldas hacia ellos.

—¿Ah no? —alzó una ceja.

—No —respondió molesto.

Manuel se tambaleó y después silbó.

—No deja de mirar hacia acá, creo que le gustas, hijo.

—Pues qué bien.

—Tú no dejas de mirarla —añadió.

Ben dejó de mirar a Valeria.

—Tal vez haya algo —trató de restarle importancia mirando hacia otro lado.

—Conozco a su papá, ¿acaso sabe que ustedes salen? —le preguntó volteándose un poco. Ben lo miró.

—No, no vive con su papá.

Manuel pateó una bola invisible.

—Cierto, vive de soltero al otro lado de la ciudad.

Ben miró a su papá.

—¿Te ha dicho algo de ella?

—Hum, evita hablar de eso. Pero la ha mencionado —Manuel miró serio a su hijo—

No la vayas a embarazar.

Ben bufó de nuevo.

—Pero es muy joven para ti. Pensé que ibas por las mayores.

Ben apretó la quijada, iba a estallar.

—Mínimo quince y máximo dieciséis —hizo un intento para averiguar la edad de Valeria.

—Tiene diecisiete —respondió con los dientes apretados.

—Sigue siendo una niña.

—No tienes que ver con eso.

—Aquí eres mayor, no quiero problemas después. Además, no se ve como esas tipas calientes y putitas que te buscabas, se ve demasiado pequeña para ti.

—Lo que digas.

Estefani se acercó.

—Estamos listos. No irán todos, pero un par.

* * *

Cuando Valeria vio esa increíble nave se quedó con la boca abierta. Era una jeep gris de gran tamaño. Debía valer casi un millón de pesos.

Ben entró primero, y ella entró rápidamente para sentarse al lado de Ben. A dentro fue que notó que había una señora rubia delante.

—Hola —saludó a Valeria.

Valeria le sonrió. Después miró a Ben. Supo que era su madrastra. Pero que ella sepa, él no la había saludado. Subió Mauricio, y después Daniela, aún faltaba Argentina y Estefani por subir.

—Valeria, súbete en las piernas de Sombra, y Daniela, deja que Argentina se siente para que te cargue.

Valeria miró a Ben y después miró hacia delante cuando el papá de Ben se montó.

—Venga una aquí adelante si quiere.

—No, está bien, tío. Vamos bien aquí—contestó Estefani.

Valeria estaba ahora en las piernas de Ben. Y la mano derecha de Ben estaba en su cintura. El jeep arrancó. Hablaban sobre distintas cosas, pero Ben no participaba, y por la forma en que movía la pierna izquierda, Valeria se dio cuenta de que estaba molesto. Por eso ella empezó a jugar con sus dedos mientras miraba por la ventana.

* * *

El día de la fiesta no parece el día de la fiesta. Todo está muy tranquilo. Hace unas semanas, Valeria había tenido un ataque de vómito, pero ahora, milagrosamente, estaba bien. Y sana.

En el preensayo, antes de la fiesta, todos estaban nerviosos, incluyendo a Ben. Iba a hacer tremendo ridículo delante de sus amigos invitados a la fiesta bailando. Lo único que lo salvaba era que iba a estar con Valeria. Además, cuando le preguntaran por qué participó, tan solo tiene que decir: *porque es mi prima la cumpleañera*.

Todos los participantes masculinos se vistieron en casa de Ben. Estaban sentados en el sofá hablando, y algunos riendo por lo nervioso que estaban. Ben estaba perdiendo la paciencia, porque no quería tenerlos en su casa por más tiempo.

—¿No tienes algo de beber? Para botar los nervios —preguntó Raúl. Él era la pareja de Argentina.

—Agua., y refresco sabor limón.

—Hablo de alcohol.

—No bebo alcohol.

Los cuatro chicos se sorprendieron. Mauricio se arregló su corbata azul, que combinaba con el vestido de la tristeza.

—A otro perro con ese hueso, ¿sí? Te he visto en la esquina. Te la das de superior a todos y esas cosas. Además, todos en la esquina siempre beben.

Ben se sentó en el sofá, y alzó los hombros.

—El alcohol es perjudicial para la salud.

—¿Estás citando la misma tablilla que repiten en los anuncios de cigarrillos? Creo que te he visto fumar porros.

—A ver, ¿quieren que tenga todos los pecados capitales?

—Daniela es linda, pero ese baile que nos tocó...

—entonces se calló. Recordó que la razón de ese baile también tenía que ver con La Sombra, no lo quería ver enojado.

Xavier sacó de apuros a Mauricio diciendo:

—¿Y cómo te llamas?

—Sombra.

—¿En serio tu mamá te puso así? —volvió a tocar el tema. Pero no había sido a propósito. El teléfono celular de Ben sonó sacándolos de ese apuro.

—Dicen que ya podemos ir.

Torpedamente, los cuatro chicos se levantaron. Ben esperó que salieran y después trancó la puerta de su casa. Encendió el auto y se dirigió al salón.

Cuando llegaron, medio barrio ya estaba ahí. Y sorprendentemente, todo el mundo vestía elegante. Es que, aunque no sea un barrio de gente acomodada, la gente como ellos siempre sabía de donde sacar para aparentar lo que no tenían. Para gastar, solo para alardear mientras comen una comida buffet y pasan vergüenza, porque no saben cómo comer con cuchillo y tenedor, y tienden a hacer un desastre.

Es obvio que no todos. Ser pobre no significa que no tengas educación, y además, había algunos aún más educados que algunos de los peloteros multimillonarios.

Entraron por la puerta trasera, vio todos los colores de vestidos, menos el blanco, entonces después la vio inclinada, acechando por la puerta a todas las personas que estaban ahí.

Cuando Valeria escuchó que los demás llegaron sonrió y se volteó. Vio a Ben y se quedó

allí, parada y quieta.

El vestido apretaba hasta mitad de su vientre, después se abría como una pequeña flor abajo. Tenía unas zapatillas blancas y maquillaje profesional, con el cabello peinado en un come y deja para que aparentase ser más niña. Estaba hermoso. De pronto, sí, estaba nervioso.

Se acercó a ella.

—Estás muy bonita, Valeria.

—Tú también —dijo convencida. Vestido así parecía más joven. Ben nunca ha aparentado su edad, luce un poco mayor por el peso de la calle y las ojeras que a veces están debajo de sus ojos, pero ahora no están, y luce más joven, y apuesto.

—Los hombres no nos vemos bonitos, eso es de maricones.

Valeria lo miró a los ojos y se mordió el labio.

—Te ves muy apuesto, entonces —miró sus manos—. Son muchas personas, y estoy nerviosa, espero hacerlo bien.

—Lo vamos a hacer bien.

—Y tus amigos están aquí.

Ben se acercó para ver por dónde estaba viendo Valeria; al hacerlo, tuvo que pegarse mucho de ella. Eso la volvió loca. Su corazón aceleró mientras él aún miraba, después, disimuladamente, le susurró al oído—: Me provoca hacerte todo tipo de cosas con ese vestido.

Era una broma sexual, quizás la primera que jamás le había dicho. Valeria alzó la vista y lo vio sonriendo. Quería saber más.

—¿Como qué?

—Quitarte toda la pureza que te queda —tocó su mejilla.

—¿Me queda?

—No sabes nada aún.

Estefani se limpió la garganta y todo el mundo volteó a verla.

Estaba preciosa con un hermoso vestido lila tipo corsé, y en la falda bajaba con telas y mucha pretina. Lucía sexy e infantil, y Valeria no entendió cómo era eso posible.

—¿Ya saben los turnos cómo van?

—Sí —se apresuró a decir Argentina—, tristeza, esperanza, alegría, pureza, pasión— lo dijo rápido, Valeria apenas escuchó—. Después vas, y después a disfrutar, memorias, comer, fotos y nos vamos.

Estefani sonrió contenta.

—Me alegra mucho que te lo aprendieras todo, Argentina. Siempre tan eficiente.

Las parejas se sentaron, Valeria y Ben también lo hicieron. El maestro de ceremonias inició, y uno por uno los bailes fueron yendo hasta que era el turno de Valeria y Ben.

Y lo hicieron de maravilla. Al menos, la gente parecía fascinada porque de la nada, el vestido de Valeria se empezaba a tizar con polvo marrón. Cada quien entendió lo que quiso. Y el mes de ensayos y todas las semanas había servido para algo.

Valeria trató de concentrarse cada vez que la tocaba, y también cuando Carlitas voceó: —¡Es mi hermana!

Al final, cuando la deslizó sobre su pierna, Valeria se aferró de su hombro, y hundió su

cara también ahí. Al ojo público, al fin, junto a él, y nadie la iba a juzgar.

Quería detener el tiempo en ese mismo instante.

Quedarse así.

Siempre.

Pero entonces las luces se apagaron y tuvieron que salir, Argentina y Raúl se abrieron paso.

Valeria estaba alegre mientras caminaba a la sala donde habían estado antes. Su mamá esperaba sentada en el sofá junto a sus hermanitos. Carol y Carlitas se lanzaron sobre Valeria cuando la vieron entrar. Claribel se acercó a Ben.

—Estuvo muy hermoso, ¿qué tenías en las manos? —Valeria estaba dizque hablando con sus hermanitos, pero en realidad estaba atenta a lo que hablaban.

—Es un tipo de tizne.

—¿Crees que se podrá quitar?, el vestido es muy lindo.

—No lo sé, quizás —Ben empezó a sentirse incómodo. En frente de sus narices, estaba el chico que realmente le había quitado su pureza... la inocencia, y no se daba cuenta.

—El baile fue a veces inapropiado para una señorita, pero Valeria, ¿te sentiste incómoda?

Valeria sonrió nerviosa.

—No, no —dijo—. Ensayamos mucho, así que después no me puse tan nerviosa —miró de reojo a La Sombra.

—Bueno, yo ya me voy, creo que vamos a comer. Vamos, niños —los tomó de la mano. Carol ahora tenía en la cabeza la pinza que mantenía el cabello de Valeria en un come y deja, salió corriendo para no dársela.

—Nos vemos en casa, ¿o los que participaron tendrán un después de fiesta como se ve en esas películas?

—No sé, mami —respondió.

—Tal vez —dijo Ben.

Claribel se fue. No había cerrado la puerta cuando Ben apretó a Valeria y la besó ferozmente. La cargó hasta el mueblecillo y besó su boca aún más rápido. Como si se estuviera quemando.

—Hay que quitarte bien esa pureza —exploró con su mano debajo del vestido, Valeria trató de apartarla.

—Ben... nos pueden escuchar, y este no es el lugar apropiado.

Ben volvió a besarla, esta vez agarró la parte de atrás de su cabeza. Se volcó sobre su cuerpo. La puerta se abrió y Nina volteó el rostro al ver a Ben encima de Valeria agarrando su cara como si estuviera obligándola a besarlo.

—¡Para, por Dios!, ¡déjala en paz!

Ben maldijo muy bajo, se sentó al lado de Valeria y arregló su saco. Después se levantó y salió.

Nina lo miró mal, Valeria se arregló el cabello y después sonrió cuando la puerta se cerró.

—Le gusto—dijo.

—O, solo tiene el amiguito caliente porque te vio así, y quiere aprovecharse de ti en el

salón al lado de la fiesta, ya que sabe que tú siempre lo dejarás.

Valeria la miró mal.

—Voy a pensar que estás celosa.

—Por favor, no quiero a alguien como ese, ¡ni loca! —se rio Nina.

Valeria lo notó. Fue a sentarse un rato con su mamá y después a la mesa de los que participaron. Se sentó al lado de su pareja y cenaron todos.

Estefani habló, y la mamá de Estefani, y otros familiares también. Lloraron un poco. Había sido incómodo, después, era hora de las fotos. Y en cada una de ellas Ben no sonrió, mantuvo su cara seria. Valeria suponía que era su forma de tomarse fotos, «lucir intimidante», pero su mano siempre estuvo en su cintura, hasta la guiaba por la cintura.

Eso traía una buena sensación a su cuerpo. Se sentía tan cómoda que no podía creer que quizás ese era el único momento en que Ben pudiera estar cerca de ella, y tocarla en público sin que él no entrara en pánico o sin que sospecharan que había algo entre ellos.

Después de que la cara de Valeria estaba entumecida por tanto sonreír, salió por el pasillo que guiaba al baño. Ben la siguió, y después la guio hasta el parqueo.

—Aún no se ha acabado, Ben.

Ben siguió caminando con ella, abrió su auto.

—¿Lo has hecho en un auto?

Valeria lo miró. Iba a decirle que solo él la había tocado, pero después se dio cuenta de que ya no era así, y se quedó en silencio sin saber qué responder.

Ben abrió la puerta del auto, le pidió que entrara y así lo hizo. Después el entró, miró a los lados.

—Por aquí no hay nadie —dijo ansioso. Se inclinó sobre ella y empezó a besarla. Pero para Valeria el lugar era muy pequeño y sofocante—. ¿Está bien? —le preguntó.

Valeria asintió. El sudor ya empezaba a correr por su frente, no sabía si por el calor o por los besos de Ben.

Bajó su ropa interior hasta las rodillas, después se la quitó por completo y alzó su vestido. Se empezó a quitar la correa, y después a bajarse el zipper.

—Se van a dar cuenta cuando regresemos —susurró con la respiración pesada.

—No lo harán —murmuró.

Después todo estuvo en calma, al menos, él estaba en calma.

Se incorporó y se arregló su pantalón. Valeria buscó a tientas su ropa interior; cuando la halló, se la puso, pero después no quería salir del auto.

—Se supone que soy pureza —se lamentó.

—Se supone que lo eras, mi trabajo era quitártela.

Valeria lo miró, pero no estaba triste por eso. Era porque quería hacerle una confesión. Quería decirle que lo amaba. Pero claramente él no le iba a responder lo que ella quería.

Empezó a llorar silenciosamente. Ben lo notó. Acercó su rostro al de ella, y limpió su cara.

—Val... ¿Qué sucede?, ¿te lastimé? —preguntó.

Valeria negó con la cabeza. Él no iba a entender su dolor. Lloraba porque él nunca la iba a amar, lloraba porque no era lo suficientemente valiente como para decirle que lo amaba, con todas sus fuerzas, sentía que no podía vivir sin él.

Ben lucía preocupado, trató de calmarla acariciando su cabello.

Valeria lo estaba abrazando. Él había dicho que la quería, que le gustaba, todas esas cosas eran pasajeras, nada duraba. Un te amo se puede falsificar, si entonces le decía que lo amaba, y que se negaba a que la tocara hasta que lo admitiera él, él lo iba a decir sin sentirlo, ¡sin sentirlo!

Sería toda una desgracia, sería tan pasajero como la marea alta. Lo iba a perder, también lloraba por eso, un día, un día ambos iban a olvidar todo esto, alguno se iba a ir lejos, algo iba a pasar, y el presentimiento de eso la ponía en desolación. Qué triste.

Sin embargo, Ben estaba lejos de entender porqué lloraba en su saco, su cuerpo frágil temblaba en sus brazos, y no se escuchaba ningún sonido. Trató de repasar cómo la había tratado, pero no le hizo daño, no fue brusco, ¿quizás está llorando porque se ha dado cuenta de que no es pura?

A su mente no llegaba nada más. Concluyó que no lloraba por él, ¿pero cómo no iba a serlo?

* * *

Cuando Valeria decidió dejarlo ir, sus ojos estaban rojos y el saco de La Sombra estaba mojado en el lado izquierdo.

Estaban en el estacionamiento parados mirándose el uno al otro. Ben acababa de prender un cigarrillo y el humo se regaba por el aire.

—¿Qué crees que mi mamá piensa de ti? —preguntó Valeria mientras miraba el suelo.

—Nada, creo que no le interesaba quién era yo —tomó una calada.

—No puedo ir a casa así, con mi vestido tan estrujado y los ojos rojos. Pensará que algo me pasó.

—¿Siempre estás pensando que alguien te va a descubrir?

—preguntó, cuando Valeria no respondió nada, supo cuál era la respuesta—. Lo que hacemos, tal vez, tal vez esté mal, Valeria, pero no somos los únicos, ¿puedes entender esto? No eres la única que tiene sexo premarital a escondidas, hay niñas incluso más pequeñas que tú. ¿Si todos lo hacen, por qué tú tienes que sentirte culpable?

—Quizás estoy cargando la culpa de todos —dijo con un tono de amargura en su voz—. Ellas lo hacen por hacerlo, yo lo hago porque te amo.

Se corrigió.

Lo hacía porque lo quiere, pero, además de eso, había algo más, algo que él le daba que hizo que se enamorara, ese algo se dividía en varias cosas: la deseaba, estaba segura de eso, le daba atención, cada vez que pregunta como está, cada día, le daba cariño. Además, cuando le cuenta sus problemas, cuando le dice que algo salió mal, nunca habla de más o empieza a contar sus problemas como los demás, que piensan que cuando tú les dices tus problemas les estás preguntando por los de ellos. Ben no hacía eso. Él se preocupaba, escuchaba, y solo si tenía algo que decir que era de provecho, lo decía.

No le pedía requisitos para estar con él.

Pero parece que el amor saca lo peor de las personas, porque cuando Valeria empezó a amarlo, toda la tierra conspiró para que lo odiara, para que le hiciera daño. Pero mirándolo de frente, ahora, no recordaba absolutamente nada. Solo sentía que lo amaba,

y ese sentimiento estaba arraigado al de la desesperanza, porque sintió que nunca iba a ser mutuo.

Capítulo 23

MAL PRESAGIO

Sabrina estaba hablando de algo que tenía que ver con matemáticas, pero de verdad que Valeria no quería escuchar nada. Seguía mareada. Sabrina paró de hablar, Valeria agradeció a Dios, pero entonces, se dio cuenta de porqué había dejado de hablar.

—Hola —saludó a Sabrina—, Val...

—le sonrió.

Valeria sonrió de inmediato. Estaba más que feliz de verlo.

—Sombra —saludó—. Adiós, Sabrina —se volteó a verla y después volvió el frente a Ben.

Él también le dijo adiós a la chica y después caminaron juntos a la escuela de los hermanitos de ella.

—¿Cómo va todo? —preguntó mirando al cielo, su garganta se veía hermosa, al menos eso pensó Valeria cuando lo vio.

—Bien —respondió—. A solo un mes de la primavera.

—¿Te gusta la primavera?

—Más o menos —respondió. Se limpió el sudor de la frente.

—Estoy preocupado por ti, Valeria —Valeria dejó de ver el camino para mirarlo—. Valeria, no quiero enterarme de que estás haciendo eso.

—¿Qué?

Ben se detuvo.

—En serio que no.

—No estoy haciendo nada malo —contestó—. Además de verte a ti. Quizás estoy embarazada.

Ben se quedó callado.

—¿Quieres que lo aborte? —preguntó con pena.

Ben miró a Valeria serio.

—Te dije que me gustaban tus ojos y que no me importaría tener un hijo tuyo, pero a ti sí te importaría. ¿Vomitaste la otra vez porque escuchaste lo que le pasó a Rose?

«Entonces él lo supo...» Parece que siempre que le pasa algo él encuentra la forma de saberlo.

—Sí—mintió—. No quiero que me pase lo mismo.

Ben se detuvo cuando llegaron al frente del colegio. A garró la cara de Valeria y vio sus ojos agotados. No quería creerlo.

—Valeria, me preocupo por ti. Por favor, no te estés metiendo problemas.

Metiendo problemas, quizás lo dijo así a propósito, y ya sabía algo.

* * *

Ben estaba sentado en el escalón de la entrada de su casa. Estefani se sentó a su lado.

—Vine a hablarte de Val —balanceó sus manos. Estefani había sido la que en primer

lugar le había contado a Ben sobre el ataque de vómito que tuvo Valeria.

Ben se quedó en silencio.

—No sé qué pasó después de mi fiesta, pero lo que sea que pasó, le hizo daño, estoy notando una actitud en ella y creo que...

—se quedó en silencio.

—Yo también —respondió—. Tal vez sea mi culpa —añadió mirando el suelo de piedra.

—¿Qué vas a hacer entonces? —se veía genuinamente preocupada.

—Aún no lo sé.

Estefani hizo una mueca con los labios.

—¿Crees que va estar bien?

—Sí. Lo va a estar. Es solo una fase de niña rebelde, ¿cierto? —giró para ver los ojos de Estefani. Sus ojos marrones estaban llenos de preocupación.

—Deberías llevarla a un hospital.

Ben se enojó por la estupidez de su idea.

—Sí, claro, voy a llevarla al hospital para que el doctor la vea, su mamá vaya y entonces me tachen de culpable.

—Si muere, igual vas a pagar. Ella no sabe qué está haciendo.

—Ella no quiere que yo me dé cuenta —respondió con la mandíbula apretada—. Ella me dice todo lo que siente, todo lo que hace. Si a estas alturas no me ha dicho aún es porque no quiere que yo sepa en lo absoluto. Y yo no quiero atacarla ni acusarla sin estar cien por ciento seguro.

—¡Quizás sí es lo que quiere!, está enamorada de ti y quiere llamar tu atención, es obvio. Es tu culpa.

Ben no siguió hablando con ella. Se levantó y entró a su casa. Dejó la puerta abierta por si Estefani decidía entrar a sermonearle, pero se quedó afuera pensando un rato, después voceó:

—Deja a esa niña tranquila antes de que le hagas un daño que no se pueda solucionar. Ella no tiene que cargar con tus demonios.

Él lo sabía. Ella no tiene que cargar con sus demonios, pero él no la había obligado a nada. Tal vez debía dejarla ir, ¿pero cómo?

* * *

Valeria estaba junto a Sabrina y Carolina sentada en un pequeño banco, al lado de ellas; en otro, estaban Martin, Vidal y Roberto.

—Me voy a casar con una súper mujer. Que me sirva y que sirva.

—Eres un idiota, Vidal —Sabrina se metió en su conversación, los chicos voltearon todos hacia donde ella.

—Y que no pelee —ripostó Roberto.

—¿Una mujer que no pelee?, ¿en serio?, ¿Dónde diablos vas a encontrar una así, imbécil? —Carolina se volteó de golpe.

—Yo la arreglo si me sale mala como tú —Roberto chocó su puño varias veces con su palma dando a pensar algo. Tenía una sonrisa cínica en sus labios.

Carolina hizo una mueca de disgusto. Sabrina se enojó.

—Tocas a Carolina y te mato, hijo de puta, te castro los huevos a ver si eres hombre.

Valeria despertó al escuchar a Sabrina expresarse así. Levantó la vista y miró a los tres chicos riéndose de Sabrina.

—Tranquila, que no dije que me iba a casar con ella —se estaba riendo, porque en el fondo, solo estaba buscando molestarla. Pero eso enojó sobremanera a Sabrina.

—¡A ninguna mujer!

—¿No escuchaste lo que dijo la profesora sobre los hombres que maltratan a las mujeres? —preguntó Valeria en voz baja.

—Son maricones —completó Carolina.

Roberto y Vidal se miraron.

—Es que ustedes no saben tomar una buena broma —dijo Martín.

Martín era promiscuo y molesto. Del tipo que se paraba detrás de las chicas o hacía sonidos raros siempre. Parecía un maniático por amor a hablar del sexo, y parecía que su vida giraba en torno a eso. Aunque solo sabía por la pornografía que veía. Porque él era virgen, si se excluía a su mano derecha del asunto.

—Cállate, no relajés

⁸ así—volvió a atacar Sabrina.

Valeria estaba del lado de Sabrina en esto, eso era desagradable. Su papá nunca había golpeado a su madre, tampoco era que nunca lo hubiese intentado. Pero al ver la rabia que sentía Sabrina en ese momento le hizo pensar que ella sí lo había sentido, que lo había vivido. Entonces se enojó por ella también.

Nunca iba a dejar que un hombre la golpeará. Se lo grabó en su cabeza mientras volvía a esconder la cabeza en sus rodillas.

—Lleva la vida suave, te vas a poner fea y arrugada y Valeria te va a ganar —Martín miró con lascivia a Valeria—. Mira que se está poniendo linda.

Valeria no se molestó en levantar su vista.

—¡Yo llevo mi vida suave! Pero es asquerosa la mentalidad de mierda que tiene tu amigo. Mi tía...

—se quedó en silencio—. Mi tía casi es asesinada por su esposo. Eso no es justo. Me dan rabia los hombres así. Todos en mi familia sufrimos por mi tía hasta que el tipo paró tras las rejas.

—No es mi asunto —Vidal se alzó de hombros.

Valeria se sintió impotente cuando escuchó la crueldad de sus palabras. Obvio que no era su asunto, pero era algo que lastimaba a Sabrina, ¿por qué tenía que ser tan desconsiderado?

—No puedes querer desquitar tu rabia con nosotros —Roberto se levantó. Vidal le siguió, y por último, Martín se paró al frente de Sabrina, miró hacia abajo. Sabrina tenía los ojos aguados.

—Lo siento, somos unos idiotas a veces —dijo en voz baja Martín. Tocó la cabeza de ella, después la de Carolina, y después Valeria sintió cómo sus dedos rozaron su cabello, levantó la cabeza de golpe porque no esperaba que él la tocara, se apartó de él.

—No lo hagas, no me toques —le dijo con voz afilada. Él era el único que siempre la molestaba por su aspecto físico, de si había llegado o no a la pubertad o de si era mejor que otra. Era un completo idiota. Y aunque su mano había sido suave sintió que la había agredido. No quería que ese chico la tocara nunca.

Martín la miró como si ella fuera el espécimen más raro del mundo. Dio unos pasos atrás y se marcharon los tres. Carolina abrazó a Sabrina. Valeria volvió a acomodarse en su posición. Respiró hondo. Su corazón latía rápido y otra vez estaba sudada, sintió que iba a caerse en cualquier momento. Segundos después sonó el timbre señalando que el recreo ya se terminaba.

* * *

—Mami, voy donde Nina —anunció. Su mamá estaba acostada, con el brazo encima de su cara para ocultar la luz.

—¿Y los niños?

—Ellos están jugando al lado, el dinero de tía Victoria está en tu gaveta.

Claribel no respondió.

Valeria terminó de tomarse el doble de las dosis que usualmente estaba utilizando desde hacía una semana y salió de la casa.

Sentada en la acera junto con Marian y Argentina se sentía sofocada y fatigada. Después de estar más de una hora allí sentada, se percató de que no podía soportar más los efectos. Se estaba muriendo y nadie podía ayudarla. El calor la estaba matando y el sudor corría por su frente. Sin embargo, nadie lo estaba notando. No podía articular palabra por lo que no era posible pedir ayuda. Y además no quería que nadie se diera cuenta.

Se levantó sin decir adiós y cuando llegaba a su casa se dio cuenta de que no iba a soportar más. Que iba a ceder y su mamá se iba a dar cuenta.

Tocó la puerta de la casa de Ben pero él no estaba ahí. Eran las nueve de la noche. Normalmente salía los jueves. Se sentó en el murito y volvió a hundir su cabeza allí.

Estaba delirando. Ni siquiera se dio cuenta de cuantas veces se despertó y cuantas veces perdió el conocimiento en el lapso de quince minutos.

Unos pasos se oyeron por el pequeño callejón. Ben busca en su bolsillo la llave y ahí es cuando ve ese pequeño bulto hecho un ovillo en frente de su puerta. Sabe que es Valeria, pero no lo puede creer.

—¿Valeria? —pregunta. Pero ella no responde.

Se acerca y la levanta. Estaba bañada en sudor y sus ojos están hundidos. No responde aunque llama su nombre varias veces. Sus labios están azules, y su pulso es rápido.

Se las ingenia para abrir la puerta de su casa y cargarla hasta el sofá. Ahora ella tenía los ojos cerrados y su pecho se movía lentamente a contradicción con los rápidos latidos de su corazón. No creía necesitaba RCP. Pero sí estaba demasiado caliente y llena de sudor. Quitó toda su ropa hasta dejarla en ropa interior, abrió el gabinete y buscó la llave del cuarto que casi nunca se abría.

Con solo verla ahora sabía qué le ocurría, y también cómo solucionarlo. Lo había hecho con Rebecca muchas veces. Pero no creía que Valeria estuviese en eso.

El cuarto era muy bonito, una cama matrimonial bien tendida, una cómoda y dos mesitas al lado de la cama matrimonial. Ahí estaba la puerta del baño, que era más grande que el de Ben, pero no tanto más. Era solo un baño promedio, normal, limpio, sin ningún rastro de lo que una vez aconteció allí. Llenó la bañera, pero no tanto, para prevenir accidentes. Para su suerte el agua estaba fría, cargó y metió a Valeria allí. Fue a la nevera y sacó todo el hielo que pudo encontrar, no es que hubiera mucho, era demasiado poco para como le habían enseñado. Lo echó en el agua, pero aún Valeria no lo sentía. Pellizcó debajo de sus costillas para ver si reaccionaba al dolor, pero tampoco lo hacía.

Al menos respira, pensó Ben aliviado. No quería llevarla al hospital. No quería armar un alboroto y que todo el mundo se diera cuenta. Para algo había aprendido como manejar todo tipo de sobredosis. Pero demonios, ni siquiera sabía qué había consumido.

Tal vez había sido una mezcla de varias. Sus síntomas eran extraños y no podía tener su mente en claro para decidir qué era lo que tenía porque todos los músculos de su cerebro trabajan en una cosa: hacer que reaccione.

Esperó hasta que su poca masa corporal empezó a ceder. Y comenzó a temblar.

—Sácame de aquí —suplicó castañeteando. Ben tocó su mejilla cuando por fin consiguió que hablara. Quizás no tenía una cantidad tan alta. Se estaba recuperando y

solo había estado desorientada.

Espero un momento hasta que la hipertermia se convirtiera en hipotermia. El fuerte choque la iba a despertar y sacar del estado en que se encontraba. Eso le habían enseñado, aunque también le habían dicho que era peligroso y se podía ahogar.

Eso había pasado con su mamá. Nadie estuvo allí para decirle que no se podía meter a una bañera sola mientras alucinaba.

Apartó los pensamientos de su cabeza. Ahora era Valeria la que importaba. Él no era Jesús y no podía levantar a nadie de los muertos, pero sí podía salvar una vida en ese momento.

Cuando la iba a sacar, Valeria se aferró a él, y él la cubrió con la toalla. Ahora estaba temblando, pero consciente otra vez.

La metió a la cama, el aire estaba de nuevo encendido y puso más capas de sábanas encima de su cuerpo semidesnudo. Todas las sábanas que encontró, de hecho. También se aseguró de dejarle un hueco para respirar.

Él se sentó en el borde de la cama, enterró su cabeza en sus rodillas, y entonces gritó furioso, se levantó de la cama y tumbó el pequeño estante con sus cosas de uso personal, lo pateó, hasta que su pie empezó a arder.

Valeria temblaba en su sitio. Ya las había encontrado.

* * *

Valeria despertó. Tenía su ropa de nuevo y estaba en el sofá, tentó su pantalón, pero no estaban allí, sintió que iba a llorar. Su mirada buscó alrededor de ella, después notó a Ben mirándola.

—¿Qué estás buscando, Valeria?

—Nada.

Se acercó a ella peligrosamente, sus ojos torturando los de ella, muy enojado.

—No entiendo por qué diablos te haces esto.

—Lo siento —las lágrimas se le salieron solas.

—No empieces a llorar, Dios —se tapó la boca—. ¿Quién te las dio?

Se quedó callada. Pero Ben estaba seguro de que no se las había dado él y que no habían sido de su casa. Él nunca ha entrado droga a su casa.

—¡Dime! —no respondió—. ¿Sabías que te pueden matar esas drogas? ¡Tienen una mezcla solo para las ratas¹⁰ del barrio!

Valeria dejó de mirarlo.

—Hace una semana le pedí a Alejandro. Él me preguntó que de cuáles quería y yo le respondí que me diera la que tú usabas, para al menos parecerme a ti.

Ben se llenó de ira. Alejandro era un perro. Era un idiota. Quería matarlo con sus propias manos.

—¡Te engañó!, ¡pudiste haber muerto! —las venas se marcaban en su cuello.

Ben no era estúpido, él no se iba a meter basura, y cuando usaba, usaba de las buenas. Ni siquiera recordaba la última vez que había consumido. Quizás desde que Valeria se dio cuenta o unas semanas después, porque no quería darle ese ejemplo. Pero nunca se lo dijo y había fallado. Se sintió culpable por eso.

—Valeria, tú no necesitas nada de esa mierda. Si sigues metiéndote esa mezcla vas a acabar siendo una adicta, o una prostituta en la calle muriéndote de hambre para conseguir más, ¿es eso lo que quieres? —trató de decir con voz suave, pero fue todo lo contrario.

—Yo te quiero a ti —su voz sonaba quebrada.

—¿Y piensas que yo estaré contento porque consumas? Valeria, perdí a mi mamá de esa manera, ¿por qué demonios te perdería a ti también?, ¿en serio me harías pasar por eso? ¡Y diciendo que lo haces por mí!

—No, no quiero —negó rápidamente. No quería hacerlo sufrir. Nunca han sido sus planes. Ahora se sentía estúpida.

Ben se tranquilizó y se sentó a su lado. Apoyó la cabeza de su regazo.

—Valeria, prométeme que nunca más volverás a usar ningún tipo de droga o alucinógeno. Que no vas a probar nada de lo que no sepas.

Valeria se mordió el labio.

—No lo quiero hacer de nuevo, es lo peor del mundo —apretó el poloshirt de La Sombra con sus manos, se aferró a él más.

—¿Por qué...? —susurró en voz baja—. ¿Por qué lo hiciste?

Iba a responderle que porque lo amaba. En realidad lo hizo por eso. Se dijo a sí misma que no importaba dañar su cuerpo con esas sustancias, hacerse daño, si nunca lo iba a tener como ella quería.

Como Valeria no respondió se quedaron en silencio por varios minutos. Aún Valeria sentía un martilleo en su cabeza pero estaba mucho mejor. Ni siquiera sabía qué hora era. Tal vez pasaban de las diez.

—¿Golpearías a una mujer?

Ben estaba acariciando su cabello. Su mano se detuvo.

—No, ¿qué te hace pensarlo?

—Yo no lo sé.

—¿Piensas que yo te haría daño? —preguntó después de su respuesta.

—Tú dijiste que podías hacerme daño —respondió, pero después rectificó—. Al menos, sé que tú no me harías daño a propósito. Que estabas mintiendo. No sé por qué —tomó su mano—. Pero hay hombres que les hacen daño a las mujeres. A propósito, no quiero que eso me pase nunca.

Ben respiró hondo.

—A mí me enseñaron que eso nunca se hacía.

—¿Lo hiciste una vez?

—Cuando tenía ocho años, una niña me robó el desayuno. Yo la golpeé en el estómago, ella aruñó mi rostro y después se fue llorando. Cuando llegué a mi casa ya habían llamado a mi papá, y él me castigó a correazos para que nunca más volviera a lastimar a una mujer intencionalmente.

—Se aclaró la garganta, recordó los casi invisibles moretones en los muslos de Valeria—. Nunca te lastimaría.

—Su garganta estaba seca—. Y tú nunca debes dejar que ningún chico, por más que lo quieras, te lastime, ¿está bien?

Valeria asintió.

—¿Te dolió? —preguntó, refiriéndose a los correazos.

—No —respondió—. Tú ya sabes lo que dicen, los niños son de goma. Además, mi papá no es tan violento, después de darme una pela cantada¹¹, vio mis piernas rojas y me llevó a comer helado. Se sintió muy culpable. Toda una semana.

—Él te quiere mucho —Ben escuchó eso como si fuera una pregunta—. ¿Tú lo quieres?

—No lo sé —respondió. Valeria hundió la nariz en su ropa.

No podía esperar nada más de él.

En ese momento estaba arrepentida. No vale la pena lo que hizo. Supuso que debía pasar por eso para nunca más hacerlo. Algunas veces, hay que probar las cosas para saber si son malas. No entiende por qué entonces a Ben le sale tan bien. Quizás él no era una rata. Se mantuvo con eso en mente.

Él era lo bastante maduro para ser un consumidor casual, ¿pero podía ella? No. Negó para sí misma. No quería volver a hacerlo.

* * *

Cuando Ben se levantó esa mañana, sabía que algo malo había ocurrido. Olía a muerte incluso a esas horas tempranas, las seis de la mañana. Había tenido una pesadilla, él no era del tipo que soñaba, sus sueños eran una tela negra. Incluso cuando su mamá murió no pudo soñar con ella ni una sola vez. Eso era bueno, pero también malo. No podía darse el placer de verla en sus sueños. Era todo muy injusto, pero estaba acostumbrado.

Su corazón latía con fuerza y repasó la pesadilla una y otra vez. Hasta que supo que ya bastaba con torturarse a sí mismo. Se dio un baño de agua fría para sacársela de la mente.

Cuando salió a la calle, a las siete, el silencio era fúnebre. En la esquina no había nadie y el colmado estaba cerrado. Un mal presagio. Su teléfono celular sonó con fuerza, pero sin ganas de anunciar la noticia. Lo levantó, y trató de entender la voz desesperada que con pequeños enunciados trataba de explicar todo.

Capítulo 24

EN MIS VENAS

Está vestido de negro... con unas gafas oscuras, una camisa negra, pantalones negros, zapatos y medias negras. Tal vez un corazón negro. Atrás de sus gafas ve a todos lamentarse. Sus otros amigos están allí, en silencio y con cara de pena, sabiendo que uno de ellos, cualquiera, pudiera ser el próximo.

Hay una señora que está gritando, es toda lágrimas en lo que se ha convertido ella al darse cuenta de que su hijo murió en un accidente. Pero decir que había muerto en un accidente es estúpido. Decir que el vendedor ambulante que se paró en la ventanilla del conductor y le ofreció un nuevo parabrisas, era eso, un simple vendedor ambulante, sería una mentira muy grande... que cuando él se negó a comprar y tuvo un mal argumento con el mismo, discutían sobre eso, sobre un estúpido parabrisas.

Atreverse a decir que cuando el «vendedor ambulante» sacó el arma de su bolso y le disparó en la cara había sido porque no le compró nada, era insultante para todos ellos.

Sus amigos cercanos sabían porqué había sido. Ben también sabía la amenaza. Había venido ya por ellos y supo que de alguna forma esto era una advertencia. Tenía que pasar al siguiente nivel ya.

Pero ahora, ahora tenía que velar a su amigo con el rostro desfigurado en esa caja mientras veía cómo a su mamá se le despegaba el alma a gritos, desgarrándose por dentro hasta quedar vacía, sin vida.

Para vivir en la miseria de no tener a su hijo.

Se pregunta constantemente cómo sería si en vez de su mamá, hubiese muerto él... quizás las cosas hubieran sido mejor, en un sentido, pero en el otro su mamá hubiese andado muerta en vida como lo hará ahora la mamá de Ramírez.

Gregorio estaba llorando sentado en una silla cerca de la caja. Eran lágrimas silenciosas como las que se le habían escapado a La Sombra el día anterior, al escuchar la noticia de que Ramírez estaba agonizando y perdiendo la vida.

Los ojos de Gregorio estaban pegados al suelo de madera de la funeraria con frenesí. Nadie quería mirar a la caja, aunque estuviese cerrada y su rostro desfigurado permaneciese oculto a los demás. Ramírez era como su hermano, y ahora el único recuerdo que tenía de él era la sangre en el auto que él, el fallecido, y Ben habían comprado, seguro jamás lo iban a usar de nuevo.

Valeria tenía un vestido negro apretado que se soltaba débilmente en sus caderas. Estaba mirando sus manos, nerviosa. Es porque no tiene idea de qué está ocurriendo. Se pone ansiosa. Está pensando lo mismo que Ben: no fue un accidente.

Valeria alzó la vista e hizo contacto visual con Ben desde el otro lado del salón. Ben apartó la vista. Lo había atrapado espiándola. Vuelve a mirarla, ella sigue mirándolo con ojos nerviosos, es en ese momento en que se da cuenta de que Valeria no puede ver qué es lo que él está mirando a través de sus gafas oscuras. Entonces se queda mirándola, y ella hace lo mismo sin saber que él la está mirando. Alguien se sienta al lado de ella, es

Argentina. Tiene los ojos rojos e hinchados, amaba a Ramírez, era muy cercana a él.

Deja de mirar a Valeria y cierra los ojos, pero aun así su imagen se filtra en su pensamiento. Repasó la noche de la fiesta, cuando había actuado loco de deseo, cuando la había llevado al carro. Pensó en lo que pasó después, se había puesto a llorar. Sin decir nada. ¿Por qué había estado llorando? Pensó en eso tantas veces que le dolía la cabeza, c no sabe si el dolor de cabeza es por el lugar. El ambiente de una funeraria llena su mente de malos recuerdos.

Saca las manos de su bolsillo para ver la hora en su teléfono celular.

Sale de la sala. Aunque ella estuviere llena de los llantos y lamentos de los familiares y amigos de Ramírez, él ya no escuchaba nada. Estaba perturbado por lo que había pasado pero no se permitía entristecerse por los demás. Nadie lo hacía por él.

Sintió unos brazos deslizarse desde detrás en un abrazo, era una chica, lo pudo adivinar por sus brazos delicados y porque sentía senos en su espalda, y también porque ningún chico se iba a atrever a abrazarlo por detrás, o a abrazarlo siquiera. Agarró sus manos, sabía que era Valeria, lo que no sabía era porqué lo abrazaba. Después se dio cuenta que estaba llorando. Se dio la vuelta para abrazarla, su cuerpo estaba caliente, pero no por la razón de la última vez, sabía que se sentía enferma.

—¿Por qué lloras? —le susurró al oído cuando se inclinó. También sintió cómo su cuerpo reaccionó a su voz.

—No quiero perderte —respondió en voz baja mientras seguía abrazándolo. Aunque afuera había personas del barrio, no la apartó. ¿Qué importaba si los veían abrazados?, en serio, ¡qué importaba!

Además, era un miércoles negro en el barrio, la gente no estaba hablando o chismorreando en la calle.

—¿Perderme?

—No quiero que te mueras —levantó la vista—. No quiero que hagas nada que te pueda quitar de mi vida.

Entonces le iba a decir que lo amaba, pero no se atrevía a decirlo ahí. Podía ser de mala suerte. Sin embargo, Ben pareció escucharlo, se dio cuenta de que en poco tiempo ella sería la que se iría, como todo el mundo cuando dice esas dos palabras.

* * *

Gregorio, Héctor, Mario, un chico llamado Samuel, Argentina, Nina, Marian, Estefani Valeria estaban todos en la casa de Ben. Unos en el sofá y otros en las sillas del comedor. Todos estaban en un silencio fúnebre.

Eran las nueve de la noche, y en la sala funeraria les habían pedido que fueran a asearse y comer, pero ninguno de ellos quería ir a su casa, por eso aceptaron cuando Ben los invitó a beber soda transparente. Argentina lo ayudó a repartirla, pero cuando todos tenían los vasos en sus manos, no bebieron.

Argentina se sentó, y se lamentó:

—Esto no es justo.

—Antes de ayer me dijo cómo planeaba hacer su cumpleaños, estaba tan emocionado —recordó Gregorio en voz alta.

—La vida es tan frágil —se quejó Estefani—. En solo un segundo, en cualquier momento, uno de nosotros puede morir, de lo que sea, somos vulnerables, y allá afuera no hay nadie para hacer justicia por nosotros.

—Espero que ese vendedor ambulante se pudra en la cárcel —deseó Samuel con todas sus fuerzas.

Ben se sirvió su propio vaso, se paró al lado de la silla de Valeria. Nadie notó nada.

—¿Creen que está en el cielo? —preguntó esperanzada Nina, pero entonces Valeria recordó algo que había escuchado.

—No, no lo está —su voz fue firme y clara, aún tenía los ojos rojos de llorar, pero no por Ramírez, sino por Ben.

Quizás era egoísta. Pero todo lo que le importaba era él, Ben.

Héctor la miró con desagrado.

—¿Quién eres tú para saberlo?

Valeria se quedó callada, pero en la iglesia había escuchado que solo los cristianos, o los que aman a Jesús, iban al cielo, y Valeria no sabía si Ramírez amaba a Jesús o no, pero él no era cristiano.

Se atragantó con el refresco para no responder. Era la primera que había bebido y desató la ola para que todos los demás bebieran también.

—¿Van a volver? —Ben preguntó refiriéndose a si volverían a la funeraria. En realidad solo quería quitar la atención que todos prestaban a Valeria por sus palabras filosas y punzantes.

Argentina se levantó.

—¿Puedo pasar al baño? —preguntó a Ben.

—Claro, está en la única puerta de mi cuarto.

Iba a decirle a Valeria que la llevara, pero entonces se dio cuenta de que eso la delataría.

—Voy contigo —dijo Valeria. Quería dejar el ambiente hostil. Ni siquiera sabía por qué estaba ahí, nunca había hablado con Ramírez más de dos oraciones, pero sí conocía a su mamá y a su hermanita de diez.

Valeria se levantó junto a Argentina, abrieron la puerta del cuarto y entraron.

Argentina se detuvo a mirar detalladamente el cuarto de Ben. Valeria se quedó quieta esperando.

—¿Por qué dijiste eso, Valeria? —preguntó Argentina sorbiendo su nariz—. ¿No te agradaba Ramírez?

—Fue por algo que escuché en la iglesia, lo siento, sé que estuvo fuera de lugar.

Argentina hizo una mueca que parecía una sonrisa.

—Tienes razón, no lo mataron por bueno. Seguro está ardiendo en el infierno —dijo.

—Dijeron que fue un accidente.

Argentina se sentó en la cama de La Sombra, eso casi hizo enojar a Valeria.

—No, Val... a Ramírez lo mataron por algo. Lo que más me duele es que no sé por qué.

—Lo siento.

—No, está bien, tú no eres la culpable. La culpa es de estas estúpidas bandas, de las estúpidas drogas, de este estúpido barrio con gente estúpida, del sistema, que no nos

advierte de los peligros que hay en la calle — Argentina miró a Val, apretó la mandíbula —. Mientras estuve en la escuela pública nadie, absolutamente nadie me dijo que te puedes hundir por no saber de la vida. Porque yo no sé nada de la vida, tú no sabes de la vida, somos niños mentalmente atrapados aquí, viviendo sin un manual, en un barrio lleno de maldad, donde nadie vela por nosotros, donde nadie nos puede salvar porque somos nosotros mismos quienes apuntamos el arma en nuestra contra. Tenemos el mismo destino —ladeó la cabeza alzando los hombros—. Bienaventurados sean los que salgan de este hoyo —agregó con voz casi melodiosa y sombría.

Valeria no supo qué decir. Se quedó quieta.

—Perdóname —dijo, y sonrió—. Piensas que estoy loca.

—No, no lo estás, pienso esto siempre.

—*Nunca lo había hecho.*

—Ja.

—Rio con amargura Argentina—. Tú vives en una burbujita que nadie puede explotar Valeria; vas a una escuela privada, tienes amigas ricas y eres más o menos linda. Tú al menos tienes futuro. Tienes oportunidades de salir, no has caído aún, no dejes que nadie te haga caer.

Pero ella no lo sabía, Valeria hace mucho había tocado fondo. Hace mucho su burbuja había explotado, hace mucho había dejado de ser inocente.

—Imagina a cuantas chicas La Sombra ha desvirgado en esta misma cama...

Valeria volvió los ojos a Argentina, de pronto sintió una sensación en su nariz, ¿sabía algo?

Pero no, ella no sabía nada. Argentina solo estaba pensando en voz alta, pero Valeria no sabía eso. Se rascó la nariz y recogió su cabello detrás de la oreja.

Ella había sido una de esas chicas, pensó, pero pensó así porque no sabía que ella había sido la única virgen con la que había estado Ben... no sabía que él nunca había estado con una chica menor a él, que todas siempre fueron mayores y experimentadas.

Y como no lo sabía, se sintió mal.

Esa noche fue el principio de todo, donde terminó de perder su inocencia. Pudo casi palpar el dolor, la angustia, la confusión de esa noche. ¿Cómo era que ahora lo amaba?

La Sombra entró al cuarto, Argentina se paró de un respingo.

—Ya voy al baño —anunció, y entró al baño.

Ben y Valeria se quedaron juntos en la habitación. Ben se acercó a Valeria, y alzó su quijada. Otra vez en sus ojos había pánico y miedo mezclados.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó.

Valeria no respondió y pegó sus labios a los de Ben. Puso las manos de él en su cintura y se pegó a él. Quería que, si en algún momento perdía a Ben, cada momento, cada segundo que compartió con él, se quede en su memoria, y en las madrugadas, cuando se despertase a llorar por él, no lo hiciera, y que se acostara boca arriba a pensar en todo el tiempo que compartieron juntos.

Argentina salió del baño, ya Ben y Valeria no se estaban besando, pero efectivamente Argentina escuchó sonidos mientras se lavaba la cara y había pegado la oreja de la puerta. Era el sonido de un beso, entonces se dio cuenta de que sus sospechas eran

verdad. Y no supo qué hacer. Los miró con los ojos bien abiertos, siguió directo a la puerta y Valeria salió detrás de ella, se volvieron a sentar en el mismo lugar. Ben salió minutos después.

Ahí fue cuando se dio cuenta de que Valeria sí había seguido su consejo. Se sintió culpable al verla morderse el labio con nerviosismo, cuando distinguió la sombra de una marca en su clavícula expuesta; aunque a simple vista no parecía nada, Argentina había tenido amantes antes y sabía identificarlas. Ella había dañado a Valeria, la había incitado a hundirse... con La Sombra, con él.

Se lamentó de su error, después de todo quizás sí le había roto su futuro. Pero guardó silencio, no era su asunto. Las lágrimas salieron de sus ojos solas, tenía mucha pena. Marian la abrazó pensando que lloraba por Ramírez.

* * *

Los primeros en irse son los chicos, se dirigen de nuevo a la funeraria, después Argentina se va, y las otras chicas, solo quedan tres: Valeria, Estefani y Ben. Pero Estefan deja la casa sin decir palabra, cuando están solos Valeria se queda mirándolo, nerviosa.

—¿Es verdad que lo mataron?

—¿No lo viste en la caja?, ¿piensas que se está escondiendo en alguna otra parte?

—No, yo me refería a...

—¿Si lo mandaron a matar? —alzó una ceja—. Tal vez... sí.

—¿Por qué? —trató de no lucir asustada, pero era todo lo que parecía.

—Quieren saber algo.

—¿Ramírez supo por qué murió?

—Claro que lo sabía —se alzó de hombros, se quitó la camisa de luto.

—Tú diriges a los surcuros, ¿cómo lo lograste?

—Es una larga historia —la cortó mientras caminaba a su cuarto.

—Puedo quedarme aquí toda la noche. Mamá piensa que amaneceré en la funeraria.

Ben la escuchó y se acercó a ella. Parada allí se veía tan ingenua. Quitó el cabello de su cara y después deslizó su mano por su cuello. Subió poco a poco hasta su labio inferior y lo haló suavemente.

—¿Ta vas a quedar? —no ocultó el entusiasmo en su voz.

Valeria asintió lentamente.

Deslizó sus manos por encima de su cintura y la cargó a horcajadas sobre él, la llevó a la cama y la sentó en el borde, él se quedó de rodillas en el hueco de sus piernas.

—Si supieras todas las cosas malas que he hecho, ¿estarías aquí?

Valeria asintió. Claro que lo haría.

—Hay una larga lista de personas que nos compran. Hay una corta lista con una sola persona que nos vende —dijo como si se tratase de un rezo mientras miraba sus ojos.

—¿Droga? —preguntó Valeria.

Ben se levantó del suelo y se acostó en su cama mirando al techo.

—Ajá —respondió desinteresado. Valeria imitó su acción y se acostó al lado de él mirando al techo.

—¿Cómo lograste esto?

—Rebecca —dijo el nombre rápidamente, como si él ya estuviera esperando esa pregunta.

Sintió una punzada de celos en su corazón, sin embargo, trató de ocultarlo.

Ben se volteó para estar de lado y tenerla de frente aunque ella aún estaba acostada boca arriba, empezó a pasar sus dedos por encima de la tela de su vestido, subió hasta sentir sus costillas. Él miraba lo que sus dedos hacían atentamente hasta que Valeria volvió a hablar.

—¿Por qué ella?

—Cuando mi mamá murió, que las cosas viviendo con mi papá no funcionaron, mi papá encontró a Rebecca y la vio como su salvación. Ella era... linda... y estaba metida en eso de las drogas, se le notaba por encima de la ropa, pero aun así se las arreglaba para ser bonita, porque la gente piensa que todas las personas que son adictos a las drogas lucen iguales, andrajosos, mal cuidados, eso es solo un mal estereotipo. Hay personas que saben ocultar los daños. Personas estúpidas y personas inteligentes. Te sorprenderías de las personas allá afuera con una linda imagen y con el interior podrido.

Valeria estaba manteniendo la respiración mientras Ben tocaba su vientre, pero entonces necesitaba respirar y empezó a hacerlo. Ben notó ahora que su estómago desaparecía y volvía a aparecer, la miró a ella mirando al techo.

—¿De dónde sacaste este vestido? —Realmente estaba fascinado de la forma en que se sentía como una segunda piel en ella.

—Hablabas sobre lo linda que era Rebecca, por favor, continúa.

—Los celos quemaban su voz.

—Tuvimos una relación emocionante, en el ámbito de que ella casi llegaba a los treinta y yo solo tenía catorce o quince años, además de que era a escondidas de mi padre.

—Valeria tensó su cuerpo, él también lo notó—. Mi papá sí sabía que ella usaba drogas. Todo el dinero que mi papá le daba lo usaba para eso.

—¿Qué comías?

—Nunca me faltó la comida.

Eso la hizo sentir tranquila.

—Rebecca me confesó un día que veía a otro hombre y yo me volví loco, porque había sido la primera persona de la que me había enamorado plenamente.

Esto hizo sentir a Valeria decaída. La había amado, cuánta envidia sentía hacia ella.

—¿Ella fue tu primera vez? —preguntó con voz temblorosa, con los celos otra vez permeando sus palabras sin poder controlarlo.

—No, no —respondió rápidamente. Sonrió—. No —volvió a repetir—, solo fue mi primera novia seria.

Eso no la hizo sentir mejor.

—Como sea, la seguí a una de sus salidas nocturnas. Cogió un taxi hacia una de las partes más peligrosas, de otro lugar, pero no te voy a decir dónde. Se metió en un condominio donde había dos chicos haciendo guardia en la acera parados casualmente luciendo despreocupados. Del tipo, estamos-aquí-pasando-desapercibidos. Yo la seguí fingiendo que no los había visto.

—¿Cómo alcanzaste el taxi?

—Era un viejo quien conducía y lo hacía terriblemente lento. Tal vez porque quería pasar más tiempo con Rebecca. Yo pude fácilmente seguirla corriendo.

—Volvió a hablar, la mano de Ben se deslizó a la parte baja de su vientre, donde se acababa la pretina del vestido que apretaba el cuerpo y se abría como una débil flor—. Al final del pasillo de la primera planta del condominio, al lado de las escaleras mugrientas, Rebecca estaba detrás de un hombre que la besaba. Yo grité para que me notaran y solo así ellos dejaron de besarse. El tipo me miró con una sonrisa y después miró a Rebecca, cuando volvió a voltearse para verme de nuevo ya estaba al frente de él y lo recibí con un golpe en el tabique. Sus dos matones llegaron al escuchar su diarrea de maldiciones y me dieron una golpiza.

Valeria se volteó a mirarlo.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Pero eras un niño! —exclamó con horror.

—No era un niño, Valeria. Era un adolescente, y además, ellos no lo sabían, y si lo hubiesen sabido, no les habría importado. Cuando desperté, estaba en una especie de oficina de alcantarilla, pero no es que estaba bajo tierra, es que olía mal y estaba terriblemente desordenado. El hombre que yo había golpeado estaba al frente de mí, con Rebecca en sus piernas. Estaban hablando sobre mí.

—Ben...

—Espera... Claudio, así se llama, dijo que estaba sorprendido de mi valentía —se ríe con voz ronca—, y también me preguntó si me interesaba ayudarlo en unos negocios, que necesitaba gente como yo. Me habló de que yo iba a ser poderoso, y que me daría a Rebecca. Yo estaba loco por ella, así que acepté. Y lo primero que hice al sanarme de los golpes y magulladuras en mi cuerpo fui unirme a la banda del barrio, los oscuros, ese era el primer paso.

—¿Cómo tu papá no se dio cuenta de que te habían golpeado?

—Rebecca se las buscó para ocultarlo, además, mi papá no me visitaba diario. Fue muy fácil.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? —preguntó.

—No sé, tu vida.

Eso hizo que se enojara.

—No sientas lástima por mí, que en dado caso, yo debería sentirla por *ti*.

Ahora su mano estaba quieta en su vientre. Valeria empezó a sentir el peso de su mano, al igual que el de sus palabras. ¿Por qué sentía lástima por ella?, ¿por qué estaba con él?

—Cuando yo recién entraba a la banda estaba el problema de que algunos integrantes de este lado del barrio iban al otro lado a vender sus paquetes. Eso hizo tremendo lío interno. Los dirigentes en ese tiempo decidieron dividirlos en dos hemisferios, norte y sur, para erradicar ese problema de territorio en la familia.

—Tengo una pregunta, ¿cómo es la iniciación? Había escuchado eso de Rose, de cuando te unes a una banda y tienes que hacer cosas para mostrar lealtad...

—No quieres saberlo —respondió tranquilamente pero con misterio en su voz—. Cuando nos dividieron —volvió al tema—, los surcuros nos quedamos sin nada. Porque no teníamos ningún proveedor, éramos unos completos perdedores, entonces yo fui donde Claudio, y él me dio gratis todo lo que yo quise. Y cuando ese producto salió a la calle, se corrió la voz de que de mi lado había un mejor producto, e hicimos nuevos clientes, y una gran fortuna —se le escuchaba orgulloso—. Los norcuros quieren la mitad de esa fortuna, quieren la mitad de nuestros clientes, y quieren comprar donde compramos nosotros.

—¿Por qué exigen tanto?

—Dicen que les pertenece.

—Pero entonces, ¿dónde está toda esa cantidad dinero?

Ben ignoró esa pregunta y siguió contando su historia.

—Claudio dijo que me quería al frente, pero en otro lugar para manejar otros de sus asuntos, porque yo era muy bueno, pero es que ya, a los diecisiete, logré dirigir un hemisferio completo y podía estar en mi casa tranquilo. Yo no quería más mierda en mi vida.

—¿Pero y el dinero?

Ben subió la mirada hacia Valeria.

—Se lo di todo a Claudio, aunque era más de lo que valía la droga que me había prestado en primer lugar, lo hice por Rebecca, porque ella ya sabía demasiaz —Como que me estás gustando demasiado, te estás metiendo en mis venas.

—Empezó a tocarla en cada punto sensible, trató de quitarle el vestido—. Tu vestidito me vuelve loco. Soy un mal amigo —confesó—, mientras te veía en la funeraria no pensaba en la muerte de él, ni siquiera me importaba, yo solo pensaba en que quería tenerte en mi cama. Pensando en que me cansé de jugar a ser el bueno contigo, que quiero tenerte como quiero.

—No soy una posesión —miró sus ojos.

Volvió a besarla, y después dejó sus labios.

—Valeria, tú no tienes idea de quién soy. ¿Por qué no te alejas de mí? —preguntó bajo el aliento, con voz ronca.

—Es que te quiero.

Él se rio entre dientes.

—Yo también te quiero —respondió.

—¿Qué? —preguntó ante su silencio.

—Pídeme que te toque, Valeria...

—susurró—. Pídeme que te haga el amor.

—Tócame —dijo entonces débilmente—. Hazme lo que tú quieras.

Él se tomó su tiempo para quitarse el pantalón, y después pegó su boca de la oreja de Valeria.

—¿Algún día te vas a ir? —preguntó.

Pero entonces Valeria no podía responder.

—Quiero que sepas que todo esto es malo, Valeria, no hay nada de amor en esto, solo puro deseo... ahora te estoy haciendo daño. ¿Cómo le estaba haciendo daño si se estaba

sintiendo en el cielo? Se recostó sobre ella, besó su boca con respiración acelerada y cálida. Después agarró con sus dientes la lengua de Valeria tan fuerte que ella sintió sangre en su paladar, y el sabor metálico se regó por todas sus encías. Comenzó a protestar y a gritarle que le dejará ir su lengua, pero no lo hacía.

Valeria enterró sus uñas en las manos de Ben que agarraban su cara, y él la soltó. El dolor se intensificó en su lengua. Las lágrimas se le salieron solas. No entendía por qué le hacía esto.

—¿Aún me quieres?, ¿quieres que te haga el amor? —Valeria no respondió, estaba demasiado aturdida como para pensar qué demonios estaba pasando.

—Me gustas mucho —murmuró mientras seguía y enlazaba sus dedos con los de ella.

A Valeria le gustaban las eufonías de su boca, sentirlo, lo único que no entendía era su forma de expresar que ella le gustaba *tanto*.

Ben quitó el cabello de la cara de Valeria y miró los labios de ella. Estaban hinchados por su beso aun, los suyos también estaban así.

La besó suave, volvió a ser suave, hasta hacerlo completamente empalagoso. Y entonces Valeria trató de morderlo, pero fue inútil porque él estaba siendo demasiado dulce, él se rio de esto.

Capítulo 25

PALABRAS MALDITAS

Valeria estaba detrás del mostrador colocando en su lugar las nuevas donas que habían venido de la panadería recién hechas. A través del cristal pudo ver un par de tenis que había visto antes.

Lo había reconocido por el color verde chillón. Era Alejandro, pero cuando se levantó para verlo se asustó. Tenía un moretón en la nariz y su boca tenía puntos, además del rasguño que casi se sanaba muy cerca de su ojo izquierdo.

Valeria se tapó la boca.

—Dios.

—Buenas tardes, ¿puedes darme una bebida dé limón, por favor?

—Puede lastimarte la boca —respondió Valeria.

Con la herida que Valeria tenía en la lengua su voz había cambiado porque no podía moverla mucho y eso deformaba un poco su pronunciación. Además, sabía que los cítricos ardían como el infierno. Cuando su mamá le preguntó que por qué hablaba así, respondió que se había mordido la lengua al comer.

—¿Qué te pasó?

—Valeria, por favor, dame lo que te pedí —insistió.

—¿Ben te hizo esto?

No respondió. La chica que estaba al lado de él no le había quitado los ojos de encima a Valeria. Por eso Valeria volteó a verla, porque sentía sus ojos sobre ella. Después de haberla mirado la reconoció cómo la chica que le había escupido en la cara por Gregorio, ¡y ahora estaba con otro chico!

—Lo siento —dijo Valeria con la boca seca. ¿Venían a buscar venganza y a golpearla entre los dos? Los pensamientos en su cabeza fueron incluso más sádicos e incluían un puñal. Giró la cabeza para ver si podía ver a Patricia atrás en la cocina. Quizás se empezaba a gritar desde ahora no les iba a dar tiempo para cortar su garganta.

—No, tu novio no me hizo esto —sonrió—. Sin embargo, no puedo hablar mucho contigo. Eres la chica de Ben, debí haberlo entendido antes de querer meterme en tu ropa interior. Como sea, ya lo hice una vez, no planeo meterme en problemas para volver hacerlo. Aunque me gustes, flaquita.

Valeria entrecerró las cejas. Recordó esa noche. Pero después la expulsó de su mente.

—Yo no te gusto, tú solo me utilizaste para que Ben te diera lo que quieres.

—Pero no lo hizo. De todas formas, lo lamento. Pero realmente sí quería estar contigo.

Ana miró a Alejandro confundida, se empezó a sentir invisible ahí.

Valeria lo miró con asco.

—Eres tan mentiroso.

—Valeria, si algún día las cosas con Benjamín no funcionan, y él te hace daño, tú me dices. Lo voy a matar con mis propias manos.

Ana disimuladamente tocó el costado de Alejandro. Valeria se dio la vuelta y caminó a

la máquina expendedora de jugos. Le dio la bebida y después tomó la orden de batida de lechosa y guineo de Ana para dársela a Patricia. Minutos después estaba lista y se la dio a Ana.

—Lo siento —dijo Ana mientras Valeria le devolvía el cambio—. Quédate con él —se refería al cambio de doscientos pesos.

Entonces ella salió y Alejandro la siguió detrás.

Valeria guardó el dinero en el bolsillo de atrás de su apretado pantalón.

Estaba agotada. Demasiado hondo para poder salir o no, que si Ben era peligroso o no cuando se enamoró de él no lo sabía, y aún sigue enamorada.

* * *

Valeria se miraba la lengua en un espejo pequeño de un antiguo polvo base que tenía su mamá. Se la veía porque temía que se pusiera horrible y nunca se sanara. Aún no entiende porqué le hizo eso, pero no puede sino pensar en él cada vez que ve su lengua.

Ella estaba sentada en la butaca de en frente. La profesora entró al curso y Valeria guardó el espejo, junto a ella entraron dos hombres con camisa.

Entró en pánico, pero después supo que no eran agentes policiales que venían a tomarla por todo lo que sabía ahora de los oscuros y sus contactos, o su gran fortuna no líquida (aún no entendía qué significaba «liquidez» en ese ámbito).

—Buenos días, alumnos. Estos señores quieren darles una importante información...

—dijo la maestra y miró a ambos chicos.

—¡Buenos días, chicos! —saludó enérgicamente—. Somos de la Universidad de las Américas y somos egresados del año comprendido entre 2006 y 2007 —señaló a su amigo—. Ustedes están a ley de meses de terminar la educación secundaria, ¿no es así?

—Sí.

—Sabrina contestó con una sonrisa—. Salimos en junio.

—Es por eso —habló el otro chico—, que queremos traer a su atención los programas de becas que ofrece nuestra universidad a los estudiantes sobresalientes.

Se escucharon varios chillidos de parte de Sabrina y otros chicos, como Freddy.

—Para información, aquí tengo unos volantes, y los interesados pueden levantar la mano.

Sabrina alzó su mano, Carolina también, y Freddy, y dos más. Valeria decidió alzarla ella también. Sus notas no eran malas, es más, podía decir orgullosa que eran buenas.

Uno de los jóvenes le pasó el volante. En letras azules estaba escrito: UNIVERSIDAD DE LAS AMÉRICAS. Más abajo decía: REQUISITOS, y lo último que tenía era una del campus y su dirección, correo electrónico y teléfono.

—¿Se refiere a que una beca nos cubrirá todo? —preguntó Valeria. El chico miró a Valeria con tanta amabilidad que creyó que estaba actuando.

—Claro que sí. El pénsum y los créditos —volvió a mirar al frente—. Hay diferentes tipos de becas, hay gente que puede sacar una media beca, otros una full. Sea cual sea que ganen, sepan que son afortunados, nuestra universidad convoca a más de mil estudiantes sobresalientes para elegir solo a unos quince.

Valeria lo creyó imposible. Ni siquiera estaba pensando que podía ir a la universidad.

Pero era una oportunidad tan brillante... quizás sí podía cambiar su futuro. Dobló el papel en dos y lo guardó en su mochila. Pero después olvidó que estaba ahí.

* * *

Era mitad de marzo ya, y tía Victoria había ido al colegio de Valeria a preguntarle por qué se había retrasado tanto en sus pagos quincenales de dos mil pesos. Pero Valeria no entendía, ella le había dado el dinero a su mamá todas estas quincenas que han transcurrido.

Nunca ha dejado de enviárselas o de al menos darle el dinero a su mamá.

Llegó con sus hermanitos a la casa. Ellos se quitaron el uniforme, como quien dice, en la puerta de la casa y empezaron a ver televisión en la habitación de su mamá. Era una pequeña televisión que la misma tía Victoria había enviado como regalo de cumpleaños hacía mucho tiempo, y que a falta de dinero para mandarla arreglar, había quedado obsoleta. Pero hace unas semanas, Valeria consiguió los quinientos pesos de su paga para mandarla arreglar, y la vecina les pasaba el cable, así que sus hermanitos tenían ahora algo para entretenerse que no sea en la calle.

Claribel estaba moviendo el arroz y Valeria se sentó en una de las sillas de madera del comedor.

—Mami, Victoria dijo que no le han llegado los pagos de las últimas tres quincenas...

—¿Ajá? —preguntó desinteresada.

—¿No le estás enviando el dinero que te doy?

—No —respondió tranquila.

—Pero, ¿¡por qué!? —se molestó—. Mamá, yo estoy trabajando duro para saldar esa deuda que nunca disminuye, ¿y tú no le envías el dinero?

—Lo necesitaba para otras cosas. Además, la hipoteca está paga. Solo le debemos a tu tía. Mi hermana. Nuestra familia.

—¡Pero mami!, ¡prometimos pagarle quincenal, no puedes quedarle mal así!, ¿en qué gastaste todo ese dinero?

—En nosotros, la casa, tenemos necesidades.

—¡Pero es mi dinero! —señaló su pecho—. Mi dinero que yo me gano, al menos sí estoy haciendo algo.

—Mira, Valeria —Claribel se enojó, se volteó a mirarla—. Bájame la voz, yo soy tu mamá, a mí no me hablas así.

—¡Es que me tienes cansada!, haces las cosas sin pedirme el permiso, es mi dinero, para que no nos caiga la vergüenza encima, y tú solo te sientas a derrocharlo porque no te costó esfuerzo, eres tan idiota, ¡tú no aguantas lo que yo...!

Entonces Claribel pegó a Valeria en la mejilla, cerca de su boca.

—Dije que no me alzaras la voz.

—Soltó el aire que contenía, suavizándose. De pronto se sintió culpable—. Valeria, soy tu madre, te estoy manteniendo desde que estuviste en mi barriga, no te atrevas a faltarme el respeto. No te atrevas a alzar me la voz, no te atrevas a juzgar mis decisiones porque te doblo la edad por mucho, y siempre sé lo que hago. Mucho más de lo que tú podrías.

Valeria la miraba llena de ira, tenía dos lagrimones que se le habían escapado por la impotencia y sentía el ardor en su mejilla. Iba abrir la boca.

—Ya no me digas nada más, yo dejo que salgas a altas horas de la noche, dejo que te juntes con esas amiguitas tuyas y duermas en sus casas, ¡a veces hasta sin avisarme! Dejé que tú y Gregorio fueran novios, ¡a los diecisiete! Una jovencita como tú con novio. Yo dejo que hagas muchas cosas, porque reconozco que mereces cierta libertad, pero que eso no te haga pensar que eres una mujer, en mi casa solo hay una mujer, y esa soy yo — le señalaba con la cuchara caliente del arroz, después exhaló—. Ya, vete.

Valeria zapateó hacia su cuarto y se quedó acostada boca abajo sin preocuparse si quiera por quitarse el uniforme.

¿Qué podía hacer?

* * *

Argentina se miraba frente al espejo. Aunque ya había pasado mucho tiempo que había llorado por Ramírez, sentía el peso en sus ojos, como si aún estuvieran hinchados y rojos.

Algo en ella había cambiado, y no sabía cómo expresarlo. Abrió su gavetero, sacó un cepillo y peinó su cabello en una cola desbaratando sus rizos.

Salió a donde estaba Nina esperándola.

—¿Y a dónde vamos, Argentina? —preguntó Nina—. Pensé que guardaríamos luto antes de salir a cualquier parte.

—Yo quiero hablarte de Valeria...

—la cortó con voz baja.

—Ah...

—miró al cielo—. ¿Qué sobre ella?

—Creo que está metida con La Sombra, creo que él la está obligando, a tú sabes, está con el de una forma... ¿recuerdas cuando queríamos jugarle una broma a Valeria?

—Sí, pero te equivocas —se alzó de hombros—, a Valeria nadie le está obligando a nada, a ella *le gusta* La Sombra.

—¿Cómo le podría gustar él? —se preguntó Argentina.

No era que La Sombra no fuera lo bastante apuesto, porque si lo era, era que se veía muy diferente a ella, y también al tipo de chicas mayores con las cuales La Sombra solía salir, entonces no entiende qué demonios está ocurriendo ahí.

—Bueno, yo no sé, además, ¿qué tiene de malo? —Se encontró a sí misma hipócrita. Porque sabía que tenía todo de malo. Sabía que estaba mal porque ella misma se lo había repetido a Valeria miles de veces.

—Yo creo que él tuvo que ver con la muerte de Ramírez —Argentina se tocaba el arete de su oreja mientras miraba a lo lejos el colmado cerrado—, temo que Valeria corra peligro con él, ella en cierta forma es, tú sabes, como muy ida. No es como nosotras.

Nina no respondió, pero pensó que si algo malo le llegaba a ocurrir a Valeria ella ya no tendría la culpa. Le había advertido varias veces. Honestamente ya no le importaba lo que ella hiciera con él.

Tres dedos marcados debajo de sus ojos y el labio hinchado, eso era lo que tenía. Volvió a buscar el polvo base de su mamá y se lo ocultó. Tomó un poco de jugo de naranja, y su lengua empezó a arder por efecto del cítrico, así que bebió agua rápidamente.

Salió en la noche, a las siete. Ya había tomado una decisión firme y no había forma de que se echara para atrás. Iba a confesar su amor, quizás él también se iba a animar a confesar su amor por ella.

Cuando llegó a la casa de Ben pensó en cómo decirle:

«Ben, *estoy enamorada de ti*». «*Te amo, Ben*». «*Ben, mi corazón late de amor por ti*» y eso último la hizo empalagarse. Era muy cursi. *Te amo*, tal vez solo le tenía que decir así.

—Valeria, hay algo sobre lo cual quiero hablar contigo —Ben salió de su habitación tocando nervioso la punta de su cabello. Valeria ponía la mesa.

—¿Sí?, dime —preguntó sonriendo.

—¿Qué es eso que ocultas en tu cara? —se acercó a ella con su mano aún en su cabeza.

—Tuve un pequeño problema con mi mamá —la sonrisa se le borró.

Ben la examinó, tocó las marcas con sus dedos y después se cruzó de brazos.

—Te dije que no permitieras que te hiciera daño.

—¿A qué te refieres? —preguntó. Él no le había hecho esa marca en su cara.

—A tu lengua —tomó su quijada. Él había escuchado su pronunciación y la forma torpe en que Valeria la movía dentro de su boca para que no se pudiera ver—. Déjame verla mejor.

Valeria abrió su boca, agradeció haberse lavado los dientes antes de ir a su casa, siempre lo hacía.

—No está tan mal —dijo ella cuando él dejó de mirarla y se había sentado en el sofá.

—El problema es que, a veces... a veces pierdo el control, tú me haces perder el control...

Valeria se sentó a su lado. Ella creyó que eso era algo bueno: tener al menos algún efecto en él, cómo ponía sus rodillas a temblar con solo mirarla. Pero para Ben *no tener el control* no era bueno, era malo... significaba que, si empezaba a sentir *eso* por ella la iba a perder, eso lo horrorizó.

—Un día yo podría lastimarte de verdad, Valeria. ¿No temes eso? —preguntó dejando de mirarla. Miró hacia la mesa puesta y notó que solo había un plato, ¿no planeaba quedarse?

—Ya te dije que no me lastimarías a propósito.

—No entendió porqué respondió eso. Si él perdía el control entonces la iba a lastimar ¿Cómo podía controlar eso, entonces?

Ben volteó la cara para mirarla, tenía alguna sonrisa escondida en la esquina de su boca que lo hacía lucir lindo, pero Valeria empezó a sentirse incómoda porque no decía nada.

Sintió una sensación recorrer su caja torácica, como si él la hiciera sentir así, con esa sensación maravillosa.

—Debo irme, Ben —dijo Valeria improvisadamente y se levantó del sofá—. ¿Puedes

acompañarme a la puerta?

Ben lo hizo.

—¿Por qué te vas tan temprano?

—Te dije que tuve un problema con mi mamá, y tengo que estar temprano o si no va a enloquecer.

—Está bien.

Valeria lo abrazó atravesando sus manos por su cuello, se puso de puntillas y besó su mejilla.

—Ben, te amo —susurró en un tono de voz tierno y dulce.

Pero sus palabras funcionaron como una especie de ataque para Ben. Lo había dicho, y era cuestión de minutos para que se fuera. Su quijada se tensó al junto con todo su cuerpo. Valeria lo pudo percibir, y como no escuchó ninguna respuesta de él, sintió desesperanza.

—Me enamore de ti —sonrió, aún en su hombro, aspirando su olor natural—, todo sobre ti me hace sentir mariposas... te amo.

—Entonces sintió lágrimas aflorando a sus ojos, porque lo sentía frío y distante. Las manos de Ben se deslizaron de su espalda.

—Yo te dije que no, que no se puede.

Valeria dejó de abrazarlo. Lo miró a él a los ojos mientras sus estúpidos ojos cedían a las lágrimas saladas.

Él estaba parado allí, luciendo enojado.

Pero no más enojado que Valeria, ella se llenó de tanta ira que su mano se hizo un puño que golpeó directamente la quijada de él. Su mano ahora punzaba de dolor, pero, como sea, ese dolor no se comparaba al que había dentro de ella.

La Sombra volvió su cara, la miró y notó que ella temblaba en su lugar, ¿en serio lo había golpeado?, ¿pero por qué demonios?, ¿y de dónde había sacado la fuerza? Se frotó la quijada, eso iba a dejar una marca.

—¿Qué te pasa a ti? —reaccionó confundido.

—¿Por qué siempre me rompes el corazón? ¿Por qué eres tan cruel?, ¿por qué te busco? —comenzó a golpear su pecho repetidas veces con los puños cerrados.

Él la sujetó de los hombros para que dejara de golpearlo.

—Tú misma te haces daño, tú empezaste todo, Valeria. No voy a decirte que te amo si no te amo de verdad. Eso sería estúpido.

—Dijiste que yo te gustaba mucho, dijiste que me querías.

—Pero no te amo.

Valeria cerró los ojos con dolor, ¡no era justo!

Pero no había más que decir, se sintió tan rota que quería desaparecer.

—Me estás lastimando los brazos —protestó con los ojos cerrados.

La Sombra aflojó un poco.

—Yo te voy a soltar, pero dejarás de golpearme como si estuvieras loca. ¿Cuál es tu problema?

Él la soltó segundos después.

Valeria se limpió la cara y se tapó la boca, como si recién se diera cuenta de que el amor

de su vida nunca la iba a amar, que le estaba dando su cuerpo a alguien que no la amaba.

Se sintió utilizada y tan sucia que quería dejar su cuerpo porque sintió asco por sí misma. Se había convertido en alguien que no era, ¿para qué?, ¿para nada?, ¿para que un don juan tuviera placer a costa de ella?, ¡quién haría eso!, ¡quién podía ser tan cruel como para hacerlo y después echarle la culpa a ella!

Sí, bien, era la jodida víctima. Pero con toda su razón, no era como él decía que ella «se hacía» de víctima, lo era, lo era. Se lo repitió varias veces y así el rencor creció. No entendió cómo su corazón se llenó de tanto odio en escasos segundos.

—Mi problema es que estoy loca, loca, *muy loca* por ti y no sé qué estoy haciendo con mi vida —se pasó la mano por debajo de la nariz—. No sé qué voy a hacer ahora con mi vida.

—Estaba mirando al vacío con pánico y su voz fallaba.

¡Es que no había vuelta atrás!

—Valeria...

—intentó acercarse.

—No... por favor, no te me acerques. No lo hagas —se dio la vuelta aún con pánico. Se limpió la cara y salió de la casa de él por fin.

Cuando avanzó solo cinco pasos, se detuvo, y se dio vuelta, lo miró parado ahí en la puerta luciendo como si no fuera culpable. Como un criminal que acaba de romper un corazón y trata de ocultar las pruebas.

—Yo quiero que desaparezcas de mi vida, del barrio, ¡del mundo!, ¡te odio! —le murmuró con rabia. Un pensamiento pasó por su cabeza—. ¿Por qué no te mueres? —deseó con todas sus fuerzas en voz baja.

No creyó que él la pudiera escuchar, pero sí lo hizo.

Y Ben supo que otra vez había ocurrido, por cuarta vez ahora, como cada vez que alguien dice esas dos malditas palabras:

«Te amo.»

Capítulo 26

LA ESCOPETA DE JIM

Llueve a cantaros afuera, al fin. Porque ha estado lloviendo torrencialmente desde hace seis horas continuas y parece un mal tiempo de los malos. Los contenes están llenos de agua y ya los niños se han cansado de jugar con el agua que cae del cielo y se encuentran dentro de sus casas con frío en los huesos.

Con el tiempo que Valeria tiene que no ve a La Sombra se debería esperar que este bien. Pero no lo está, incluso todo duele más, es cuando te das cuentas de que tenías algo y lo perdiste. Y Dios, no puede dejar de pensar en él.

El cielo se despejó solo un poco y Valeria sonrió. En la casa todos estaban muriendo de hambre. La lluvia los había atrapado sin nada en la despensa y Claribel no dejó que Valeria saliera a mojarse para comprar comida, y si salía, de todas formas la comida que compraría se iba a mojar con la fuerte lluvia.

Valeria se mojó los labios con saliva para quitar la resequedad. Si duraba media hora más así el dolor de cabeza que tendría será el peor en semanas. Después ni la comida se lo iba a quitar.

Carlitos volvió a gritar, y Carol lo volvió a mandar a callar. Ellos dos tenían más hambre que Valeria y su mamá porque habían estado jugando las primeras tres horas que había empezado a llover debajo de la lluvia.

El estornudo de Carol sonó por toda la casa. Claribel apareció en el umbral del cuarto de los niños.

—Ya dejó de llover fuerte, ve y compra dos fundas de pan de agua, y mira a ver si hay mantequilla.

—¡Yo no quiero pan con mantequilla! —se quejó Carlitos.

—Aquí hay huevos y jamón —le respondió Claribel en voz baja.

Valeria se levantó y tomó el dinero de la mano de su mamá y después la sombrilla que estaba en su otra mano.

Mientras caminaba y trataba de no meterse en un charco, veía las calles vacías, ni siquiera las personas estaban en las galerías. Tal vez era porque la lluvia no había perdonado a nadie, o porque aún tenían miedo por la muerte de hace semanas. La gente suele pensar que cuando algo tan drástico ocurre, va a volver a ocurrir de nuevo, y por eso se recogen como si una gran mano los hubiese metido a su casa, incluso las doñas no salían a sentarse a la acera en las noches, y sin las guardianas, no había vida para la gente sana que le gustaba estar en la calle de noche.

Caminó las cinco cuerdas que había que caminar para llegar a la panadería debajo de su pequeña sombrilla, así que cuando comenzó a caer un poco de lluvia su cabeza estaba cubierta pero su cuerpo no.

Cerró la sombrilla al entrar a la parte delantera del lugar que tenía un paraguas cubriendo toda la acera. Miró desde lejos y vio que la panadería estaba repleta de personas.

Después de casi media hora tratando de conseguir pan de agua, solo consiguió dos barras de pan francés. No había más. Cuando llueve las personas piensan que ocurrirá un cataclismo y que deben llenar sus despensas con toda la comida del mundo.

Se dio la vuelta guardando el menudo que le sobraba mientras agarraba la sombrilla y las dos barras de pan debajo de su brazo izquierdo.

Levantó la vista, él iba entrando con una gorra, una franela y unos jeans flojos con un par de calizos, como si el clima no estuviera lluvioso, como si el frío no fuera con él. Ella lo miró lo suficiente como para que él la notara, pero entonces ella no le dijo nada. Y él hizo como si no la viera y desvió su vista hacia el frente, pasándole por el lado como si fuera otra persona más y rozando intencionalmente su hombro con el hombro de ella.

Valeria volteó la cabeza pero él no lo hizo. Tragó saliva pero su boca estaba seca, así que sintió raro. Ahora su hombro quemaba. Recordó que había deseado que se muriera, respiró hondo mientras salía y cogía la misma brega para abrir la sombrilla y tratar de sostener los panes.

Cuando ella llegó a su casa se sintió horrible.

* * *

A mitad de la noche despertó con lágrimas en los ojos, la respiración acelerada y con un miedo intenso. Soñó que se había muerto. El sentimiento la hizo sentir muerta en vida. Miró a los lados, se tocó la lengua con el cielo de su boca.

Eso era lo que hacía, tocar su última marca para recordarse a sí misma que podía sentir.

Se volvió a acostar, pero no cerró los ojos otra vez. Es más, no pudo dormir en toda la noche.

En la tarde, cuando estaba a punto de oscurecer y Valeria volvía del trabajo con ojeras debajo de sus ojos, Nina, Marian y Argentina hablaban, pero cuando Valeria llegó donde ellas se callaron.

—¿Pasó algo? —preguntó con una sonrisa débil.

—No...

—dijo casualmente Marian—. Solo hablamos de un chocolate con galletas de harina que se hará en mi casa esta noche, invitaremos a todos.

—Bien, yo quiero ir —dijo Valeria sin ganas.

Nina cruzó miradas con Argentina, y entonces esta última haló el brazo de Valeria y se alejaron un poco de las otras dos para que no las escucharan.

El clima seguía frío y el sereno de la noche murmuraba contra su piel haciendo que esta se engrifara.

—Yo sé que tenías algo con La Sombra —comentó Argentina.

—¿Quién te dijo eso? —frunció el ceño.

—Me di cuenta el día que murió Ramírez, como sea, no es eso lo importante, es que.. bueno, La Sombra seguro estará ahí—inclinó un poco la cabeza. En su rostro había preocupación.

—¿Dónde? —preguntó.

—En la casa de Marian, esta noche —dijo como si no fuera obvio.

—Está bien, puedo lidiar con él...

—En realidad no podía. No podía verlo de lejos ni de cerca.

—No —dijo como si le doliera—. No es bueno que vayas, Val, sé que no soy la mejor para consejos, pero por favor, no vayas.

Valeria se sintió confundida. Miró hacia Nina y Marian, quienes le daban la espalda.

—Está bien —asintió—. Está bien, tengo otras cosas importantes que hacer.

—Señaló con su dedo pulgar hacia atrás mientras se alzaba de hombros—. Nos vemos después.

* * *

Los niños estaban ovacionando a los surcuros en el juego de la cancha local. Carlitos, después de la entrevista, se había hecho fan número uno del equipo, y Carol, con la promesa de salir de la casa y poder comer helado, estaba enamorada de la idea de ir a la cancha a ver los juegos de baloncesto. Y era obvio que la persona que los tenía que llevar era Valeria.

Al menos había una ventaja: podía verlo después de casi un mes. Incluso abril ya se estaba yendo.

Los ojos de Valeria no se despegaron ni un segundo de Ben mientras jugaba. Pero cuando en medio tiempo una mujer fue donde él y lo abrazó de esa forma, tan... cercana, sintió que su corazón caía de un precipicio. Los ojos se le aguaron.

—Vámonos, niños...

—No, Val, ¿por qué? —protestó Carol ahora entretenida con un videojuego que un niño le había prestado.

—Sí, ¿por qué? —exclamó Carlitos sin despegar los ojos de la pelota que repicaba por toda la cancha. Estaba inclinado hacia delante con la boca abierta lista para gritar si veía que encestaban, y también listo para abuchear si los Olivos, equipo contrario que estaba de visita, anotaban.

—¡Solo vámonos, ya les dije! —Valeria se levantó y bajó el escalón de las gradas.

—No —se cruzaron de brazos. Valeria los haló a los dos, pero juntos ellos dos sus fuerzas eran más que las de Valeria. Incluso si estaba de pie y alguien la empujaba podía caer sin tener que ejercer mucha presión.

Los niños la estaban haciendo pasar un ridículo porque la gente en las gradas ya se estaba dando cuenta de su malcriadez.

—Pues se quedan solos —dijo, y empezó a caminar con lágrimas en sus ojos hasta salir de la cancha. Los niños le siguieron detrás cuando vieron que era en serio y que se quedarían solos en la cancha.

Entonces, *era cierto*, Ben tenía una novia con un cuerpo envidiable, grandes caderas, gran culo y tetas promedio. Además su cutis era más perfecto que el de Valeria o tal vez solo era por el maquillaje. Como sea, algunas veces Valeria tenía pequeñas espinillas en su barbilla o en los lados de sus orejas. Eso había empezado a ocurrir cada vez que estaba cerca de su período. Además, algunas veces la piel de su nariz se ponía grasosa, y tenía que lavarla tantas veces hasta que se pusiera roja.

¿Por qué Ben le hacía esto? Y más después de que ella le dijo que lo amaba... Le iba a preguntar. Echó a un lado su orgullo, echó a un lado todo lo demás. Y cuando la noche

empezaba a caer, que la luna y el sol se juntó en el cielo gris, Valeria se sentó en el escalón de la puerta de la casa de Ben.

Pero él nunca llegó, y se empezó a desesperar con el trasero entumecido allí.

—¿Valeria? —Valeria miró a Estefani frente a ella—. ¿Qué haces aquí?

—Busco a tu sobrino.

—Uhm... él tiene días, que digo, semanas que no duerme aquí —su voz había sido cuidadosa.

—¿Dónde duerme? —preguntó quieta.

—Tiene una novia llamada Ángela y está viviendo con ella, es en el otro lado de la cuadra, igual, ¿para qué lo quieres?

Valeria se levantó con la boca abierta, con ambas manos en su cintura. Y volvió a ahogarse con sus sentimientos.

—Estefani, dime, ¿por qué él me hace esto, si lo amo? —preguntó en un hilo de voz, a punto de ceder.

Estefani miró a Val con pena.

—Lo siento, pero tenías que saber que esto no era serio, era solo sexo...

—Pero yo lo amo —respiró profundo, en su mente existía el hermoso cuento de hadas de que solo se necesitaba de una persona amando para una historia de amor—. No lo entiendo.

Estefani la abrazó porque vio que se quedaba pálida.

—Ven a mi casa.

El cuarto de Estefani era lindo, color lila, con un televisor, una media cama, y un gavetero. También había bonitas cortinas y no olía a nada. Solo neutro, sin olor.

Valeria se acostó junto con Estefani, y miró hacia el techo de cielo raso del cuarto.

El amor de su vida tenía otra.

«No me ama» se escuchó a sí misma en su cabeza.

«Tiene otra, tiene otra».

«Otra» se repitió en su cabeza de nuevo.

—Valeria, no merece que estés así por él —dijo Estefani al notar que Valeria lloraba en silencio con las mejillas mojadas y con los labios temblándole.

—Pero lo amo, le dije que lo amaba y me dejó.

—Se tapó el rostro. Su voz se quebró mientras Estefani pasaba su mano por el flequillo de su cabello mojado con sus propias lágrimas—. ¿Por qué me hace esto?

¿Por qué le hacía tanto daño? Ni siquiera había esperado un tiempo prudente. Se había ido con otra apenas tuvo la oportunidad. Se olvidó de todo lo que ocurrió entre ellos, de todo lo que ella le había permitido que él le hiciera.

¿Cómo demonios pudo hacerlo si ella no podía borrar nada? Tenía su estúpida saliva en su boca, tenía rastros de unos morados entre sus piernas, tenía unas pequeñas manchas en su vientre y aún tenía los dedos de él marcados en sus brazos cuando la sostuvo para que ella no lo siguiera golpeando. Tenía marcas de él en todo su cuerpo, como si ella fuera un territorio y él el dueño de toda su extensión. ¿Entonces él no tenía nada para acordarse de ella?

Perder todo. De eso se trataba. Cuando amas, pierdes todo.

Se mordió el labio mientras peinaba su cabello en una cola alta y se dejaba la frente pelada sin ningún flequillo.

«El primer amor nunca se olvida», ese era el nombre de un poema que la profesora de Valeria había leído hacía unas semanas. Decía que también rompía el corazón, que por eso no se olvidaba. Nunca pensó que iba a ser tan doloroso, nunca pensó que era real, pero no estaba cerca de poder olvidarlo, quizás nunca lo iba a hacer.

Evitaba salir a la calle, si salía, corría el riesgo de verlo. Y no quería hacerlo. La herida aún palpitaba en su corazón.

Odiaba el hecho de que él nunca le dio una explicación, el hecho de que solo se fue de su casa a vivir a la casa de la otra. El hecho de que ya no la mira más. ¿Tanto miedo temía de ser amado?

Respiró hondo, se puso el rímel de su mamá y se pintó los labios.

—Valeria, te busca un chico —Carol tocó la puerta del baño.

Valeria salió de inmediato. Gregorio la estaba esperando.

—Mamá, ya sabes que vuelvo temprano —anunció saliendo por la puerta.

—Cuídate —le pidió.

Gregorio había comprado un motor sesenta, porque después de que la policía devolvió el auto manchado de la sangre de Ramírez, no valía la pena cambiar el tapizado para volver a usarlo y lo vendieron por libra en una herrería.

Fueron a una pequeña cafetería al aire libre cerca del centro de la ciudad. Comieron un par de empanadillas de pollo. Después hablaron un poco, o quizás Gregorio fue quien habló, porque Valeria seguía mirando al vacío.

—Te pusiste maquillaje.

—Gracias por notarlo —respondió rápidamente.

Gregorio se inclinó un poco y sus labios tocaron los de Valeria. Ella lo apartó espantada.

—No hagas eso.

—Lo siento.

Valeria respiró profundo.

—No, yo lo siento, está bien, bésame —cerró los ojos.

—No —dijo él—. Está mal que intente aprovecharme de esta situación.

«Situación», ¿Ben le había dicho algo?

—¿Qué situación?

El no respondió, pero si Ben estaba viviendo con Ángela significaba que ya no estaba con Valeria, y que como ella estaba tan asfixiada por La Sombra iba a estar mal y lo iba a necesitar a él como consuelo, a esa «situación» se refería.

Se levantó a pagar lo que habían comido.

—Vámonos, Valeria.

El encendió su motor y Valeria después se montó detrás de él. Apretó su torso con sus brazos y susurró un *lo siento* audible solo para ella. Al menos agradeció que él no

intentara aprovecharse de ella más allá de un beso, porque no estaba lista para hacer nada de eso.

Pero Gregorio tuvo que ejercer control propio porque sentir a Valeria abrazarlo desde detrás era muy agradable. Y su piel estaba cálida y suave. Ben era un maldito idiota por dejarla ir con el corazón roto. Gregorio no creía tener la capacidad para enmendarlo nunca, ese idiota tenía que repararlo y entonces después irse para que él (Gregorio) pudiera al menos lograr que Valeria vuelva a ser ella, *con él*.

Mal amigo era él deseando a la ex de su mejor amigo a más no poder.

Parqueó el motor frente al callejón de la casa de Valeria.

—Solo quiero que estés bien.

—Oh, estoy bien—sonrió.

Gregorio miró su sonrisa, o tal vez solo miraba sus labios tristes y deseables.

—La Sombra es un idiota. Pero te juro, él no quiere a esa tipa más allá de follarla.

—Se detuvo, porque iba a terminar con un: *«más allá de follarla porque tú no estás para él ya»*.

Pero él no quería decir con sus propias palabras que una niña tan dulce como Valeria se acostaba con Ben, no quería admitir que Valeria tenía esa segunda vida, quería pensar mejor que ella seguía siendo la niña inocente de quien él se había enamorado hacía meses. Pero fue lento, muy lento. Sin embargo, Ben no tuvo que mover un dedo y ya la tenía a su disposición. El amor era tan injusto.

Valeria se alzó de hombros, ya no importaba, ya estaba demasiado destruida como para importarle. Si Ben ya no la quería, ¡pues estaba bien!, iba a llorar su pérdida a solas y mostrarle a todo el mundo que no está muerta de amor por Ben.

Aunque así fuera.

—¿Me puedes besar? —le preguntó.

Gregorio vaciló.

—Valeria, esto solo era una salida amistosa, no tienes que hacer esto ni sentirse con la obligación de hacerlo. Yo estoy bien.

—Pero quiero que lo hagas.

Gregorio la miró. Deseaba besarla desde que la había besado en aquel juego de la botella hace unos meses. El mejor beso de su vida, o los mejores, la había besado varias veces pensando que él había sido el único.

Lo que más quería en este momento era agarrar su cintura y pegarla a su cuerpo para después comerle la boca, besar su cuello y tocarla. Realmente quería hacer un sinnúmero de cosas más como sentir su piel con la de él, ambas sudadas.

Se acercó un poco, tomó la cara de Valeria, y ella mantenía los ojos cerrados con una apariencia inocente como la de una chica que nunca antes había sido besada, y se acercó más. A solo centímetros podía sentir la respiración caliente de Valeria salir de su boca entreabierta y ella pudo sentir la de él. Pero antes de que sus labios se tocaran, él se dio cuenta de que no podía hacerlo.

No podía.

Él era fiel, era un maldito loco con todas las cosas que hacía siempre, pero era fiel a su amigo, era cursi decirlo, pero La Sombra era su mejor amigo, y sabe que detrás de esa

roca hay sentimientos, y que detrás de toda esa mierda él (su amigo) estaba loco por Valeria, que ambos amigos estaban malditamente locos por la niña indefensa del barrio.

En vez de eso, besó su frente y después se alejó.

—Te amo, Valeria, pero yo no soy Ben.

—Se marchó sintiéndose estúpido con maldiciones bajo el aliento. Nunca más iba a tener la oportunidad de besar a Valeria. Nunca iba a estar en el lugar de Ben.

* * *

—Acta de nacimiento, certificado de notas, carta de recomendación, el formulario, ensayo...

—miró a Valeria—. ¿Tienes todo anotado?

Valeria miró a Freddy y después a Sabrina.

—Sí, señora, tengo todo anotado.

Freddy se tocó su cabello grasoso.

—Yo ya tengo todos mis papeles arreglados. Voy a ir la semana que viene.

Sabrina apiló unas hojas.

—A mí solo me falta que expidan mi acta de nacimiento. ¿Valeria, tienes tu acta?

—Sí. Tengo todo menos en el ensayo, porque no tengo idea de qué quiero estudiar.

Estaban hablando de las becas que la UDA había ofrecido la semana pasada. Sabrina estaba tan entusiasmada que permitió que Freddy se juntara con ellas. Y en realidad solo lo permitió porque no tenía idea de cómo hacer su informe sobre la carrera que iba a estudiar.

Freddy quería ser ingeniero civil, porque su papá lo era. Sabrina quería ser doctora en medicina y especializarse en pediatría. Pero Valeria no tenía aún la más mínima idea de qué estudiar.

—¿Qué tal psicología?

—No me gusta la psicología —Valeria miró a Freddy.

—¡Derecho!

Valeria resopló.

—No, chicos, no es lo mío, soy muy fácil de convencer.

—¿Y de verdad no tienes absolutamente nada en mente?

—No —negó con la cabeza. ¿Qué quería ser en un futuro?

—Hotelería y turismo. Nuestro turismo es bien rico, Valeria, gracias a nuestras playas y clima —Freddy se emocionó.

—No quiero terminar cantándole a los niños de los turistas mientras ellos se dan la buena vida.

Freddy agarró su folder y lo metió en su mochila.

—Yo ya me voy—dijo él—. Espero que encuentres tu carrera.

Sabrina esperó a que Freddy se marchara, abrió las ventanas y sacó el ambientador de su cuarto de baño. Se tapó la nariz.

—Ese chico huele a berenjenas.

—No seas cruel —respondió Valeria sin mirarla.

—¿Cómo te visualizas?

—No lo sé.

—¿Quieres casarte?

—No. Casarse es estúpido.

—Aunque sea un mandato de Dios, Valeria no quería saber del matrimonio, nunca. Sabrina asintió.

—¿Qué te gustaría entonces?

—¿Qué tal si estudio contabilidad y después consigo hacer una especialización en secretariado? Se me dan bien los números y me gustaría vestir formal todo el tiempo.

—Se recordó lo bien que se veían las secretarias en la oficina del estado cuando fue a buscar su acta de nacimiento.

Sabrina chasqueó los dedos.

—Eso está genial. ¿Sobre qué harás tu ensayo?

—No sé —pensó un poco más—. ¡Ya sé! Hablare sobre el déficit en las nuevas empresas y por qué ocurre. Escuche a un hombre hablar de eso en la iglesia. Puedo preguntarle y terminar el informe.

Sabrina aplaudió. Y ambas rieron felices.

* * *

—Entonces, la UDA dijo que según mis recursos podían darme un lugar donde vivir cerca del campus o algo así.

—¿Y piensas que te dejaré vivir tan lejos?

—Mami, esto es una gran oportunidad, ¿de dónde podrías sacar para pagar mis estudios universitarios?

Claribel lo pensó. No estaba de acuerdo.

—Voy a pensarlo... Valeria, ¿crees que Carlitos tiene sobrepeso?

Valeria rodó los ojos.

—No lo sé.

—Me preocupa —chasqueó la lengua.

—Es un bebe, déjalo ser, mamá.

Claribel se quedó pensando. Valeria caminó al cuarto para guardar sus papeles de solicitud de la beca debajo del colchón.

Esa tarde en el trabajo se encontraba de espaldas al mostrador contando el menudo de su bolsillo. Oyó que Patricia despachaba a alguien. Después alguien llamó. Una chica vestida de uniforme de oficina pidió una batida. Cuando Valeria se la fue a llevar se sorprendió al ver a Ben ahí con su novia. La novia que todos en el barrio conocían y que había robado a Ben de ella. La chica con la que vivía ahora. Retuvo el aliento mientras volvía detrás del mostrador.

Él estaba cruzando la línea.

—¿No era ese el chico que siempre venía tras de ti? —preguntó Patricia en voz baja. Valeria despertó de su sueño y miró a Patricia.

—Al parecer.

—La tipa es una zorra, solo mírale los tacos a estas horas del día. ¡Y el maquillaje!

Pero era linda. Y tenía un cuerpo lindo y ojos grandes y claros. Trató de apartar la

mirada de allí, pero no podía, lo extraña tanto, a Ben.

Él parecía como si nunca la hubiese conocido. ¿Cómo se atreve a actuar así frente a ella cuando habían compartido tanto? Se estrujó la cara, el amor era injusto. Muy injusto.

—No quiero estar aquí. ¿Puedo irme ahora? —preguntó a Patricia en voz baja.

—Puesto que has trabajado extra las últimas semanas, te lo daré. Anda, vete —haló a Valeria del codo—. Ni siquiera lo mires cuando te vayas.

Pero fue inevitable que sus miradas cruzaran mientras salían. Cuando Valeria estuvo en la calle se dio cuenta de que cuando él la miraba, ya no había nada en sus ojos.

* * *

Ben estaba limpiando el pequeño vejestorio que había comprado. Se trataba de un Jeep rojo del noventa y ocho, y con el nuevo motor que tenía corría más que cualquier auto del dos mil, pero nadie más tenía que saber eso. Había que mantener las apariencias con el viejo jeep que «no» servía para nada.

Gregorio apareció por la puerta del garaje, reconoció a Ben por el tatuaje de luna en su tobillo.

—¿Qué ha pasado contigo y Valeria?

—Nada que sea tu problema —respondió sacando la cabeza de debajo del jeep. Estaba arreglando el mofle que se había zafado de su lugar.

—Es cierto, no es mi problema, pero tú eres amigo y ella también—espetó—, solo dime qué ocurre.

—Ella me dejó, me dijo que me amaba y después no volvió. Yo simplemente la dejé ir y decidí buscar a alguien más. Ya no quiero nada con ella —se limpió las manos de sus jeans dejando un rastro de polvo negro en él—. No puedo obligarla a estar conmigo, ¿entiendes?

—Eres un imbécil. ¡Porque tú la amas!

Ben se rio de eso.

—No amo a Valeria.

—No sé cómo logras estar con esa otra con la que te ves ahora. ¿Te pones a pensar en Valeria mientras te acuestas con Ángela, cierto?

La sonrisa de Ben se borró. Apretó el puño.

—Cállate la boca, ¿sí?

—Si ella te ama, y tú la amas, ¿por qué tienen que hacer un gran lío sobre eso?

Ben bufó. Él no entendía nada. Valeria lo había dejado y punto, porque se había cansado de él. Le deseó la muerte, ahora lo odiaba con todo su ser.

—No sé qué mierda vio en ti, eres un hijo de perra.

Ben se limpió las manos del pantalón de nuevo, como una especie de tic nervioso. Ni siquiera reaccionó a la forma en que Gregorio ofendió la memoria de su madre.

—Aun si yo le dijese a Valeria que la amo, no cambiaría las cosas. He jodido todo bastante, a estas alturas quiere degollarme. Yo no puedo hacer nada.

—Tienes razón —razonó—, tal vez ahora es mi turno, se ve que es buena, ¿la recomiendas?

Ben lo ignoró.

—Digo, si tú solo la estabas usando entonces por qué no podría yo o mis amigos, ¿qué me dices?

Ben se levantó molesto, Gregorio no retrocedió cuando Ben se pegó de él con la quijada en alto.

—Será mejor que te calles, eh, hoy te has cogido con hablar solo disparates. No estoy para aguantarte.

—¿Pero por qué me callaría?, ¿te molesta que ahora la quiera para mí?, ¿por qué? —Sus gestos se arrugaron en una forma burlona.

Ben tenía la mandíbula apretada.

—Me parece estúpido que seas así sobre el tema de ella cuando me has dejado claro que no quieres nada más con ella. Es hora de dejar que alguien más la disfrute, no solo tú —entrecerró los ojos con una sonrisa cínica—. Después te haré el favor de recomendarla a los demás muchachos.

—Ya basta, ¿no te cansas de hablar incoherencias?

—¿Cómo tú te cansaste de Valeria, y cuando para ella las cosas se pusieron serias la abandonaste? No, esa es la respuesta.

—Sabes que eso no fue lo que pasó.

—¿Y qué pasó?

—Que no puedo... amarla. No la amo y no quiero amarla nunca.

—No puedes amarla, y no quieres, pero de hecho, lo haces. Lo haces tanto que tus ojos brillan. Pero tu maldito orgullo no te deja darte cuenta de que esta vez la cagaste, amigo.

Ben se tapó el rostro. Gregorio se calló...

—¿Por qué estás así? —preguntó Gregorio cuando Ben se pasó la mano por el cabello revelando sus ojos rojos.

—Porque tienes razón —lo miró a los ojos—. La amo.

No se escuchó como él mismo, ¿Quién era esa persona dentro de su cuerpo diciendo esa palabra? Quizás su otro yo que había enterrado hace tiempo. Se sintió extranjero en su cuerpo, estaba tratando de asimilar el sabor de esa palabra, tratando de saber si era verdad o mentira.

—La amo...

—Se lo repitió, pero no a Gregorio sino a sí mismo, ¿desde cuándo la había empezado a amar?—. La quiero conmigo y que me cuide como si yo fuera un niño. No quiero a ninguno en su ropa interior. Si algún malnacido se atreve a meterse con ella juro que lo voy a matar con la escopeta de Jim.

Gregorio sonrió. La escopeta de Jim era sagrada de alguna forma.

—Es hora de que soluciones las cosas —dijo Gregorio. Salió del garaje de Casa Central.

Pero decirle a Valeria que él la amaba era como despedirse de ella. Lo sabía. Había una razón de porqué su otro yo debía permanecer enterrado muy dentro de sí.

Capítulo 27

GRITAR LOS SECRETOS

Reunir valor.

Amarrarse los pantalones e ir a decirle que la amaba.

Se devolvió. Era estúpido. Valeria lo odiaba. Lo quería ver muerto. La única forma de que Valeria estuviera feliz en su presencia era si él estaba en una caja o tres metros bajo tierra.

Fue al baño a mirarse en el espejo. Dios, su cabello estaba demasiado largo ya. Casi la mitad de su dedo índice. Iba a arreglar eso y se lo recortaría todo otra vez. Se estaba viendo a sí mismo con la cabeza recortada al estilo bajo y una barba también. Tal vez le añadiría más seriedad, tal vez combinarían con sus ojeras y las arrugas prematuras que aparecían en su frente cuando estaba concentrado en algo.

Se tocó la quijada. Sí, era lo mejor. Antes de ir a donde ella se iba a recortar el cabello y a afeitarse la barba. Tal vez se haría una barba en forma de candado.

Le tomó un día y medio volver a traer la poca ropa que había llevado al apartamento de Ángela por dos razones: la chica no quería que él se fuera, y después de miles de maldiciones y de arañarle los brazos, lo dejó ir. Lo segundo era que no quería llamar la atención de todos cargando con los bultos.

Pero después pasaron tres días. Y Valeria nunca llegó. ¿Cómo iba a llegar si no sabía que él ya estaba en casa? Ah, verdad que ella lo odia y de todas formas ya no va ir donde él.

El quinto día estaba decidido a que ya todo se iba a quedar así y que Valeria estaba bien.

Mientras Ben estaba en la esquina riéndose de un disparate que había dicho uno de los que creía ser su amigo, observó por el rabillo del ojo que Valeria salió de la casa de Marian. Estaba sola y a juzgar por la dirección se dirigía a su casa.

Ben se levantó disimuladamente, y después de un segundo, la siguió a paso lento. Antes de que Valeria entrara al callejón de su casa, corrió para alcanzarla, y cuando lo hizo, agarró su codo.

—Quiero hablar contigo.

Valeria sintió escalofríos en su médula. Es que tenía tanto tiempo sin escuchar su voz que se derritió, no entendía por qué rayos seguía teniendo ese efecto en ella.

Ben la haló para el callejón, casi al frente de su casa. Estuvieron frente a frente durante unos segundos mirándose a los ojos sin decirse nada.

Él respiró profundo.

—Volví a mi casa.

Valeria no respondió. No tenía idea de que decir; de alguna forma, verlo allí parado en frente de ella le dolía como nadie podía imaginarse.

—Valeria —se rascó la cabeza rapada—, te amo.

Pero ella no respondió. Ben se impacientó.

—Te amo, ¿me escuchas? —Hizo una mueca.

Se supone que ahora debía abrazarlo y decirle que ella no lo odia más y que lo ama.

Se supone que debe jurar por todo lo que ella es que nunca lo va a dejar.

Pero ella no reaccionaba. Se había quedado paralizada mirándolo.

Ben dio un paso y Valeria tropezó cuando quiso retroceder. Él tomó su quijada y la besó, pero Valeria no abrió su boca y mantuvo los labios apretados tan fuertes que empezaban a doler.

Él se alejó un poco aún con las manos en su quijada y cuello, y ella tenía los ojos cerrados con una mueca de dolor. Ben se pegó más a ella, y quitó la mano que estaba en su cuello para apretar su cintura suavemente logrando que Valeria abriera su boca para poder besarla de verdad.

—Detente...

—balbuceó, tratando de quitar sus dedos de la cara y posteriormente la mano que agarraba su cintura. Pero Ben estaba empeñado en besarla. Porque, diablos, estaba deseando hacerlo desde hacía tiempo—. ¡Claribel! —logró llamar cuando se zafó de los cálidos y tiernos labios de Ben.

Claribel salió al instante, había escuchado todo y después había visto cómo ese chico en la oscuridad obligaba a su hija a que lo besase. Su corazón saltó en su pecho y su sangre se heló. Ni siquiera pudo salir a defender a su hija, se había frizado completamente.

Miró con ojos salvajes los pequeños ojos de Valeria, y después reconoció al chico como el que había participado con ella en la fiesta.

—¿Qué ocurre Valeria? —preguntó con la voz afectada.

—Este chico quiere hablar contigo —respondió con voz temblorosa. Después entró a la casa corriendo.

Desde que llegó a su cuarto se sentó en el borde de la cama con lágrimas en los ojos.

¡La amaba!

¿Estaba bromeando?

Pensó en eso. Sus ojos parecían honestos, pero si la amaba, ¿ahora qué?

Era un idiota, ahora quería volver a jugar con su corazón, y por más que Valeria quería volver a estar con él, poder besarlo, decidió que no dejaría que ocurriese de nuevo.

—¿Qué quiere, jovencito? —preguntó Claribel mirándolo mal.

Ben se pasó la mano por la boca. Estaba deseando entrar y sacar a Valeria de ahí. Llevarla a su casa, y retenerla ahí hasta que dijera que también lo amaba. Que ya no importaba lo que había ocurrido.

Que ella dejara que él la besara y después prometiera nunca irse. Nunca, nunca irse.

Pero él sabía que Claribel esperaba una respuesta.

—Su hijo... su hijo quiere que lo lleve al club de Nintendo, ¿lo dejará ir?

—Estás no son horas de venir a preguntar eso.

—Lo lamento —dijo.

Claribel cerró los ojos con dolor.

—Vete, por favor —trancó la puerta de la casa.

No entró al cuarto de Valeria. De pronto se sentía inquieta, ¿ese chico era el que había

tratado de aprovecharse de ella?, ¿le había hecho daño? Un montón de suposiciones llenaron su cabeza. Su hija estaba siendo acosada por un chico. Se sintió tan impotente. De seguro que si su papá estuviera aquí ningún chico se atrevería a ponerle la mano encima.

* * *

El colegio se sentía diferente. O tal vez, solo Valeria se sentía diferente. Sentada en la segunda butaca del frente, cerró los ojos.

«Te amo» parecía un sueño, ¿cómo iba a saber si era real? «Miente, miente». Valeria se muerde la lengua. Ya no siente nada de dolor.

—Valeria, ¿trajiste tus papeles?

Valeria abre los ojos.

—Sí, sí —coge su bolso y saca el folder—. Acá está todo, ¿estás segura de que no hay problema?

—No, no —contestó—. Pero si eres pre-seleccionada tendrás que ir tú en persona a la capital, para la entrevista.

—Me las averiguaré.

Freddy llegó de golpe y pisó a Sabrina.

—Eres un idiota, ¿sabes?

—Eh, cuidadito, que aún tengo tu informe en mis manos.

Para Valeria era trampa que Sabrina solicitara la beca con un informe que ella no había escrito. Y más porque Valeria se había tomado varios días para poder recopilar información, y molestó varias veces al hombre de la iglesia para que la ayudara.

Pero no comentó nada, si no fuera por Sabrina no podría aplicar para la beca, porque Valeria no tenía dinero para pagar el transporte y la dieta de ir un día a la capital del país. Pero Sabrina sí, y ella le iba a hacer el favor de depositar sus documentos.

Sabrina le dijo una grosería a Freddy, y Freddy le devolvió otra.

Valeria ignoró las demás groserías que se siguieron diciendo. No le convenía meterse en eso. Cerró sus ojos y dejó de escuchar. Por ese momento solo retuvo el sonido de la risa de Ben. Aunque él era un alma oscura como decían muchos, él sonreía, y era bella su sonrisa.

Una noche habían estado hablando y Valeria salió con algo tonto. Él se rio tanto que su rostro se puso rojo. Su risa duró tanto tiempo en la cabeza de Valeria como el extraño canto de un ave exótica de una isla paradisiaca, y ahora se reproducía una y otra vez sin cesar, lo suficiente para silenciar el mundo a su alrededor y ser feliz dentro de su mente.

«Pero ahora dijo que te amaba» se dijo a sí misma. Sonrió. Sintió algo en su pecho.

—¿Sera verdad? —se preguntó en voz alta. Ambos, Sabrina y Freddy, dejaron de pelear y voltearon a mirar a Valeria.

* * *

Era viernes, el segundo de mayo, Valeria llegó a su casa cansada y llena de sudor. Aunque estaban a mitad de primavera.

Cuando Carol y Carlitos entraron empezaron a gritar de alegría. Entonces Valeria notó las inmensas fundas encima de la mesa y sobre las sillas y unas cuantas en el piso.

—Mami, ¿qué es todo esto?

—Hice una megacompra.

Carol y Carlitos ya empezaban a sacar las galletas y los refrescos que su mamá había comprado.

—¡Cereal! —gritó Carlitos al sacar una caja tamaño jumbo.

—¿De dónde sacaste el dinero? —preguntó Valeria susurrando.

—Oh Valeria, solo disfruta y no te preocupes tanto.

—¿Pero cuánto hay aquí? —Valeria se asombró cuando vio que Carol sacaba una caja de waffles y después la miel de alce—. En serio, aquí hay miles de pesos.

—¡Niños, ya, que en la habitación hay obsequios!

Carol y Carlitos se miraron unos a otros y se levantaron dejando todo lo comestible que pudieron sacar de la fundas en el piso y encima de la mesa.

Claribel se agachó para sacar los embutidos.

—Mira, ¡compré un extraño salami ahumado!

—Mamá, respóndeme —Valeria estaba ahora preocupada.

—También te hice un regalo —Claribel alzó la voz—: Niños, ¡no se atrevan a tocar el obsequio de Valeria!

Valeria se cruzó de brazos y bufó.

—Me gané el loto. Y fueron veinte mil pesos.

A Valeria se le abrieron los ojos.

—¿Estás bromeando?

—No —estaba contenta.

—¿Y le pagaste a tía Victoria?

—Solo tres mil pesos.

Valeria se escandalizó.

—¡Tan poco!, ay, Dios, mami, ¿por qué?

Claribel se levantó y tocó las mejillas de su hija.

—Mi amor, nos merecemos esto. Mira lo felices que están los niños, lo feliz que estoy yo, ¡sé feliz tú también! —tomó su mano—. ¡Vamos a ver tu regalo!

En la habitación de Valeria y sus hermanitos ahora había un televisor mediano con unos videojuegos encima. Carol jugaba con unas tazas de té y un par de muñecas. Carlitos aún intentaba abrir su nuevo guante de béisbol, y su bate estaba entre sus piernas.

—¿Les gustan sus obsequios?

—¡Sí! —exclamó Carol—. ¡Yo ya necesitaba juguetes nuevos!

Valeria se sentó al lado de una caja de cartón negra.

—¿Y bien?, ¿qué esperas? Eso es tuyo, ábrelo.

Valeria miró la caja y sonrió. La puso en sus piernas y la abrió despacio. Encima había un vestido de encaje con mangas. Era muy sencillo y lindo, Valeria se levantó e hizo como si lo tuviera puesto.

—Oh, sabía que eso iba a pasar, te queda muy por encima de las rodillas.

—Pero está bien.

—Sigue buscando —Claribel le guiñó el ojo.

Valeria quitó un papel de envoltorio y descubrió un par de argollas plateadas.

—Son hermosas, mami.

—No ha terminado aún.

Valeria sacó un estuche de sombras con colores cálidos. Después sacó una barra de brillo labial, un pintalabios rosa, un rímel y un lápiz color marrón.

—En la tienda me dijeron que el marrón te quedaría lindo.

—¿Cómo supieron ellos el color de mis ojos?

—Les dije lo que sabía.

Valeria se detuvo a mirar su maquillaje. Nunca había tenido uno propio y ahora podía maquillarse para sentirse linda.

—Falta algo más.

Valeria le dio vuelta a la caja.

—No, mami, aquí no hay nada.

—Debajo de la cama.

Valeria se agachó y vio unos zapatos de tacón. No eran colosalmente altos, solo medianos, lo suficiente para verse bien con la altura que ya tenía.

—Están preciosos y combinan con la argolla.

—Sé cuánto te gusta ir a la iglesia y siempre vas con los mismos vestidos. Por eso decidí comprarte uno nuevo para que vayas este domingo.

—¿Irás conmigo?

—No puedo. Pero voy a arreglarte —Claribel recordó como ese chico obligaba a su hija a besarlo, y como ella había protestado indefensa bajo su agarre, también ese tono de voz en pánico de su hija quien la veía como su única salvación. Y ella no había hecho nada para evitarlo. Sonrió para no llorar—. Eres una jovencita ya, y realmente te amo, Valeria. Estás empezando a llamarla atención de los hombres y quiero que te cuides.

Era ilógico, porque le estaba comprando maquillaje para que llamara más la atención.

—Deberías conseguirte a alguien que te respete.

—¡Gracias, mami, por todo esto!

—Dios —Claribel estaba conmovida—. ¿Cómo es que no me he dado cuenta de que ya no eres una niña?, ¡eres una jovencita!

Cuando llegó el domingo, Valeria se puso el vestido que vagamente se ajustaba a su cuerpo. Se puso las zapatillas y Claribel aseguró que se veía como una modelo de esas de las revistas.

—Solo tienes que pararte derecha —la enderezó con sus manos—. Ahora siéntate.

Claribel tomó la cara de Valeria y aplicó polvo base. Después procedió a ponerle el lápiz y después la sombra color naranja pastel.

—Eres tan perfecta —dijo, mientras deslizaba la brocha por su piel.

«Era de esperarse» pensó Valeria. Claribel nunca le iba a decir que ella era imperfecta, era su mamá sobre todas las cosas.

A Claribel se le deslizó una lágrima. Es que cada vez que veía el rostro de Valeria se acordaba del suceso de hacía unas noches. No podía parar de pensar que chicos como ese

rodeaban a Valeria y que tarde o temprano iban a querer aprovecharse de su inocencia.

Le colocó el rímel en las pestañas y le pintó las cejas para que lucieran espesas. Sacó el pintalabios rosa y lo pasó por sus labios.

Valeria abrió los ojos y se encontró con la cara de su mamá llena de lágrimas.

—¿Mamá, que pasó? —le preguntó con terror. No entendía qué estaba pasando.

—Mi amor, si alguien te hiciera daño alguna vez, ¿me lo dirías?

Valeria dudó unos instantes. Le han hecho daño tantas veces.

—Sí.

Claribel se limpió los ojos.

—Siento que al maquillarte te entrego a los cuervos.

—Oh, mami, si quieres me lo quito.

—No, no. Estás preciosa, mi amor.

Así se sentía. En la iglesia se le quedaron mirando, incluso recibió miradas lascivas de algunos hombres en las calles. Ya se había transformado en toda una señorita. Cuando salió de la iglesia, a las ocho de la noche, se dirigió a compartir en la casa de Marian.

Eran las amigas de siempre y unos cuantos de los chicos que no eran de nada en el barrio. Esto quiere decir que eran chicos más o menos sanos, y las chicas ya conocían a Valeria. En total eran como once personas.

Y casi todos le dijeron que se veía muy linda.

Valeria no pudo dejar de sonreír y sentirse terriblemente linda. Pero a eso de las diez un grupo de más personas llegó a la sana reunión y trajeron alcohol con ellos. Nadie los iba a detener, la casa de Marian iba a estar vacía hasta las doce porque sus padres estaban teniendo una cena a solas, o hasta que su hermana mayor regresara de donde sea que estaba metida.

De ese grupo la mayoría eran de los surcuros, y lo más extraño no era que Ber anduviera con ellos, sino que estaba bebiendo.

Y él usualmente, o mejor dicho, él no bebía alcohol.

La mano de él estaba encima del hombro de Ángela mientras se arrinconaban a una de las esquinas del patio. El lugar de repente se llenó de bulla, porque las personas borrachas son muy escandalosas.

Valeria estaba de pie con Argentina y Marian hablando. Nina lo hacía con un chico de los que habían llegado y por eso no estaba parada junto a ellas.

La mayoría de las chicas estaban felices porque los surcuros los visitaban. Y algunos de los chicos que estaban desde temprano no tanto.

—No sabe disimular—Marian rodó los ojos.

—¿Quién? —preguntó Valeria.

—El chico de verde Valeria se volteó y vio al chico del afro que ella decía, pero más allá, a la izquierda, pudo distinguir a Ben sentado en una silla con Ángela entre sus piernas. Pero no atendía la conversación, sino que miraba miserablemente hacia donde ella.

Se empinó la botella una vez más. No le había quitado el ojo de encima desde que llegó. Ni siquiera le importaba que ella lo estuviera mirando.

—¡Valeria! —la despertó Argentina—. Si sigues mirando hacia donde él esa tipa puede rajarte la cara, en serio.

—Él me está mirando —respondió Valeria.

Argentina volteó y vio a Ben mirando a Valeria. Parecía un loco. Tenía ojeras y se veía mal.

—Pero no lo mires. Está borracho. ¿No lo notas?

Ben apartó a Ángela de sus piernas, se levantó, y se puso en medio del patio de Marian.

—Escuchen todos por favor.

—Nadie hizo caso, su lengua estaba dormida por el alcohol. Daba pena allí parado—
¡Coño, escúchenme ya!

Silencio. Solo se escuchaba la música urbana de fondo y algunos murmullos. Ben sonrió con su atención.

—Yo estoy mal por una chica. Me tiene loco.

—Hizo círculos en su oreja, su lengua estaba ya completamente dormida—. Ha sido mía muchas veces, pero maldición, me tiene babeando por ella todavía.

Valeria no entendía porqué sentía la necesidad de declarar su amor público por Ángela. Estaba comportándose como un idiota.

—Es una maldita zorra rompe corazones, le dije que la amaba, y me dejó...

Entonces Ben andaba por ahí diciéndole te amo a todo el mundo. Se iba a ir ya.

—No, perdonen, es un maldito ángel, no mataría a una mosca. Aun así mata mi corazón porque no me ama —Ben se tambaleó.

Valeria se dio la vuelta para salir detrás de los murmullos de la gente que se reía de Ben. Era divertido para ellos porque nadie nunca había tenido la oportunidad de ver a alguien como La Sombra humillándose en público.

—Valeria, ¡no te vayas cuando hablo de ti!

Valeria se detuvo con las manos frías, ¿acababa de hacer eso?

Se volteó, la estaba mirando a los ojos.

—Te amo, eres la mujer de mi vida, demonios, te extraño.

Valeria sintió que la sangre dejaba su rostro. Ahora todo el mundo sabía su secreto. No entendió, porque era lo que quería en un principio, pero definitivamente no así.

—Basta, Ben.

—Hizo la mímica con sus labios, pero su voz no salió. Él trató de acercarse y Valeria retrocedió.

Gregorio agarró a La Sombra.

—Hey, amigo, ¿cuántos has bebido?, ¿ahora te imaginas relaciones amorosas con las muchachas del barrio?

Muchos rieron y eso rompió el hielo. Ahora creían que Ben estaba solo muy borracho. Nina se paró al lado de Valeria, porque había dejado de hablar con el muchacho, y la empujó para que saliera de allí.

—¿Me imagino? Valeria es mi chica. ¡Oíste! —Ben miró a Valeria—. Mi amor, te quiero de nuevo.

Valeria se mordió los labios escondiéndolos y salió de allí. Nina se acercó a Ben y le dio una bofetada.

—¡No te atrevas a acercarte a ella, borrachón!

Esa bofetada despertó a Ben. ¿Qué acababa de hacer?

* * *

Todo es tan confuso.

De verdad.

Hace meses, cuando Valeria comenzó a conocer a La Sombra, su mayor anhelo era que todo el mundo se diese cuenta de su relación. Lo que ella quería era que él le dijera que la amaba delante de todos o que le agarrara la mano en público.

Pero ahora ver cómo las personas la miran en el barrio al llegar del colegio le da escalofríos. Ahora todo el mundo sabe su secreto. Ahora todo lo que escucha son las murmuraciones de la gente hablando de ella.

Es horrible. No piensa salir de su casa a menos que sea del colegio a su casa, de su casa al trabajo, del trabajo a su casa y después repetir lo mismo.

Quizás así ellos se callen. Quizás así saquen el nombre de Valeria de su boca.

¿Pero quién le ha dicho que están hablando de ella? Nadie. Es solo que lo ve por sus miradas. Ellos la están juzgando, seguro están murmurando que lucía inocente y en realidad era una zorra.

Ella era el chisme, o al menos eso pensaba Valeria.

La noche después del show que armó Ben en la casa de Marian, una de las vecinas le contó a Claribel lo que había pasado, y le preguntó si sabía que un chico del barrio decía que Valeria era su mujer. Su cara cayó de vergüenza y cambió la conversación.

Cuando Valeria se enfrentó a su mamá, ella no le dijo nada.

En realidad, y sorprendentemente, la trató como nunca antes y no mencionó a Ben ni tampoco preguntó nada.

Valeria estaba desconcertada... entonces quizás nadie estaba hablando de ella, nadie había salido de la casa de Marian a decir con puntos y comas lo que Ben había dicho.

Al menos ahora se sentía aliviada.

* * *

Valeria salía sola del colegio porque Freddy había faltado y Sabrina estaba ocupada en unas clases extracurriculares. Cuando estaba cerca del colegio de sus hermanitos, Ben se apareció en su camino.

Valeria no dijo nada mientras él caminaba junto a ella.

—Te debo unas disculpas.

Valeria le lanzó una mirada asesina.

—Nunca antes había bebido alcohol en mi vida. Yo solo lo hice por ti —sonrió.

Valeria siguió caminando.

—Quiero que sepas que te he estado esperando todas las noches desde aquella noche, y que estoy corriendo el riesgo de que se metan ladrones a la casa porque me duermo en el piso con la puerta abierta.

—No me importa —soltó sin pensar. Se arrepintió.

—Lo sé, me quieres ver muerto.

—¡No! —sonó como si fuera a llorar—. ¡Solo déjame en paz, vete!

Ben dejó de caminar, se dio media vuelta y desapareció después de una cuadra.

Valeria aún no se movía.

Capítulo 28

NO TE AMO

La puerta sí estaba abierta. Pero la casa se sentía muerta. La luz de la cocina estaba apagada y la puerta de su cuarto estaba cerrada. Valeria respiró profundo y tocó la perilla de la puerta del cuarto. Antes de darle vuelta, en la penumbra de la sala, decidió recordar por qué había vuelto.

Necesitaba saber si estaba bien. Era solo por eso. Iba a ver si él estaba bien y entonces después iba a seguir con su vida normal *que no* era normal.

La giró y al principio no vio nada. Lo primero es que la puerta del baño estaba cerrada y la luz prendida, pero solo filtraba por debajo y encima de la puerta; una de las ventanas estaba abierta y el aire acondicionado, apagado.

Ben estaba sentado en el suelo mirando a un punto fijo. El cuarto olía a jabón de leche como si él se acabase de dar un baño. No levantó la vista cuando Valeria entró al cuarto. Solo se quedó quieto, mirando a ninguna parte.

Valeria se iba a sentar junto a él, pero se dio cuenta de que no era apropiado. Se sentó en el borde de la cama y esperó.

Pero él no habló.

—Desde que me enamoré de ti lo que siempre quise fue que todos lo supieran, pero Ben, no me refería a eso. Todos te miraban, y me miraban a mí. Es horrible ser el blanco de las críticas. Es horrible sentirme así, porque yo realmente si...

—Una vez tuve un problema en la escuela —Ben empezó a hablar con voz ronca. En realidad sabía que Valeria iba a repetir que lo amaba y él no quería eso—, cuando volví a casa mi mamá me dijo que todo estaba bien y que no tuviera miedo de ir al colegio al otro día. También me dijo que me amaba con todas sus fuerzas, ¿sabes que pasó al otro día?

Valeria no tenía idea.

—Entré a la habitación de mis padres y como no la encontré y el piso de la habitación estaba lleno de agua, entré el baño y vi el brazo de mi mamá hinchado y morado por el agua. Tres semanas después mi papá me dijo que mamá estaba en un mejor lugar, y que yo era lo único que le quedaba. Y que me amaba con todo su ser, ¿sabes qué hizo él?

Silencio de nuevo. Ben sonrió con tristeza.

—Elegió a la vieja esa en vez de mí y abandonó a su hijo con una drogadicta en la casa donde su madre se había suicidado.

—Ben...

—Valeria trató de hablar.

—Unos meses después me enamoré de esa hermosa rubia, y pensaba que el amor era bueno, me dijo que me amaba aunque fuese un adolescente, y semanas después me confesó que era la mujer de Claudio, pero que aun así me amaba, y entonces se fue a vivir con él.

—No dejó que Valeria pensara en una respuesta—. Me dijo que yo debía estar solo y se fue con ese hombre que después de unos pocos meses quería matarla y desaparecerla de

la faz de la tierra.

Ben se pasó la mano por la cabeza rapada.

—Hace poco tiempo me enamoré de una chica del barrio, supe que las cosas iban en serio cuando la veía y me ponía nervioso. Pero no porque fuera un marica de esos que sienten mariposas, no, Valeria, sino porque esa linda chica estaba loca por mí y muy pronto me iba a decir esas dos malditas palabras. Y sabía que entonces se iba a ir de mi vida y me iba a dejar sin nada. Porque no puedo amar, Valeria, todas las personas que amo se van. Todas las personas que me aman se van.

—Yo sigo aquí.

—Su voz salió muy fina.

—Pero te fuiste. Me mostraste por cuarta vez que no merezco ser amado.

—Lo siento, pero Ben yo...

—No te atrevas, Valeria, no te atrevas a decir eso de nuevo. Por favor.

Valeria se levantó del borde de la cama y se sentó a su lado. No se dio cuenta qué tan rápido los ojos de Ben se habían puestos rojos. Estaba llorando de la ira.

Quería secar sus lágrimas, quería tocarlo, pero entonces sentía miedo. No conocía este lado de Ben.

—No tienes la culpa de nada, de nada de lo que te ocurrió.

—¡Maldita sea, claro que no la tengo! —respondió, pero no la miró—. Yo estoy bien así. No necesito esa mierda, esa cursilería, pero coño, tú sí, y me forzaste a decirte que te amo y entonces no volviste, sacaste mis demonios enterrados y entonces, ¿sabes qué hiciste?, ¿sabes? —Ahora la miraba—. Te fuiste.

Se limpió la cara de nuevo y volvió a fijar la mirada en sus pies.

—Yo no te amo —dijo quieta Valeria.

Ben la escuchó y tardó unos segundos en procesar lo que había dicho. Levantó la mirada para encontrarse con sus pequeños ojos negros que desde hace rato lo miraban. Se sintió confundido como un demonio. Pero entonces, entendió.

Eso era lo mejor que le podían decir.

Para una persona corriente, esas cuatro palabras eran las peores del mundo, pero ahora, desde ese preciso instante, para Ben y Valeria esas se iban a convertir en las palabras más lindas que alguien jamás pudiera decirle a otra persona.

Ben sonrió de lado. La sonrisa contagió a Valeria. Ambos se inclinaron para reunirse en un beso, y Valeria se derritió al sentir los labios de Ben junto a los suyos, pero esta vez no estaban cálidos ni suaves, estaban fríos y resacos como si hubieran estado expuestos a un desierto. Aun así era como si estuviera haciéndole un masaje en los cielos. Era como el dulce con más caramelo del mundo.

Ben se inclinó más y deslizó la mano por su cintura para pegarse un poco más a ella. Su otra mano era para su propio sostén.

Se detuvo y la miró a los ojos.

—Tampoco te amo.

Se rieron de nuevo; *eran un par de locos*. La definición perfecta de cualquier persona cuerda que los viera.

Valeria puso sus manos en la cabeza rapada de Ben y la acarició, al conjunto con su

cuello y después sus brazos. Ben la alzó del piso y la llevo a la cama. La volvió a besar con más apego.

—No, espera, no vamos a hacer eso.

—¿No?

—No, Valeria.

—Pues está bien —susurró Valeria—. Puedo quedarme y no hacer nada.

—No, no puedes. ¿Qué hay de tu mamá?

—Inventaré algo. Total, ella cree mis mentiras aunque sabe que lo son —se alzó de hombros—. Voy a quedarme —le sonrió.

Ben sonrió y agarró ambas mejillas de Valeria para plantar un beso en su boca.

—No te amo, ¿quieres ser mi *no* novia?

El corazón de Valeria se aceleró más de lo normal.

—Sí.

Y después lo abrazó.

Luego se acostaron uno al lado del otro mirándose a la cara hasta que, vencidos por el cansancio, se durmieron.

Y después Valeria despertó.

Y después se dio cuenta de que todo iba demasiado bien y que algo muy malo ocurriría.

* * *

Fresa había ordenado unas servilletas serigrafiadas con el logo de Bebidas Fresa en color rosa. El paquete de las casi mil servilletas había llegado y Valeria se encontraba cargando las cajas —que no eran muchas—, a la parte trasera del depósito. Cuando solo quedaba una se quedó con ella al frente y la abrió para así suplir las mesas y las que siempre estaban en el mostrador. Mientras hacía esto, Ben entró al local y se sentó en uno de los bancos.

—No esperaba verte aquí hoy, es jueves, y tú siempre sales los jueves —dijo Valeria mientras arreglaba una de las mesas.

Ben estaba mirando las servilletas del mostrador.

—Bueno, si tú y yo vamos a ser *no* novios es hora de que conozcas ya a mis otras amistades o donde me meto yo los jueves.

Valeria terminó y se acercó a él.

—Oh no, yo no quiero ir a Casa Central y verte otra vez rodeado de esas estúpidas personas mientras te ven matándote a ti mismo y no hacen nada para ayudarte.

Un silencio incómodo. Ben miró a Valeria con los ojos entrecerrados tratando de entender por qué ella aún no aceptaba eso.

—Lo siento, pero si quieres que vaya... yo realmente no pienso que sea lo mejor... es que Ben, todo eso está mal.

—Bueno, ya, eso que viste fue solo una fiesta a nuestro estilo. Ya te dije que no me andaba drogando todo el tiempo.

Valeria exhaló.

—¡Eso es bien!

—Solo voy a llevarte porque, ¿no que tú querías que todo el mundo supiera de lo nuestro? Yo solo quiero estar con mi *no* novia en público.

Valeria sintió un volcán haciendo erupción en su pecho, y sonrió. Ben se levantó y colocó sus manos en sus caderas para después inclinarse a besarla.

Pero casi.

—Oh, no, aquí no. Valeria, ¿qué te he dicho? —Patricia entró por la puerta de cristal y cambió el letrero de cerrado a abierto—. No estoy bromeando cuando digo que te vas a meter en problemas si sigues haciendo esto de traer chicos a que te besen mientras trabajas.'

Ben miró a Valeria ante esa acusación, después miró a Patricia.

—¿Somos muchos?

Patricia le lanzó una mirada de odio. Realmente no lo soportaba.

—Tú y el de los ojos azules, ¿no?

Valeria deseó que Patricia se callara la boca. Ella nunca le había dicho a Ben que Alejandro la había besado atrás del local.

Ben miró a Valeria otra vez.

—Supongo que tiene la boquita caliente.

—Bueno, vete ya —Patricia ignoró eso.

—Ya basta, Patricia —dijo Valeria con la poca voz que le salía. Estaba nerviosa porque no sabía si Ben estaba enojado o no. Al mismo tiempo, sentía un desagrado tan grande con Patricia que deseó que todo lo malo le ocurriera. Al fin las cosas estaban bien con Ben y esa tipa se atrevía a decir que Valeria se vivía besando con los dos, ¡y no era verdad! ¡Solo había sido una vez y estaba bajo el efecto del éxtasis! Era una idiota. Una idiota rompe relaciones.

—Vámonos, Valeria —Ben tomó la mano de Valeria y se dirigió a la puerta.

—E-espera, acabo de llegar, no puedo dejar el trabajo así.

—Valeria, si te vas, júralo por quien sea que te voy a despedir. Valeria se volteó hacia donde ella.

—No, por favor —le pidió con ojos suplicantes.

Ben volvió a halarla y ella se retuvo.

—Espera, Sombra, no puedo ir contigo ahora.

—¡No tienes que seguir las reglas de esa perra!

Patricia se quedó con la cara seca. Valeria igual.

—No lo quiso decir —Valeria se volvió a voltear, Ben soltó su mano.

Así Valeria se acercó a Patricia pero esta puso su mano deteniéndola.

—Estás despedida.

—Patricia, piensa esto, Sombra no va a volver por aquí y yo realmente necesito el dinero.

Ben se acercó a Valeria y puso suavemente las manos en sus hombros tensos.

—No necesitas esta miseria, vámonos.

Patricia hizo un gesto con las manos.

—Anda, váyanse. Yo ya me cansé de esta niña y sus cosas.

Pero Valeria no podía moverse. ¿Qué iba a hacer ahora?, ¿qué le diría a su mamá

cuando se enterara de que ya no entraría más dinero de parte de ella a la casa?

No se dio cuenta cómo, pero ya estaba en el jeep de Ben conduciendo hacia algún lugar.

—Entonces tú y Alejandro se besaban todo el tiempo...

—Ben sonrió con sarcasmo—. ¿Y después te ibas a acostar conmigo?, supongo que te encanta compartir saliva, ¿y también ustedes dos tenían sexo detrás del mostrador?

—Me estás lastimando.

—¡No te estoy tocando!

—¡Con tus palabras!, ¡yo no soy una zorra! —gritó—. ¡No lo soy, no lo soy!

—¿Y qué eres? ¿Una santa? Valeria, te besabas con dos tipos a la misma vez, incluso te acostaste con él, yo no sé para ti, pero esa es la perfecta definición de una.

Valeria tenía dos lágrimas en cada lado de su cara.

—No soy eso.

—Lo siento, Valeria —dijo Ben después de unos segundos—. Es que se me olvida cómo eres —se refería a lo sentimental—, pero te juro que me hierva la sangre el hecho de que no me lo dijeras tú.

—Ni siquiera lo recuerdo bien.

—Oh, ¿en serio?

—Él me drogó con varias pastillas y después me llevó a la parte de atrás del local. Yo no tenía fuerzas para alejarlo de mí y nadie podía ayudarme.

Ben no respondió.

—Y esa noche estaba muy asustada, él empezó a besarme y después se quitó la correa del pantalón.

—Valeria se tapó el rostro—. Todo el tiempo no lo vi a él sino a ti, estaba muy drogada para pensar bien y solo te vi a ti. Yo no quería hacerlo, pero no quería que me hicieran daño.

—Estás diciendo cosas incoherentes.

—Yo no quería esto en mi vida. Quería ser buena, quería ser un ejemplo.

—Valeria.

—Solo sirvo para abrirlas piernas. Solo soy una zorra.

—*Valeria.*

—Ben, lo siento mucho, yo solo quería ser tuya...

—No eres una posesión, ¿recuerdas que lo dijiste?

—Pero si sirve de algo no duró lo suficiente con él, lo juro, lo juro.

—Valeria se hizo un ovillo en el asiento sin escuchar lo que él decía.

Tenía miedo de que ahora él la dejara.

Ben detuvo el auto. Se volteó hacia donde ella y quitó el cabello de su cara.

—Te dije que lo siento, que me perdones, yo no quise decir que eras una zorra, no lo eres. Eres buena y ya, Val —tocó su hombro, después sus brazos en una caricia—, perdóname por arrebatarte quien eras. Yo sabía que estaba mal, nunca debí dejar que entraras a mi casa ni a mi vida. Lo siento, ¿me escuchas? Perdona todo lo que te he hecho, Val... Perdóname por lo que te hizo el idiota de Alejandro, no fue tu culpa, Valeria, no lo fue.

—Sí lo fue.

—No, no lo fue. Eres manipulable y pueden aprovecharse de eso.

—No quiero ser así.

—No lo seas. Nunca lo seas con nadie, desde ahora, *por favor*. Silencio.

—¿Tú qué piensas de mí?

—Te quiero, Valeria, deja de llorar.

—¿Qué piensas de mí? —repitió.

—Pienso que abuso de ti.

—Sus cejas estaban fruncidas.

—No lo haces.

—Sí, lo hago.

—¡No!

Ben la dejó y volvió a encender el auto.

—Limpia tu cara, vamos a comprar unas cosas —ordenó mientras seguía conduciendo.

* * *

El pantalón que ahora Valeria tenía puesto era tan alto que cubría su ombligo. Y además donde se supone iba la correa era más ancho de lo normal.

—¿Dónde conseguiste ese pantalón? —La mamá de Valeria se detuvo en la puerta de su habitación.

—Me lo regalaron.

—La miró allí parada.

—Está muy lindo.

—Gracias —Valeria se tocó el borde de ellos.

Claribel divagó un poco.

—¿Y a dónde vas?

—Voy a salir con amigos.

—¿Los conozco? —preguntó Claribel.

—No lo creo, yo recién los voy a conocer.

—¿Explicame? —Se sentó en el borde de la cama.

—Nina me dijo que me llevaría a conocer sus otros amigos.

—¿A qué hora vas a estar aquí?

—No lo sé, mami.

Claribel volvió a mirar a su hija de arriba abajo.

—¿Por qué te pones un sostén tan lindo? —probó.

—¿Qué? —preguntó con la cara ardiéndole—. Es solo uno normal, y me han dicho que la ropa blanca se pone con ropa interior negra.

—Valeria señaló la franela que Ben había comprado para ella—. Eso es lo que me voy a poner.

Claribel entrecerró los ojos y se acercó a ella.

—Tiene mucho relleno.

—Tocó una de las copas.

—Tú misma compraste este brassier.

—Rodó los ojos.

—Pero cuando no tenías *nada* y ahora la colcha te las empuja hacia arriba y eso provocaría a los hombres.

—Claribel se tocó su pecho simulando ser el de Valeria.

Una sonrisa se escapó de los labios de madre e hija ante su acción chistosa.

—La franela tapa todo muy bien, *ma*.

—Valeria se quejó.

Claribel salió de la habitación.

—Voy a esperarte despierta.

Valeria tomó la franela blanca y se la puso. Rodó los ojos, ¿en serio le importaba?

Cuando iba saliendo del callejón se dio cuenta de que el jeep de Ben ya estaba ahí afuera esperándola. Había varios vecinos observando cuando se subió y Valeria miró otra vez al callejón para ver si su mamá había visto con quién se iba en realidad.

Ben estaba vestido igual que ella, con pantalones negros, un par de tenis blancos, y una franela blanca. Eso alegró a Valeria. Andaban vestidos iguales.

Después de varias calles se detuvieron en una casa que tenía la marquesina abierta. Al entrar, algunos hicieron una bulla al ver que Ben y Valeria tenían las manos agarradas.

—¿Esto es serio?

—Lo es —respondió Ben—. Chicos, ella es Valeria.

Valeria les sonrió a todos. No había chicas además de ella. Todos eran chicos. No sabía si sentirse bien porque a donde Ben salía los jueves no había chicas, o mal porque ellos las podían conseguir donde sea.

No se alejó de Ben ni un segundo mientras se saludaban.

Estos amigos de Ben no parecían miembros de bandas, ellos solo parecían chicos promedio de entre dieciséis y veinte años actuando como lo que son, chicos. Había un par de cervezas y solo uno estaba fumando.

Ese mismo le ofreció un cigarrillo a Ben y después le prestó un encendedor. Solo así se dio cuenta de que ahora tendría que soportar el humo porque no habría forma de que ella se alejara de él.

Había un sofá color crema que se empezaba a curtir en los brazos por el sucio. Parecía que nunca lo hubiesen lavado. Ben la sentó entre sus piernas mientras ellos hablaban, ¿de qué?, ¿de motores?

—No me van a creer esto.

—Un chico con trenzas se paró en la puerta de entrada de la marquesina.

—Desembucha —dijo el otro chico que fumaba.

—Hay una carrera de motores por el cementerio.

—Yo no había escuchado de eso.

—Ben se vio genuinamente interesado. Su mano nunca había dejado de acariciar el brazo de Valeria para que dejara de estar nerviosa.

—¿Y cómo lo ibas a hacer? Fue plan relámpago, todo el mundo se está dirigiendo para allá.

Cuando decía todo el mundo se refería a todos los chicos con sus motores sin mofles que sonaban más que una patana de doble plataforma. Casi todo ellos se levantaron y

Ben se quedó sentado.

—¿En serio no vendrás? —dijo uno de ellos.

—Idiota, ¿no has visto que traigo un jeep?

El chico, Tommy, sonrió.

—Hay un motor allá atrás que Geraldo arregló, corre más que el demonio. ¿Por qué no lo usas y dejas el jeep aquí?

Ben se levantó entusiasmado y se dirigió a la marquesina donde ya todos se estaban yendo. No eran muchos, tan solo cuatro o cinco motores.

Tommy sacó su pasó la, y después le enseñó a Ben el motor.

Valeria estaba llegando a la puerta cuando vio a Ben encima del motor y tratando de encenderlo; cuando lo hizo, lo sacó de la marquesina.

—¿No piensas quedarte, cierto? —preguntó Ben.

—No hay ningún monstruo allá dentro, se puede quedar —dijo Tommy acelerando su pasó la con los frenos apretados.

—De ninguna jodida manera la voy a dejar sola aquí —le respondió Ben con una sonrisa.

Valeria caminó al motor y se subió detrás. Le hizo una llave en su torso, y antes de que arrancara dijo:

—No vayas muy rápido.

Pero eso fue justamente lo que hizo.

Iba tan rápido que los ojos de Valeria lagrimeaban por la velocidad y escondió el rostro en su espalda para que eso dejara de ocurrir.

Ben sabía correr cuando había tránsito. En todo el camino se cruzó con otras motocicletas que se dirigían al mismo lugar. El centro de la ciudad estaba lleno de esas mini caravanas de motores que se dirigían a la salida de la ciudad donde se encontraba el cementerio para competir y exhibir sus máquinas.

Cuando ya estaban llegando, Ben se detuvo en una gasolinera para echar combustible.

—Valeria, baja un segundo —Ben tocó sus manos frías que se cerraban en su estómago —. Valeria —volvió a llamar.

Valeria lo soltó y se bajó del motor. Se sentía como flotando y le tomó unos segundos estabilizarse.

—¿Todo bien?

Valeria alzó la mirada para encontrarse con el rostro sonriente de Ben. Él realmente disfrutaba todo esto. El peligro.

Minutos después, ya con el tanque lleno, volvieron al camino. Al llegar había un montón, realmente un montón de motores en distintas partes. La carretera del frente del cementerio estaba llena de personas a los lados y de unos pares de motores calibrando en una sola rueda.

¿Esto era real?

No, lo que en realidad se preguntaba era si era legal.

Se quedó como estaba mientras Ben se apeó y puso el burro para que el motor no se cayera. Los otros chicos llegaron donde se había parqueado Ben.

—¿En serio trajiste a tu novia aquí? —preguntó uno de ellos. En ese mismo instante

Gregorio llegó en su motor.

—Whoohoo —soltó el manubrio—. ¿Vieron lo que hice?

—Sí, todos los vimos —respondió Ben. Gregorio lo miró y después vio a Valeria encima del motor mirando a los demás motores y pasolas calibrar en la calle.

—¿Dónde lo conseguiste? —Gregorio señaló el motor.

—Tommy me lo consiguió.

Un chico se detuvo donde ellos.

—Hey, Sombra, trae tu trasero acá y vamos a hacer una carrera calibrando.

Ben sonrió y se montó en el motor.

¿Calibrando? Valeria tragó en seco.

—No, yo no voy.

—Oh, vamos, Val, todo será mejor si sigues detrás de mí.

Valeria se apeó y se cruzó de brazos.

—Te espero aquí.

Hacía un poco de frío y Valeria creía escuchar las quejas de los muertos por la bulla de mofles y ruedas en el asfalto.

—Gregorio —llamó Ben. El motor pareció rugir cuando Ben desapareció por el final de la carretera.

—Van a darle la vuelta al cementerio —susurró Gregorio a Valeria.

Valeria se volteó de golpe.

—Oh, gracias a Dios no estoy sola. Solo... por favor, no te vayas a correr con nadie más.

—Ben no te hubiese dejado si yo no estuviera aquí. Si fuera así creo que ahora estuvieras con él en una sola rueda y orándole a los dioses para no perder el equilibrio.

—No oraría a los dioses, oraría a Dios.

Gregorio asintió.

—Voy a anotar esto.

—¿No crees en Dios?

—No vine a hablar de religión —contestó—. ¿Te gustan los motores entonces?

Valeria volvió a tocar sus brazos engrifados del frío. Quizás Gregorio estaba enojado y ella no podía definir porqué.

—No, no me gustan. No sabía que vendríamos, esto parece ilegal.

—Lo es, y créeme que Ben tampoco sabía que te iba a traer, todo se organizó hace media hora.

—Suenan increíbles.

—Valeria volteó al ver las luces incandescentes de un par de motores.

—No son ellos, el cementerio es inmenso, Valeria, y dar la vuelta se toma tiempo, más si se meten por donde no hay asfalto.

—Gregorio sonrió al sentir lo inquieta que estaba Valeria.

Un chico en una pasola color negra venía voceando con una mano en alto unas palabras extrañas. Cuando se acercó más descubrieron que estaba diciendo «*ahí viene la policía*» y efectivamente, segundos después las sirenas comenzaron a sonar y todo el mundo tomó sus motores y pasolas y empezaron a marcharse.

El polvo de la carretera subió y molestaba en los ojos de casi todo el mundo. Valeria se

quedó frisada y no se dio cuenta de que Gregorio le gritaba que se subiera.

—¡No me voy sin Ben!

—¡Valeria, él va a estar bien!, sabe cómo defenderse y está lejos de aquí.

—No quiero caer presa —negó—. Soy menor de edad.

—En dado caso el preso será Ben, así que sube.

—¡No, Gregorio!

Una de las camionetas de la policía ya se veía por la carretera acercarse con sus luces rojas parpadeantes.

—Maldita sea, Valeria, ¡súbete ya!

Valeria se subió y se aferró de Gregorio al mismo tiempo que él aceleraba. Pero en vez de huir como quien sale de la ciudad, como hacían todos, Gregorio siguió corriendo por los laterales de la carretera, metiéndose por la maleza y un grupo que vio su acción le siguió.

Valeria podía sentir la molestia de las ramas en sus pies.

Y en ese momento tuvo mucho miedo.

¿En serio Ben iría a la cárcel por ella?, ¿iría ella a la cárcel? No quería eso. Quería saltarse todo esto.

Gregorio detuvo el motor y los otros cuatro que lo habían seguido también.

—Hagan silencio —oyó que Gregorio ordenó.

Todos se callaron y después estallaron de risa. Valeria odió que se rieran. ¿Qué era lo gracioso?

Largos minutos después el sonido de sirenas dejó el lugar. En realidad la policía se fue porque habían atrapado a los más lentos y ya tenían un camión llenos de sus motores y pasolas por los cuales cobrar multa.

Gregorio volvió a encender el motor.

—Llévame a casa —le pidió Valeria antes de que arrancara. Gregorio volteó la cara hacia el lado derecho.

—¿No quieres que te lleve donde Sombra?

Valeria no respondió y Gregorio arrancó. Salieron por donde mismo entraron y quedaron en la calle del frente del cementerio. Todo estaba vacío y sin ningún sonido además del que producían los motores. Gregorio observó a los lados esperando que los miedosos que le seguían se fueran a sus casas a contar la aventura más peligrosa que jamás han tenido en la que casi fueron arrestados por la policía, y también contar cómo salvaron su pellejo siguiendo a un tipo y una tipa que se metieron en la maleza.

Cuando ellos se fueron le dieron las gracias a Gregorio, él se metió al cementerio, pero esta vez corría más despacio.

—¿Qué hacemos aquí dentro?

—Nos vamos a reunir con los demás.

Gracias a Dios que Valeria confiaba un poco en Gregorio, no, es más, después de Ben Gregorio era el segundo chico del barrio en quien confiaba.

Había un grupo de unas seis personas sentados encima de una tumba encementada.

Gregorio detuvo el motor y se apeó, Valeria hizo lo mismo. Pero cuando buscó con la mirada a Ben, no lo vio.

—¿Es tu novia? —preguntó una voz femenina. Era una chica de baja estatura y cabello muy largo que, con toda seguridad, eran extensiones. Tenía labios muy grandes pintados de rojo.

Valeria la miró desde arriba pero no respondió.

—Es la novia de La Sombra, ¿él no ha llegado?

—Nah, sabes que se desaparecen siempre.

El sonido de gritos de júbilo de pronto llenó el lugar que debía estar en silencio. Poco a poco Valeria reconoció a Ben, que venía muy lento.

Cuando lo reconoció solo quiso correr a abrazarlo y llorar. Pero como vio que todos estaban felices y contentos como si estuvieran pasando el tiempo de sus vidas, se detuvo. Ben parquéó el motor y fue donde Valeria. Agarró sus mejillas a cada lado de su cara y besó su frente produciendo un sonido abrasador.

—Pregúntenle a José lo que hicimos.

—¿Qué hicieron? —preguntó la chica pequeña.

José le contó, pero Valeria realmente no escuchó. Su corazón aún viajaba a la velocidad de la luz, y sentía sus manos frías. Al menos Ben no había dejado de abrazarla desde que había llegado y los latidos violentos en el pecho de Ben funcionaban como un tipo de relajante, aunque sonara muy extraño.

Unos segundos después la mayoría se sentó encima de la tumba encementada. No eran los tipos de la casa donde habían estado más temprano, sino surcueros, a excepción de Tommy, que seguía allí.

Valeria prefirió quedarse en el motor de Ben y él la acompañó.

Después de que tuvo que soportar los chistes que ellos hacían sobre lo que acababa de ocurrir, por fin se fueron a casa.

En todo el camino Valeria mantuvo los ojos cerrados. Y cuando llegaron a la casa de Tommy, se subió al jeep lo más rápido que pudo y se acurrucó cerrando los ojos.

Minutos después Ben encendió el jeep y se dirigió al barrio.

—¿Te divertiste? —preguntó Ben. Valeria no respondió. No se divirtió, casi le da un infarto y se muere del susto—. No tenía idea de que íbamos a ir allí, pero ya no podía llevarte a casa.

—Eso dijo Gregorio.

—¿Te hizo algo?

—No.

—¿Por qué estás así?

—Pudieron meternos en la cárcel.

—Pero no lo hicieron —se rio Ben—. Valeria, no somos estúpidos.

—Si lo son, ¿acaso no vieron cómo se sentaron en la tumba de una persona que ni conocían?

—Esa es la tumba de Ramírez.

Valeria se quedó en silencio.

Ya estaban al frente de su casa.

—¿Qué hora es? —pregunto Valeria.

—Son las dos de la madrugada. Vamos.

Ben quitó la llave, dio la vuelta y abrió la puerta de Valeria. Se paró entre sus piernas y la besó tranquilamente por unos segundos, su respiración estaba caliente y su boca aún tenía el sabor al humo de los cigarros.

—Te estoy pidiendo muchas disculpas... pero perdona por llevarte ahí.

—No, ya está bien.

—Valeria respondió con los ojos cerrados esperando a que la besara de nuevo. Pero no lo hizo y solo la apeó del jeep agarrando su cintura.

—¿Cómo le haremos con tu mamá?

—No losé.

Ben camino con ella. Tocó la puerta y una soñolienta Claribel abrió la puerta unos largos minutos después.

—¿Valeria?

—Hola, mami— saludó.

—¿Crees que estas son horas de llegar?

Valeria deseó que su mamá no hiciera un griterío en frente de Ben.

—Ocurrieron contratiempos.

Claribel miró al chico al lado de su hija.

—¿Y tú?

Ben despertó. Ahora sí no sabía qué hacía en frente de la mamá de Valeria.

—Soy Benjamín.

—Yo a ti te conozco. Tú estabas con Valeria en el cumpleaños de la tal Estefani.

—Sí.

—¿Tú estabas con él? —preguntó a Valeria.

—Como estaba muy tarde Nina le pidió que me trajera, era eso o venir sola.

—Y somos novios —dijo Ben con una sonrisa de lado.

Claribel abrió los ojos con sorpresa.

—Valeria no está en edad de tener novio, lo siento.

—Mamá.

—No digas nada, Valeria. ¿Cuántos años tienes?, ¿no te has dado cuenta de que eres una niña?

Valeria bajó la cabeza avergonzada, estaba mordiéndose el labio de la ira.

—Solo estaba bromeando —sonrió Ben nervioso—. Y debo irme, tengo que llevar a las demás amigas de Nina, ellas esperan en mi jeep, ¿quiere ir a verlas?

Valeria miró a Ben. ¿Qué si Claribel decidía salir y no veía a nadie?

Pero él es muy astuto, sabía que ella no iba a salir en ropas de dormir.

—No, adelante. Gracias por al menos traerla —tomó el hombro de Valeria y la puso de su lado—. Pero no vuelvas a bromear de esa manera con mi hija —sonrió nerviosa. En realidad se refería a otra cosa. Ella sabía que tenía en frente al de los rumores con su hija pero no se atrevió a reprocharle nada.

Ben desapareció por el callejón.

—Yo no quisiera que salgas con ese chico —dijo Claribel después de unos segundos—. Es muy mayor para ti.

Valeria se desabotonó los pantalones. Estaba a punto de llorar. ¿Por qué Ben no

defendió su relación?, no podía estar todo el tiempo ocultándolo.

—A demás, se ve que es el tipo de chico que solo quiere acostarse con las muchachitas, no sé cómo se le ocurrió a Nina mandarte con él.

—Había más chicas.

—Bueno.

—Se metió a su habitación y Valeria se quedó en el comedor.

Encima de la mesa había un plato con dos panes y jamón, al parecer de su cena, y recordó que moría del hambre porque lo único que había comido había sido humo de cigarrillos y polvo de muertos.

Los engulló rápido y después se quedó pensando toda la noche.

La vida de Ben era muy enredada. No estaba segura de si podía con todo eso. Pero quería estar con él. Siempre. Ahora su cabeza dolía con fuerza y aun sus manos estaban frías. Ser la *no* novia de Ben por dos semanas ya estaba empezando a pesar, ¿pero era todo lo que quería, cierto?

Capítulo 29

SABOTAJE

Caminar de la casa a la escuela, y de la escuela a casa es muy agotador. Pero más agotador es caminar a la oficina de correos desde el colegio y después a la casa. El martes un oficial del correo trató de buscar la dirección de la casa de Valeria pero no la encontró. Y tampoco tenía forma de llamar por teléfono para preguntar por ella. Es más, si la universidad no hubiese recibido la carta devuelta y el secretario de relaciones no la hubiese reenviado, Valeria no tendría ese sobre blanco en la mano.

Pero gracias a Dios que lo hizo, y esta vez puso el número del colegio, así llamaron y le avisaron a Valeria que tenía un paquete en el correo postal y así fue como lo consiguió.

No abrió la carta hasta llegar a casa. Y aunque trató de hacerlo una vez allí, su mamá no estaba, y sus hermanitos se estaban pasando tres días en la casa de tía Victoria porque no tenían clases en la escuela toda esa semana.

Valeria deseó que Ben la viniera a visitar. Pero después pensó que en cualquier momento su mamá podía llegar.

Tomó la carta de la mesa de madera y la dobló en dos metiéndola en su camisa. Afuera, todo está oscuro porque la luz se fue desde la tarde. Decidió caminar rápido para evitarse problemas.

Cuando entró por el callejón Ben estaba afuera, y se veía una vela encendida adentro.

—¿Qué haces afuera?

—El calor me está matando.

Valeria se mojó los labios porque estaban secos.

—¿Puedes acompañarme a algo?

Ben alzó la cabeza.

—¿A dónde?

—En realidad, yo quiero mostrarte algo, ¿podemos entrar?

Ben se levantó.

—Vamos.

Los dos se sentaron en el sofá. Valeria se sentó en posición de yoga mientras sacaba el sobre doblado en dos, después Ben observó las manos de ella tratar de abrir el sobre.

—¿Qué es? —preguntó. No alcanzaba a ver qué decía por fuera porque la vela no alumbraba lo suficiente.

—No lo sé —dijo Valeria. Parte mentira, parte verdad—. Ben... ¿por qué le dijiste a mi mamá que éramos novios?

—¿Te molestó?

—No, no, pero cuando viste que se puso así retiraste que lo eras, y eso me molestó.

—No quiero que tu mamá te haga daño por mi culpa.

—Ella no me va golpear por tener novio.

Ben la miró por un segundo antes de volver a mirar la vela que se derretía.

—Pero sí lo hará si se entera de que tú y yo tenemos... eso.

—¿Qué te hace pensarlo? Ella lo sabe, sé que lo sabe. Solo es muy cobarde para aceptarlo, además, no lo soy. ¿Qué va a hacer?, ¿golpearme hasta que vuelva a ser como antes?

—Cuando gritaste la otra noche ella vio cómo te besaba, pero no me dijo nada — confesó Ben.

—No le importa qué me hagan. ¿Por qué me debe importar a mí lo que ella no haga?

—Porque es tu mamá — dijo en voz baja—, ella espera que te portes bien.

Valeria se quedó en silencio al terminar de abrir el sobre sin romper los bordes o sin maltratarlo. Es más, de no ser porque estaba doblado a la mitad podía ser utilizado de nuevo. Se recogió el flequillo detrás de la oreja y sacó la carta que estaba dentro del sobre. En el frente decía:

UNIVERSIDAD DE LAS AMÉRICAS, y debajo, la fecha en que fue enviada exactamente hace casi un mes completo.

—¿La UDA? — alzó una ceja cuando vio el sello.

—Apliqué para una beca hace dos meses y medio.

—¿Y qué dice? — tenía los ojos entrecerrados.

Valeria la leyó dos veces para entenderla. Se estaba esforzando porque la vela era casi inservible.

—Creo que me está citando a una entrevista o algo así.

—¿Por qué es tan rápido? Solo fue hace dos meses y medio y tal. — argumentó Ben.

Valeria lo miró.

—No lo sé, ay Dios, es en la capital.

—Tenía una sonrisa. Luego se tapó la boca—. ¿Cómo voy a llegar allá? No, Dios, ¿por qué será la entrevista? — tocó los hombros de Ben con sus manos. Lo abrazó poniéndose a horcajadas sobre él—. ¡Seguro me gané la beca!

El cuerpo de Valeria se sentía cálido. Era como si se hubiese olvidado de cómo se sentía desde que ella se fue enojada porque creía que él no la amaba.

Ben la abrazó también.

—Si es en la capital, ¿cómo vas a estudiar allá?

Valeria pensó en eso, dejó de abrazarlo y se quedó frente a él.

—No está claro todavía. Tengo que buscar alternativas o elegir un horario sabatino.

Ben pensó unos segundos.

—Hum, ya veo.

—Sí.

Ben agarró la quijada de Valeria y la acercó a su boca.

—Quédate conmigo esta noche, Valeria.

Valeria asintió y lo volvió a abrazar; segundos después, se apagó la vela.

Valeria subía las escaleras hacia su salón de clases cuando vio a Freddy llorando en un rincón de la segunda planta. Caminó hacia donde él para preguntarle qué ocurría y él solo la abrazó tan fuerte que cuando la soltó le dolían las costillas. Él había dejado de llorar.

Valeria se frotó el brazo.

—¿Qué tienes?

—¡Perdí mi cita con la UDA!

—¿Cómo?

—En el correo postal no tenían mi dirección ni número telefónico. Cuando recibí la carta ya la entrevista estaba vencida, ¡acabo de perder una beca valorada en más de medio millón de pesos! —Se secó los ojos rojos. Su rostro estaba hinchado y olía a sudor.

Valeria se rascó la nariz.

—En el formulario pedían la dirección, ¿no la diste?

—¡Lo hice, Valeria! —Se quejó más alto. Al hacerlo le cayó saliva en la cara a Valeria—

Estoy seguro.

—Lo siento mucho.

—Retrocedió—. Voy a clases, ando tarde.

—¿Y qué hay de ti?

—No lo sé —mintió—. La UDA no me ha contactado ni nada.

Camino más de prisa, y cuando salió de su vista corrió hasta su salón de clases. Se sentó de tercera en la fila, detrás de Sabrina. Ella tenía el cabello liso y pulcro en una cola de lado. Valeria se inclinó un poco.

—Hola.

—Hola —respondió con una sonrisa Sabrina.

—¿Qué hay de la UDA? No me han llamado ni nada y creí que el proceso duraba solo un mes.

—Oh, Val, no lo sé. A mí tampoco me han llamado.

—Es una pena —comentó Valeria. Notó en Sabrina nerviosismo—. ¿Estás bien?

—Sí, Valeria, cállate ahora que nos llamarán la atención.

Valeria volvió a sentarse bien y se quedó mirando fijamente la cabeza de Sabrina. Estaba segura de que ocultaba algo. Estaba más que segura que Sabrina los había saboteado a los dos. Pero aún Valeria tenía tiempo. Solo tenía que conseguir dinero para ir a la capital ella sola.

Tuvo miedo. La gran capital. Ha escuchado a todo el mundo decir que es la gran metrópolis, con plazas tan grandes como una manzana completa; también le habían dicho que tenía grandes edificios de hasta veinte pisos o más. Que había mucho tráfico, muchas personas, mucho peligro, muchos atracadores atraídos a la carne fresca de los que visitan la capital por primera vez y no saben transitar en ella. Estafadores que cobran más de lo normal por un paseo en taxi.

Dejó salir el aire. Si esperaba ir a estudiar a la capital necesitaba aprender a desenvolverse sola.

Ahora solo necesitaba el dinero y recordó que ya no tenía trabajo. Y no se lo había dicho a su mamá. Todas las tardes iba a la casa de La Sombra pero a veces él no estaba ahí, y cuando estaba, se la llevaba consigo a sus extraños asuntos.

Al menos sus amigos sabían que ella era su novia.

—¿No vas a escribir? —preguntó Carolina a Valeria al notar que no copiaba las preguntas que la profesora escribía en el pizarrón.

Despertó y se puso a escribir.

* * *

Conseguir el dinero era realmente difícil. No lo pudo conseguir. Así que una de las noches que fue hacia donde Ben, mientras estaban acostados boca arriba Valeria se volteó y le pidió.

Él acarició su cara.

—¿Tu sola?

—Por favor.

Él lo pensó un poco.

—Eso ni siquiera te da para volver.

Le había pedido quinientos pesos.

—Para ir a la capital tendrás que tener como tres mil pesos. Y no te puedes ir a las ocho porque llegarás a mediodía. Si tú quieres llegar temprano tienes que estar despierta a las tres de la mañana y conseguir que alguien te lleve a la parada a las cuatro para estar allá a las ocho y que puedas llegar a la UDA a tiempo para la entrevista a las nueve y media.

Todo fue un total enredo.

—No tendría para pagarte tanto dinero porque no estoy trabajando. Y si lo acepto así nada más me voy a sentir mal.

Ben se alzó de hombros.

—Soy tu novio, no te puedes sentir mal porque te dé dinero.

—No lo sé. De verdad.

Ben exhaló ruidosamente.

—Voy a dejar que me pagues cuando consigas trabajo.

Valeria se estrujó la cara.

—Muchas gracias, Ben.

—Su voz se escuchó como si estuviera a punto de llorar. Ben la atrajo para abrazarla— Cada vez que te quiera decir esas dos palabras, ¿cómo debo de hacerlo?

—Te quiero —respondió Ben.

—Pues te quiero mucho, Ben. En serio. Yo nunca te dejaría. Nunca me dejes tú, por favor. Promételo.

—Te lo prometo.

* * *

Valeria estaba recogiendo su cabello en una cebolla cuando tía Victoria salió de la despensa. Era su turno de pasar un poco de tiempo con su tía más cercana. Ella vivía lejos de ellos, en un apartamento de lujo con su esposo, de origen extranjero.

Valeria había ido en primer lugar a ver si conseguía ropa decente con la cual ir a la entrevista de la UDA, y también para hablar sobre esa oportunidad. Tal vez podría preguntarle si podía quedarse a vivir con ella y así estaría mucho más cerca de la universidad.

Victoria tenía en sus manos una funda de pan de hacer hamburguesas y unos potes de cáctchup, mayonesa y mostaza.

—Valeria, por favor, saca unos tomates de la nevera.

Valeria se lavó las manos y abrió la nevera de doble puerta y se agachó para buscar. Sacó una funda de tomates frescos de ensalada.

—Y el queso, la lechuga.

—Okey —Valeria volvió a la meseta con todo lo que le había pedido—. Entonces, ¿qué exactamente vamos a hacer?

—Mi marido quiere hamburguesas americanas.

—¿Cómo?

—Son iguales a los chimis de aquí. Pero él les dice así —sonrió Victoria—, ¿Cómo está todo por allá?

Valeria sacó los tomates y los lavó.

—Bien, todo va normal.

Victoria sacó una plancha que se adaptaba a la estufa y empezó a cocinar la carne de hamburguesa y unas cuantas pechugas.

—¿Cómo va la escuela?

—De maravilla.

—Oh, toma —Victoria le pasó a Valeria un cuchillo y una tabla de cortar—, corta el tomate en rodajas medianas. Ni muy gruesas ni muy finas.

Valeria empezó a hacer lo que le dijo.

—Cuando eras pequeña siempre te quise robar de tu madre. Eres la hija que siempre quise.

—Soñó despierta. Valeria sonrió—. Dios sabe a quién le da sus cosas como sea.

—Tía siento lo de la deuda, han pasado ya varios meses y no se te ha pagado ni un cuarto de lo que es. Pero ya no tengo trabajo así que no sé cómo podría pagártelo.

Victoria frunció el ceño.

—Valeria ése no es tu asunto, ¡por Dios! Eres una niña y no tienes que cargar con eso. De verdad, deja que ese problema lo resolvamos yo y mi hermana.

Pero aun así Valeria seguía preocupada. Era mucho dinero y se moría de la vergüenza.

—¿Vas a la universidad, cierto?

—De hecho, tengo una entrevista este miércoles por aquí cerca.

—Terminó de cortar los tomates y los puso en el plato con la lechuga ya lavada—. Voy a ir con unos jeans y una camisa de mi mamá.

—Pero no eres de la talla de tu mamá. Más bien de la mía.

—Victoria sacó una de las hamburguesas de la plancha y la puso en una bandeja. Las fue sacando hasta que quedó vacía la plancha y la reemplazó con más carne.

—Bueno, yo...

—Ven conmigo.

—La llamó mientras salía disparada de la cocina. Valeria entró al cuarto de Victoria y vio cómo sacaba un par de pantalones de tela y unas faldas—. ¿Cuál te gusta más?

—Una falda se vería mejor.

—Oh, mira este color beige, hay una camisa blanca que puedes usar con él. O mejor una azul cielo.

—Sería fantástico —sonrió Valeria.

—También tengo unos tacos azules del color de la camisa.

—¿Son muy altos?

—¡Qué va! —Se bajó para buscarlos en el fondo del armario de pared—. Míralos.

Valeria se enamoró de las zapatillas. Eran de charol y los tacos eran más pequeños que la mitad de su pulgar.

—Pruébate esta ropa. Anda —insistió Victoria.

Valeria se puso la falda por encima del pantalón y después se lo quitó. Lo mismo hizo con su blusa y se puso la camisa.

—Hum... —pensó Victoria—. Hace falta encogerlo un poco. Buscaré la máquina de coser.

—Ay no tía, ¿usted se va a poner a eso?

—Sí, mi amor. Quítatelo, anda.

Valeria se volvió a quitar la ropa. Se quedó en ropa interior unos segundos mientras se la volvía a poner. Victoria fue a la habitación donde estaba la máquina de coser y la encendió. Tomó la camisa y marcó los lados que encogería.

Valeria terminó de vestirse y se dirigió hacia donde estaba Victoria.

—Y entonces, ¿sigues enamorada?

Valeria asintió.

—Sí.

—¿Y estás de novia ya?

—Ajá —reprimió una sonrisa. Bueno, estaba de *no* novia, pero era eso básicamente.

Victoria asintió mientras veía lo que cosía.

—Hum... ya veo, ¿y tú mamá lo sabe?

—No, aún no —negó rápidamente Valeria—. Quiero decir, yo creo que no lo sabe.

Victoria terminó un lado y después cambió.

—¿Estás teniendo una vida sexual activa?

Valeria dejó de sonreír.

—No voy a acusarte con nadie querida.

—Paró de coser y le dio el frente a Valeria. Se levantó y frotó sus brazos—. Tienes.. tienes unas marcas en tu vientre, y aquí... —señaló detrás de su oreja—. ¿Estás bien?

—Sí... —respondió con voz casi muda.

—¿Alguien te obliga a hacer algo?, ¿realmente...?

—Me gusta, tía. Me gusta sentirme así. Nadie me obliga a nada.

—¿Y lo amas?

—¡Sí!, ¡lo amo!

—¿Él te ama? —entrecerró los ojos.

—Sí... me ama... —Estaba mintiendo, él no la amaba, y por primera vez ella quería que nunca la amara.

—Pues entonces está bien —palmeó sus hombros—. Pero yo creo que deberías decirle a tu madre.

—No, no —Valeria se alejó de su tía—. No, tía, por favor, ella... ella va a enloquecer. No es como usted, ella lo verá de otra forma. Creo que le dará un paro cardíaco si se entera de todo esto.

—Pero es tu mami.

A Valeria se le llenaron los ojos de lágrimas.

Victoria agarró su cara.

—¿Por qué lloras? —le preguntó. Valeria cerró los ojos—. ¿Segura de que estás bien con esta relación?

Valeria asintió repetida veces.

—Lo amo... con todo lo que soy. Pero, por favor, no le diga a mami. Ella no me entenderá nunca. Por favor. Ella solo se va a enojar conmigo, va a llamar a mi papá y ambos me castigarán.

—¡Victoria, las pechugas se están quemando! —La voz gruesa de Henry llenó la casa.

Valeria tembló y se limpió la cara.

—Mi amor, ¿cómo te fue hoy? —Victoria salió del cuarto, se dirigió hacia su esposo y dejó a Valeria allí.

Valeria tragó seco. Ni siquiera se comió las hamburguesas con gusto y no habló más.

Al final de la tarde, Valeria estaba preparando las hamburguesas que les llevaría a su mamá y hermanitos. También preparó una para Ben. Les empaquetó con papel aluminic y las colocó en una funda. Después de que Valeria viera un poco de televisión, Victoria había acabado con la camisa e incluso la había planchado junto con la falda. Casi cuando oscurecía Valeria volvió en un taxi con la ropa en un gancho y un bolso con los zapatos y las hamburguesas a un lado.

Cuando llegó a su casa era bastante tarde y estaba exhausta. Salió a llevarle la hamburguesa a Ben y él la recibió con un gran abrazo de oso y un beso húmedo en la frente. Él valía la pena. Valía la pena todo de él.

Valeria está en casa de Sabrina copiando el repaso de matemáticas para el examen final. Carolina también está allí pero solo está en la computadora viendo videos de su bloguero favorito mientras suspira por él. En cambio Sabrina está con su smartpone en alguna red social.

—Hum...

—Valeria se detuvo y observó que le faltaban como seis páginas más—. ¡No me dijiste que esto era tan largo! —Se quejó con la mano entumecida—. ¿Puedo venir mañana?

Carolina miró a Sabrina y Sabrina bufó y bajó el celular.

—No, mañana voy a salir.

—¿Y a dónde?

—A unos asuntos importantes.

—¿No irás al colegio? —preguntó Carolina—. Ah, verdad, tú vas a ir a la...

—Carolina —advirtió Sabrina—. Tengo un problema en la columna e iré a chequearme.

—Wow, Sabrina, eso es horrible, ¿pero te encuentras bien? —se preocupó Valeria.

—Sí.

Valeria siguió copiando. Nunca antes había escuchado a Sabrina quejarse por un dolor de espalda. Quizás estaba mintiendo. Levantó la vista y vio un vestido de lino enganchado afuera del armario. Había una carpeta con papeles encima de la computadora y ella se había arreglado el cabello.

—¿No has llamado a la UDA? —preguntó Valeria.

—No, yo no sé de esa cosa —se alzó de hombros levantándose sin quitar la mirada del

celular.

—Freddy estuvo llorando porque perdió la cita con la UDA...

—empezó a decir, observando su reacción por el rabillo del ojo—. Me dio mucha pena, pero no sé cómo fue que no envió su dirección correcta.

—¿Quién sabe? Él es muy despistado.

—¡Pero con algo así! —dijo Valeria—. Dios, pero al menos a él lo llamaron y perdí todo. Está más dolorido que tú y yo.

Sabrina se alzó de hombros.

—No me importa tanto.

—Deberías, es mucho dinero.

—Bueno, Valeria, mis padres pueden pagarlo. No estamos en miseria, ¿entiendes? —dijo con palabras punzantes—. Tú lo necesitas, tú eres la que deberías estar llorando, no yo.

Valeria dejó de escribir.

—Entiendo. Lo siento, lo siento.

Carolina estaba con la boca abierta. Nunca había visto a Sabrina herir así a Valeria.

—Sabrina... —protestó Carolina.

—Yo me tengo que ir, chicas, tengo cosas que hacer que son... importantes.

—Valeria —llamó Sabrina—. Yo me referiría a que tus padres no tienen dinero, y que los míos sí. Que yo puedo ir a la UDA y pagarla pero tú ni en tus sueños podrías, no quise ofenderte.

—Ja —se rio, herida, y tomó su bolso—. De todas formas, gracias por el cuaderno.

—Te lo puedes llevar —sonrió.

Valeria lo tomó humildemente y salió de la habitación. Cuando estuvo en la calle se dio cuenta que sus ojos estaban locos por llorar, pero no lo hizo. Mantuvo las lágrimas y se dirigió a su casa. De todas formas, que su familia no tenga dinero y la de ella sí, no era culpa ni de Valeria ni de Sabrina.

* * *

Valeria estaba tratando de resolver un cubo rubix y Ben secretamente tomaba fotos de ella con su tabla.

Ella lo escuchó reírse.

—¿De qué te ríes?

—Te ves adorable así como estás ahora.

Valeria sonrió y se volvió a concentrar.

—Ben, ¿es malo ser pobre?

Ben dejó el aparatito.

—Bueh, no es bueno serlo.

—Lo sé, pero quiero decir...

—Si uno es pobre entonces tiene que hacer cosas para salir de la pobreza y no quedarse sentado y hacer nada y quejarse por las personas que no lo son. Si no quieres ser pobre te levantas y sales adelante, de lo contrario te sientas a quejarte de la pobreza.

—Valeria bajó el cubo de rubix—. No hablo de ti, Val.

—Lo sé. Yo voy a salir adelante. Lo juro.

Ben sonrió solo un poco.

—¿Qué hay de la UDA?

—El miércoles es mi entrevista. Tengo mi ropa. Me diste el dinero —siguió pasando lista—. Me los *prestaste* —corrigió.

Ben se acercó a ella y tomó su cara para que lo mirara.

—¿Puedes venir antes de irte para verte?

—Voy a salir a las cinco de mi casa, se pone un poco oscuro. Pero voy a tratar.

—Gracias.

—Besó su frente. Después echó su flequillo hacia atrás—. Tú vas a salir de toda esta mierda, Valeria.

Valeria cerró los ojos, pero entonces Ben no la besó sino que la abrazó.

—No quiero salir de todo esto si eso significa perderte a ti.

Él no respondió.

Capítulo 30

CENIZAS

Ben estaba despierto desde las tres de la mañana. Tenía su cama llena de pantalones jeans y dos de vestir, algunas camisas y zapatos de ocasión. Se sentó en el sofá a esperar que fueran las cinco, y a las cuatro y media salió a la calle para esperar a Valeria. Casi faltando cinco para las cinco de la mañana, Valeria estaba caminando por la acera. Estaba todo muy silencioso y no estaba oscuro, pero tampoco estaba claro. De hecho, estaba agradable, aun así se sintió enfermo porque caminó tan sola a esa hora.

Cuando ella lo divisó sonrió, y él no pudo evitar sonreír. Ella parecía toda una empresaria o algo así. Tenía una falda a las rodillas y unos tacones bajitos que le daban un buen porte. Además de la camisa que quedaba ni muy floja ni muy apretada en su torso. Su cabello estaba recogido en un elegante recogido y se había puesto solo un poco de maquillaje.

Ben la abrazó y la besó en medio de la acera.

—¿Ya te vas?

—Sí —asintió— ¿No quieres entrar a desayunarte?

—En serio está tarde.

Ben la miró por un segundo. Valeria soltó el aire y accedió a entrar a su casa. Sorpresivamente, había una taza con té encima de la mesa. Valeria lo tomó y bebió un poco de él.

—¿Y después que tomes el bus, a dónde te dirigirás? —preguntó.

—Voy a tomar un taxi a la universidad.

—¿Dónde queda?

Valeria lo miró a los ojos.

—Eh... en el corazón de la capital...

—¿En serio? —preguntó con una sonrisa en la boca—. Tú no tienes idea de dónde queda la UDA, ¿cierto?

—Claro que sé, mi tía vive a unos cuantos kilómetros de allí.

—¿Segura?

Valeria soltó la taza porque sus manos estaban temblando y se había quemado los dedos con el té derramado. Fue al fregadero y se mojó la mano con el agua de la pluma. Apretó los dientes.

—No tengo la mínima idea de a dónde me dirijo y está súper tarde; seguro perderé la cita. Estoy perdiendo la cabeza.

—Yo puedo llevarte en mi jeep.

¿Por qué no lo había dicho antes?

—¿En serio?

Ben tenía el ceño fruncido.

—Sí...

Valeria sonrió y caminó hacia él.

—¡Por qué entonces no me habías dicho!, ¿por qué?

—Tú tienes que crecer, y además, si no querías que yo fuese no iba a insistir, porque no me preguntaste.

—Pero la gasolina...

—Valeria desvió la mirada al suelo—. No puedo hacerte gastar más dinero.

—Dame los tres mil pesos que te di.

Valeria lo sacó de su carterita.

Ben le quitó la carterita de la mano.

—No carteras, ¿para qué?, ¿quieres llamar la atención? —La lanzó al mueble y le dio el dinero en la mano—. Espera aquí.

Ben se metió al cuarto y Valeria lo siguió. Se había quitado la ropa en bola de humo y ya tenía puesto el pantalón de tela hasta la cadera.

—¿Tú tenías todo esto preparado? —preguntó un poco impresionada.

Ben no respondió hasta que se abotonó la camisa y se terminó de poner la correa.

—Llegamos tarde.

Cuando salieron a la calle eran las cinco y media y el cielo estaba más claro que antes. Tuvieron que caminar un par de cuadras para llegar al carwash donde Ben guardaba su jeep. Cuando se subieron ya eran las seis y Valeria estaba sudada a más no poder, si no hubiese sido porque el aire acondicionado estaba encendido se hubiese derretido allí dentro.

En la gasolinera, para echar al tanque mil quinientos pesos, se tomaron varios minutos, así que cuando empezaron a correr la carretera eran las seis y quince minutos.

Valeria no quería llegar tarde, sabía que si llegaba un minuto tarde lo tomarían en cuenta, pero Ben le había dicho que él podía llegar a la UDA más rápido que una de las guaguas porque sería un viaje directo y sin paradas. Y Valeria creyó completamente en él.

Y todo el camino su cara estaba en una batalla en la cual estaba seria, porque pensaba que iba a llegar tarde, y sonreía, porque Ben tenía todo preparado para acompañarla.

«No te iba a dejar ir sola».

Quizás era verdad. Ella era su "no *novia*", ¿por qué no habría de acompañarla?

Volteó a mirarlo varias veces. Vestido así se veía hermoso. Ellos dos así se veían tan linda pareja. Por un momento se imaginó que estaban casados y que iban a camino a recoger a sus hijos. Despertó de sus sueños segundos después cuando Ben le enseñó un parque acuático que se estaba construyendo por la salida de la ciudad.

Dos horas y media más tarde Ben se parqueó frente al recinto de la universidad y todo se quedó quieto por un instante.

—Ocho y cuarenta y cinco.

—Cincuenta minutos de anticipación —respondió Ben con una sonrisa—. ¿Estás lista?

—No...

—dijo con voz serena—. No sé qué voy a responder...

Ben no respondió. Solo apagó el jeep y el aire acondicionado se empezó a disipar.

—¿Terminaste la escuela, Ben?

—Sí, de noche, pero la terminé —respondió con el rostro vuelto hacia ella.

—¿Nunca pensaste ir a la universidad?

—No... no en realidad. Yo odiaba la escuela así que también sé que voy a odiar la universidad.

—¿Por qué no te inscribes conmigo?

—Tú sueñas mucho —se quitó el cinturón de seguridad y salió del auto.

Valeria hizo lo mismo y se quedó de pie junto a él mirando el gigante recinto.

—Espero que esto valga la pena entonces...

—Lo valdrá —la cortó.

Valeria alzó la cabeza para verlo con su mirada perdida en el recinto.

—Ben, voy a entrar para que la recepcionista diga que yo estaba aquí desde antes de la y media —esperó su reacción.

—Yo no voy a entrar, me quedaré aquí.

—¿Por qué entonces te vestiste así?

Ben la miró de arriba abajo.

—¿Tú pensaste que ibas a venir así toda elegante y hermosa y yo iba a venir a acompañarte todo traposo, o algo por estilo?

—Gracias.

Sonrió, y después lo abrazó. Y Ben la besó hasta que ella le dijo basta porque había quitado todo su pintalabios. Ahora tenía las rodillas temblorosas y el corazón latiendo a todo lo que le daba, no solo por la entrevista, sino por él.

Se sentó unos minutos allí. Antes de las nueve y media una señorita preguntó por Valeria García y ella ya estaba allí. Así que tenía un punto ganado.

* * *

—¿Algunas vez habías comido en un lugar así?

Valeria volvió a mirar el menú. Solo veía lo caro de los precios.

—No...

Ben miró por la ventana abierta.

—¿No te da miedo ver al mar así?

Valeria volteó a ver.

—No, en realidad.

—¿Ya saben que van a pedir? —preguntó una señora con un carnet que la identificaba como empleada del sitio.

—Yo quiero solo estas pechugas y ella quiere...

—Ehhh...

—Valeria miró de nuevo el menú—. Quiero lo mismo que él.

—Entonces yo quiero muslo de pollo a la BBQ, y con salsa hot, acompañado de fritos.

Valeria miró a Ben sonreír a la señora que tomaba la orden. Ella terminó de apuntar, y después de leer en voz alta para verificar si había anotado bien, se giró sobre sus talones desapareciendo por la cocina.

Valeria volvió a mirar por la ventana. La capital no era todo lo que le habían dicho, era eso y mucho más. Era inmensa, estaba llena de personas, de grandes edificios y miles de autos tocando bocinas al mismo tiempo. Es más, cuando salieron de la entrevista, a las diez y quince, a Ben le tomó más de media hora salir del tráfico del corazón de la capital

cuando trató de mostrarle más sobre su próximo hogar si se ganaba la beca y si decidía mudarse a la capital.

En todo ese pequeño recorrido, además de gasolina agotada, tenían hambre y por eso se detuvieron a comer en uno de esos restaurantes del malecón.

Por ahí el tráfico no era tan denso como en el pleno centro, y eso era lo que Valeria estaba mirando ahora.

—¿Te enojaste porque pedí otra cosa distinta a lo que pedí primero?

Valeria no despegó la mirada de la ventana.

—No... yo solo estoy pensando.

—¿Cómo te fue?

Valeria estaba media dormida, eso era. Había sido tan irreal y tan simple.

—Creo que me fue bien. No gagueé y el señor dijo que yo era muy simpática.

—Ah... ¿era un señor?

—Sí.

Un poco de silencio. Valeria jugó con la sal que estaba en la mesa. Los dos estaban sentados en una de las mesas que daba a la ventana con vista al mar. Casi podía percibir el olor salobre desde donde estaba.

—Cuando terminemos de comer podemos acercarnos más, para que veas mejor.

—¿Qué? —Valeria apartó la mirada de la ventana.

—Que...

—¿Ustedes son recién casados? —preguntó la misma señora, quien ahora era una entrometida, mientras ponía los platos al frente de cada uno. Valeria miró a Ben—, ¿o solo son compañeros de trabajo?

—Somos compa...

—Novios —dijo Ben. Después ignoró a la señora y comenzó a comer.

Valeria sonrió porque se sintió incómoda, y la señora se fue. Al ver esas cosas cubiertas de salsa y papas salteadas a un lado no supo qué había pedido. Pero tomó el cuchillo y el cubierto y probó el primer bocado. La boca se le hizo agua, estaba delicioso. Tenía tanta hambre que se mordió la lengua al comer, era tan rico lo que estaba comiendo.

—No tenía idea de que sabías cómo comer con tenedor y cuchillo.

—No soy tan campesina. Mi tía me enseñó y mi papá también.

Ben sonrió.

—Bien, ¿te gusta tu pollo?

—Sí... tiene jamón y esta salsa es deliciosa.

Cuando terminaron de comer, se detuvieron en una de las secciones del malecón. Donde casi no había nadie porque estaba retirado. Ben estaba detrás de ella con las manos alrededor de su cintura y apoyándose de la barandilla mientras Valeria miraba las olas atacar las rocas.

—¿Te da miedo?

—No, no. Es tan normal —comentó.

Ben puso la mano en el pecho de Valeria.

—Tu corazón late fuerte.

—Por ti.

Ben sonrió.

—Quiero saber cómo se vería una roca hundiéndose en el agua —Valeria cambió el tema.

—¿No has ido a la playa?

—Claro que sí. Pero es distinto. Nunca llego tan profundo.

Valeria se desabotonó los primeros botones de su camisa porque estaba sudando. Se pasó la mano por el cabello porque la brisa lo despeinaba.

—¿No se te ocurrió traer otra ropa?

—Yo no sabía que tú ibas a venir. Probablemente a esta hora yo estaría en casa.

—Eso si hubieses llegado a la UDA en primer lugar.

—Ben respiró en su cuello—. ¿Qué clase de preguntas te hizo ese señor?

—Mi nombre, y mi fecha de nacimiento, la ocupación de mis padres, sobre mi carrera, me preguntó por qué quería estudiar en la universidad y unas cuantas cosas más. No era la gran cosa.

Valeria sintió algo frío a través de la delgada tela de su camisa. Después lo sintió moverse por su vientre y sus costillas hasta bajar de nuevo a su vientre. Sí tenía la idea de lo que era, pero no entendía por qué Ben tendría eso. Además, él estaba respirando en su cuello mientras tarareaba una melodía.

—¿Alguna vez has visto una bala en el agua? —le preguntó quitando el rostro de su cuello para mirar su cara. La pistola estaba apuntando al agua ahora.

Era un revólver color plateado con el mango negro. Se veía tan ligero y parecía de plástico. Valeria no hubiese creído que era verdadero si no hubiese sido porque sintió por sí misma el metal rozar la tela de su camisa y, más allá, su piel.

—No...

—respondió. Su aliento estaba frío y una sensación de puro miedo se regó en todo su pecho.

¿Ben tenía un arma?, ¿siempre andaba con ella?, ¿la había utilizado antes?

No podía moverse ni hacer nada. Mucho menos ocultar su pánico. Ben juntó sus dos manos en el mango de la pistola, aun detrás de Valeria de modo que la tenía atrapada, y disparó al agua. La bala desapareció en el mar, y el sonido fue amortiguado, pero aun sonó.

Valeria dio un salto hacia atrás y chocó con él. Aún tenía los ojos cerrados cuando escuchó a Ben reír en su oreja.

—¿Viste eso?

Negó con la cabeza. Su labio temblaba.

—Hazlo tú ahora.

—No puedo, Ben, lo siento.

—Porque por su mente apareció la terrible imagen de Ben apuntando esa arma a alguien más y matándolo. Eso era simplemente espeluznante.

—Oh, vamos.

—Besó su mejilla. Al mismo tiempo colocó el revolver en su mano. Al tomar el mango sintió que quemaba, aunque no era cierto. Lo quería soltar, pero entonces las manos de Ben envolvían las suyas—. Solo dispara el gatillo, ¿cuándo vas a tener la oportunidad de

usar un arma en toda tu vida?

Entonces sintió lágrimas aflorar a sus ojos y volteó la cabeza para esconderla en el pecho de Ben mientras sus manos trataban de apretar el gatillo. Pero no poseía la fuerza. Y le dio gracias a Dios. Unos segundos después el dedo de Ben la ayudó y sintió cuando el revólver tembló en su mano y la impulsó hacia atrás para chocar de nuevo con Ben. La bala rozó la superficie del agua hasta hundirse. El sonido fue incluso más fuerte.

Soltó el revólver como si quemara y Ben lo guardó. Ella ni siquiera miró dónde. Solo quería desaparecer. Tenía que recordarse que no había lastimado a nadie.

Segundos después estaba caminando, casi corriendo, al jeep. Pero Valeria solo podía escuchar el sonido del revolver al disparar. Solo podía pensar en que había disparado un arma. No podía apartar de su cabeza que Ben se la enseñó.

Y mucho más pensaba en que ahora tenía que viajar a casa con el chico que amaba y un revólver cargado.

Respiró hondo.

Y en la mayor parte del camino Ben no habló. Valeria no se atrevía a hablar tampoco.

—¿Siempre andas armado?

—La mayoría del tiempo —respondió.

—¿La has usado?

—Me has visto.

Valeria apretó el cinturón de seguridad.

—¿La has apuntado a alguien?

Ben dejó de mirar el camino solo por un segundo para verla.

—Eso está claro para ti. ¿Por qué preguntas?

—¿Le has quitado la vida a alguien? —Ben no respondió—. No debería preguntar cosas que no quiero saber... ¿verdad? —Ben seguía sin responder—. Eres tan joven... y ya has hecho...

El jeep se metió en un lugar donde no estaba bien asfaltado y todo se estaba moviendo dentro.

—¿Tú piensas que iba a hacerte daño? —preguntó mientras corría por el pavimento en mal estado.

—Ben, ¿por qué no continuamos en la carretera?, esta calle está horrible.

—No, pero respóndeme —sonrió de lado. Esa sonrisa es tan escalofriante como atractiva al mismo tiempo. Eso es de enfermos—. ¿Pensaste que iba a dispararte o algo así?, ¿tienes miedo de mí?

—No.

—Negó sujetándose del asiento para no ceder ante los movimientos del jeep.

—Yo solo te estaba contando uno de mis secretos. Ahora que eres mi novia, yo no sé, creí... Yo creí que podía contarte todo, que podía mostrarte todo.

—Se detuvo en medio de la calle sin asfalto.

Valeria lo miró salir del auto.

—¿A dónde vas? —preguntó con pánico.

—El radiador se calienta. Hay que echarle agua.

—Quién viviría por aquí de todos modos —comentó Valeria observando una casa de

madera escondida entre los matorrales de uno de los lados. Es más, el jeep estaba parqueado frente a frente a esa casa—. ¿Puedes darte rápido?

—Sí... sí...

—Estaba buscando el galón de agua en la parte de atrás. Abrió el bonete y después quitó la tapa del radiador para echarle agua.

Volvieron a la marcha.

Minutos después salieron del camino sin asfalto y se adentraron a la carretera.

—Sigues asustada.

—No... Ben, es solo que...

—Valeria miró el sol ocultarse por el oeste—. ¿Ves lo tarde que se ha puesto?

Ben aceleró más. Había un bulto en medio de la carretera y cuando los faros del jeep lo alumbraron descubrieron que era una vaca. Ben la esquivó y aceleró más hasta que estuvieron lejos de allí. Detuvo el jeep. Las ruedas olían a caucho quemado.

—Hoy quieres matarme del susto. Yo no sé si es intencional o es que...

—¿Viste esa bruja?

—¿Bruja?

Ben la miró y se acercó.

—Era un bacá.

Valeria entrecerró los ojos. Obvio que había escuchado de esos seres o lo que sea que fuesen. Era un bacá con forma de humano que arrastraba cadenas, y en los campos era común que los terratenientes los pusieran a cuidar sus tierras. No es solo una fábula inventada por viejos de cuando la dictadura o mucho antes.

Hay muchos testimonios de personas que los han visto, en las áreas del campo, cuando está de noche, escuchan su mugido. Están seguros de que son personas, que son las mismas brujas que adoptan formas de animales.

—¿Tan seguro estás? —rio para no lucir tan nerviosa.

Ben volvió a conducir despacio.

—Estas tierras esconden muchos secretos, Valeria. ¿No sabes que ocurren muchos accidentes por aquí? Es más, donde sea que ocurren accidentes de noche, donde una vaca o un becerro se metió en el medio y desapareció después que los autos se volcaron, no dudes que fue un bacá o una bruja de esas para defender sus tierras.

—Yo nunca pensé que creías en eso.

—Es magia negra.

—A Dios no le gusta, ¿podemos no hablar de esto? —Valeria miró como volvían a la carretera donde había más autos.

—¿Viste que estábamos en un sitio que jamás habías visitado? Si hubieses venido sola, el expreso no te llevaría por aquí.

—¿Por qué lo hiciste tú?

—No lo sé. fue solo que me equivoqué.

Valeria cerró los ojos y oró para que todo saliera bien en el resto del camino.

Un gran perro pitbull color marrón ladraba desde atrás de la rejilla y saltaba pegando las patas cada vez más alto. Ben lo miraba inmóvil y sin ninguna expresión en el rostro. No le gustaba esta parte de la ciudad, la gente decía que su barrio era peligroso, pero era

porque nunca había puesto un pie en este. Las calles no tenían asfalto, a excepción de la principal, y los perros callejeros y la basura con su hedor en las esquinas donde están los desagües parecían los protagonistas. Había niños pequeños sin nada de ropa sentados al frente de sus casas de madera y las mismas casas amenazaban con desplomarse en cualquier momento.

Dicen que el gobierno hace mucho por ellos, pero es que viéndolos ahora eso suena imposible. Las personas vivían en una precariedad total y la delincuencia era la estrella. Cuando alguien caía preso por algún acto de delincuencia era como encerrar al *súpe rman* de una familia, encerraban a su héroe, a los que de alguna forma, defendían sus barrios.

Son villanos para todos los demás. Todos lo que están fuera de esta gran realidad que viven todas estas personas.

Pero esos villanos cuando alcanzan gloria no se van como los héroes de los otros lugares. Se quedan en su cuna siempre. Ayudan a los suyos. Donan su dinero para que construyan aceras y contenes, tal vez canchas.

Ellos no son villanos, pero tampoco son buenos. Ellos no son los mejores. Porque si para hacer lo bueno tienes que hacer lo malo entonces no eres un ejemplo. No importa si robas para alimentarte o para alimentar a otro, ¿Qué les hace pensar que quitarle el pan a alguien para dárselo a un tercero es un acto de honra?

Ben volvió a tocar el timbre.

Carlos era un héroe, que no era villano, que no era reconocido como héroe, y que no todo lo que hacía era bueno. Él era un gran chico, y una de las conexiones de los oscuros. Él también tenía bienes en común con Ben. En cuanto a dinero se refería.

La casa era mal cuidada por fuera. La pintura se desgarraba y las rejillas estaban oxidadas. Pero solo estaba ocultando el lujo de adentro.

Un hombre sin camisa y con el torso lleno de tatuajes salió a abrir la puerta. Tenía unos tenis Nike famosos porque todo el mundo soñaba con una colección de esos.

Ben entró a la casa. Había una música en la radio y dos hombres jugando Play Station con platos sucios en sus pies demostrando que acababan de comer.

—Espero que la razón de tu entusiasmo al llamarme sean buenas noticias. No quiero escuchar malas.

—Pues entonces, niño, vete yendo porque esto es lo peor que le ha pasado a mi familia.

—Cuando decía familia se refería a su banda. Los Plata.

—Bueno, ¿qué? —Ben quitó la vista de la pantalla plana y del juego que jugaban—. No te hagas rogar.

—El viejo Pablo murió.

Ben abrió los ojos. Sorprendido.

—¿Estás bromeando?

—No. Quemaron todo.

Ben se pasó la mano por la boca con rudeza.

—¿Por qué?, ¿quién le haría eso a ese pobre viejo?

—Tenemos una teoría. Un soplón dijo en qué lugar teníamos el dinero, cuando fueron donde el viejo a preguntarle no respondió nada. Entonces decidieron quemarlo vivo con todo y casa. Con todo y el jodido dinero de mierda.

—Wow, ellos no sabían que el dinero estaba ahí, si no, no lo hubiesen quemado.

—Perdimos todos nuestros fondos —anunció otro—. Esta es la peor crisis que nuestra familia está por enfrentar, y estoy seguro de que los oscuros se verán afectados por igual.

El fruto de años, perdido. Aún no lo creía.

—¿La policía, algo?

—No tienen idea de porqué alguien mataría a un pobre viejo del campo. Pero detectaron gasolina y encontraron la caja de fósforo. Van a investigar.

—Tal vez fueron los Cenizas —murmuró Ben.

Carlos se rascó la barba.

—Yo te juro, Sombra, que si encuentro al soplón alguna vez, voy a torturarlo hasta que muera del dolor y la vergüenza. No me importa quien sea. No me importa incluso si es tu esposa o tu hermana, o tu amigo, quien sea, familia de quien sea, y con el historial que sea, va a pagar por esto.

—Todos sabemos que cumples tus amenazas, Carlos, pero ese dinero ni siquiera te hizo brisa, tienes más que eso —dijo Ben fríamente. Al mismo tiempo recordó a Valeria. Ella era «su chica», ¿a eso se refería Carlos?, ¿estaba... de alguna forma, culpando a Valeria de lo que pasó? Valeria no era ninguna soplona. Valeria no tenía a quién venderle información.

—Pero a tu familia sí, los oscuros, todos saben que están divididos, con esta pérdida tu lado pierde potencia, ya están igualados a los norcuros.

—Pues me iré a la otra fase. Por mí no te preocupes.

—Tú no vas a poder ir a otra parte hasta que destruyas al soplón. O si no irán por ti y por el dinero que piensan que aún tienes. No los norcuros o los patéticos de los Cenizas, una familia más fuerte.

Ben retrocedió unos pasos.

—¿Suena a amenaza?

—Yo nunca te amenazaría, Sombra —sonrió, le llevaba casi diez años a Ben—, pero no eres intocable.

—Pero voy a salir de este nivel. Para hacerme intocable.

Carlos se alzó de hombros y se sentó en el sofá.

—Supongo que tú te encargaras de dar la noticia a tu familia. Y a la nuestra. Si no te matan nuestros nuevos enemigos lo harán ellos, es su dinero. Perdido por el peor de los elementos.

—Matarme no solucionará nada. Si llegas a pensar que yo quemé nuestro dinero estás mal.

—Ben salió furioso de allí.

En ese momento no podía creer que Valeria se atreviera a vender información, si había actuado tan... tan inocente. Quizás desde el principio fue así. Quizás siempre su misión había sido enamorarlo y sacarle información. Eso explicaría porqué se había puesto tan nerviosa cuando él sacó el arma. Quizás ella solo estaba actuando siempre.

Eso apestaba, él realmente la amaba.

Recordó cuando había golpeado a Alejandro en el ojo por haberle dado drogas a Valeria. Quizás ella siempre las había utilizado. ¡Pero era imposible! Valeria tiene

aparición de ser sana. El único que parecía corromperla era él, el único que había traído un infierno a su vida era él, ¿entonces por qué ahora se ve como si ella fuera la mala? Si alguien tiene que tomar justicia porque su boca era suelta entonces sería él, y nadie más.

Y es que en ese preciso momento, nublado por la ira de haber perdido todo el dinero que habían trabajado por años, de haber escuchado cómo la amenazaban, porque es la única que llega a hablar con él tanto tiempo, y también con el pensamiento de que tenía un nuevo y desconocido enemigo, no pudo reconocer que Valeria no tenía nada que ver en eso en realidad.

Nada.

Recordó cuando Alejandro apareció con la nariz rota y puntos en la boca. Alguien lo había golpeado para sacarle la verdad sobre algo, pero nunca dijo sobre qué.

Días después Ramírez estaba muerto.

Aún olía a muerte.

Ben, entonces, en vez de dirigirse a donde Valeria, fue a Casa Central y cuando encontró a Alejandro, con las cicatrices casi sanas y con la cara de un niño asustado, le juró en la cara que lo mataría a golpes si no le contaba qué mierda estaba pasando y por qué nadie se lo decía claramente.

* * *

La casa estaba sola y en silencio como no se veía hace mucho. Si no fuera porque Caro y Carlitos se encontraban en casa de unos compañeros de la escuela, y su mamá no estuviera haciendo unas diligencias, no estuviera sola.

Cogió otro pedazo de pollo y lo metió a su boca. La puerta se abrió con fuerza, como si el que fuera a entrar estuviera muy apurado, y al mismo instante Ben apareció del otro lado. Su rostro lucía perturbado y tenía gruesas rayas de expresión en la frente.

—Ben...

—¿A quién se lo dijiste? —preguntó.

—¿A quién le dije qué?

—¿A quién le dijiste dónde estaba nuestro dinero?, ¡el que estaba en efectivo!

—No entiendo como piensas que voy a decir algo que no sé, ¿recuerdas que no me dijiste? —Valeria respondió calmadamente mirando al plato y cogiendo otro pedazo de pollo.

—¡Te llevé al maldito lugar, Valeria, incluso detuve el jeep allí y te conté lo de los bacá!, ¡te lo estaba diciendo!

Valeria volvió a mirar el plato, Ben lo tumbó de la mesa y Valeria saltó en su asiento cuando escuchó la porcelana romperse.

—Mamá va a matarme, ¿por qué hiciste eso?

Ben puso la mano en la parte de atrás del cuello de Valeria y bruscamente acercó su rostro al de ella.

—Solo dime a quién diablos le dijiste o no responderé.

Valeria miró sus ojos. Ni siquiera tuvo miedo.

—Yo pensé que nunca me harías daño —dijo Valeria en voz baja.

Ben respiró profundo y soltó a Valeria, se alejó hacia la pequeña cocina. Era su primera

vez dentro de la casa de Valeria y era mucho más pequeña que su propia casa.

Valeria se levantó de la silla y buscó la pala de la basura para recoger los pedazos de porcelana rota con la escoba, respiró profundo cuando terminó de sacarla.

—Era uno de los platos favoritos de mamá.

—No fuiste tú, ¿cierto? —comentó con las manos en las caderas—. Dios, estoy demente, tú nunca lo harías. Perdóname. —Avanzó hacia donde ella y la abrazó.

Valeria respiró profundo. Quería entenderlo.

Quería entenderse.

Tenía su amor. Él era su novio. Entonces, ¿por qué sentía que no estaba todo completo? Quizá nunca se sentirá completa.

—¿Puedo preguntar qué pasó y por qué creíste que yo tuve algo que ver?

Ben soltó el abrazo que le tenía y tomó su cara.

—Piensan que eres una soplona.

—¿Una soplona?, ¿quiénes?

—Los aliados, ellos piensan que porque eres mi novia sabes todo lo que yo sé y que vendiste la información.

—¿Por qué les creíste? —preguntó Valeria y se rio incrédula pero con el ceño fruncido.

—No lo sé.

Besó sus labios pero Valeria se alejó.

—Yo nunca diría nuestros secretos.

—Lo sé, Valeria, pero escucha, estoy cargando con mucho ahora. Eh... es mucho.

Valeria se mordió el labio.

—Pero no confías en mí. Incluso me amenazaste. Ibas a atacarme en mi propia casa.

Ben negó.

—No, Val, yo... *no* iba a hacer eso.

—Tocó las esquinas de su cabeza—. Necesito ir a casa, por favor, Valeria, ve cuando puedas. Necesito contarte algo.

Valeria abrió la boca y después la cerró. Él se veía muy mal. Desconocía la razón.

—Solo, me iré. Si tu mamá me encuentra aquí... lo siento por el plato... voy a pagarlo.

—Caminó hacia Valeria pero ella retrocedió instintivamente—. Solo... perdóname.

¡Juro por todo lo que soy que nunca te haría daño, maldita sea!

Valeria desvió la mirada.

—Iré otro día, esta noche estaré ocupada. Pero iré.

—Trató de sonreírle—. Te quiero, Ben.

Él ya se dirigía a la puerta, derrotado, y Valeria lo siguió hasta que se fue.

Respiró profundo.

Quizá no quería saber qué tenía él para decir. ¿Y si era que su relación no podía continuar?

Iba a morir. Iba a morir en el paraíso. Iba a caer como un meteorito desplomado a la tierra y su crimen iba a ser ocultado. Y el autor iba a llevarse los pedazos de ella que quedaran, y ella se quedaría sin nada, porque se convertiría en la nada.

No, por favor, que nunca acabe.

Cerró los ojos.

Que nunca acabe.

Capítulo 31

DOLOR EGOÍSTA

—Voy a escribir la «b» de mi nombre en tu palma y tú escribirás la «v» de tu nombre en la mía.

Valeria miraba la navaja en la mano de Ben otra vez, apoyó su quijada de propia mano, la cual estaba apoyada por su codo encima del fregadero.

—Va a doler, Ben. Incluso me duele si me clavo una astilla.

—Dame tu mano —dijo Ben mirando la hoja de la navaja.

Valeria se incorporó mientras lo miraba, lo pensó varias veces.

—Puedo dejar que me lo hagas pero no podría hacértelo a ti.

Ben sonrió tomando su mano y dijo:

—Es una forma de recordar lo nuestro. Es hermoso.

—A garró su delgada muñeca y con su otra mano libre desplegó sus dedos y después tomó la navaja y la acercó a la palma de su mano.

—Espera —Valeria casi gritó—. Yo lo haré primero, está bien.

Ben soltó la navaja y su muñeca, en cambio, le puso su mano abierta.

—Justo en el centro, del tamaño que tú quieras.

Valeria tomó la navaja y la mano de Ben. Los dedos de Valeria eran largos y delgados, pero aun así la mano de Ben era mucho más grande que la de ella.

—No será muy profunda.

—Acercó la navaja a la piel, sin tocar.

—¡Ay! —Ben gritó y Valeria dejó caer la navaja al piso con un grito de horror pensando que le había hecho daño—. Estaba relajando, no me has tocado.

Valeria golpeó su hombro.

—Eres un idiota.

—Recogió la navaja y trató de dibujar su «V», pero cuando lo hizo solo arañó su piel.

Ben dibujó una sonrisa en sus labios.

—Tendrás que esforzarte más.

—No quiero hacerte una herida muy profunda.

—Yo no voy a tener cuidado cuando sea tu turno. Haré mi «B» bien marcada, Valeria.

Valeria dudó unos instantes. Empuñó la navaja de una forma distinta e hizo un trazo. La sangre salió instantáneamente, volvió al inicio del trazo y sacó otra línea hacia el otro lado. Si no fuera por la sangre que llenaba su mano pudiera ver a la perfección la V que ella había dibujado.

—Tu sangre es tan roja.

—Valeria se quedó observando. Notó que Ben no se quejó por el dolor ni un solo momento, pero se veía doloroso, ahora no estaba segura de si ella podía aguantar.

Ben puso su mano boca abajo para que la sangre cayera en el fregadero. Después, con esa misma mano tomó la navaja y con la otra la muñeca de Valeria.

—Abre la mano —dijo en tono sereno.

—¿No te duele? —Valeria estaba preocupada—. ¿Puedo besar la herida?

Ben la miró.

—Estás postergando todo porque tienes miedo. Lo sé.

Valeria no respondió. Ben dejó la navaja en el fregadero y abrió su mano.

—¿Vas a besar sangre?

—Uh, está bien, dale.

Ben tomó la navaja otra vez y se pegó más a Valeria.

—¡Espera! —Se quejó de nuevo, Ben sonrió de lado—. No es justo, mi V es más fácil que tu B. Me va a doler más.

—No es mi culpa, Valeria. Ya dejé que lo hicieras, y no voy a hacerlo como tú.

—¿Cómo lo hice yo?

—Profunda. Muy profunda.

—Valeria no dijo nada más y Ben exhaló—. Si miras mientras lo hago no te dolerá, pero si volteas a otro lado te dolerá más.

Valeria asintió y Ben hizo el primer trazo. La mano de Valeria se cerró por reflejo y ella se mordió la lengua por el dolor, una delgada línea de sangre empezaba a salir. Ben abrió su mano con sus dedos, porque Valeria se empeñaba en cerrarla, y dibujó el primer medio círculo y después el otro. Ya Valeria tenía una B formada en la palma de su mano y su sangre estaba goteando.

—Uh —se quejó por el ardor—, esto duele —dijo con los dientes apretados para no soltar más quejas.

—Ven.

—Ben tomó su palma izquierda y la juntó con su palma derecha y con los dos pulgares hacia arriba—. Lo sellamos con un beso —dijo, y con la mano libre acercó a Valeria su cuerpo y la besó delicadamente. Pero tomando su aliento por completo. Y la llevó a algún tipo de paraíso donde no sentía el ardor de su palma, porque besaba maravillosamente bien, como nadie en el mundo.

Cuando Ben se alejó, Valeria aún tenía los ojos cerrados. Él abrió la llave del fregadero y metió su mano debajo. La sangre era lavada y se podía ver ahora con claridad la carne blanca expuesta. Valeria en realidad sí lo había cortado profundo. Él tomó la mano de Valeria y la metió debajo del grifo. Valeria se quejó.

—Esto es lo peor.

Había unas gotas a los lados. Donde se notaba una sangre más oscura que la otra.

—Esto es amor— dijo Ben.

Valeria sonrió ante lo que dijo. Tenía tantas ganas de decirle que lo amaba. La carcomía por dentro, la consumía como el fuego al papel. Quería decirle que lo amaba como nunca había amado a nadie.

Pero entonces todo lo iba a malinterpretar. Se lo tragó, y el sabor que quedó en su boca fue amargo.

—Tu sangre es mil veces más oscura que la mía —notó Valeria mientras él cerraba la llave. Él estaba observando que aunque habían lavado sus manos, la sangre volvía a salir. Valeria notó lo mismo—. Ahí caben puntos. Vamos a tener que ir al hospital, Ben.

—Estás exagerando —comentó. Buscó en la alacena el pote de sal—. En el hospital var

a sanarla para que no dure y vuelva a su normalidad. No es lo que queremos.

—Entiendo.

Ben se echó sal en la herida. Hizo una mueca con su cara pero su boca no emitió sonido. La sangre cesó de emerger. Tomó la mano de Valeria e hizo lo mismo, y no le dio tiempo de impedirselo.

—Uy—se quejó sintiendo cómo la sal ardía aún más que el agua. Los ojos se le aguaron—. ¿Qué diré cuando alguien más lo vea?

—No les respondas... no les diga nada.

Ben fue a la mesa y cogió un par de servilletas para secarse la mano. Las dos heridas estaban en carne viva pero sin sangre. Ben se acercó a Valeria y la besó de nuevo. Se despegó para respirar y la miró a los ojos.

—¿Qué? —Valeria preguntó ante su silencio.

—Ahora hacemos el amor.

* * *

Había una ronda alrededor de una butaca en la parte de atrás del aula de clases. Sabrina estaba rodeada por más de diez estudiantes que querían escuchar cómo era el campus de la Universidad de las Américas.

Valeria vio eso pero no se acercó. Freddy se sentó en la butaca de al lado y la pegó a la silla de Valeria.

—¡Dios! ¿Qué te pasó en la mano?

—Un accidente —respondió en voz baja.

—Sí, pero déjame ver.

Valeria quitó la mano de la butaca.

—No, no puedes ver.

Freddy se alzó de hombros.

—No le digas a Sabrina, pero de la UDA me llamaron.

—¿Ah sí?, ¿y cómo consiguieron tu número?

Freddy se inclinó sobre el oído de Valeria.

—Llamaron a la dirección y ellos se la dieron. En realidad iban a entrevistarme, pero después fui descalificado por fraude.

—¿Fraude?! —Valeria casi gritó.

Freddy tapó su boca, Valeria quitó su mano sucia de sudor, y se limpió los labios para no sentir el sabor salado de Freddy.

—Sí...

—susurró—. Mi informe y el de Sabrina están escritos con la misma grafía. Esa idiota de mierda es tan vaga que no lo transcribió con su letra.

—¿Entonces piensan que tú fuiste el que mandó a hacer tu informe con ella?

Freddy asintió.

—No quería problemas para ella. De todas formas, a los dos nos descalificaron, ella por «hacerlo» y yo por «aceptarlo».

—Sigo pensando que debías probar que tú se lo hiciste a ella. Que ella es la bruta — Valeria miró hacia atrás—. Entonces no entiendo de qué está haciendo alarde. Si no tiene

nada.

—Parece que los de la UDA no se lo han dicho o están esperando a ver hasta dónde llega con su mentirota.

Valeria se quedó en silencio pensando por unos segundos. Después su cara se iluminó con un pensamiento.

—¿Sabes qué? Tú llenaste tu solicitud. Y ella llenó la suya, ¿no crees que ya la UDA se dio cuenta de las letras?

—Oh —musitó—. Entonces no entiendo por qué permitieron que continuara con mi mentira de que fue ella quien hizo los dos.

—Yo tampoco, pero estoy segura de que...

—A ver...

—Sabrina se levantó de la butaca y se paró en frente de la de Freddy y Valeria, quienes estaban delante—. ¿Qué es lo que tanto hablan de mí? A ustedes la envidia se les nota por encima de la ropa, Dios —rodó los ojos.

Valeria miró a Freddy. Él no dijo nada, pero de fondo estaba el «oh.oh» de los que estaban alrededor de Sabrina hace unos segundos.

—No es tu maldito asunto, idiota.

Otra ronda de silbidos.

Sabrina entrecerró los ojos.

—Podré ser idiota, pero nunca seré una zorra como tú, hace una semana estabas con otro y ahora estás con Freddy. Ser llamada “idiota» por una zorra ni siquiera hace brisa, muchacha.

Más siseos, el profesor entró.

—Buenos días. Por favor, siéntense.

—No le hagas caso —Freddy le susurró al oído.

No le iba a hacer caso, obvio. A ella no. Pero a las palabras, sí. Quizás por mucho tiempo.

* * *

A la segunda persona a la que Valeria le había contado con lujo de detalles sobre la entrevista en la UDA fue a su mamá, porque Argentina era más o menos amiga, pero no tan cercana, y Estefani era esa persona por tiempo, que a veces quiere estar contigo y otras no; además, con su nuevo novio no tenía tiempo para nadie y el afortunado nunca salía de su casa. Nina... bueno, ella ya estaba cansada de que Valeria le contara todo sobre La Sombra. No eran cosas importantes, eran solo cosas simples, como que se despierta muy temprano pero se vuelve a dormir a eso de las nueve y media o diez de la mañana hasta las doce, como que si no sale en la noche él se duerme temprano. Como que siempre sale los jueves, como que había dejado parcialmente de utilizar cocaína, como cantaba (porque cuando lo escuchó cantar se quedó maravillada), como le hablaba y cuando le decía cosas lindas.

Tal vez Valeria debía callar todo eso, pero es que, entonces, ¿a quién iba a alardear que tenía al mejor novio del mundo?, ¿con quién se iba a desahogar? Estaba tan ilusionada que no sabía que hay algunas cosas que simplemente no se dicen, *a nadie*. Sin importar

cuántas ganas tengas de soltar lo feliz que estás, porque a nadie le importa la felicidad del otro a menos que esa persona sea de importancia. Y Nina no quería saber de Ben, por relación de hechos, no quería saber de Valeria.

Cuando Valeria estaba envuelta en una toalla para ir al baño, Claribel se cruzó en su camino.

—Pero bueno, Valeria, ¿y es que tú no piensas decirle nada a tu papá? Que si te aceptan en la UDA o no, tenemos que resolver tu futuro.

—No tengo como ponerme en contacto con él.

—Si te ganas la beca, ¿a dónde vivirás?

—Estaba pensando en mudarme con tía Victoria...

—¿Tu tía? —Claribel abrió los ojos—, ¿molestar a esa mujer?, no, de ninguna manera, Valeria.

—¿Pero entonces qué? —Se rascó la cabeza.

—No, yo no lo sé, pero eso voy a buscar un teléfono y llamaré a tu papá para hablar con él.

Valeria siguió camino al baño.

—Lo que tú digas.

—Y lo que diga él, porque es tu papá.

* * *

La habitación más grande de Casa Central era la que estaba en el sótano, cubría toda la extensión de la casa y definitivamente no era como los de las películas, este estaba limpio, y el suelo de madera desempolvado. Había un solo bombillo que alumbraba todo y no había nada que pudiera ser utilizado como arma.

A la entrada del sótano, cuando había reuniones, Gregorio y otro muchacho llamado José se paraban en la puerta y los desarmaban (si era que se atrevían a entrar con armas), porque tantos hombres juntos podía ser sinónimo de peleas, y siempre una pelea a puños era mejor que una a navajas y pistolas.

Ben estaba de pie al frente, mirando como llegaban y se amontonaban, unos se sentaban en el suelo y otros se quedaban de pie. Había alrededor de cincuenta personas, todos hombres de entre diecisiete y treinta y cinco, todos con la cara de que le deben y no le pagan, todos sabiendo la razón de la reunión pero actuando como si no supieran nada.

No todo era color de rosa, siempre hay alguien que quería usurpar el trono, siempre hay alguien que espera que cojees porque quieren lo que es tuyo. Ben no era la excepción, no todos pensaban que era justo que él fuera el jefe del bloque de los surcuros, o que estuviera en la junta directiva de los bloques de la ciudad, aunque sea como un simple vocal.

Carlos entró y fue al único que dejaron entrar con arma, se paró al lado de Ben y le susurró.

—Haz esto lo más breve posible.

Ben lo miró.

—Lo que sea.

Gregorio hizo una seña anunciando que ya no entrarían más personas.

Ben se limpió la garganta y esperó que los Platas, Norcuros y Surcuros hicieran silencio.

—Voy a hacer claro con esto. Sin adornar nada. Hace unos días asesinaron al viejo Pablo, un enemigo oculto lo quemó vivo junto a todo nuestro dinero.

—Algunos empezaron a murmurar, parecía un gallinero.

—Cállense, maldita sea, cerdos, escuchen —Carlos golpeó la pared.

—No insultes a los míos —Ben miró a Carlos.

—¿Quién dijo que insultaba a los tuyos? Estoy hablando con los míos, cada pastor con sus ovejas.

—Sonrió cínicamente.

Otros sonidos se escucharon y esta vez fueron los de la puerta de entrada al sótano. Gregorio miró a Ben en espera de una orden.

—Solo ve quién es.

Cuando Gregorio abrió la puerta Alejandro estaba del otro lado, se peinó el cabello hacia atrás.

—Estaba ocupado —dijo mientras José revisaba que no tuviera armas.

Bajó las escaleras, como seis, y se paró al lado de Ben. Le dedicó una sonrisa, y Ben sintió ganas de golpearlo una vez más. Se contuvo.

—No te has perdido de mucho, La Sombra nos decía que alguien quemó todo nuestro dinero —dijo uno de los muchachos.

—Yo lo sé todo ya —respondió él.

—Ya basta —ordenó Carlos.

Ben ignoró todo eso.

—Este nuevo enemigo no parecen ser Los Cenizas como pensamos. Ellos dejan un solo fósforo sin encender en su escena, pero estos dejan una caja de fósforos envuelto en papel de colmado, y...

—¿Qué tal si solo cambiaron su *modus operandis*?

—Imposible —dijo Alejandro—. Para que una banda cambie su *modus operandis* algo grande tiene que pasar, y algo grande hubiese salido en las noticias, como una guerra de territorio o que hayan atrapado al jefe de su bloque.

—Este nuevo enemigo quiere el dinero.

—Todos lo queremos.

—Este nuevo enemigo puede ser uno de nosotros o se está alimentando de algún soplón de aquí —Ben sonó frío y enojado—. Si por alguna razón el soplón está aquí, puede jurarlo por Dios que no se perdonará su más sagrado derecho.

—A menos que hable —interrumpió Carlos por centésima vez—. Si algunos de ustedes consideran que es mejor quedarse sin lengua a perder la vida entonces confiese su delito, que será peor después. Espero que les digan eso a los que no se encuentren aquí.

—Yo traigo otra noticia —Alejandro sacó una página del periódico. Se la pasó a Ben y a Carlos para que leyeran—. La policía financió una investigación en la casa de Pablo y encontró residuos de papel de moneda estadounidense, calcularon más de doscientos mil dólares en los residuos y han vinculado a Pablo con lavado de activos y narcotráfico. No solo tenemos a este nuevo enemigo detrás de nosotros, también lo está la policía.

—Eso significa redadas —anunció Carlos—. Cuiden sus pantaloncillos y díganle a su grupo que cuide la droga con la que salen, la policía quiere atrapar a culpables así que de seguro vendrá tras nosotros.

—Esa es la mierda más estúpida, Pablo vive lejos de esta ciudad.

—murmuró uno.

—Imbécil, la policía hará redadas en todo el territorio este del país. Eso incluye esta ciudad —dijo Ben.

—Además, en la casa de Pablo había mercancía, que la policía encontró en los escombros y la relacionó a la que hay en las calles aquí —dijo Alejandro—. Otra noticia, todo nuestro dinero en bienes estaba a nombre de Pablo, a excepción de esta casa y un terreno de no menos de mil metros que no vale más de un millón. Con todas las deudas que tenemos no nos queda casi nada.

—¿Qué pasará entonces con las propiedades? —preguntó un muchacho.

—La policía se quedará con ellas y las subastará al mayor postor. Eso es obvio. Se quedarán con la gran mayoría, ¿o pensaste que podíamos reclamarlas? Pablo no tenía heredero y ahora todas esas propiedades son sospechosas por lavado de activos.

—En conclusión, cuiden sus espaldas, ahora mismo todos somos enemigos —Ben alzó una mano, y un conglomerado de hombres quejándose y maldiciendo se amontonaron en la puerta en lo que conseguían sus armas devueltas.

—Quieren matar a La Sombra —le susurró Alejandro a Carlos.

Ben no dijo nada.

—¿Ah sí? —preguntó Carlos.

—No solo quien mató a Ramírez, sino también las familias —continuó Alejandro.

—Él no puede verlo, porque está ciego —Carlos se alzó de hombros.

—Pero no estoy sordo, los estoy escuchando —Ben caminó a la puerta—. Y no quiero escucharlos más.

* * *

El sol estaba quemando la espalda de Valeria mientras ella caminaba hacia la cancha con su pantalón a mitad de los muslos y su blusa sin mangas, color roja. Tenía el cabello recogido en una cola tan alta que le llegaba más arriba de la coronilla de la cabeza y el cabello de la cola apenas le llegaba a la nuca.

Cuando entró por la puerta metálica se encontró con que había un grupo de muchachos en el lado donde había sombra hablando en grupo. Eran como cinco o seis, pero Ben no estaba allí como le había dicho que estaría, dio media vuelta y salió de la cancha.

Gregorio corrió hacia donde ella y la detuvo.

—¡Hey!

—Ah, hola Gregorio, ¿todo bien?

—Te pregunto yo a ti —dije mientras caminaba a su lado.

—Sí, todo va de maravilla, ¿has visto a Ben? Él me dijo que estaría aquí, pero...

—¿Ben?

—No te hagas él que no sabe —Valeria rodó los ojos.

—Oh, yo sí sé, pero estoy acostumbrado a escuchar Sombra —se alzó de hombros—. Él me dijo que te dijera que tuvo un contratiempo, pero que si puedes, vayas a su casa.

—Ah, gracias —se detuvo, Gregorio hizo lo mismo—. ¿Tienes idea de por qué está actuando así? Como ansioso, y ya no me lleva con él a sus reuniones. ¿Algo está pasando?

—Muchas cosas, Valeria. Y es mejor que no lo sepas, ¿otro consejo? No salgas en público con él ni vayas con él a sus asuntos.

—Me estás asustando. ¿Qué es lo que está pasando?

—Muchas cosas.

—Tocó el hombro de Valeria. Quería tocar más que su hombro, sacó los pensamientos de su cabeza—. Solo cuídate.

Entonces Valeria sacudió su hombro y dejó que la mano de Gregorio cayera antes de irse de vuelta a casa.

Y cuando se hizo de noche fue a la casa de Ben y para su suerte, sí estaba. Después de cenar cereal, porque era lo único que había, se sentaron en el mueble. Pero Ben no decía nada, solo jugaba con la rodilla de Valeria.

—Yo solo quiero que me expliques. Al menos creo que lo merezco, ¿sabes?

—Alguien quiere eliminarme de la ecuación. No sé quién, o mejor dicho, no sabemos quién. Todo se está desbaratando y se avecina algo desastroso si no encuentro la maldita manera de volver todo a la normalidad.

—¿Cómo podrías hacerlo?

—Voy a tener que visitar a un viejo amigo —dejó de mirar al piso—. Pero tú no te preocupes por eso, Val, tú estás a salvo.

Valeria no sabía qué pensar.

—No puedes morir, ¿ellos no pueden hacerte daño, cierto?

—Nadie es intocable.

Valeria se mordió el labio.

—Pero no quiero que te mueras. Si mueres, muero yo.

—¿Quién ha dicho que voy a morir?

—Es que si vieras tu cara... tienes esa expresión, estás hablando de esa forma tan... me asusta. No quiero perderte.

—Tomó su cara, y después besó sus labios fugazmente—. Júramelo.

Ben la miró a los ojos como si desnudara su ser. Como si estuviera en serio. Como si no fuera a mentir.

—Lo juro.

* * *

El edificio seguía siendo el mismo, lo único que con un tipo de pintura diferente y con un gran local de bebidas alcohólicas al lado, por lo que el bullicio era grande y estruendoso y afuera habían varios tipos buscando entrar junto a un par de prostitutas que esperaban conseguir su cena. Ben entró al edificio y subió los escalones hasta el piso de su viejo amigo.

Quien abrió la puerta lo reconoció y no lo revisó, sino que lo dejó entrar directo al

despacho de Claudio.

Antes de sentarse Ben, Claudio le dijo:

—Yo sé a qué vienes.

—Yo aún no entiendo cómo pasó —se excusó—. Yo solo sé que este nuevo enemigo quiere verme muerto.

—Quizás no. Pero sé dé algo que puedes hacer tú para salir del problema. Yo estoy viejo y la vista me falla. Pero tú, tú naciste para esto. Para ser grande, imagínate siendo el rey de todo...

—No quiero ser como Carlos, solo quiero restaurar las cosas en el barrio, yo estoy cómodo donde estoy.

Claudio puso cara de sorprendido, con la boca abierta, después la cerró.

—No como Carlos, más grande.

—No quiero vivir en una casa grande y que a mi alrededor estén las casas todas feas y pudriéndose en la miseria. No necesito ser hipócrita. Quieren quitarme todo, incluso los de mi propio equipo porque ya no les doy beneficios con todo el dinero quemado. Yo quiero todo de nuevo, y entonces quizá me mude de fase.

—Imagínate, seguro piensan que tú quemaste el dinero o se lo diste a alguien más — Claudio se rio con malicia.

—No, ellos saben que el dinero está hecho cenizas.

—O quizás, «tu nuevo enemigo» se llevó la gran mayoría del dinero y dejó esos doscientos mil dólares de carnada. Pero míralo del lado bueno, así si desapareces ahora pensarán que huiste como cobarde y no porque robaste el dinero para invertir mejor.

—Claudio —Ben apretó los dientes—, no seas como los demás, yo no tomé el dinero, ¡no tengo nada! —subió la voz—. Yo solo quiero otro de tus favores. Siempre te pago.

—Tú dices que no tuviste nada que ver, ¿pero te creerán? Eres muy bueno en todo este asunto, no eres un adicto, no tienes vicios de alcohol ni te gustan los gastos superfluos, pero tu maldito problema es el amor. Todos ellos lo saben, Carlos lo sabe, los oscuros, el norte y el sur, lo saben. Si una vez te encaprichaste con una mujer y le diste todo el dinero, ¿qué no los hará pensar que vas a hacer lo mismo con la chica esa García?

Ben pensó que Valeria no tenía la culpa de nada de lo que estaba ocurriendo. Él no había robado dinero, y además, ¿qué haría Valeria con todo ese dinero?

—Ya veo. Todo el mundo piensa que es por ella.

—Porque la llevas a todas partes y se nota que andas como un perro enamorado, porque saben que las mujeres son diablos que dañan todo negocio y rompen el más fuerte de los lazos.

—Hacía movimientos vanos con las manos—. Yo puedo ayudarte, puedo llevarte a vivir donde viven solo los privilegiados y no rodeado de la miseria. Vivirás solo o acompañado, como gustes.

—Como un sin familia. No, gracias.

—¿Ahora tienes familia?, ¡por favor!, ¡ahora eres un sin familia! Tú no tienes a nadie, los surcueros no son tu familia, ni tus amigos siquiera, ellos solo te mantienen a la cabeza por tus conexiones y tu dinero, pero ahora que no tienes dinero, y ahora que ya no te daré más nada, pierdes el dinero y la conexión, y no eres nadie. Incluso ahora seguro hablan

del golpe de estado, te van a sacar y no te darás cuenta.

—No lo harían, y si lo hacen, tendría a alguien más y con eso me basta.

—¿Te estoy ofreciendo el cielo, el lugar que te mereces, y tú estas negándolo por ella?, ¿estas consciente de que te pueden matar si no aceptas?

—No me importa. Este nuevo enemigo no me asusta. Y la razón por la cual no acepto no es una falda. Soy más inteligente que eso. Es que no voy a huir porque todo está en ruinas.

Claudio se incorporó hacia delante.

—Quizás no es un nuevo enemigo, sino un viejo amigo que trata de encarrilarte por el camino correcto.

Ben entrecerró los ojos, se dio cuenta de todo. Estaba al frente de su *nuevo enemigo*. Nadie iba a entender cómo un hombre podía ser amigo y enemigo a la vez.

—No me interesa, Claudio. ¿Dónde está el dinero?

—Se los regresaré, si aceptas.

Ben negó mientras se levantaba.

—Tú estás loco. ¿Escuchaste? Mataste a un anciano por mí, mataste a Ramírez por mí eres un maldito enfermo.

—Tampoco quieras hacerte el bueno.

—Jódete. En serio.

—Quizás si ella se muere vendrás.

—No, porque si ella se muere, vas a matarme a mí también. No es ningún tipo de metáfora rara ni una frase de uno que está enamorado, es que voy a venir con una escopeta y te voy a explotar los sesos sabiendo que tus hombres me van a reventar justo después.

—Eso es lo que me encanta de ti, tu pasión, tu pasión con las cosas que te importan, quiero que te enamores del dinero y hagas lo mismo.

—Claudio estaba maravillado—. No quiero a ningún otro perdedor en el lugar, sino a ti, Benjamín, ¿por qué no lo entiendes?

—Eres un enfermo —Ben abrió la puerta.

—Tu señor enfermo. Y te digo, ven a las buenas o a las malas. Tú bien sabes que una vez adentro, no hay salida.

* * *

—Quédate conmigo esta noche, Valeria —susurró en su oído mientras se pegaba más a ella y acariciaba su hombro—. Quiero sentirte a mi lado toda la noche.

Valeria tenía la mirada fija en el techo, de a momentos cerraba los ojos.

—Es lo que más quisiera en la vida, pero Ben, mañana tengo cosas importantes que hacer en la escuela, estamos a ley de un mes de terminar todo y debo de finalizar algunas cosas.

—¿Vas a graduarte? —Ben abrió los ojos.

—No... es mucho dinero y no podemos costearlo.

—Puedo dártelo.

—No, no —Valeria volteó la cara para darle el frente—, si aún me pagaras el derecho a

graduación se necesitara dinero para la ropa, la de mi mamá, la de mis hermanitos, y el transporte, yo realmente no quiero graduarme. Con mi certificado de cuarto estoy feliz.

—Está bien, está bien —Ben pasó sus dedos por las cejas de Valeria para aligerar su expresión—. Pero no pongas la cara así.

—¿Cómo?

—Preocupada, no me gusta verte así —sonrió y después se acercó para besarla—. Muero por decírtelo —confesó a centímetros de su boca, ella estaba mirando sus labios y después miró sus ojos—. Muero tanto por decírtelo, Valeria...

—Yo también. Y creo que decirlo con el «no» delante es horrible.

Ben sonrió de nuevo.

—Será mejor que te vayas antes de las diez, si no te vas a quedar no es bueno que andes sola tan tarde.

—Ya —se levantó y buscó sus sandalias.

—Voy a llevarte, espera —se levantó y se puso un poloshirt y los zapatos.

La acompañó a su casa y se quedó con ella afuera incluso más de media hora.

* * *

Los hermanitos de Valeria se mandaron a correr cuando vieron el auto blanco de su papá en frente de callejón que guiaba a la casa de ellos. Pero Valeria siguió caminando a paso lento.

Olía a humo, y se tapó la boca y la nariz, seguro alguien estaba quemando basura otra vez. En vez de ir a su casa se desvió al colmado, pero mientras caminaba en esa dirección veía un humo negro y espeso salir a unos cuantos metros de allí. Mientras más agudizaba los sentidos pudo ver un camión de bomberos y un grupo de personas averiguando. Ya estaba corriendo, y cuando llegó al tumulto se dio cuenta de que la casa de Ben estaba llena de humo y el agua seca que los bomberos echaban nublaba su vista.

Iba a llorar, pero ni siquiera podía abrir la boca.

«Que no esté adentro, que no esté adentro», deseó mientras se abría paso, se metió por la pequeña entrada para la casa de Ben, no escuchaba lo que decían los demás pero cuando uno de los bomberos la agarró por la cintura y la alejó de allí se dio cuenta de que era real.

—¡Suélteme! —zapateó. Pero entonces el bombero la metió en la primera casa abierta que vio, y esa era la de Estefani, Estefani entró después que el bombero la dejó en la sala de su casa.

—No deje que salga a entorpecer el trabajo —ordenó el bombero sofocado a Estefani.

—¡Qué...! —Valeria se desplomó a llorar, estaba esperando lo peor. No podía respirar, no podía mantenerse de pie—. ¿Estaba adentro?

Estefani asintió, y cuando vio que Valeria se quedó paralizada, como si acabase de sentir un paro cardíaco o se hubiese convertido en una estatua de sal, volvió a hablar.

—Él está vivo, logró salir. Él mismo llamó a los bomberos.

Valeria se tapó la boca.

—¿Pero está bien?

—Tiene quemaduras, pero de eso no se muere.

Valeria tenía terrible imágenes en su mente, se quitó el cabello de la cara y se secó las lágrimas.

«No», siseó en voz baja.

Capítulo 32

VOLANDO EN LA NADA

Valeria consiguió entrar al cuarto de Ben en la tarde, cuando ya eran las cinco y media. Aun llevaba su uniforme y tenía el trasero entumecido de esperar a que el papá de Ben y el doctor salieran de la habitación.

Lo primero que hizo fue acercarse a él rápidamente y pegarse a su cama, pero no podía tocarlo, tenía apósitos en el brazo derecho y uno en la parte derecha de su cuello y parte de su quijada. Había unas que otras quemaduras inferiores en sus dedos y en su cara.

—Mi amor...

—susurró al verlo así.

Ben la miró y sonrió.

—Me salvaste.

Parecía delirar.

—¿Qué?, pero yo no estaba ahí, lo siento... debí quedarme. Lo siento, Ben, te quiero con todo el corazón. No vuelvas a asustarme así.

—Me llamabas y me alentabas para que me levantara...

—Se rio con voz ronca, con los ojos cerrados—. Yo estaba soñando —aclaró, y entonces Valeria entendió que soñó con ella. Quizás él siempre soñaba con ella, eso la hizo sentir bien.

Pero después recordó su condición y su estómago se hizo un revoltijo mientras miraba su brazo vendado.

—Dijeron que era una quemadura de segundo grado. Volverá a la normalidad en unos meses.

Valeria se mordió el labio.

—¿Y aquí? —señaló la parte de su cuello.

—Esa duele como el demonio...

—¿Quién intentó hacerte esto? —Sabía que no había sido un accidente. Estaba más que segura.

—Ojala supiera...

—exhaló, en parte mentira, en parte verdad—. Cuando quitaron la piel de mi brazo podías ver la carne rosada y en algunas partes blanca, se hicieron unas ampollas en mis muñecas que después explotaron, fue algo horrible. Uh, intentaron sanar la cortada de mi palma. *Muero por fumar algo.*

Valeria movió su mano y sintió el dolor aún en su palma, él tenía la suya también, lo de ellos *era* real.

Valeria dejó que se siguiera quejando.

—Estoy feliz de que estés aun aquí.

—Se inclinó para besar sus labios cuando él terminó de contarle todo lo que le salió decir.

Gregorio entró. Se limpió la garganta.

Valeria se alejó de Ben, y vio a Gregorio allí de pie.

—Azaroso, me causaste un paro cardíaco —sonrió nervioso, sus labios estaban blancos.

Ben le sonrió y Gregorio dio pasos a la camilla, como no creyendo que siguiera vivo.

—Lamento causarte daño, eh.

—Uh —golpeó su brazo sano suavemente—. ¿Cuánto tiempo estarás postrado?

—No lo sé, papá piensa que tengo diez años y no dejará que me den de alta hasta que empiece a nacer nueva piel en el brazo.

Gregorio hizo una mueca de desaprobación y disgusto.

—¿Te quemaste todo ese brazo?

—El cuello, y otras más, la del brazo es de segundo grado variando a profunda, la puerta estaba en llamas y cuando la empujé la madera encendida achicharró mi piel.

—¿Dolió mucho? —preguntó Valeria. Ambos amigos la miraron.

—En realidad, los nervios de aquí —señaló su antebrazo—, están un poco dormidos y no duele tanto. Pero mi piel estaba rosada en la muñeca, cuando explotaron las ampollas, y la quitaron como si fuera simple tela y el brazo quedó quemado, se sintió molesto. Lo lavaron y después pusieron una pomada y este apósito.

—Todos quieren venir a verte, supongo que vendrán mañana —Gregorio miró a la ventana de la habitación, como si estuviera tratando de borrar las imágenes de la descripción de Ben.

—Oh, por favor, diles a todos que estoy muerto.

—No lo digas ni jugando —Valeria sonó como si fuera a llorar. Ben sacó su mano debajo de la sabana. Y agarró su mano en un apretón.

—Gregorio, lleva a Valeria a su casa.

—¿Y tú con quien vas a dormir? —preguntó Valeria preocupada.

—Puedes venir mañana. Esta no es mi casa, no te puedes quedar aquí.

—Sí puedo —se quejó.

—Ya, ya. Yo no quiero ver sus discusiones de pareja.

Al final Valeria se convenció y se fue en la parte de atrás del motor de Gregorio, y aún el auto del papá de Valeria estaba ahí. Ella se apeó y le dio las gracias a Gregorio.

* * *

—Por fin estás aquí...

—dijo Ben al ver que la puerta se abría.

—Lo siento —Valeria miró al hombre que untaba una pomada en el brazo de Ben, podía ver la carne casi viva en su brazo, su rostro se distorsionó.

—Se pondrá mejor, no te preocupes —dijo el doctor—. ¿Es tu novia? —preguntó a Ben.

—Sí —respondió.

—Ah, joven, yo soy el doctor Mirabal, un gusto en conocerle.

—El gusto es mío —Valeria estrechó su mano—. ¿Quedaré marcada la quemadura?

—Volverá a su normalidad casi totalmente, eh... la del cuello terminará de botar esa piel y después nacerá otra y quizás dentro varios meses solo quede un leve tono oscuro y después de más tiempo sane por completo. Las cremas blanqueadoras ayudarán. Pero la

del brazo dejará una cicatriz un poco más oscura. La puerta de madera quemó toda su epidermis. Una exposición más prolongada y hubiese necesitado cirugía o injerto de piel.

Valeria sin querer frunció las cejas de nuevo.

—No te preocupes, Val, voy a hacerme un gran tatuaje que cubra la cicatriz —Ben sonaba optimista, y una hermosa sonrisa cruzaba su rostro.

El doctor terminó de colocar el apósito.

—Oh, pero espera a que sane para meterle tinta a la piel maltratada, aunque no te lo recomendaría... nah, sé que lo vas a hacer aun así.

—El doctor le guiñó el ojo a Valeria—. Bien, todo por hoy. La enfermera vendrá en la noche.

—Gracias —le dijo Ben. Valeria estaba extrañada de la soltura del doctor. Los hacía más serios—. Es amigo de mi papá y fue mi doctor por años. Es casi mi amigo pero la diferencia de edad y estilo de vida.

—Oh, tiene sentido—Valeria se acercó a Ben.

—Oh, ¿qué le pasó a tu cara?, ¿y por qué no has venido a visitarme desde hace dos días?, ¿ya no te gusto yo por estar quemado?

—No digas eso, Ben, por favor—Valeria se relamió los labios—. Les confesé a mis padres que tenía un novio y que no era señorita; mamá enloqueció y papá la sostuvo para que no me hiciera más.

—¿En serio? —Iba a preguntarle si le había dicho quién había sido el afortunado, pero no era lo apropiado.

—Sí... ¿sabes? Él ha cambiado bastante. Es increíble lo que dos años pueden cambiar en un hombre.

—Lamento causarte problemas, realmente lo siento Valeria... todo lo que te hecho... soy tan estúpido por dejarte entrar en mi vida.

—No, no —negó, no aceptando sus disculpas. Si entrar a su vida era lo mejor que le había pasado... él no podía pedir disculpas por eso—. Ellos tenían que saberlo. Yo juraba que ella ya lo sabía. ¿Sabes qué creo? Creo que ella solo actuó así porque estaba delante de papá. Creo que la avergonzó el hecho de que él estuviera allí —se inclinó para besar su mejilla—. Lamento no haber venido.

Los labios de Valeria eran tan suaves, por un segundo le hizo olvidar lo solo que se sentía en ese cuarto de hospital el poco tiempo que ha estado interno.

—Oh, está bien —Ben se alejó y se volvió a acostar en la cama, Valeria se quedó a un lado—. La gente del barrio ha venido a averiguar, y a molestar. Dejan un mal olor aquí y papá tiene que traer ambientador.

Valeria levantó las axilas en forma de broma.

—Bueno, no soy yo. Sé qué vengo del colegio y todo eso pero no traigo mal olor.

—Lo sé, no estaba hablando de ti —sonrió Ben.

—¿Qué tatuaje te vas a hacer? —Valeria ladeó la cabeza.

—Es sorpresa —topó su nariz con la mano que tenía el suero.

—¿Por qué tienes un suero?

—Además de que el fuego deshidrató mi piel, estaba muy deshidratado.

—Valeria miraba la quemadura de su cuello cubierta por un apósito—. Valeria —la

llamó—. Papá irá a ver qué pudieron salvar los bomberos de mis cosas y quiero que vayas a recoger lo que te parezca de importancia para mí.

—¿Cómo sabría yo eso? —preguntó.

—Lo sabrás —cerró los ojos, lucía cansado—. Arriba de aquella mesa está mi teléfono celular. ¿Puedes llamarlo para decirle que estás lista?

Valeria caminó a la mesita que le dijo, antes de tomar el móvil se volteó.

—¿Cómo sabías que yo vendría hoy?

—Intuición —respondió con los ojos cerrados.

Valeria tomó el móvil y cuando la pantalla se encendió el número estaba marcado y le dio a la teclita verde. Empezó a llamar y Valeria le puso el teléfono en el oído a Ben, él abrió los ojos.

—Puedes venir ya —solo dijo eso, y cerró los ojos de nuevo. Valeria tomó el móvil rápidamente y lo colgó.

—¿Muy cansado, eh? —tocó su cabeza, donde el nuevo pelo empezaba a crecer pero aún seguía bajo.

Odiaba su cabello corto, por todos los momentos tristes que le recuerda, pero ahora adoraba sentirlo entre sus dedos, esas cortas hebras, lo tocaría hasta que se quedara dormido en su regazo.

—No puedo dormir con esta mierda en el brazo porque duele, en serio, Valeria, molesta mucho. De noche el frío hala la piel y es molesto. Puedo sentir cómo se cicatriza debajo de la costra.

—Lo siento —lo miró y besó su quijada.

Cuando el papá de Ben llegó, él y Valeria fueron juntos a la estación de bomberos, y en un cuarto apartado del recinto, sobre unas mesas metálicas, estaban algunos objetos semiquemados como ropa sucia de ceniza y zapatos dentro de sus cajas aún nuevas. El papá de Ben había pedido a los bomberos que lo ayudaran a sacar lo que quería y él prácticamente solo sacaba los zapatos en buen estado.

Valeria caminó al fondo, en la parte de atrás estaban algunos escombros, y pudo ver allí el microondas derretido y lo que parecía ser la parrilla de la nevera. Las sillas del comedor se habían quemado un poco, pero el papá de Ben había dicho que lo podían vender a una tapicería.

Valeria ojeó todo lo demás pero a sus ojos nada tenía valor. Siguió caminando y vio una caja metálica llena de tizne negro por el fuego. La tomó y notó que pesaba un poco.

—Creo que esto —Valeria le dijo al papá de Ben.

—Una caja sucia, ¿de verdad?

—Luce de valor para mí.

—Valeria alzó los hombros.

El papá de Ben la tomó de la mano de Valeria y trató de abrirla. Estaba cerrada bajo una cerradura de dos llaves.

Él bufó.

—Lo que sea, llévasela si quieres.

—No entiendo cómo es que tienes esa pantalla de nuevo—dijo Valeria mientras Ben deslizaba los dedos sobre el aparato.

—¿El qué, mi tablet? —preguntó echando una vista hacia donde ella estaba, sentada en el mueblecito de la habitación tratando de abrir la caja de metal maleable con la llave que Ben le había dado.

Ben llevaba en su cuello una fina cadena de oro que cuando lo llevaron de su casa a Emergencias fue arrancada de su piel para lavar su cuerpo. Pero después de que limpiaron toda su piel quemada y revisaron cualquier otro daño, le devolvieron su cadena y el anillo que llevaba puesto en la mano en un sobre.

Cuando Ben le pasó la cadena con una llave diminuta se dio cuenta de que no falló al elegir la caja.

—Tengo una maldita suerte —respondió—. Hace unas semanas Gregorio quería ver unas películas ahí y me la pidió prestada, no me la devolvió desde entonces, seguro descubrió tus fotos o algo así. La trajo el segundo día porque sabía que iba a estar aburrido. Creo que ella se salvó.

—Espero que no haya fotos inapropiadas de mí.

—Tal vez —Valeria soltó la caja y lo miró—. Pero no, están con clave.

Valeria achinó los ojos en respuesta.

—Trae la caja hacia acá.

—Ella se levantó del mueblecillo y camino a su cama. Ben le dio la vuelta a la caja y debajo estaba la verdadera cerradura. Cuando volvió a darle la vuelta pudo abrir la caja y solo había libros y un cuaderno de escuela. Además de una carta y un par de dulces viejos.

—Lo siento, Ben —dijo Valeria, sin ocultar su decepción—. Yo pensé que tenía algo de valor. Solo te traje basura. Fue lo único que traje.

—En mi casa solo tenía basura, no te preocupes.

—Levantó un piso de la caja de metal que se veía muy pequeña como para debajo tener un arma. La sacó y se la enseñó a Valeria. Se la pasó por su mejilla y con la punta dibujó sus clavículas—. Gracias —besó la punta.

A Valeria eso le dio escalofríos.

—Hazlo tú igual —le dijo, y se la puso al frente.

Lo pensó, pero haría todo para complacerlo, así que lo hizo, levemente, Ben sonrió y la guardó otra vez donde estaba. La llamó con sus dedos.

—Más cerca.

Valeria se acercó más, sus narices se tocaban.

—Más cerca —susurró.

Valeria incluso se acercó más, y sus labios ahora eran los que casi se tocaban.

—Deshazte de ella —murmuró en un silbido, después agarró sus labios con los de él y besó su boca.

Dejó de hacerlo. Valeria seguía aún cerca de él.

—¿Cómo? —preguntó sin aliento.

—¿Qué viene a tu cabeza?

Lo único que tenía en la cabeza era su beso con sabor a medicina, en realidad no tenía

idea de cómo deshacerse de un arma.

—Oh, está bien, no tienes idea —se alzó de hombros, negó con la cabeza. La quemadura encima de su ceja izquierda se arrugó junto con sus cejas—. Dásela a Gregorio, él sabrá qué hacer con ella.

—¿Qué le diré?

—Que ahí le mando yo.

Valeria pensó en eso, la puerta se abrió cuando el papá de Ben entró, Valeria rápidamente se alejó de la cama de Ben.

—Lo siento.

—¿Interrumpía algo?

—No, no—dijo Ben—. Valeria iba a irse porque era tarde.

Valeria tenía la caja de aluminio en sus manos, y le sonrió.

—Sí, adiós, y cuídense —caminó a la puerta—. Ben, vengo a verte mañana —prometió.

Antes de llegar a su casa se dirigió a la de Gregorio. No se atrevía a aparecerse en su casa con un revólver escondido dentro de una caja metálica que aparentaba ser solo una caja llena de libros y un cuaderno viejo.

Gregorio vivía con su mamá y dos hermanas mayores en una casa de dos plantas, una de las pocas que había en el barrio. Era una casa simple y normal, y estaba pintada de color limoncillo.

La casa estaba dividida, porque podías ir a la segunda planta sin tener que cruzar por dentro de la primera, y si no fuera porque arriba solo había dos dormitorios divididos por una pared, sería un apartamento normal.

Al subir la escalera, había una puerta, y ese era el cuarto de la hermana de Gregorio, de veinte años; la otra puerta, más allá, era la del cuarto de Gregorio. Sabía que estaba allí porque había ido a preguntar por él en la esquina y le dijeron que no estaba.

Valeria sabía dónde vivía Gregorio porque cuando ella fingía interés por él, él le había enseñado su casa.

Tocó varias veces antes de que abriera la puerta y sonriera al verla.

—Wow, esto es raro —su sonrisa era tan grande, como si acabase de ver un sol.

—¿Ah, sí? —Valeria miró adentro—. Perdona si interrumpo, pero te traje algo.

—No. No interrumpes nada. Pasa, por favor.

Valeria entró al cuarto. Estaba bastante caliente y oscuro. Gregorio abrió las ventanas y encendió el abanico de techo. El cuarto se iluminó y se refrescó en unos segundos. Parece que Gregorio y Ben coincidían en algo. Ambos tenían sus cuartos ordenados.

—Y bueno...

—Gregorio se sentó al frente de Valeria arrastrando una silla. Valeria abrió la caja, y sacó el revólver.

—Ben me pidió que te diera esto.

—¿En serio? —Gregorio la tomó.

—Sí. Espero que... te quedarás con ella, ¿no?

—Sí, sí, supongo que se la guardaré, para cuando salga. Por cierto, ¿cuándo saldrá? —la tiró encima de su cama. ¿Cómo se atrevía a tratar con tanta ligereza un instrumento que puede causar la muerte?

—Dijo que dos o tres semanas, en lo que la quemadura de segundo grado sanara. No hay condiciones para que vaya a vivir solo todavía.

—¿Te llevo a casa? —se acercó a Valeria—. Te puedo acompañar.

—No, no, está bien. Gracias.

Cuando salía Gregorio la detuvo. Valeria miró la mano de Gregorio cerrarse en su muñeca.

—¿Sí?

—¿Puedo besar tu mejilla?

Valeria miró a los lados. No, no podía. Pero por alguna razón asiente. Gregorio caminó hacia ella y puso su mano en el hombro de Valeria y con el otro agarró su quijada.

—Será uno largo —dijo antes de pegar sus labios en su mejilla. Se acercó un poco más y sus labios se movieron más cerca de su boca. Hasta que la besó de verdad, la mano que estaba en su hombro se movió a su cintura y la pegó a su cuerpo.

—No...

—se quejó. Abrió los ojos—. No, lo siento.

—Valeria...

—respiró en su mejilla. Su respiración era cálida y familiar, como un amigo. Era todo lo que sería para ella.

—No, tengo novio. No podemos ser nada más. Lo siento.

—Quitó la mano de él de su cintura y salió de allí. Al bajar las escaleras se estrujó la boca.

* * *

Lo siguientes días Ben siguió hospitalizado, y Valeria iba sin falta. Porque su vida se convirtió en eso, todas las tardes ir a ver cómo se mejoraba poco a poco.

Pero cuando fue esa tarde no lo vio en su camilla y sintió miedo.

Recorrió la habitación y decidió tocar la puerta del baño.

—¿Ben, estás ahí?

Ben abrió la puerta. Estaba sentado en la tapa del retrete con un cigarrillo en la mano y botando sangre porque se había quitado el suero.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba fumar algo, ¿sabes? Es muy aburrido aquí. Creo que moriré.

Valeria tosió un poco.

—El día del incendio, si no me moría achicharrado iba a morir por intoxicación de monóxido de carbono, incluso estaba mareado como la mierda. El doctor me prohibió fumar, pero qué importa, estoy muriendo de ansiedad.

—Por favor, deja de fumar. Eso también es monóxido de carbono.

—Si hubiese muerto te hubiese dejado mucho saber sobre la vida.

Valeria negó.

—No relajés así.

—Porque has cambiado.

—Ben.

—Hubiese querido que salieras de esa ratonera, que terminaras la universidad, que

consiguieras a un tipo que te trate como la reina que eres. Que no dejaras que nadie te manipule ni controle. Que saques las garras y nunca las abandones.

—Ben, basta.

—También hubiese querido que no lloraras mi muerte. No iba a estar en un lugar mejor, pero donde sea que hubiese ido a parar, lo merecía.

—Benjamín —siseó.

—¿Sí? —se levantó de la tapa del retrete.

—¿Estás bien? —probó.

Se acercó a ella.

—No, diablos. No, Valeria, no estoy bien, esta cosa me come y quiero rascarme hasta arrancar la piel nueva que empieza a nacer. Quiero despegar esas quemaduras porque son molestosas. No soporto estar encerrado aquí, tengo deseos de un poco de cocaína, incluso beber. Quiero salir de este maldito hospital ahora. Estoy cansado.

Valeria trató de entenderlo.

—Lo siento.

—¡No digas lo siento, no es tu culpa!

Salió del baño y se metió a la cama, Valeria salió unos minutos después.

—Por favor, llama a la enfermera y dile que otra vez se me salió el suero.

—¿No basta ya de tanto suero?

—Quizás —lo señaló—. Esto no sirve. Pero no importa, tengo que ir mucho al baño y aprovecho para fumar.

—¿Cómo consigues cigarrillos?

—Papá y Gregorio, Héctor también estuvo por aquí.

Valeria miró una botella de soda transparente encima del pequeño refrigerador del cuarto, su favorita.

—No es bueno, ¿cómo es que son capaces de hacer eso?

—Les agrado y saben que estoy muriendo de ansiedad. Ya te lo dije.

Era una máquina de quejas.

—Mamá suele hacerme sonreír cuando estoy de mal humor, aunque a veces se pase de ogra, es muy dulce cuando quiere.

—Bien —cerró los ojos.

Valeria se acercó a la camilla. Hizo espacio y se acostó junto a él con cuidado de no tocar su brazo dañado.

—Oh, gracias, necesitaba sentir tu cuerpo junto al mío.

—Con su brazo dañado trató de abrazarla y después devolvió el brazo a su lugar inicial para descansar. Valeria tenía su cabeza levemente recostada de su pecho.

—¿No piensas en ella?

Ben sabía a qué se refería.

—Cada vez que puedo.

—Se oyó como si estuviera sonriendo, pero estaba serio—. Suelo pensar en si tú le agradecerías, como mi novia.

—Estás bromeando.

—No, de verdad... seguro sería la primera en no apoyar lo nuestro.

—Sabría ganármela.

A Ben se le escapó una sonrisa.

—Hay cosas que ocurren, y son disfrazadas, y la gente se olvida de la verdad, y la mentira se hace más creíble que la verdad.

—No entendí tu inspiración poética —se quejó Valeria. Su mano tocaba por encima del apósito de su brazo quemado, delicadamente, como una pluma que le causaba cosquillas. Y comezón, pero eso él lo ignoró.

—Yo no creo que ella se haya suicidado.

Valeria se quedó en silencio. Nina le había dicho a Valeria que sospechaban que no había sido un suicido, pero no dijo más.

Todos en el barrio piensan que es un suicidio.

—Mamá sufría de migrañas. De esas pastillas ella tomaba, ¿de la noche a la mañana comenzó a consumir éxtasis? *Ja, sí, claro.*

—¿Qué quieres decir, Ben?

—A mamá le cambiaron las pastillas. Cuando estuvo muy drogada como para entender qué pasaba, porque siempre bebía más de tres, le dieron más, hasta que su sistema no aguantó.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Cuando comenzó a convulsionar, la metieron en la bañera y la ahogaron.

—¿Quién? —Valeria se rio nerviosa—. ¿Cómo lo sabes?

—Es mi teoría. Una teoría que he formulado los últimos seis años —sonrió con nostalgia.

—¿Quién?, quiero decir, ¿quién podría haberle hecho eso a tu madre?

—Lamentaré por el resto de mis días no haber llamado por ayuda los primeros cinco minutos, no sé qué pasaba por mi mente, pero nunca imaginé que estuviese muerta. Que no la volvería a ver nunca más.

—Ben, ya, me estás asustando. ¿Cómo pensaste en eso?, ¿de quién sospechas?, ¿tienes un sospechoso?

Ben miró a Valeria.

En ese mismo instante Manuel, el papá de Ben, entró por la puerta con una sonrisa en la cara.

—Traje comida —anunció con fundas blancas en sus manos.

Ben miró a su papá e hizo un esfuerzo por sonreír, para disimular.

Entonces Valeria lo entendió.

* * *

Cuando casi se cumplía un mes, la costra de la quemadura en el cuello de Ben estaba seca. Pero la mantenía cubierta porque era desagradable a la vista. Cuando Valeria llegó con su noticia en la punta de la lengua, la detuvo al ver que su papá estaba peleándole a Ben en voz alta. Sin embargo, no tomó el hilo de la conversación.

Se limpió la garganta.

—Yo me voy —salió del cuarto disparado y Ben levantó la vista.

—Hola —Ben la saludó.

—Ben, ¿cómo estás?

—Mañana me darán de alta. Por fin saldré de este maldito hospital.

Valeria sonrió. Esa noticia era mejor que la que ella traía.

—Oh, Dios, eso es asombroso. Oré por ti todo este tiempo —se tapó la boca de asombro y felicidad. Demasiada felicidad.

—Lo sé, me lo dijiste —parecía apurado.

—Parece una eternidad, siento que pasó una eternidad. Gracias a Dios volverás a casa...

—Eh...

—intentó hablar, pero en serio Valeria no lo dejaría con su felicidad.

—Ben, ¿cómo será el tratamiento doméstico? La de tu cuello está casi sana, pero tu brazo sigue aún un poco, bueno, no sano.

—Lo sé, las pomadas ayudarán y después, en unos meses, me haré el tatuaje.

—Ah... ¿ya elegiste qué hacer?

—Sí, será un secreto. Y no puedo decirte.

—Aunque su tono fue seco, Valeria no lo sintió.

Ella solo sonrió mostrando sus dientes, Ben la haló para que estuviera más cerca.

—Estoy tan feliz. Vamos a salir de esto. Y pronto este mal rato quedará en el pasado.

Ben asintió con su mirada perdida en ella. Valeria rio en voz alta mientras lo abrazaba. Ben la haló un poco para que le diera el frente. Ella tenía una risa armoniosa, se la quería grabar en la mente.

—Te amo —le susurró mirando sus labios, porque no podía verla a los ojos.

Pero Valeria le alzó la mirada cuando le levantó la quijada.

—Yo también te amo, Ben —respondió en voz baja con una sonrisa leve—. Nunca me he sentido así, *nunca*.

—Sus ojos se aguaron, porque era fuerte su sentimiento—. Eres todo lo que quiero, y nada más, te amo. Gracias por amarme.

Lo había olvidado. Había olvidado el significado.

—En serio te amo —intentó de nuevo. Él ahora sí la miraba a sus ojos, su mano acarició su mentón, después echó su cabello hacia atrás y puso las manos a cada lado de sus mejillas—. *Linda*, mi amor, te amo. —Plantó un beso fugaz en su boca, y después le ofreció una sonrisa para apretarla en un abrazo aun soportando el dolor.

Pero entonces Valeria no entendió sino después, o mejor dicho, recordó, pero ya era muy tarde, porque él ya no estaba alrededor.

Como si la tierra se lo hubiera tragado y solo hubiera dejado un vacío inmenso y sin explicación.

Sin rastro de cuándo ni a dónde su vuelo despegó.

Él la había dejado volando en la nada,

Notas

- [←1] Prenda de vestir.
- [←2] Ami: diminutivo de amiga.
- [←3] Dominicanismo de Salta Charcos, refiriéndose a pantalones que deberían ser largos pero quedan por encima de los tobillos.
- [←4] Contén: nombre que se le da al espacio diseñado para que el agua fluya o se desagüe cuando llueve, está ubicado entre la calle y la acera en forma de una hoya que se extiende hasta un desagüe.
- [←5] Fritos: dícese de las tajadas de plátano verde fritas en aceite, después se sacan del aceite y se aplastan, para luego volverlas a pasar por aceite. Es usual verlo acompañado con un sinnúmero de cosas pero el más común: salami.
- [←6] Inversor: aparato que provee de luz la casa cuando no hay energía eléctrica.
- [←7] Vitilla: juego de pelota parecido al béisbol.
- [←8] No relajés: se refiere a no juegues con eso, no bromees con eso, etc.
- [←9] RCP; Reanimación cardiopulmonar.
- [←10] Ratas: se refiere a los drogadictos del barrio
- [←11] 11 Pela cantada: se refiere a que por cada correazo decía una sílaba. Ejemplo: no vuel-vas a gol-pe-ar u-na chi-ca.